

Alejandro Gándara

Primer amor



Alejandro Gándara

Primer amor

ALFAGUARA



OceanofPDF.com

Si el dolor es amor

OceanofPDF.com

En la cocina hay una luz cobriza que mancha los fogones de hierro, los azulejos, el hule de la mesa. Hasta la luz blanca que entra por la ventana está manchada de pincel cobrizo. Piensa en tiempo oxidado, en cosas que se abandonan y que acaban recubiertas por la herrumbre o por la indiferencia. En la cocina solo está él, es domingo por la mañana, ha tomado una decisión, pero aún no está en marcha. Le costará levantarse de la silla. Su madre está en misa, cree. No hay padre. Tampoco hay hermanos. Hay un perro que ahora está en el corral junto a cuatro gallinas y tres conejos enjaulados. Se llama Zote. Fuera de la cocina y del corral hay un pueblo castellano, rodeado de una muralla de la que sobresalen gallos de veleta, torres vigía, agujas de ciprés. Al interior de las murallas lo llaman la Ciudad. Los barrios de extramuros son los arrabales. El suyo es el arrabal de La Estrella. Hace apenas unos meses, cuando murió Franco, se celebraron oficios en las iglesias. Todo eso también es cobrizo, piedra cobriza. Como los muertos y los vivos.

Entonces ella, la muchacha en la que está pensando, y que era una imagen quieta en su cabeza, le hace una seña para que vaya. Y la luz cambia.

Ella se aparece ahora en su corazón. Blanca como el albayalde, la coleta de pelo castaño, los ojos mieleros, el olor a cantueso, que lo mata. No sabía que los olores mataban.

Se levanta. No quiere levantarse, pero si no se levanta, lo lamentará toda la vida.

Por fin está en la calle. Es una calle que han asfaltado no hace mucho. Los carámbanos cuelgan de los aleros como espadas, están en mitad del invierno. Son casas de una sola planta, a veces con un patio o un corral, hechas de ladrillo y revocadas, algún zócalo de yeso o de loseta, de las que salen voces y risas que rebotan con un eco destemplado en la calle. En la

calle siempre hay niños jugando, alguna mula parada o de paso, corrillos de jornaleros, alguna mujer mirando por la ventana como si se le hubiera olvidado algo que estaba a punto de hacer, como si hubiera perdido el oremus.

Tiene que ponerse en marcha.

No es un camino largo, pero lo harán aún más corto la impaciencia y el miedo.

Ha mirado de reojo a la muchacha que siempre lo espía. Es más pequeña que él, dieciséis, como mucho. Siempre está sucia y cuidando de la piara de hermanos. Tiene los ojos color prado y los labios son una mariposa roja. Ríe mucho. Quizá ría al saber que no puede hacer nada para esconder la suciedad, que todos aquellos mocosos que la asaltan quieren darle amor y con el amor va su mierda. Ríe porque le gustaría estar guapa y limpia, pero el que la quiera va a tener que descubrirla bajo la costra de niños que tiene que cuidar. ¿Él no podría quererla? ¿De verdad que no? Y entonces, en los ojos prado y en la mariposa roja se dibuja una pena, aunque no es fácil saber por quién es la pena, si por él o por ella.

La muchacha se llama Cándida. Cándida Luján Linares. Llegó hace siete años con su familia desde Andalucía, parecían gitanos. De hecho, chillan, cantan y se lamentan como gitanos, sin vergüenza de que les oigan, orgullosos del escándalo.

Están atados por un amor desbocado, lleno de alegría y de rabia. Se les oye por toda La Estrella a cualquier hora. En total, una decena de seres.

Al final de la calle, antes de la primera esquina del murete del parque de La Florida, hay un muchacho sentado en el poyo de la puerta. De pequeño le quemaron la cara con agua hirviendo. Se lo hizo su madre y fue un accidente doméstico. Lo llaman Azarías y casi siempre está vigilando el almacén de su padre o haciendo que vigila, porque le gusta, no porque le manden, además de que no hace falta. El almacén tiene una puerta de carruajes que guardan perfectamente las prendas y tejidos que el padre vende al por mayor y que trae de Portugal, veintinueve kilómetros desde la frontera.

—Eh, capitán, ¿vas a la Ciudad? —pregunta Azarías cuando se cruza con él.

Lo llama capitán, porque de pequeños era el capitán del ejército de pedrea de La Estrella, además de que también quería ser capitán de barco.

Lo del barco se le olvidó hace bastante. Desde entonces, Azarías siempre lo llama capitán, sin asomo de coña, más bien en recuerdo de aquellos tiempos en que el capitán no iba al instituto y no salía del arrabal de La Estrella, excepto para ir al cine de la calle Madrid o al del Obispado.

—Allá voy, sí —dice él.

—¿Y vas a ver a una chica? ¿Tienes una chica, capitán? —de la mirada de Azarías salta una chispa.

Azarías no sabe nada de Brígida, pero al capitán le agrada que le relacione con una chica de la Ciudad. Brígida vive en la Ciudad. Su padre es médico y tiene una clínica que da a la muralla de la puerta de Poniente. A él le enyesaron allí una pierna rota cuando tenía doce años. Pero al mismo tiempo que siente el placer y la punzada de orgullo, siente el pánico de que solo sea un sueño. Los sueños no se hacen realidad. Están precisamente para explicarnos lo distinta que es la realidad. A eso se dedican los sueños.

Lo que pasa es que ya no puede dar marcha atrás.

Él no puede retroceder a la mirada de Cándida ni a la mujer que ha perdido el oremus ni a la cocina de luz cobriza.

Él debe seguir y mirar para adelante, porque lo que sea tendrá que ser. Ni él mismo podrá evitarlo. Ese pensamiento lo anima y al mismo tiempo lo hace temblar.

—No sé, Azarías. A lo mejor...

A la entrada de La Florida, pasando el murete de rosetones blancos y azules, hay dos abetos gigantes donde las cigüeñas hacen los nidos. Producen una umbría de bosque cerrado, alpino, de sonidos húmedos y senderos ciegos, donde los campos de trigo en barbecho, las llanuras quemadas por el sol o por el hielo, en las que a veces suena la esquila o la dulzaina, son tan remotos como un mar levantino.

Desde pequeño, ha pasado muchas horas bajo esos abetos. Jugando, contando historias. Luego, leyendo en el banco de hierro con un zarcillo de forja. Aquel sitio lo hace feliz o mejor dicho lo hacía feliz hasta hace poco. Una país en el que era rey. Echa de menos los días de paz en ese sitio. Ahora no podría quedarse allí ni medio minuto. Ahora no puede quedarse ni medio minuto en ninguna parte. Pasa las horas yendo de un lado a otro, se sienta únicamente para levantarse, no sabe adónde ir, no le gusta ningún sitio, pero lo busca todo el rato, cree que se le ha olvidado un lugar en el que nunca ha estado, que se lo está perdiendo, aunque también sabe que

nunca ha existido, bueno, sí existe, lo que pasa es que no existe en el espacio. Existe en el peor de los lugares posibles: en el interior de sí mismo, donde jamás se atrevería a buscarlo.

Lo daría todo por volver a ser el que jugaba o contaba historias o leía en el paraíso de abetos, sin tener que salir de aquel mundo pequeño para estar feliz y tranquilo. Cómo le gustaría borrar de su mente el último año de vida, borrarla a ella de paso, borrarla del mundo, que no hubiera nacido ni respirado, que hubiera muerto, que fuese fea y estúpida, y pobre y sucia... Nadie podía odiarla más que él, nadie. Y nadie era tan odioso, nadie.

Pero entonces ella aparecía incluso más radiante y en mitad del infinito odio se manifestaba el infinito amor.

Pasaba algo terrible. Por culpa del odio, el amor parecía ahora más esplendoroso, invencible. El amor le había robado su fuerza al odio. Lo había inventado para luego poder quitarle su furia y quedársela. La misma fiebre.

El corazón hacía trampas, era una trampa.

Cómo fiarse de un amor que fabrica odio y miedo solo para hacerse más grande.

Mientras sube la cuesta hacia la puerta de Oriente de la muralla, recién abandonado el parque de La Florida, va mirando hacia su izquierda, hacia la bruma que planea sobre las alamedas del río y que suspende en el aire las lejanas montañas de Gredos. En esos lugares ha pasado momentos dichosos, largas tardes de baño, acampadas en navas y en la orilla de las lagunas.

Momentos que no volverán. De eso está seguro. Aprende deprisa. Aunque todo saliera bien, lo de antes no volverá.

Y está aprendiendo deprisa, porque necesita hacerlo, dentro de una hora aproximadamente ya no le quedará tiempo. Será una cosa u otra, pero el tiempo para aprender faltará para siempre, o al menos durante muchísimo.

Al cruzar la bóveda de la puerta de Oriente aparece la Ciudad. La calle de fachadas de piedra, la plaza con la fuente de Démeter, el palacio renacentista que sale en los libros de texto. Y la casa de ella, el tercer piso de un edificio moderno decorado con frontones y columnas. La calle es la calle Madrid, donde se encuentra uno de los dos cines de la Ciudad, y que desemboca en la plaza Mayor. Los edificios están siempre del color del ocaso, que es el color con que los pinta el paso del tiempo. Más cobrizo.

Por la calle circulan apenas un puñado de personas, aunque es domingo y mediodía. Hay bastantes comercios y escasa concurrencia. Solo en los días de mercado, en los que se presentan en el pueblo portugueses, serranos, aldeanos, hurdanos, gracias a los que sobrevive, parece una vía animada.

Se fija en la forma de vestir de los que se va cruzando. Tiene una conciencia algo suspicaz de las indumentarias. Ha visto algún abrigo Loden, alguna zamarra de piel vuelta, charol: él lleva el chaquetón de paño azul al que su madre cosió dos hombreras de cuero para la lluvia, el pantalón de pana marrón y las botas camperas a las que ha dado grasa de caballo. A veces, cuando sube a la Ciudad, nota que se encoge dentro de la ropa.

En el pueblo existe la costumbre de emperejilarse los domingos, sobre todo si se viene del arrabal a la Ciudad. La Ciudad es la ciudad vieja, a la que hicieron Patrimonio Nacional, donde están las cafeterías y los cines, las tiendas de moda, el casino, el instituto y las quince iglesias que se inclinan ante la catedral románica, ya algo transida de gótico.

Él no se emperejila o, como dice su madre, él no se «arregla». Le gusta ir limpio y sin rotos, pero no soporta la idea de disfrazarse de lechuguino. Nunca se consigue la naturalidad. Nadie del arrabal lo consigue. La elegancia de los espantapájaros, un traje remendado y un sombrero de paja agujereado. Él no podría presentarse ante Brígida con un Loden y unos zapatos de charol o de ante. Se reiría de él, aunque no más de lo que se reiría de sí mismo si se viera en el espejo de sus ojos. Una risa idéntica a una lástima. Piensa que si Brígida llevara un chaquetón de paño con hombreras cosidas y botos camperos, no parecería del arrabal, sino una muchacha original que había traído el invento de algún viaje a la capital. ¿Y qué parecía él? ¿Qué le parecía a ella?

Brígida suele llevar jerséis de lana y blusas de flores, zapatos marrones con tacón pequeño y un abrigo o una gabardina, color beis, que son un simple abrigo y una simple gabardina. No viste muchas faldas, le gustan los tejanos, que son caros y raros. En el pueblo solo venden los de tela de mahón. Sin embargo, da la impresión de que Brígida ha inventado su forma de vestir.

Intenta verse con los ojos de Brígida. No puede. Nunca puede.

Llega al ensanche del cine Madrid. Es una medio plazoleta, con la escalinata del local y enfrente la explanada con grandes puertas de un

palacio barroco, perforado por alguna humedad y salpicado por viruelas de herrumbre.

Ponen *Bonjour tristesse*, una película sacada de una novela que han leído en francés en el instituto. La cuadrilla ha quedado en venir a verla por la tarde. Pero esa tarde, la tarde de ese mismo día, está aún más lejos que el día en que tendrá que irse a estudiar Medicina a Salamanca, ya el curso que viene. El futuro del año que viene está cerca si se compara con el que sobrevendrá esa tarde, cuando ya haya pasado lo irremediable.

Quizá todas las cosas que van a pasar en la vida pasan en una hora, en un minuto. Las de su vida van a pasar en un instante dentro de un rato. ¿Con quién y con qué ánimo verá esa película a las seis y media de la tarde? ¿La verá siquiera? ¿O la verá sin verla, igual que lleva viviendo sin vivir las últimas semanas o meses, como si fuese un invitado a su propia vida?

Cree que aún recuerda el olor de la sangre de la pelea en la plazoleta el pasado verano. ¿La sangre tiene olor? Los hurdanos venían por la puerta de Oriente y los del arrabal del Puente subían desde la plaza. Eran dos bandos equilibrados, escuadras de combate. Él y algunos del equipo de fútbol se estaban despidiendo bajo la escalinata del cine. Los otros se trabaron sin mediar palabra. Se odiaban de lo mucho que se parecían. En sus arrabales no hay pobreza, solo han alcanzado la miseria. Viven en casas de adobe, no tienen electricidad ni agua, compran cebollas a las que llaman «golosas», no van al instituto, sus familias trabajan en lo que pueden, en la quincalla, en la trashumancia, en peonadas de Pascuas a Ramos.

Los del fútbol se pusieron en medio para separarlos. Mal hecho. En poco tiempo, los odiaron más a ellos. Chicos buenos y sanos, con camisetas de equipo, que competían en ligas de juego limpio, respetados como aprendices de héroe. Un odio superior al que se tenían entre ellos. Él tuvo a uno preso bajo el sobaco, medio estrangulado, y a la vez soltaba patadas a ciegas, espantando. Llevaba una camiseta blanca que salió roja. No sabía de quién era la sangre. Había piernas y cabezas que danzaban sin cuerpo, caras chorreando que parecían máscaras de cartón empapado..., los golpes no se sentían, se estaba en el suelo o de pie sin haber llegado hasta allí, se mordía el polvo lo mismo que el cielo, el reloj iba lento y las manos rápidas. En ese rato no duele. El dolor es después, cuando ya no tiene razón de ser. Vinieron tres municipales y sacaron las porras para nada. Hay un punto en que los enemigos quieren seguir hasta el final, ya no quieren irse, ya no quieren

paz. Solo quieren acabar lo empezado. Hasta que no llegó un furgón de la Guardia Civil y se sumaron a los municipales no se dictó el armisticio.

Lo siguiente que recordaba fue estar en una sala del cuartelillo y que la madre llegó y se puso a llorar por lo bajo. No le preguntó por las heridas. Luego lo soltaron y se fueron andando a casa. La mujer ya no lloraba, solo parecía ofendida. No se dijeron palabra. No lo mencionaron tampoco más tarde.

Ha llegado a la plaza Mayor. Hay gente parada en la fachada del palacio de Manrique, apoyada en las columnas de la arquería y acompañada de la banda de chuchos con el hocico saludando al sol. El jefe es un viejo mastín que antes guardaba el campo de tiro de los Polvorines, en los tesos, y al que debieron de despedir o se despidió él. No tienen amo ni lo buscan. Andan en la plaza por si cae algo. Se pegan a los humanos que lagartean y miran el *As* o *La Gaceta*, algunos por encima del hombro, y que en domingo descansan de la lucha por la vida. Para eso son los domingos en esa región pobre y monumental, por la que atraviesan en invierno bandas de niños abandonados o huérfanos que peregrinan de pueblo en pueblo, mendigando por las casas sobras de comida o reales para comprar pan, vestidos con las chaquetas raídas de sus padres o abuelos, los zapatos destrozados, los pantalones atados con cuerda.

Es la una menos cinco. Con el corazón en la boca. A la una, Brígida saldrá de San Damián y entonces él hará lo que ha ido a hacer. No comprende este pavor. Es nuevo para él. El problema es que este miedo no desaparecería si abortara la decisión. Es un miedo que ya va a su aire, suelto como un perro. Pero no hay vuelta atrás. Es destino. Está escrito. En su cabeza.

En la plaza hay tres cafeterías y dos bares pequeños. En comparación con los días laborables, hay público. Dentro y fuera de los locales. Los refrescos son caros, la Mirinda, el Kas. Lo más barato es el vino, el pesetero. Y lo más caro, comer o picar algo. Aunque hay bares en los que dan un pincho de oreja o una patata revolcona.

Se ha dado cuenta de que el trayecto es un error. Debería haber dado un rodeo. En la plaza puede toparse con los amigos con que se han citado poco más tarde en los jardines del Castillo. Error, error. Mal augurio. Se acuerda del guerrero troyano que se espantó al ver a un águila llevando en el pico a un dragón. Ese espanto es el suyo ahora.

Le gusta leer sobre griegos; sin embargo, va a estudiar Medicina, y don Severino no está de acuerdo.

Se detiene en los soportales del Ayuntamiento y lanza una mirada exploratoria. Cualquiera de los amigos podría surgir por una bocacalle. Enfilando la cuesta hacia la puerta del Viento ve precisamente a don Severino, marchando a alguna de sus caminatas por el río o por la carretera de la vega, respondiendo marcial y escuetamente a los que le rinden saludo de canónigo de la catedral.

Don Severino es importante para él. Su madre lo matriculó cuando tenía diez años en unas clases gratuitas del instituto, por la tarde, que llamaban «permanencias». Había de diferentes materias: inglés, guitarra, matemáticas, lengua... y ella lo colocó en lengua, porque no había dinero para una guitarra, que era lo que quería él, y porque a ninguno de los dos se les ocurrió inglés, ¿para qué?, nunca habían visto a uno. Don Severino lo adoptó. Y él lo aceptó como si fuera natural, es decir, algún día alguien tendría que adoptarlo. Sacarlo de su casa, enseñarle un paisaje. Darle afecto gratis. Al canónigo le maravilló el pico de oro del crío. Hablaba como alguien mayor, tenía una varita mágica para el lenguaje. Hacía discursos sobre cualquier cosa y se perdía en ellos. Cuando todo anunciaba naufragio, entonces, por el horizonte, asomaba la vela blanca y limpia de un razonamiento inesperado. El canónigo se lo dijo a sus padres y se convirtió en una especie de preceptor *in pectore*. Le cogió cariño. Quizá también temiera por él. Últimamente se han distanciado algo por la decisión de estudiar Medicina. Don Severino se inclinaba por Derecho. «Tu memoria, el don de la palabra..., se lamenta el cura. Quieras o no quieras, tienes el don de la palabra, y tendrás que ganarte la vida con él».

Por supuesto, él no piensa que tenga ningún don. Siempre ha hablado así y, aparte del canónigo, nadie lo ha mencionado nunca. Es el temperamento de don Severino, intenso, exagerado. Y en sus ojos tártaros siempre brilla una fiebre que atemoriza. Se parece al actor Yul Brynner, pero don Severino es más bestia.

Por medio de la plaza cruzan el dentista joven —hay otro muy mayor, al que nadie se atreve a visitar— y el jefe de Falange, que también es concejal de la Juventud y en sus ratos libres, otorrino. Los dos tienen una edad indefinida, quizá porque es gente que no cambia por nada del mundo, y no necesitan la edad para orientarse. El otorrino falangista les da en el instituto

Formación del Espíritu Nacional leyendo en voz alta el libro de texto y ordenando dónde deben subrayarlo. Te reirías de sus clases, si antes no te hubieran hecho llorar. Es pariente de Brígida, por algún lado. Se lleva mal con Andrés, que es de la Organización Juvenil Española, la OJE, pero no por asuntos de ideas, aunque es cierto que los de Falange quieren que los de la OJE sean falangistas, y Andrés y los de su grupo no quieren. Tiene que ver con el local del Hogar Juvenil. Es un local que usa la OJE desde siempre, pero pertenece al Ayuntamiento. Aunque quizá lo que hay entre ellos sea solo una cuestión de piel. De piel que se repele.

En cuanto al dentista, es un hombre enclenque y sádico, al que le gusta mucho hablar de héroes. A él le dijo una vez, cuando era pequeño, que tenía madera de héroe, por la forma en que había superado el miedo. El día anterior, en cambio, le había ofrecido una bofetada por ponerse histérico. El otorrino y el dentista, el falangista y el maestro de héroes cruzan la plaza pisando huevos, incluso se detienen de pronto como si surgiese un tema concienzudo, capital. A casi todo el mundo le da vergüenza quedarse parado allí, en medio de la plaza Mayor. A ellos no.

En los carnavales, que ya llegan, la plaza se convierte en ruedo. Así que resultan toreros en el centro del ruedo. Unos toreros quietos y con pinta de cabrones, la verdad. En su fuero interno, para ellos Franco no ha muerto ni morirá. El alcalde, a los pocos días de fallecer el Generalísimo, se atrincheró con una escopeta de postas en el edificio de Sindicatos. Gritaba que llegaban los rojos por el camino de Sancti-Spíritus. Esos dos fueron elegidos para convencerle de que saliera, de que todo seguía igual. Atado y bien atado. Al fin y al cabo, al rey lo había nombrado Franco. No podía traicionar.

Andrés deja los soportales y se mete por la calle del Sepulcro. Enseguida viene el olor a bacalao rebozado de El Arriero. En la puerta hay un chaval de su curso al que llaman Calígula, aunque nadie sabe por qué. Anda un poco tocado, cierto, y va por ahí con un libro de Ortega y Gasset que abre de pronto y lee en voz alta. Andrés no cree que Calígula esté loco, sino que es su forma de defenderse, pero no de lo de afuera, sino de las ideas que le pasan por la cabeza y que no puede parar. Entonces se hace el loco o se vuelve loco para dejar de prestarles atención.

—¿Nos tomamos un bacalao, eh, forastero? —dice Calígula, que siempre le llama forastero, porque sabe que no ha nacido en el pueblo.

—Ahora no, llevo prisa —contesta, sin ganas de enhebrar.

—¿No tienes dinero?

—Ni dinero ni tiempo.

—Vaya. Yo no tengo dinero y tengo tiempo. Soy más rico que tú, entonces. Hala, majo, hasta otra.

La calle Sepulcro dobla hacia la Vía Ferreteros, frente a las Clarisas, y entra en la plaza de la iglesia de San Damián.

Da una vuelta por el atrio, lo deja y se sienta en el murete que rodea a una fuente con pileta. Sale un chorrillo de un caño por dentro de una boca de pez.

Siente latidos fuertes en el pecho. El corazón pega saltos y teme que le salga por la boca, como el agua por la boca del pez. Si lo vomitase delante de Brígida, ella tendría que preguntar: ¿y ese corazón? Él mentiría. No es mío. El mío lo llevo dentro. No soy de los que escupen corazones. Puede ser de cualquiera, por aquí pasa mucha gente.

Le ha parecido escuchar un cuclillo. Luego le parece que es un garrapatero. Y al final, un torcecuellos. Hay un par de cipreses en una esquina del murete de la fuente, apuntando al cielo como dardos, uno más romo que otro, porque son macho y hembra. A lo mejor, el torcecuellos anida por ahí.

Se queda mirando el cielo. Quiere encontrar amplitud, descanso de la congoja. Pero al aterrizar de las alturas se siente empeorado.

Los feligreses han comenzado mientras tanto a abandonar la iglesia.

Muchos abrigo oscuros, como ropaje talar y, de improviso, saboteando la pía procesión, un abrigo rojo, rojo carmín, que tremola como una llama en un túnel.

En el abrigo va Brígida. Él nunca se lo ha visto. No parece de su estilo. Quizá él no sepa tanto de sus gustos como cree. En todo caso, él no está preparado para decir lo que tiene que decirle si ella no se quita ese abrigo. Ese abrigo llamarada y sangre no estaba en el guion, otro mal augurio.

Estaba preparado para un abrigo beis. Marrón. Azul celeste, a lo sumo. Estaba preparado para la Brígida que se conocía al dedillo, sin sorpresas. ¿Le había leído el pensamiento? ¿Iba a utilizar sus armas de mujer, aquel abuso de color, para hacerle callar? ¿Era una mordaza del tamaño de un abrigo?

Brígida se acerca con una sonrisa perezosa, que no se sabe si viene cansada de sonreír o es la primera del día, flanqueada por el padre, muy alto. La madre y la hermana se han rezagado hablando con otra familia. A San Damián va la parroquia prócer. Los del arrabal nunca suben a misa a la Ciudad. Tienen sus iglesias y su devoción modesta. Es su día de fiesta, libre de comparaciones y de resentimiento.

Cuando llegan adonde él espera, el padre pregunta a Brígida:

—¿No me dijiste que habías quedado con la pandilla?

—Ahora vamos a buscarlos al Castillo —dice Brígida, mirándolo a él.

El padre se dirige al muchacho y pregunta:

—¿Vais a encontraros con la pandilla?

—Sí, señor.

Pero el hombre no se marcha. Lo mira desde las alturas con dos ojos grises y fríos, las ondas del pelo rubio zurcidas ya de alguna cana, el empaque de un senescal con Loden consciente de los efectos de su presencia.

Andrés se siente cohibido, pero aguanta la mirada. Y mientras se la aguanta, su interior hierva. ¿De qué? ¿De impotencia? ¿Por qué no puede decirle que deje de mirarlo así? No, no puede. Brígida es la razón. Bueno, una de ellas. Hay una furia en él.

Desvía la cara hacia Brígida. El padre aún tarda en irse.

Brígida no parece haberse dado cuenta de nada, y en ningún momento presta atención ni a la insistencia del padre ni a los sentimientos que atraviesan al amigo.

Es una muchacha tranquila, puede que indiferente. Una indiferencia endurecida y disimulada por el rostro jovial, incluso tierno. Pero esa indiferencia, que a lo mejor es solo una distancia que ni ella misma conoce, que se sorprendería al descubrirla, la rodea como un foso de agua fría a un castillo encantado.

No se dicen palabra hasta llegar al cruce de Ferreteros.

—Si te parece, vamos por la muralla —propone él.

—Vale, da un poco lo mismo —dice Brígida.

Pasan Correos, la comisaría de policía y la imprenta de don Álvaro sin hablar. Sin mirarse. Sin embargo, él marcha muy consciente del par de codos que les separa. Del ritmo. Por momentos, se rozan. Pero no chocan ni rebotan. Eso está bien. ¿Otro augurio?

Muchas veces han caminado junto al otro, pero yendo a alguna parte, haciendo un recorrido que conocen, y con el ritmo aprendido. Por ejemplo, cuando van y vienen del instituto.

Entre la esquina de la casa de Brígida con la calle Madrid, donde se encuentran a la ida y donde se separan a la vuelta, y el instituto, hay cuatro minutos. Clavados. O por lo menos ellos los clavan. Suelen ser muy puntuales.

¿En qué momento empezó a llegar antes y a esperarla? ¿En qué momento empezó a maldecir las intromisiones de amigos y conocidos que le robaban metros y segundos en su trayecto hasta la esquina de despedida? A ver, ¿en qué momento?

Esas cosas fueron la alerta y luego la alarma. Mucho antes de que pudiera confesárselo a sí mismo, la realidad había abierto su corazón de par en par. Aunque él tardó en mirar ahí.

Llegan a la puerta de Poniente. Suben por la escalinata entre las dos torres, de hecho, dos edificios nuevos revestidos de la piedra cobriza del pueblo. Uno de los amigos que les está esperando, Solórzano, vive allí. Andrés va delante y el abrigo rojo lo sigue a dos escalones. Ya lleva un rato con aquel aroma a cantueso, que le mortifica. Piensa en el color rojo del abrigo y en aquel olor de Brígida, y entra en desesperación. Está seguro de que cualquier otro aroma, a tomillo, a genista, a limón, no le producirían ese efecto. Pero en ella el cantueso es un elixir. Un filtro. Al final, un veneno.

Le dan ganas de llorar. Le dan ganas de salir corriendo y llorar, llorar, llorar para desahogarse. Porque se está ahogando. Se ahoga en un río de colores y olores desconocidos que lo arrastra. Manotea, se resiste y, claro, se hunde más.

No debe hablar. Debe correr hacia ella, apretarla y besarla. Besarle esos labios que parecen el dibujo de un niño. Ninguna palabra antes de su beso o abrazo. Todo estaba mal pensado. No dejará que se resista. No dejará que se libere.

Se muere de miedo.

Brígida llega arriba.

—Bueno, vamos —dice ella.

Andrés se fija en que se ha puesto seria. No gravemente seria. Seria como cuando se cruza un pensamiento y el pensamiento no acaba de pasar, se traba.

Él no se ha movido. Entonces ella toma la dirección de los jardines del Alcázar. Pero él dice:

—Prefiero que vayamos en el otro sentido.

—Eso es dar la vuelta entera a la muralla —contesta ella.

—¿No quieres?

No es una pregunta, es la angustia que se arroja por la muralla, como se lanzaría un demente a unos brazos que esperan abajo para amortiguar el golpe de la caída.

Brígida le mira callada y quieta. No hay sonrisa ni desapego. Tampoco parece resuelta. Es un viajero en viaje, mirando por una ventanilla. Lo que ve aún no sabe si le importa.

—¿Por qué no iba a querer? Es temprano —dice.

—Hace tan buen día... —dice él, y nota en los huesos que lo que acaba de decir es una claudicación, una cobardía.

Se da cuenta de que le falta valor. Se da cuenta de que ha tenido que justificarse. ¿Cómo le dirá ahora, después de hablar del tiempo, por Dios, del tiempo, que en realidad tenía algo que decirle y por eso buscaba el rodeo?

—¿Vamos por las cañoneras o por la ronda? —pregunta ella.

No se le había ocurrido. Por las cañoneras se va más alto, da más fuerte el aire, el paisaje es grandioso. La ronda es más íntima, se camina con el muro almenado a la derecha y los caserones a la izquierda.

Pero él ha dicho que hacía buen día. Lo coherente sería optar por el paisaje, por el aire azotando. Si en cambio, propone la ronda, ¿quién le asegura que allí encontrará la audacia que necesita?

—Vamos por las cañoneras —dice, y es su segunda claudicación.

En el fondo, ya ha admitido que el plan de alargar el camino hasta donde esperan los amigos no ha producido más coraje. Lo gastó todo en sugerir el rodeo.

Hay más daños todavía: por el camino de arriba hay que ir de uno en uno, saltando las cañoneras, rodeando los baluartes, con precaución, porque no hay valla ni defensa ante la caída de quince metros.

Brígida se adelanta y sube por unas muescas del muro. Le gusta ir delante. Incluso alejarse un poco. Lo hace por sistema, en las excursiones, cuando van en grupo. No le queda más remedio que seguirla y dedicarse a contemplar su espalda de bermellón ondeante con el penacho castaño. Y

está su forma de andar, como si tuviera un pequeño resorte en el talón que la impulsa un poco más cuando el talón ya está arriba. No conoce a nadie que camine así. Tampoco conoce a nadie que sea mezcla de garza y yegua, como Brígida, porque es una mezcla imposible. Pero él lo tiene claro. Es garza y yegua. Una garziyegua que anda con muelle. De modo que es eso lo que él puede hacer, contemplarla a distancia. Mortalmente vencido por sí mismo. El peor desenlace de una batalla, capitán.

Pero aún no está muerto del todo. Eso cree. Está perdiendo sangre, pero le quedan las últimas fuerzas. Eso cree.

Abajo se extiende la vega del Húmera, atravesada por las alamedas alfombradas desde el otoño, los cuadriláteros verdes de las huertas, los chamizos encalados de los hortelanos en un aire de cristal fulgente.

Llegan a los contrafosos, donde los chavales de San Cristóbal y La Estrella han construido porterías con palos de chopo. Durante el invierno, el campo de fútbol se convierte en una laja de hielo que, en una de esas costumbres contagiosas, la gente apedrea desde la muralla. En primavera, hay que limpiar ese canchal si se quiere dar dos patadas al balón. Él ha jugado mucho en los contrafosos, allí empezó a ser apreciado como medio defensivo, en la zona de combate.

Se ha detenido un momento y Brígida se ha alejado. No mira atrás. No sabe mirar atrás. Quiere llegar pronto al Alcázar y encontrarse con los amigos. Él no existe. Ella pasea sola. Si él se parase, Brígida se plantaría en el Alcázar tan tranquila. Mientras, él seguiría pensando en la época en la que jugaba al fútbol en las eras de los contrafosos. Bueno, no estaría pensando en eso ni mucho menos. Estaría pensando en que Brígida le ha abandonado sin enterarse siquiera.

Se le ocurre algo. Ella está lejos. Él ha venido a decirle lo que no puede guardarse más, porque se le está pudriendo. No regresará a casa con el buche enfermo y atascado.

Brígida está ya en los frontones, dos paredes de cemento en la puerta baluarte del Meridión.

Tiene que acercarse un poco, porque a la distancia de ahora sería como no hablar con nadie. No le aliviaría nada. Así que trota un poco y se queda a treinta pasos, quizá. Ella sigue sin darse la vuelta.

Entonces se decide a hablar:

—Hemos venido por este camino, porque tenía que contarte una cosa. Una cosa, ¿me entiendes? Es importante. Escucha.

Inmediatamente se da cuenta de que en ese volumen de voz no le ha oído ni el cuello de la camisa. Brígida ni puede ni debe escucharle, de acuerdo, pero la confesión, aunque no la alcance, tiene al menos que simular que tiene delante a la mujer. A diez leguas no vale.

Él tiene que soltarlo, aunque le falte el valor para que ella lo escuche.

Brígida ha decidido pararse en los frontones, quizá haya alguien jugando. Quizá ha sentido que él se ha quedado atrás. Por tanto, él se detiene también.

Se arma de coraje:

—No sé si te habrás dado cuenta, en estos meses yo... —y vuelve a interrumpirse por la sencilla razón de que la voz sigue sin fuerza, mohína, cagona.

Entonces, ya enfadado, grita a plena impotencia o le parece que grita:

—No... no sé si te habrás enterado, si lo sabes o no lo sabes, porque deberías saberlo, coño, dejar de hacerte la loca...

Sí, algo de grito ha salido, porque desde la distancia de los frontones Brígida se ha vuelto y también a gritos le pregunta:

—¿Estás diciendo algo? ¿Me estás hablando a mí?

Y él ya con el último suspiro, la vida escapándose, pronuncia la tercera claudicación, si bien siente que todas estaban ya en la primera:

—No. Solo cantaba.

—¿Y qué cantabas? —pregunta ella.

—Una canción..., una de José Feliciano —su tono es el de un hombre al que no escuchan, y que daría cualquier cosa por no escucharse a sí mismo, por quedarse sordo a sus pensamientos.

—¿Qué canción es? —pregunta Brígida cuando vuelven a reunirse.

—*Pueblo mío* —inventa.

—Me gusta. ¿Me la cantas? Así será más entretenido este paseo tuyo.

Y de esa manera, entre la puerta del Meridión y la de Oriente, él se lo pasa cantando *Pueblo mío*, y le da tiempo a cantarla dos veces y media antes de escuchar la gloriosa humillación que ella le propina y que contrasta dolorosamente con las ilusiones que se había hecho sobre aquel paseo y con su patético sueño de victoria:

—Mira que desafinas...

—¿Te he dicho yo alguna vez que fuese cantante o resulta que he cantado porque me lo has pedido? —responde vivamente, extrañándose de la energía que ha sacado de pronto.

—No te sulfures, era un comentario —dice ella mirando a otra parte, en concreto, a su arrabal de La Estrella, en el que destacan el bosquecillo de abedules blancos y el campanario de San Andrés, en una mancha de tejados parduscos.

Observa el perfil de la mirada atenta de Brígida. Hay un reflejo ámbar en la pupila de miel, una llama incierta. Brígida es la Ciudad, piensa. La Ciudad mirando el arrabal. ¿Mirar el arrabal de La Estrella es mirarlo a él?

Ese pensamiento lo desconcierta. Por un lado, le halaga, le hace concebir esperanzas. Por otro, reniega. Él quiere que Brígida mire hacia donde él quiere. Y hay sitios a los que no hace falta que mire. Ni le importan ni le tienen que importar. Porque él tampoco mira hacia ellos. Y mucho menos están allí para que se pongan a mirarlos juntos.

—¿Sabes lo que te digo? Que te voy a estar cantando a José Feliciano hasta que lleguemos al Alcázar —se le ocurre, en un acceso de determinación—. Quiero que juzgues mi arte con conocimiento de causa.

Y Brígida empieza a reírse, se ríe, y acaba explotando de risa.

Él es mejor cuando hace reír, cuando escapa de sus infiernos y pozos, pero no lo sabe, mejor dicho, lo sabe, pero no es la manera en que quiere verse a sí mismo. Cree que no hay diferencia entre él y sus infiernos y pozos. Que los lleva puestos, como Brígida la chispa ámbar.

Luego ella echa a correr como si huyera del mismo diablo. Andrés la persigue y, por un momento, escuchando su risa y corriendo tras ella se olvida del fiasco. Del rotundo naufragio de aquella expedición.

De pronto, piensa: si la atrapo, tengo derecho a sujetarla, a dominarla, a abrazarla. Es el juego, perseguir, dar caza, quedarse con la piel de la pieza.

Así que corre, corre sabiendo que es más rápido que la muchacha, que va a ser suya en segundos, cuando hace apenas un instante ha estado más lejos que nunca.

Ya está encima. Solo tiene que alargar los brazos y someterla, apretarla contra él. Nada más fácil, nada más lógico, la ocasión y la regla del juego lo exigen.

Pero se para en seco. Es como si lo alcanzase la oleada de cobardía que se había ido rezagando desde la puerta del Meridión.

Brígida ha seguido corriendo y se aleja. Luego se detiene y vuelve la cabeza. En su cara hay una interrogación, como si le preguntara qué haces, qué haces ahí parado, ¿no estábamos jugando a que me cantabas a la fuerza canciones de José Feliciano?

El siguiente gesto quizá sea de decepción. La cara de Brígida solo esboza emociones y las borra enseguida. Es difícil interpretarla, es difícil saber si hay algo que interpretar.

Ella prosigue su camino y él debate seriamente sobre volverse a casa. Ya sabe que la idea es estúpida e infantil, pero lo arrastra. Volver a casa para llorar a gusto o para darse de hostias a gusto. Sería hacer algo, porque poco más sacará ya de esa mañana. Sin embargo, conoce las consecuencias. El juicio de Brígida ante la espantada, la vergüenza, lo inexplicable de la reacción: tendrá que balbucear excusas mentirosas, más lasas sobre la gran losa de silencio de su secreto, de su cobardía.

Ante la duda entre irse o quedarse, decide dejarlo a la suerte. Que la suerte emita veredicto. Si Brígida se detiene a esperarle, entonces seguirá andando. Si Brígida continúa como si tal cosa, entonces regresa a casa.

Y ahí se queda, como un cipo romano en una almena, con el Alcázar al fondo y, abajo, el puente nuevo y el molino, hacia las colonias blancas de los arribes.

En el tramo final ya no hay cañoneras y solo hay ronda. Arriba de una cuesta, aparecen los jardines apoyados en bancales, declinando hacia la vega y el puente romano: algunos cipreses, ailantos, prunos, arcos de piedra y pérgolas con rosales desnudos. Es un jardín cerrado al público, pero ellos entran porque el jardinero es el padre de Chapi.

Brígida baja de las cañoneras y, apoyada contra el muro y sin mirarle, le espera. Mira al cielo, limpio como un iceberg azul, con las manos en los bolsillos de aquel abrigo con malos presagios. Mira al cielo como todos los que miran al cielo, por algo que no quieren ver en la tierra. A él, por ejemplo. Y de esa forma el cielo se convierte para él en lo contrario del Cielo.

Al menos, le da un respiro. No tendrá que huir a casa para lamerse la herida ni se prolongará la tortura. Y podrá escapar al rollo malo de lo que vendría después, excusas, balbuceos, más cobardía.

En fin, lo cierto es que ha tenido su oportunidad. En ese domingo no habrá ninguna más. Ahora estarán con los amigos. Por la tarde han quedado

en la puerta del cine. Luego darán una vuelta por cualquiera de los tontódromos del pueblo, y a casa. No estarán a solas. Total, para lo que le ha servido...

—¿Te has cansado de repente? —pregunta Brígida—. ¿O es que te gusta más jugar solo?

—No sé qué querías que hiciera. ¿Agarrarte para que no escaparas? Tenías más ganas de correr que yo, ya está.

La muchacha se acerca. Le mira a los ojos sin pestañear. El óvalo de la cara parece temblar como tiemblan los lagos quietos, los lagos de albayalde con ojos fantasmas de miel. A él le gustaría besarla en ese instante, fundirse en sus labios, y eso le hace daño, aunque menos daño que saber que ni siquiera va a intentarlo, que ni siquiera es capaz de imaginar que va a intentarlo.

—Te está pasando algo, ¿verdad? —dice ella—. Puedes contármelo, si quieres. Yo te conozco, sé cuándo cambias.

—Pues estoy igual que siempre, más igual no puedo estar —responde a la defensiva, como si ahora temiese que Brígida hubiera descubierto su secreto, en vez de aprovechar la ocasión que le acaban de servir en bandeja.

Una ocasión de oro y que ni siquiera ha tenido que procurarse. Ningún esfuerzo, Brígida expectante, solo tiene que poner el corazón en una mano y apuntarle con el índice de la otra.

Y, si quiere, dos palabras. Dos palabras, ni una más, que lo explican todo. Hasta lo que no dicen. Hasta lo que imaginan que ocultan.

Y ya está, aquí paz y después gloria.

Lo que pasa es que esas dos palabras también cambian el mundo y ya no hay otras palabras que lo devuelvan adonde estaba.

Son palabras que hacen nacer, pero que también matan.

Son palabras que borran el pasado y borran el futuro.

Se dicen de verdad una o dos veces en la vida. Muchas almas se van con ellas sin haberlas pronunciado. No importa que seas niño, joven o viejo. No importa que te arrepientas de haberlas dicho. Ya no importa nada.

—Lo que tú digas. A mí me sigue pareciendo que tienes algo. Mírate el ceño, cuando seas mayor ahí tendrás una arruga como un surco de arado. Pero allá tú... —dice ella echándose a andar cuesta arriba, hacia la cancela de los jardines.

Deja detrás una vaharada de cantueso que lo noquea definitivamente, pero que lo obliga a seguir sus pasos como un boxeador grogui en busca del último crochet.

Desde arriba, Chapi está haciendo señas. Entran y se dirigen a la glorieta de la cisterna donde también están Chantal y Solórzano, cada uno en un banco. Brígida va a sentarse con Chantal.

—Aquí te hago un sitio —le dice Chapi a él.

—Voy a quedarme de pie —contesta.

—¿De dónde veníais? —pregunta Chapi—. ¿Os habéis encontrado?

—Andrés me dijo que me recogía de pasada por San Damián. Luego se le ocurrió dar una vuelta a la muralla —responde Brígida, como si ahora ese plan le pareciese disparatado.

Andrés percibió la forma en que ella se desentendía de cualquier participación en la idea del paseo.

—Teníamos tiempo —acaba diciendo él.

Solórzano le mira con sus ojos verdes saltones y una mueca indescifrable en el rostro exangüe. Dice:

—Uno se cansa de ver siempre las mismas cosas, la misma muralla, las mismas calles, las mismas caras y hasta los mismos perros. No sé cuánto hace que yo no doy un paseo... —parece desanimado, en contra del talante habitual.

—En cualquier parte es lo mismo, no te hagas ilusiones, las mismas caras y los mismo perros —ha comentado Chantal—. Si no te mueves aquí, tampoco lo harás en ningún otro sitio.

—Tiene que haber diferencias —dice Solórzano.

—En qué —interviene Brígida, con una mirada interesada a Solórzano, que Andrés siente como un puñal.

—En la curiosidad.

—Qué quieres decir —pregunta Chantal.

—Ya estamos con liadas —protesta Chapi, embutido en la camiseta de rugby que ganó el año pasado en las olimpiadas del pueblo.

Pero Solórzano ya no responde. Su costumbre es dejar las ideas colgando de un alambre, como las concertinas de verbena. Chantal se remueve en el asiento, pero Brígida le observa con algo muy similar a la admiración.

Andrés se da cuenta de que a él nunca le ha mirado así. Solórzano es inteligente, es de la Ciudad, es alto y melancólicamente delgado, su familia

tiene la mejor zapatería, sabe de música extranjera y a los Beatles, de memoria. Es su amigo, pero dejará de serlo enseguida, si ella sigue poniéndole esa cara.

También Solórzano tiene su atención en ella, pero su rictus no es tan devoto. Por su cara pasan sombras. Hay más gente a la que hacer caso, incluso podría molestarse en contestar a Chantal. Andrés piensa que es un rictus de superioridad, como si dominara la manera de rendir a mujeres como Brígida. Y como si despertara cada día en un antro de Liverpool o de donde sea y bajara a este pueblo solo de visita, a condescender con la vida rural. Aunque Andrés no está seguro. Ahora no tiene ganas de fijarse más en los sentimientos del amigo.

Andrés quiere más dolor y lo consigue. Esos dos tienen una voz cristalina, casi cantarina, cultivada. Una armonía natural, aunque Andrés no entienda de armonías por culpa del precio de las guitarras. Como un cuclillo y un jilguero. Podrían dar conciertos. En el casino de mierda al que van sus padres.

Dos dolores: el contacto de aquellos dos pares de ojos, obsceno, y la indiferencia de Brígida hacia él, una humillación que se agranda con la admiración a Solórzano.

Él no es admirable, lo sabe. No lo es por sí mismo, por su gracia y encanto. Ha aprendido a no contar con eso. Él tiene que actuar como un héroe, jugarse la vida, ir sangrando de acá para allá si quiere que alguien advierta que existe.

Si Brígida estuviera enamorada de Solórzano, eso explicaría su frialdad. Su desdén de pija. Solórzano lo tiene todo y él no tiene nada. Hasta es un poco más alto que él. No tiene tanta fuerza, ni es tan rápido, pero a ninguna mujer le importa demasiado. Además de la zapatería y de vivir en una de las torres por las que en mala hora ascendieron a la muralla a dar aquel inútil y torturante rodeo.

Aun así, ¿cómo puede borrar tan deprisa su paseo y ponerse a babear por otro? Porque en la muralla ha ocurrido algo, los dos han pisado una frontera, aunque él no diera el paso definitivo. Hasta un ciego lo habría visto. También le hiere la satisfacción mal disimulada de Brígida. La simple alegría que esconde al mirar a Solórzano. Mientras a él lo empuja a su mazmorra y la oscuridad lo atrapa.

Debería haberse preguntado desde el principio por qué estaba Brígida con ellos. Había supuesto demasiado alegremente que por él. Una suposición coherente, por otro lado.

Fue él quien la invitó a unirse a una marcha al pantano, hace un año. Como eran tres chicos, ella dijo que se llevaría a Chantal. Él conocía a Chantal de lo mismo que a Solórzano, del montaje de *Antígona*, de Anouilh, que hicieron en el instituto, dirigidos por Armando, el de literatura. Chapi era su compañero de pupitre en aquel 6.º de Bachillerato.

Fue a él a quien dijo que sí, aunque lo cierto es que desde pequeña había tratado a Chapi y a Solórzano, los tres eran de la Ciudad y habían ido a las escuelas de arriba, las de Santo Tomás, pegadas al Alcázar. Chantal venía de extramuros, como él, pero de una barriada de pisos nuevos que habían hecho en la carretera de Portugal, con jardín y portal y ventanas de aluminio. Ahora ya no le parece tan coherente que estuviera allí por él. Quizá lo había estado, al inicio, el primer día o la primera semana. Pero ya no.

Se atormenta. El tormento es un topo: hoza y hoza.

Había algo más, claro. Algo que lo había cegado. Hasta ese justo momento.

El encuentro fue en la discoteca Danubio, la única del pueblo, el último día de carnaval. Esos carnavales, los tres muchachos habían decidido salir a dar una vuelta. A ninguno le entusiasaban aquellos días de charanga y toros sueltos por la calle, en los que ese pueblo de señoritos y de patanes cambiaba la máscara por la careta. Decidieron pasarse por el baile y alegrar un poco la jornada, aunque la verdad es que parecían tres pavos tiesos mirando la vida desde la valla de un corral. Brígida bailaba en un círculo de muchachas y muchachos, donde también se encontraba Chantal. Otro círculo externo se componía de simples mirones. Brígida le regaló una sonrisa absolutamente inesperada cuando las miradas se cruzaron. Pensó que no era para él. No la conocía de nada, excepto de verla a distancia en el instituto. Ninguna impresión especial ni medio especial. No estaba seguro de que hubieran cambiado alguna palabra, ni por casualidad, aunque alguna vez habían coincidido en un grupo de clase. Era lista. Sólida. No era deslumbrante. No hacía nada por serlo. En su pandilla, en cambio, había auténticas musas empapadas en corazones heridos, despiadadas y luminosas.

Ella insistió y, después de convencerse de que era el interpelado, se acercó.

—Te llamas Andrés, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—Andrés Aja, ¿no es eso?

—Pues sí. ¿Lo preguntas por algo?

—¿Quieres bailar? —dijo ella, que no perdió la sonrisa en ningún momento, aunque era una sonrisa algo puesta.

—No bailo mucho, además... —iba a decirle que estaba con otros dos.

—Ven —dijo ella sin hacerle caso.

Lo cogió de la mano y se apartaron del círculo que ocupaba el centro de la pista.

Estaban pinchando a Lone Star, *mi calle tiene un oscuro bar, húmedas paredes, pero sé que alguna vez cambiará mi suerte*, y, cuando acabó, Brígida no se movió del sitio y siguieron bailando hasta que empezaron a pinchar lento. Ella se agarró a él, *Reloj, no marques las horas..., En la distancia..., My way...*

Andrés pudo olerla, tocarla. Acabó con la impresión de estar a la vez dentro y fuera de aquel extraño cuerpo doble que formaba el enlazamiento de los dos. No se parecía en nada a otras experiencias semejantes, que en su caso no eran incontables. En los sentidos de Andrés, Brígida crecía en cada compás. Cambiaba deprisa. ¿El tacto y el olfato dicen cosas muy distintas de las que dice la vista?

¿Tan diferente era estar cerca y estar lejos? ¿La distancia transformaba a unas personas en otras, nos cambiaba a nosotros? Brígida a distancia era guapa, aunque no de las que entraban por los ojos y los hipnotizaban. Ahora comprobaba el error. A distancia, su piel no era su piel, su olor no era su olor, su mirada atravesándole no era su mirada y los movimientos que lo rodeaban y rozaban no eran sus movimientos. A distancia, los seres humanos son fotos o bocetos. Luego se aproximan y son irreconocibles. Entre los brazos, mudan la piel y se meten dentro de la tuya. O te expulsan.

En medio de una canción, Brígida se separó de él y con una mueca medio burlona le dijo al oído, porque el ruido y la música eran fuertes:

—¿Sabes una cosa? Hace un año yo estaba enamorada de ti.

Aja se puso rígido. No contestó nada, tuvo la impresión de que no había entendido la frase. De hecho, faltaban datos. ¿Hacía un año estaba

enamorada, porque se había enamorado ese mismo año o era algo que venía de atrás? La frase daba a entender que ya no lo estaba, pero al confesarlo también daba a entender que no todo eran cenizas. Aunque, por otro lado, podía suponer una severa advertencia de que no pasarían sentimentalmente de aquel baile en la Danubio. Una confesión y una despedida sin cambiar de ritmo. Pero le había abierto su corazón, eso era un hecho. Eso sucedía porque quería que él mirase dentro. Daba igual que fuera un corazón pasado o presente. O incluso futuro.

Entonces le propuso la excursión al pantano del día siguiente. Cuando no podían salir a la montaña, él y sus amigos hacían marchas. Le gustaría. Llevaban un hornillo, chorizo y panceta. Y vino. Veinte kilómetros ida y vuelta por la orilla del río, atravesando huertos, alguna aldea, parando en el monasterio cisterciense. No contestó a lo que ella le había contado. Salvo que su respuesta fuese lo del pantano. De modo que ella le abrió su corazón y en justa correspondencia él le propuso explorar un camino.

¿Cómo no iba a ser él la razón de que, tras unirse a la marcha al pantano, se uniera luego a la pandilla que formaron casi automáticamente?

Viéndola con Solórzano y acordándose de las escenas de la muralla, tiene ahora la sensación de que eso pasó hace mucho más tiempo y en otro lugar, en uno de esos lugares de los que algún día se despierta. El tiempo pasa y pasa para todos, y en ese tiempo también había existido Solórzano, y había hecho las mismas cosas con ella, y habían hablado la misma cantidad de rato. También Solórzano cambiaría en la proximidad, por ejemplo, tocándole con los ojos. Tendría olor y tacto, gesto, cadencia, carne.

—¿Vamos a quedarnos aquí apalancados?

Esas palabras salen de su propia boca y las oye con claridad, pero no percibe el tono con que suenan.

Brígida, todavía atrapada en Solórzano, vuelve la cabeza y lo observa como si hubiera pegado un grito o hablado en otro idioma.

Chapi parece que va a decir algo, pero finalmente no lo dice.

Solórzano echa la cabeza hacia atrás y lo contempla desde esa postura, a través de ranuras que interpretan sin emoción. O con una emoción escondida.

Chantal mira al cielo y luego suelta un suspiro.

—Únicamente me gustaría saberlo, no tengo nada en contra de que sigamos aquí —dice, ahora en un tono intencionadamente suave.

—¿Sabías que el otorrino de los huevos les ha dado llaves del Hogar Juvenil a los de baloncesto? —lanza Solórzano.

Andrés se contiene. Tiene que controlar las explosiones, lleva una mañana impulsiva. Brígida no debe de estar muy contenta con él y no quiere empeorar la situación. Aunque por otra parte, mejor si todo explotara de una vez. Unas cuantas vísceras esparcidas sobre trozos de mortero y ositos de peluche. Pero el día es todavía largo. Quedan palabras por decir. Quizá se digan. Quizá. Además, el otorrino, profesor y concejal falangista, es pariente de Brígida.

—¿Y tú sabes por qué se las ha dado? —dice lentamente, flemático, por si alguien se tomara el interés de apreciarlo.

—Parece que ha dicho que el Hogar Juvenil es de los clubes y las asociaciones y no solo de la OJE.

—No veo por qué no se las da también a las peñas del carnaval para que ensayen con el matasuegras —dice Andrés, ironizando en medio de la tempestad.

—Es algo contra ti —dice Chantal—. No te traga. Y ya de paso a nosotros.

—Sería bueno no irse dando contra más esquinas. Hay que hablarlo en paz —comenta Brígida.

—Ese no traga a nadie y yo no veo la forma de que nos ahorremos el conflicto, y no sé si alguna hostia —dice Chapi.

—Un pensamiento macho, sí, señor —dice Chantal.

—Propongo que vayamos a tomar una cerveza a El Paraíso y meditemos sobre lo que sea, incluso sobre esto —dice Solórzano, que se levanta cuanto largo es, escuálido como un don Quijote volteriano, según se figura él mismo.

Brígida se levanta a continuación. No se ha vuelto hacia él. No hace comentarios. Ahora Andrés piensa en los efectos del abrigo rojo. Siente que el augurio ya está descifrado en su totalidad. En otro momento, quizá fuese un trapo indiferente. Si no se lo hubiera puesto este domingo, todo habría sido previsible, su plan, su decisión. Él había pensado el episodio en tonos beige, marrón, como mucho azul claro. No en rojo carmín o bermellón o lo que sea. El color con que se planifica una acción de riesgo es determinante, como es sabido. ¿Por qué se le ocurrió comprarlo de ese color y además ponérselo? ¿Lo había adivinado y era su forma de neutralizarle? Sí, era

lista..., y peligrosa. Tiene una idea: ¿y si se lo quitara y le prendiera fuego o lo tirase por la muralla? Y tiene otra: empezar a valorar la posibilidad de que se esté volviendo loco.

Eso lo asusta, porque es acabar con Calígula a la puerta de los bares de bacalao rebozado. Si bien cuando se haya vuelto loco del todo, le va a importar un pimiento estar loco.

—Hablabamos con él, qué remedio. Podemos preparar la entrevista hablando con el torno de las carmelitas —ciertamente, está irónico, flemático, superior. A ella debería gustarle ese toque de distinción.

En una plazuela, a la salida del Alcázar, hay un verraco del tiempo de los vetones, consta, sobre unas basas y convertido en una especie de monumento.

Hay una foto de Andrés montado en su lomo cuando tenía cinco años, recién llegada la familia de la ciudad del mar. La hizo su padre con una Kodak Instamatic. Andrés está vestido de blanco de la cabeza a los pies. Entonces era rubio. Parecía un niño rico. Y también parecía contento. Llevaba flequillo y una sonrisa serena. Sabía posar. Y seguramente también sabía para qué hacía las cosas.

Nueve años después su padre desapareció y nunca volvieron a saber de él. Su madre tampoco lo buscó.

Las vidas nacen, crecen y se separan. Cuanto más crecen, más se separan. Nadie busca lo que ha perdido después de separarse. Su padre y su madre, al menos, no lo hacen.

El verraco tiene más historias. A veces, los cinco amigos juegan al *burro* sobre el bicho de piedra. La piedra tiene ya pulimento de siglos y forma de huevo, así que funciona como un resbaladero. Resulta divertido jugar al burro siendo mayores. No hace mucho que han empezado a serlo, así que a lo mejor es su parte de niños la que se divierte. Se juegan a las pajitas el orden para saltar en el animal. Los cinco no entran, como mucho tres o tres y medio, y eso depende del sitio en que haya caído el de delante. Si es Chantal, el tercero ya entra justo. El último se desliza hasta darse la culada desde un metro y pico de altura. Hay que agarrarse al que está cerca. Y así agarrados y tirando unos de otros suelen acabar todos en el suelo con las nalgas reventadas.

Ahí se ha agarrado muchas veces a Brígida y Brígida a él. Sí, es la parte de críos. Se ríen y se emocionan como si todavía lo fueran. ¿Quién ha

venido a estropearlo? Otro niño. Caprichoso y que dispara flechas a ciegas.

Don Severino dijo un día que Cupido es un niño perverso, un niño viejo que juega a hacer daño, pero que en el fondo no lo hace por juego, sino por necesidad. Necesita hacer daño.

Dejan atrás el verraco por una cuesta que da a una calle estrecha en dirección a la plaza Mayor. En la esquina de las escuelas de Santo Tomás, Chantal y Brígida se encuentran con un grupo de su vieja pandilla. Se quedan charlando y ellos tres continúan la marcha sin prisa. A los amigos de siempre de las muchachas no les importa demasiado, o no lo parece, que ahora pasen el tiempo con otros. Excepto, quizá, con Andrés Aja. Es un extraño en el mundo de la Ciudad, en el clan de los amigos cuyos padres también son amigos, el clan de los concejales, los médicos, los joyeros, los farmacéuticos, los ganaderos, por no hablar de los estraperlistas...

Se notan mucho las diferencias con el resto. Los de arriba toman tarta de postre, veranean en las playas de Portugal, llevan dinero en el bolsillo que no les hace falta para nada y cuando dicen que no tienen, todavía tienen para ir al cine o comprar un libro o invitar a una terraza. Es un no tener muy diferente al no tener de La Estrella. De hecho, en el no tener más que en el tener reside la mayor diferencia de todas.

En el arrabal no hay dinero. Hay cosas, comida, albarcas, motocarros, pero no hay dinero. Esa clase de dinero. No existe. El que tiene alguna perra la enseña para que los demás la vean, es dinero para verse. Gastarlo es pecado.

No, no les importa que se hayan ido, porque en el fondo ninguno de la Ciudad abandona a los de la Ciudad. Son animales de manada. Se reproducen, se reparten el territorio, incluso pelean entre sí y buscan nuevos paisajes, pero el vínculo permanece intacto. No hay accidente ni experiencia que lo cambie. La vida resbala por su piel como agua de lluvia. No dejan de ser lo que son, ni aunque quieran. En esa creencia viven y se sienten seguros.

En el arrabal, un cambio de cuadrilla significa guerra a muerte. Primero, sorda, para que el rencor germine. Luego, a puñal, hasta la última sangre. Allí, el abandono es duro, porque nada te une a nadie y todos valen lo mismo: nada. Así que no se soporta la verdad, ser nada, en forma de desprecio y separación.

Al llegar a El Paraíso, Solórzano pide tres cervezas. Tararea por lo bajo algo que llama *The Sounds of Silence*. Comenta que la letra es siniestra y que la música es de conjunto parroquial, y que no sabe por qué le gusta. Las chicas aún no aparecen.

—No sé si tengo dinero para la cerveza —dice Andrés, con eufemismo.

—Sin problema —dicen los otros dos.

Pegan un sorbo y se quedan mirando desde la barra por el ventanal que da a la espátula de luz de la plaza Mayor. Hay grupos, parejas, familias que han salido de misa, como la de Brígida, que la pasean arriba y abajo hasta que son expelidos a los bares del aperitivo, en los que huele a vermouth y a chacinera frita.

—Me gustaría saber de qué coño tienen tanto que hablar —dice Chapi, refiriéndose a las amigas, que tardan.

—Lo están averiguando, han de tomarse su tiempo —dice Solórzano que ha dejado el tarareo y contempla cómo el camarero tira la caña de cerveza.

—¿Y nosotros de qué hablamos, si puede saberse? —dice Chapi, que siente cierta pasión por la ecuanimidad, aunque sea inalcanzable.

—Lo dices como si no nos conocieras... —apunta Solórzano, que sigue algo ensimismado y que no tiene buen día.

Andrés observa a Solórzano y se pregunta por qué son amigos. Simpatizaron en la obra de teatro de Amador, recitando aquello de que la tragedia es una máquina perfecta, porque no hay esperanza ni salvación. En la calle, hacían parodias y descubrieron que coincidían en su sentido del humor. Ambos, además, echaban pestes del pueblo y luchaban a diario contra la asfixia. Sin embargo, Solórzano pertenece a la Ciudad. Es cierto que no pierde ocasión de despreciar los ideales locales, su orgullo patán. A Aja le desconcierta un poco. ¿Hay alguna herida que no conoce? El pelo rubio pajizo, los brillantes ojos marinos y la pinta cenceña le dan un aire diabólico, aunque de maldad más bien contemplativa.

—Nosotros hablamos de asesinatos —dice Andrés, sombrío.

Chapi pone cara de mimo estupefacto. Aunque a veces ese gesto también significa desacuerdo. De hecho, tiene cara de mimo, con labios rojos y finos, nariz y mejillas coloradas, ojos siempre sorprendidos.

—¿Y a quién se mata? —pregunta.

—A la voluntad. A las ganas de hacer cosas. Puedes ser oveja o parásito, lo demás es condena a muerte —contesta Andrés.

—Nosotros también somos de aquí —objeta Chapi—. Puede que no seamos muy diferentes.

—No te quepa duda. Un año más y nos pudriremos al sol, como los del palacio Manrique, junto a la jauría de chuchos sarnosos —interviene Solórzano.

Chapi se aleja unos pasos y el cuerpo maza —es un poco más bajo que los otros dos, pero casi los dobla en bulto— se queda al lado de las mesas con mantel, como si necesitara espacio para pensar por su cuenta.

—No estoy seguro de que las cosas sean más fáciles en otro sitio. Lo imaginamos, pero no lo sabemos. Imaginar es gratis —dice al cabo de un rato como si hablara consigo mismo.

Los colegas se dedican a beber cerveza. Aja ha notado el nudo que el líquido frío ha empezado a hacer en el esófago. Desde pequeño hay cosas que se le atorán en el pecho. Le pasa con alimentos secos, densos o muy fríos. A veces. El porqué es un misterio. El médico le ha dicho que se llama disfagia y que tendrá que vigilarla durante toda su vida, pero no se sabe qué la origina, si tiene una causa o muchas.

Dentro de unos años... Y dentro de una hora, ¿qué tendrá? ¿Y esta noche, cuando se acueste y haya pasado lo que tenga que pasar? ¿Su esófago se habrá atascado para siempre? ¿Entrará el aire? ¿Se puede vivir con eso?

Brígida y Chantal aparecen en la bocacalle del instituto. Por algún motivo, han dado un rodeo. Mientras se acercan, Andrés siente que se le hace insoportable esperar a que Brígida llegue. Camina despacio, consciente de que la ven y aguardan por ella, con el abrigo maldito tremolando en la plaza, faro para mirones.

Hay un momento en que ella es de todos los que la miran, compartida y robada, pero lo que no saben es que la ha inventado él, en su alma. Es suya, no de ellos. Antes de que él la inventara era una muchacha como cualquiera, del montón, ni siquiera él había notado su existencia.

Cuando llegan, Chantal pide un vaso de agua. Brígida no quiere nada y se apoya en la barra junto a Solórzano. Sí, pasa algo entre ellos. Y también piensa lo contrario, al mismo tiempo, un pensamiento trenzado con otro, de forma que no sabe qué es lo que piensa de verdad, incluso si lo que le pasa por la cabeza es un pensamiento. No hay nada entre ellos, es solo que ella lo

castiga por la oportunidad desperdiciada en la muralla. Le está dando en las narices, eso es todo.

Si eso es un castigo, será menos desdichado que si le gusta Solórzano. Ese aire romántico y tuberculoso al que él no puede aspirar, los labios ardientes de palabras y de notas musicales inglesas. De pronto, los imagina desnudos, gozando con miradas y palabras, sin tocarse, en el preludio, justo antes de que se traben como conejos. Preferiría que fueran conejos ya. Da un trago a la cerveza y la cerveza sale disparada, aunque ha tenido los reflejos de poner una servilleta delante. El esófago ha echado el pestillo.

Antes, en San Damián, tuvo miedo de vomitar el corazón. Ahora ha vomitado cerveza, un primer aviso. Aunque no ha llegado a entrar, solo ha rebotado.

A ver si resulta que es un poco puta y otro poco perversa. Le gustan los flacuchos para dominarlos en la cama. Le gusta frotarse contra huesos con esquina. ¿Sabes lo que ha pasado? Pues que él ha vestido a una perra salida con la sensibilidad de una enamorada de folletín, flotando en la luz sobre una tierra de animales en celo con la picha en ristre. Ella es peor que todos ellos.

Se pone de espaldas a la barra como si fuera a comenzar una conversación con Solórzano o para quedar más conectado a Chantal, que bebe el agua allí cerca. Pero lo que busca es observar objetivamente a Brígida, sin sentimiento, como un forense. Mejor: como un enterrador.

Su mirada va a parar directamente a los pechos que se insinúan bajo el jersey de lana suave y el abrigo desabotonado. ¿Son grandes? Tienen una redondez casi exacta, la lana que los cubre hace pensar en lo que harían las yemas de los dedos. Es fácil suponer una textura suave como la de un cutis, un collado en el que el tacto enloquece.

Ascendiendo por otra pendiente dulce se llega a la barbilla, con un hoyuelo umbrío, y a la boca, que se abre como un rosetón de luces encarnadas..., es un paisaje frío y caliente a la vez, una lejanía y un deseo de atravesarlo..., es una carne y una piel y un soplo de luz húmeda. Sí, la contemplación no es más que martirio...

Aja se da dos golpes en el pecho. Son golpes fuertes. Luego, carraspea también fuerte.

—¿Te pasa algo? —pregunta Chantal.

—Andrés... —dice Solórzano.

Brígida no ha dicho nada. Chapi no se ha enterado.

—La disfagia..., se me atasca el pecho.

Debe tranquilizarse, si es Solórzano el que le gusta, pues que lo disfrute. Siente que su sentimiento es un virus, que no se lo puede quitar con nada, tampoco sabe dónde lo cogió, de lo único que está seguro es de que no nació en su cuerpo, de que él es inocente, de que es una maldición como la de Eloy, el chico que después de un partido de fútbol se encontró mal y hoy, un año después, no se levanta de la cama, nunca lo hará. Andrés siente que también él, de un momento a otro, quedará postrado para siempre.

—Está dando la hora de comer —dice Chapi.

Son las dos menos diez. En aquel pueblo, quizá en todos los pueblos y capitales de aquella meseta, los habitantes comen a la misma hora: la una y media de la tarde. Las calles quedan desiertas, y los pájaros se quedan revoloteando solos entre los aleros, los árboles, las torres y los cables.

Menos su madre y él. Ellos no tienen horario. No se citan puntualmente en la mesa. Si el otro anda por allí, entonces comen juntos. Si no..., ninguno de los dos es para el otro un remedio contra ninguna soledad.

Al pensar en la vuelta a casa, se alegra. Dentro de nada, Brígida y él irán solos, por el camino habitual, calle Madrid abajo, y entonces le preguntará abiertamente por Solórzano. ¿Te gusta, eh, te gusta? ¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Crees que me importa? No tiene valor para abrir su corazón, pero tiene valor para abrirle a ella el suyo, aunque sea con un hacha.

No se le escapará. Quién sabe, a lo mejor no ha sido tan mala idea mantener el pico cerrado. Un acierto. Así no tiene nada de que avergonzarse cuando ella le diga que le gusta Solórzano. ¿No se siente ya un poco mejor?

Tonta esperanza, porque ahora quiere vomitar de verdad y ya de paso morirse. ¿No sería mejor morirse sin haber vomitado antes? De ninguna manera: quiere vomitar primero y morirse después.

Pero pone al cielo por testigo de que Brígida no se le escapará esta vez. La hará sufrir, la hará confesar. Te gusta Solórzano, ¿eh, puta?

—Venga, nos piramos —anima Chantal.

—Yo voy aquí al lado —dice Brígida—. He quedado con mis padres en el Casino, vamos a comer a Portugal.

Andrés escucha las voces que vienen a continuación como si pasaran por cañerías. Es igual que despertarse de madrugada. Solo que a él le gustaría quedar disipado en la niebla del sueño y ya no despertar.

Y al mismo tiempo ruega por que Brígida le roce al salir, aunque sea con los ojos... Está seguro de que se curaría si únicamente pudiera tocar su abrigo, oler el cantueso un segundo más. Se le pasaría esa enfermedad que no remite, que cuanto más se quiere curar más se agrava, que si por casualidad se olvida un instante, vuelve con furia asesina.

Sí, es un furor, no hay más que furor. Como la venganza y el odio, ¿se lavará con sangre de muerte? ¿O se envenenará todavía más?

Solórzano paga lo de todos. Le ha entrado prisa. Canturrea: *He roller coaster, He got early warning, He got muddy water...* Andrés no sabe inglés, pero tampoco tiene ganas de seguir escuchando, así que se apresura a abrir la puerta y dejar que desfilen para salir con Brígida, que sin embargo pasa por delante como si él no se estuviera tomando la molestia de aguantar la puerta. Invisible.

Aja llega a estirar el brazo y, de hecho, toca el faldón del abrigo carmín. Se asusta. No ha sido él. La mano que hay al extremo del brazo ha adquirido una autonomía aterradora, se jura que ese movimiento no ha salido de él.

Hay algo por dentro que es su demonio. Un enemigo, un contrario. Debe temerlo. Y no descuidarse. Está claro que su misión es destruirle.

Se despiden en la puerta de El Paraíso. Consigue hacerlo sin mirarla. Necesita enfilar el camino del arrabal, salir de las murallas, ver Gredos a los lejos, la mancha pálida de los álamos sobre el Húmera, las ondulaciones parduscas de los tesos y los quejigales. Eso es mundo despejado, libre, libre de él.

Es la Ciudad la que alimenta el dolor, donde el demonio se siente en casa, donde la pena se vuelve dómine.

Se encuentra trotando hacia la esquina de la calle Madrid, como si tuviera tanta prisa como los demás por llegar a un sitio en el que los esperan. A él no lo espera nadie.

Está bien así. Siempre va a estar bien así.

Y estará todavía mejor cuando consiga traspasar las roídas murallas medievales con sus calles apestadas de esperas a la puerta de las iglesias, en las esquinas, de paseos equivocados, de palabras que no respiran y se ahogan y de sentimientos pisoteados por una chusma que no mira dónde pone los pies.

Al cruzar la puerta de Oriente, Andrés cree notar instantáneamente la liberación. Bien, bien. Pero aún no ha llegado a la cuesta que desciende a La Florida, treinta metros más allá, cuando siente la punzada de la separación. Brígida no solamente quedaba atrás, en la plaza Mayor o en su casa, sino que estaba a punto de alejarse aún más, si no lo había hecho ya, fuera de la Ciudad, para comer con su familia en otro país, en Portugal. Otro país, la distancia definitiva, aunque mediaran menos de treinta kilómetros. Sentía que se había ido para siempre. Que no volvería a verla. Que no había hecho bien la despedida. Que todas las palabras que no se habían dicho estiraban la distancia entre el coche de la familia de Brígida y él mismo hasta el infinito. Hasta donde el infinito daba media vuelta y se metía lleno de vacío en sus tripas.

No puede soportarlo. No puede..., ni un minuto ni un segundo, y mucho menos hasta las seis y media, la hora de entrada a *Bonjour tristesse*.

Echa un vistazo alrededor. No hay nadie a la vista, no hay testigos. Hace dos meses, jugando contra los de Béjar, se le salió el hombro izquierdo y tuvieron que recolocárselo. Al realizar ciertos movimientos, aún se resiente. Puede que solo sea memoria del dolor. No importa, él advierte que los nervios están ahí, latiendo.

Va atravesando el campo de abedules blancos que hay antes del parque. Los plantaron hace unos años, son jóvenes, pero ya macizos, con un color medio glauco. Algunos piensan que plantaron demasiados y que en cuanto sean adultos se estorbarán. O los han plantado para madera de mobiliario, dicen otros.

Acelera el paso. Al final, da un salto y embiste. El hombro choca contra el abedul y Andrés sale despedido y cae al suelo. Ha mordido el polvo, se retuerce. Va a gritar de dolor. Pero sofoca el grito. Brígida lo está viendo. Desde Portugal. Desde el infinito vacío. Contraído de dolor, de bruces en tierra húmeda, con la ropa manchada de pellas de barro, el despojo de un abrazo partido por la mitad...

No se da cuenta de que está llorando hasta que las lágrimas tocan la boca. No ha llorado nunca por Brígida. Tampoco recuerda la última vez que ha llorado. Saborea la sal. Quizá eso lo consuela.

Pensar en el consuelo distrae su dolor. ¿Y si no hubiera llorado nunca? Eso es algo que le puede preguntar a su madre. Quizá le responda. Hará un

par de años le preguntó cómo era de pequeño. Su madre le contestó: jugabas solo, no querías a nadie.

¿Jugaba solo, porque no quería a nadie con quien jugar? ¿O jugar y querer eran dos cosas distintas de las que su madre lo informaba por separado? No hablaron de ello. Pensó que su madre no sabía gran cosa de él, que el que sabía para mal y para bien era su padre, y ya no estaba.

Se levanta. Se sacude la ropa mientras vigila si ha habido testigos. Absurdo, en La Estrella se ven cosas peores cada día. La cuestión es que quien no quiere verse así es él.

Entra en La Florida. Al fondo, en un campito junto al invernadero y la caseta de los peones, distingue a los gitanos jugando un partidillo de fútbol. Son un puñado. Angelillo está jugando, y su hermano Porrina. De vez en cuando pelotea con ellos y les enseña regates y a colocarse. No tienen idea, ni remota, los pobres. No tienen ni idea, porque nadie quiere jugar con ellos. Para los payos son proscritos: tienen la lepra, roban y mienten, solo les interesa el dinero, viven como animales.

La primera calle en la que vivieron cuando llegaron de la ciudad del mar era una calle de familias gitanas. Nunca le robaron ni le contagiaron nada. Jugó con ellos desde muy pequeño. Y cuando llegó la ocasión lo defendieron como leones. Es verdad que la casa de los amigos, al final de la calle que da al convento, huele a fogata y que el padre tiene la mano larga. Pero solo el humo y el aire acre los distingue de los payos del pueblo. Eso y que son leales.

—Eh, *capitano*, ¿te metes? ¿Eh, chinche? —le dice Angelillo, viendo que se acerca.

Lo llama chinche, porque opina que Andrés jugando al fútbol anda siempre provocando. Y pega. Pega como si le gustara: chinche.

—Tengo que ir a jalar —miente o medio miente.

—Que no, que te metas. Y te llevo a la greñí —Angelillo se parte de risa.

Cuando eran pequeños le robaban al padre la burra y se la llevaban a montarla a las eras. Porrina la azuzaba con un plástico en el culo, la burra salía de estampida, loca. Al *capitano* le encantaba.

—Ha dejado de molarle la greñí —dice Porrina, que ha aparecido detrás del hermano—. Ahora solo le gustan las greñís del foró, ay, payito —y Porrina también se troncha.

Andrés los quiere, aunque ya no va con ellos, hace años. Pero cuando está con ellos se siente a gusto y no necesita hablar ni demostrar nada. En este instante, la pena se le está aliviando un poco. Y el dolor del hombro se adormece.

—Me voy, gitanos.

No siente que la piel ni el sentimiento de los gitanos sean distintos a los suyos. No ve la diferencia. Solo la ve en una cosa, en el deseo. Él desea. En cambio, ellos son, ellos son lo que son. Siempre serán así.

Andrés no soporta la idea de seguir siendo como es. Él quiere transformarse, ser otro, incluso otro que desprecie a este que ahora es.

¿Está en Brígida o en el mundo de Brígida lo que él quisiera ser? Conste que a él no le disgusta del todo ser como es. Lo que pasa es que lo odia tanto como le gusta. Tanto como le gusta, lo odia. Y nunca sabe si lo que lleva dentro es amor o es odio.

No siente la menor gana de ir a su casa. No tiene hambre. No quiere ver a su madre. En la calle no queda un alma. De algunos patios y ventanas abiertas saltan voces y ruido de loza. Todos en la mesa. Si cuando llegue a casa su madre ya ha terminado, entonces podrá evitar la comida. Duda de que le pase por el gaznate ni un hilo de agua.

No es solo la disfagia. Aunque puede que la disfagia tenga que ver con lo otro. O resulte ser el verdadero nombre de lo otro. De lo otro que no sabe, oculto en alguna vesícula, tripa. Antiguo, nacido con él.

Cuando está a punto de enfilear su calle, se desvía al barrio de El Cruce. Tres carreteras: a Salamanca, a Portugal, a Valverde. Los coches de los portugueses cruzan a doscientos por hora. Desde que puede recordar ha escuchado a todas las madres decir: a la carretera de Portugal ni acercarse. Hace tiempo, un camión disparó una piedra y mató a un seminarista. Le dio en la sien. Desde entonces se ve a mucha gente llevarse una mano a la cabeza, al paso de los vehículos.

Baja por las casas de la Obra Social Minera. La mayoría de los que viven ahí trabajan en las minas de uranio de Saelices y son andaluces. Ha jugado con muchos, aunque no ha hecho amigos. Son buena gente, hacen piña y meten bulla, les gusta hablar como si tuvieran que escucharlos los parientes que han dejado Despeñaperros abajo. Pasa por delante de La Argelina, la fábrica de gaseosas, y se detiene en el portón, siempre abierto, del que escapa la fragancia de naranja. Las compresoras están paradas,

normalmente silban y resoplan al meter gas en las botellas. Del techo industrial del vestíbulo cuelgan dos anillas que su padre encargó cuando fundaron el club de boxeo. Su padre había boxeado, fue subcampeón de España amateur de los semipesados. Eso contaba.

Allí se juntaban los domingos por la mañana, entrenaban un rato, hacían sombra y esgrima, y luego se ponían a beber la limonada que habían hecho antes, vino blanco con frutas y gaseosa. Gelote, Eladio Branco, Nieves, Genaro, don Nicasio, Alvarete..., una buena banda, de casta.

Su padre lo llevaba con él los domingos. Era el único crío. Le enseñó a boxear, codos contra la pared, el directo cubriéndose el rostro, parar con los hombros, bailar sobre la punta de los pies...

Era una especie de mascota.

Esa banda lo volvió intocable. Los matones de bar les tenían respeto. Aunque con su padre habría bastado. Andrés se libró de muchas grescas. A menudo oía: a ese no lo toquéis; o directamente le advertían: esto no va contigo, no entres.

No solía hacer caso y gracias a eso a veces imponía paz. Había miedo a un conflicto más serio con los del club. Con motivo. Circulaban historias.

También se libró de la xenofobia del pueblo. Su padre era una mezcla de jefe de tribu y de vendedor de mantas zamoranas. Caía bien arriba y abajo, tenía labia, siempre hacía favores, casi nunca los cobraba, y cuando se enfadaba no había marcha atrás, llegaba hasta el final. No les costó aceptar desde el principio a aquel forastero atractivo y peligroso, que se había criado en una costa lejana.

El padre parecía feliz siendo como era. Pero a las vísceras no les da la luz. Se marchó y como recuerdo dejó un misterio. Otros cuando se van no dejan nada. Le costaba saber qué era peor.

Está mirando los portones y aparece Gelote. Es más ancho que alto y tiene cara de caballo bueno, unos grandes ojos castaños de pestañas largas y oscuras.

Era la sombra del padre de Andrés. A él también le han dejado un misterio. De vez en cuando va por casa, y se queda hablando con su madre hasta las tantas.

—Capitán, ¿a qué andas? ¿Ya has comido? —dice Gelote, que se seca las manos con un trapo.

—Iba para allá.

—Si son casi las tres.

—No hay prisa.

—Como digas, pero si quieres, nos ha sobrado cabrito ahí adentro. ¿Es que tu madre no está en casa?

—Está, no te apures.

—Lo que tú mandes... —dice Gelote, que le escruta.

Gelote va a sentarse al poyo de la entrada y cierra los ojos, como si fuera a dormir la siesta.

—Hasta luego —dice Andrés.

Ha dado unos pasos y escucha la voz de Gelote:

—Hiciste bien en colgar los guantes, aunque los mil duros que daban los echarás de menos cuando te vayas de estudiante. No era para ti, y yo me alegro.

—Esos mil duros alcanzaban para la mitad de una dentadura nueva.

—No eras tan malo como crees.

—Me voy —dice, y se aleja.

Hizo dos combates año y medio atrás. Ya no estaba su padre. El dinero se lo dieron bajo cuerda. En el primero, una mala bestia le desencajó la mandíbula a los ocho segundos y todavía le suena el oído como si le hubieran puesto una caracola. En el segundo, le dio una paliza al hijo de don Nicasio, el maestro del club, porque el cabrón no quería irse al suelo estando su padre delante. El otro terminó machacado y él lleno de sentimientos penosos. Ahí terminó su carrera pugilística, un corto viaje del castigo a la culpa.

—Ahora estás más fuerte y tienes peor cara, meterías más miedo —dice Gelote, soltando una risita.

Dobla a la derecha por El Cruce, por la carretera de Salamanca, bordea una manzana. Llega a La Cerca, un solar abandonado con dos manzanos y una higuera, rodeado de una valla de piedra semiderruida que ya no alcanza el metro de altura.

Dentro ve a Cándida, corriendo tras los críos. También ella se ha levantado ya de la mesa.

Cuando le descubre, se detiene. Se lo queda mirando. Si fuera una película, la heroína azorada se alisaría el vestido y se compondría el pelo. Pero Cándida sabe que no hay remedio, que la mayor hermosura que puede demostrarle es quedarse quieta y estirada, para que vea que no solo es

guapa, sino también alta y delgada. Alta, delgada y con dos pechos escarpando el perfil.

Es muy guapa, Cándida. Es más guapa que Brígida. Bueno, otra clase de belleza. A Cándida se la siente, es cuerpo, busca cuerpo. Lamería, se frotaría, chuparía, es carnívora. Brígida, en cambio, tiene una varita mágica para tocar el corazón, mejor dicho, un estilete mágico que abre el pecho a distancia y luego lo atraviesa. Pero cuando te estás muriendo, ella ya no está allí, ha tenido que irse. A buscar otro corazón para hacer magia con el estilete.

De una, Andrés sería alimento, y de la otra no es más que víctima. Podría elegir, si mereciese la pena. Pero tanto si merece la pena como si no, no puede elegir, qué más quisiera. Su deseo es lo que no lo deja elegir. Lo contrario de la libertad. Lo contrario de la esperanza.

Mientras pasa, se dedica a mirar por encima de la valla. Cándida queda a una decena de pasos. Los chiquillos corretean aullando como indios que rodean un fuerte.

—¿Por qué siempre me miras tanto? —pregunta a la muchacha, y puede que sea la primera vez que le habla de esa manera, como si se conocieran de verdad y no solo se limitaran a cruzarse por La Estrella.

—Eso es lo que te imaginas tú. Sigue imaginando —dice ella, levantando las cejas y poniendo cara de gata.

—Creo que miras a todos. Si soy yo, bien, y si es otro también —suelta, sabiendo que eso es insultar, ¿y se puede saber qué busca al hablar así?

Cándida se pone roja, menos los labios que se quedan lívidos. Una mariposa albina volando por un campo de amapolas.

—Y a mí me parece que tú no tienes corazón —consigue decir la chavala.

—No, no tengo. Y no lo quiero. A la gente con corazón la persiguen los buitres para comérselo.

—Los buitres vienen si el corazón está muerto. Tú no lo tienes, ni vivo ni muerto. Vete por ahí. Vete a la Ciudad con esos amigos perfumados. No eres más que un hombrito, hala, marchando.

Andrés salta la tapia y se acerca. Podría hacerle lo que quisiera, porque Cándida no es Brígida, puede tomarla y dejarla sin pensar en ella, sin pensar en lo que está haciendo. Sin recordarla después. Cándida no tiene sitio en la

memoria, ni en los sueños, ni en el dolor, porque Cándida solo existe en el espacio que ocupa y si no pasas por el lugar que ocupa, entonces no la ves.

Con Cándida se siente audaz. Con Brígida es un triste condenado a muerte por pusilánime.

Cándida no se ha movido y lo reta con el gesto. A ver, que te crees tú que vas a hacerme, hombrito, que yo no quiera. Los sucios no tenemos miedo a los cobardes que se esconden detrás de los limpios.

Está tan cerca de ella que se acuerda de cuando hace un rato estuvo igual de cerca de Brígida. El fantasma de Brígida se pone en medio. Tiene que retirarse. Cuando se va, Cándida le grita:

—Cómprate un corazón, no tengas miedo. Y si no tienes dinero, que te preste un quinquí. O yo misma, que para qué lo quiero.

Bordea La Cerca, sube por la Escosura, que es una calle enguijada, tuerce en la Cabaña del Sol y a la derecha encuentra su casa o, mejor dicho, el colmado, que es la parte delantera de la vivienda. Empuja el paño de abajo y entra, aunque no quisiera entrar.

Su madre está tomando café en la barra. Toma más de seis al día. Hay una copa de coñac junto a la taza de café.

—¿No se te ha hecho tarde? —pregunta la mujer.

—¿Ya has comido?

—He hecho pollo con arroz amarillo. Lo tienes en la cocina.

—Voy para allá —y se va a la cocina.

Mira la olla de refilón y se sienta en un extremo de la mesa. Se levanta enseguida, como por un resorte. Por la ventana, observa a las gallinas amodorradas en una charca de luz.

La madre ha venido detrás. Toma asiento.

—He pensado que podemos abrir el colmado los domingos a mediodía, para el vermú y los vinos del aperitivo. En este arrabal, casi no hay bares —dice la madre, como si hablara para ella.

—Ni clientes —responde él.

En realidad, en lo único que él puede pensar es en el tiempo que ese trabajo extra le puede robar de Brígida.

¿Qué tiempo? ¿Qué Brígida? ¿Habrà algún día con Brígida un tiempo que sea de los dos y de nadie más? Él no está con Brígida, porque está en Portugal, pero Portugal no es nada en comparación con lo lejos que puede

llegar a estar, que va a estar. Pero de todas formas piensa que su madre quiere robarle tiempo con Brígida.

Todo el mundo quiere robarle lo que no tiene.

Además, su madre siempre anda con películas. Esto y lo otro, humo. Nunca hay dinero, pero eso no quita para que ella solo piense en dinero. Él se acostumbró desde pequeño a no tenerlo, y a que no le ocupara el pensamiento. Tampoco le causa vergüenza. No está en su pensamiento y no está en su piel.

Si lo invitan, bien. De lo contrario no pisa las pastelerías ni los bares ni el patio de butacas del cine.

Hay algo sucio en el dinero, vuelve sucios a los que no lo tienen. Los vuelve mendigos, charlatanes, serviciales, empleados. Odian a los que lo tienen. Se odian a sí mismos por no tenerlo.

Él va con gente de la Ciudad y la gente de la Ciudad tiene dinero. Lo que pasa es que él no va con ellos por eso. Él va con ellos, porque pueden pensar en cosas que no se ven. Pueden pensar en hacerse ingenieros o médicos, en dar la vuelta al mundo trabajando aquí y allá, en alfabetizar niños del Congo o en no hacer nada a ver qué pasa. Piensan en abuelos, en un viaje que hicieron, en el pastel favorito, en el físico de los presentadores de televisión, en un disco que les han puesto en casa de un amigo o de un primo.

Piensan poco en dinero. Eso pasa porque lo tienen, lógico. Aunque no están completamente a salvo de la suciedad ni de la miseria. ¿Cómo hacen para no pensar en algo de lo que carecen casi todos los demás? ¿Cómo hacen para no dar lo que les sobra? ¿Cómo hacen para soñar solo sus sueños y sentir solo sus necesidades y saciar solo su hambre?

De todas formas, en La Estrella todo vive sepultado en la necesidad, todo lo que se ve está bajo los pies, tumbas de todo. Haría desaparecer del mapa al arrabal. Con su gente dentro.

También haría desaparecer del mapa la Ciudad. Con su gente dentro. Sin embargo, necesita respirar, y en la Ciudad se puede respirar, levantar los ojos del suelo, hablar por hablar.

—Si tú ayudas, lo hacemos —continúa la madre.

—Hacer el qué...

—No escuchas. Creo que tendrás que escuchar, si quieres ir a la universidad en Salamanca. ¿Ya sabes de dónde sacarás el dinero? —dice la

madre sin alterarse, como si la conversación no fuera nueva.

—El año que viene puedo pedir la beca-salario. Son sesenta mil pesetas.

—Con ese dinero tienes para la mitad de pensión y comida del año. Luego has de sumar otras mitades, libros, necesidades, médicos, sincios tuyos. Además, ¿seguro que sacarás la media que hará falta? Yo veo que vas raspado.

—Puedo trabajar —dice, con los labios apretados.

—¿En qué?

—En un bar por las noches. O descargando camiones.

—No hay mucho trabajo en lado ninguno. Ni esperes gran salario por horas sueltas. Y a Salamanca vas a estudiar.

—Entonces, qué. ¿Me quedo aquí contigo en el colmado? —rezonga.

Oye a la madre levantarse, pasar por detrás camino de su cuarto, mientras él sigue atendiendo a las gallinas y a su charca de luz. Zote no está a la vista. Seguramente echa la siesta en el cobertizo.

No puede dejar de mirarlas, aunque no las ve. Tampoco puede moverse. ¿Adónde iría? Debería ponerse a estudiar, precisamente por eso los amigos han decidido verse solo al mediodía y para el cine.

Podría ir a acostarse con las gallinas. Tiene la sensación de que está rodeado de puertas cerradas y de que detrás de cada puerta hay una puerta más grande. El de literatura les hizo leer un cuento de Kafka sobre un campesino que murió ante una puerta, porque no tuvo valor para atravesarla. Aunque también porque el guardián que la vigilaba le había dicho que no pasara y el campesino creyó al guardián. El de literatura les explicó que era un cuento con múltiples interpretaciones. Andrés no estaba de acuerdo.

Únicamente había una interpretación: si solo puedes creer en lo que te dicen, ninguna puerta se abre.

Así que él abre la de la cocina y luego, atraviesa el colmado, que siempre huele a estraza y aceitunas, y aparece en la calle, frente a la Cabaña del Sol.

La Cabaña del Sol es la casa más alta de La Estrella, cuatro pisos, se inclina un poco o lo parece, antigua. Arriba, tiene una claraboya por la que entra una luz que se vuelca por la escalera. Pero hay pasillos oscuros, recovecos. Dicen que hace mucho encontraron un cadáver colgado de la claraboya y que era el maestro de obras, al que la casa había maldecido. Para los niños es una casa del terror. Quizá porque no se parece a ninguna

del arrabal y no se entiende por qué la construyeron así, tan grande y extraña. De pequeños jugaban en el interior al asesino y al hombre resucitado. A los inquilinos no les gustaba oírlos subiendo y bajando escaleras, chillando y alborotando, así que algunos días se encontraban el portal cerrado con llave.

¿Le quedaba algo del niño que había sido? Uno dejaba de ser niño cuando le rompían el corazón. Aunque no era tan fácil decidir cuándo se lo habían roto a él, porque estaba seguro de que se lo habían roto. Sin embargo, lo de Brígida dolía como si todavía estuviera nuevo. ¿Se podía romper muchas veces, por muchos sitios? Si eso fuera cierto, la vida era algo de temer.

Entre la Cabaña del Sol y la fuente de piedra con el estanque, se encuentra con lo que queda de la Vespa. Su padre la había pintado a mano de un color gris oscuro para que no pareciese tan vieja. Pero era robusta y el motor sonaba a tractor.

Ahora estaba sin ruedas, pero se mantenía en pie, herrumbrosa, entera. Por el aspecto, era una moto de desguace ya cuando la compraron, con matrícula de Zamora 4731. Tenía cuatro marchas, era pesada, a veces se aceleraba sola. Su padre le enseñó a manejarla. Fue emocionante. A los catorce iba con ella al instituto y los municipales hacían la vista gorda. Su padre le había dicho: no te preocupes, hablaré con ellos.

Un día se averió el embrague y había que cambiarlo. Era caro. No lo hicieron. Una semana después el padre ya había desaparecido.

En realidad no desapareció, huyó de ellos. De su madre y de él. Su madre y él eran personas de las que se huye. Bastaba con mirarlos, él errando por la calle a la hora de comer y su madre tumbada en su cuarto para una de sus siestas largas, de las que se despertaba murciélaga.

La moto le recuerda aquellos tiempos. Si todavía funcionara y la llevara al río, al instituto o por la carretera de Gata, a lo mejor no le recordaría nada. Sería simplemente una Vespa. Pero ahí, dejada junto a la fuente para que se pudra, revuelve las tripas de los recuerdos.

No sabe lo que dice, su cabeza le habla y él escucha. No entiende bien. Su pensamiento es una voz ajena, se lo lleva el viento después de azotarle.

Ahora está bajando al Húmera por el arrabal de los conventos. Cambia el olor del aire, la luz, que parecen más gastados. Aquí el pueblo es de otro

tiempo. No por el pasado o por su historia. Es otra clase de tiempo. Es un tiempo por el que ya no van a pasar más tiempos.

Sus pensamientos le marean, le repugnan. El pensar le da asco. Se piensa por impotencia. Cuando no tienes lo que quieres, piensas. Pero esto es también un pensamiento, y también le repugna.

Delante del convento carmelita hay una pradera que en primavera se llenará del rojo bullicioso de las amapolas. El único encanto de esa flor, los campos desangrados. La pradera roja declina sobre las copas peladas de la alameda con sus mástiles glaucos, y Andrés siente que el corazón se encoge. Ese paisaje nunca lo verá desde el regazo de Brígida. Ojalá Brígida fuera una amapola..., pero traslúcida. ¿El verdadero color de su abrigo era el de la amapola?

Se entristece aún más, porque aunque Brígida fuera un cactus o una raíz podrida, él seguiría sintiendo lo mismo.

Va por el camino de los huertos, que a esas alturas del año están abrasados por la nieve y el hielo. Quizá pronto planten la menta de gato y la hierbabuena, para que huelan las alamedas en verano.

Llegando a la fábrica de harina, se tropieza con una fila de ursulinas que sube a la Ciudad, al cine del Obispado, en el que a menudo ponen películas de Semana Santa, vidas de santos y de héroes paganos convertidos. Son muchachas de los pueblos que no se pueden pagar un internado decente y se quedan ahí para estudiar, mientras las monjas las van convenciendo de que al final tomen los hábitos.

Están muy pálidas, parecen una procesión de cirios, y cuando lo miran de pasada, Andrés tiene la impresión de que creen haber visto a un loco o a un muerto, y de que pueden echarse a gritar.

Le dan pena. A él todo lo lastima en esa tarde vagabunda, de grajos volanderos y atontados. Se pregunta si la tristeza no es lo que te salva de algo peor. Otro pensamiento y otro asco.

Le gusta el río en invierno, no en verano. Los veranos de antes eran las tardes eternas con su madre, la merienda sobre el hule, niños aburridos, el agua fría inhóspita, la tertulia de ronquidos de los mayores en tumbonas plegables...

¿Cómo se convierte un espacio abierto en una prisión? Soltando por él a unas cuantas madres.

En los últimos años, su padre no aparecía por la ribera. En otro tiempo, le había enseñado a nadar. Lo subía a hombros y se metía en el río hasta que el agua cubría la cabeza del padre, y él daba la impresión de estar sentado en el agua. Luego, el padre emergía, y cuando ya estaban cerca de la orilla, lo lanzaba al río con un golpe de hombro. Manoteaba y chillaba por miedo a ahogarse, y su padre se reía allá arriba, desdibujado por las ondas aceitunadas del agua.

Si su padre estuviera allí, le preguntaría por qué dejó de ir al río. Si su padre estuviera allí, le haría más preguntas. Cuando la gente se va de nuestra vida, las preguntas se amontonan. Ellos, que, por haberse ido, ya son una pregunta, no hacen otra cosa que multiplicarlas. Las siembran en el hueco donde antes estaba su presencia. Huertos de preguntas perfumados de hierbabuena y menta de gato.

El agua corre lisa y verde, y en la superficie se reflejan las copas cimbreadas de los álamos.

Hay un olor fuerte a albero húmedo, a agua cenagosa, a hierba dulce.

En la otra ribera se deja ver una empalizada de genista y detrás se extiende la llanura feraz, con prados y casonas, puntas de ganado y bosquecillos de sabinas. Nunca ha ido a esa ribera.

De niño fantaseaba que era otro mundo, que había mansiones habitadas por guerreros y marineros, con hijas rubias como el trigo, vestidas de tirolesas, y que lo estaban esperando, aunque él no podía ir hasta que tuviera la edad y los conocimientos oportunos.

En los pueblos de mesetas solitarias, cualquier lugar no visitado adquiere magia, pero, sobre todo, esperanza. La esperanza de que hay más mundo, de que el pueblo no es la última tierra.

El pie no debe pisarlo, es suelo sagrado. Si pisas el suelo de la esperanza, aplastas la esperanza.

Se sienta en una praderita donde el río hace hoz. No siente ninguna esperanza, ni lejos ni cerca. El mundo mágico de la otra orilla es un descampado.

Piensa en Brígida. Brígida siempre está. A veces como protagonista y a veces como espectadora. Hace solo unas horas que no la ve, pero nota que la está cambiando, retocando, más perfecta y menos humana, hada del dolor. Completamente indiferente a su agonía, espiándolo por rendijas.

Quizá la agonía de él la vuelve perfecta a ella, la vuelve hada, la vuelve vuelo. ¿O la causa es la indiferencia de ella?

Entiende por qué hay que morir. Por qué la vida ha de detenerse en su umbral y dejar que el alma siga su camino. ¿Por qué? Porque lo más hermoso de la vida es insoportable.

Y también porque la vida nunca es lo que parece, excepto cuando sufres. Cuando sufres como una bestia despellejada viva. Entonces te cuenta todos sus secretos.

Trata de pensar en la Brígida real, sacudirse el delirio. Se acuerda de que en esa misma pradera estuvieron no hace mucho. La cuadrilla entera había decidido ir a correr, dar dos vueltas a la primera alameda, cruzar luego los puentes y pegarse otras dos a la segunda.

Lo hicieron y al final acabaron en aquel mismo lugar. Brígida se tumbó y la chaqueta del chándal descubrió al subirse un michelín de color cera. Andrés aún no había entrado en debate con sus sentimientos, pero ya sentía el lazo que desde aquella noche en la verbena se había estrechado, sin conciencia alguna. Eso lo desconcertaba. ¿Era el trato, la cercanía, las cosas que hacían juntos? Al ver aquel trozo de carne descubierta no tuvo duda de que allí no había ninguna hermosura. Quizá hasta era posible que toda Brígida fuera así, una cera blanda. Pero hubiera dado la vida por que le dejara apoyar la cabeza en el michelín. O por lamerlo como un perro.

A partir de ese día, la carne de Brígida llamaba y gritaba, y él tenía que taparse los oídos.

No puede estarse quieto mucho tiempo, así que ya se ha levantado de la pradera donde el río hace hoz. Va caminando por la ribera. Se cruza con un pescador en bicicleta seguido por un perdiguero. Esos dos hacen lo que quieren, son libres de ir y venir con sus cabezas despejadas, de quedarse horas mirando el mundo alrededor de una caña.

Piensa en la hora del cine. Allí volverán a repetirse los tormentos de por la mañana. Quizá debiera coger la bici y marchar a reventarse por las cuestas de Subirón, otro paisaje, poner tierra de por medio. En algún momento llegará la hora de empezar la separación. De mirar a otro sitio.

Pero también lleva vagando más de dos horas, desconcertado por la distancia que ha abierto Brígida yéndose a comer a Portugal, aturdido por lo que falta hasta la hora de *Bonjour tristesse* y que cuenta sin parar, minuto

tras minuto, atravesado por las agujas del reloj. Aunque parezca que no está contando.

¿Qué es entonces más tormento? ¿La distancia que ha puesto ella o la que quisiera poner él? Si lo averigua, sabrá qué hacer. Aunque siempre será elegir entre dos tormentos. Si hay que elegir, es porque los tormentos son siempre dos.

Entonces, le sorprende haber empezado a subir la costanilla de la puerta de Poniente, la alameda a la espalda, como si quisiera regresar pronto a la Ciudad, como si fuera eso lo que ha decidido. Pisando fuerte y a buen ritmo hacia su Gólgota. Aunque, que él sepa, no ha decidido nada, ni estar allí ni estar lejos de allí.

Se enfurece. ¿Qué lo ha empujado a regresar a la Ciudad? ¿Quién lo convierte en cordero? Todavía es capaz de elegir su destino, de elegir el dolor que prefiere. Así por lo menos el dolor no se lo deberá a nadie. Eso le parece un consuelo.

Da media vuelta y desanda el camino. Luego, coge la bifurcación hacia la segunda alameda, pasando los puentes.

Apenas alcanza el puente nuevo y divisa el río bajo el primer parpadeo del sol yendo al ocaso, se detiene con la sensación de aire estrangulado en los pulmones. Tiene miedo físico. ¿Y si la pena matara? ¿Y si el rechazo matara? ¿Y si la soledad matara?

Ya sabe que sí. Ha visto la calavera de la muerte en el abandono de la madre, en los fracasos del padre, en la pobreza rabiosa de los arrabales, en los gitanillos raquíuticos y los niños trashumantes, en las peleas en las que nadie tiene nada que perder... Pero la ha visto en lugares donde la muerte es un descanso de la tristeza, de la soledad y del miedo. Por eso nadie la teme.

Cree que en la Ciudad la temen todos.

Intenta tranquilizarse. Sería ridículo morir de amor a los dieciocho. Por una Brígida. ¿Cuántas como Brígida hay en el mundo? ¿Tantas como se necesitan para romper el corazón a todos los llamados Andrés que circulan por él? Por cada Brígida un Andrés hecho polvo, cosmos en equilibrio.

Hay vida por delante, y amores y ciudades. Un día él será tan diferente de lo que es hoy, que no podrá reconocerse, que tendrá que hacer un esfuerzo para recordar este sufrimiento.

El que es hoy habrá muerto y aunque quiera no podrá hacerlo resucitar. Aunque, por otro lado, ese pensamiento le da miedo, pues los únicos que resucitan son los muertos. ¿Ya está muerto y su futuro es el de un muerto?

Quizá debiera embestir abedules otra vez, pero ahora con la cabeza, para colocarla en su sitio. Las ideas regresando a su asiento, hostia va y hostia viene.

Fíjate. Hay una Brígida que camina con él por la ronda, con la que va por la calle Madrid al instituto, de la que se despide en la esquina del Monte de Piedad, que lleva abrigos rojos para menoscabarlo y huele a cantueso. Pero hay otra Brígida. Una que no pisa el suelo, sino que está siempre quieta, aunque ande, en el interior de su cabeza, una de la que no se despide nunca, una que no necesita ropa ni oler a nada, una que lo mira a él más de lo que él la mira a ella. Hay una Brígida que ha dejado de ser humana, para convertirse en otro ser. Un fantasma de Brígida.

Debería dejar ir al fantasma. Lo haría, si pudiera. Entonces, ¿quién no lo deja ir? A lo mejor lo necesita. A lo mejor su dolor lo necesita. Sinceramente, ¿entre su dolor y Brígida, a cuál elegiría?

Se ha ido un poco la angustia del aire atascado y ha venido la sospecha de que está volviéndose loco. Lleva así desde el verano. La prueba de que es locura es que se lo ha guardado como un secreto. Un secreto estúpido, algo que cualquiera resolvería de un plumazo. Cualquiera que estuviese cuerdo. Mira, Brígida, lo que tengo que decirte. Se dice y ya está. Te mandan al cuerno, te vas al cuerno. Te besan, vas tú y besas. Se lo piensan, te lo piensas tú también.

La vida es sencilla. La vida no es para locos. No para gentes como Calígula y como él, para quienes las cosas simples son esfuerzos titánicos y así acaban, locos por agotamiento, exhaustos de la noria de los sesos.

Mira, Brígida, lo que tengo que decirte. Y ya está. Pero no ha sido cobardía. Ojalá lo hubiera sido. Ojalá hubiera sido timidez o temor o miedo al rechazo. Ojalá él pudiera aspirar a esas cosas. Cosas normales.

Cosas que pasan y luego no las ves más. No, lo suyo es distinto, es locura. Locura, locura..., la locura es el dolor que se queda y que se ha elegido a escondidas, y que se llama con muchos nombres. Amor es uno... Amor; no está seguro de que esa palabra haya aparecido antes en su cabeza. Hasta duda de haberla dicho antes. ¿Nunca ha dicho amor? Es imposible, todos la han dicho no una sino muchas veces. Miles. Es una palabra que se

escapa sin darte cuenta. ¿Y si a él no se le ha escapado nunca? ¿Ese es el problema?

Está apoyado en el pretil del puente nuevo. En el pueblo a los puentes no les ponen nombre. Él ha estado en sitios donde los puentes llevan nombres propios. En Salamanca, sin ir más lejos: puente de Enrique Estevan, puente de Sánchez Fabrés. Aquí la gente es literal: romano, nuevo.

En ese pueblo no le ponen nombre propio a nada. Las puertas de la muralla llevan un apodo cardinal. El río, el de la aldea donde nace. La plaza Mayor es la plaza mayor. La Ciudad es la ciudad antigua.

A lo mejor, eso también es locura, no poder llamar a las cosas por otro nombre que por el que ya llevan puesto. Pero él no es quién para juzgar, porque él ni siquiera ha llamado a las cosas por el nombre que ya llevaban puesto, como amor, por ejemplo, que lo ponía por todas partes.

Al final de la segunda alameda, por donde el río mueve un molino y hace una pesquera, al cielo lo han salpicado de tinte bermejo.

Se ha quedado observando el molino. Es un edificio de tres plantas, en estado de abandono, pero entero, con la fachada color siena. En la distancia y en la atardecida podría aparentar un palacio medieval de nobleza pueblerina. Tiene una torre, lo defienden dos brazos de agua.

Un palacio, guerreros y marineros con hijas tirolesas en la otra orilla del río..., se pregunta si sus visiones lo han ayudado a soportar el paisaje o lo han dejado ciego.

Desde que puede recordar, ese molino nunca ha funcionado. Cuando su madre lo llevaba a esa alameda en verano, y ella se entretenía con los vecinos, él se colaba en el edificio y subía hasta la última planta por escaleras descoyuntadas. Se sentaba en el alféizar de uno de los ventanales sin cristal y contemplaba la vega. A pesar de que las alturas no le gustaban, se sentía como un pájaro, libre del suelo, de su madre, de los bañistas en sillas plegables, de la tortilla y de los plátanos de la merienda.

A veces, volaba sobre la sierra de Gata o de Gredos. Pero no miraba abajo. Solo miraba el pueblo a medida que se iba alejando.

Un día se quedó dormido allí arriba y su madre ni se enteró. Más de media hora. Tendría cinco o seis años. ¿Siete? ¿No serían cuatro? Un niño perdido de vista durante más de media hora en un río... Cuando volvió, su madre no le preguntó dónde había estado, como si no se hubiera enterado de la ausencia.

De mayor, lo comentó con ella. Ella dijo: eso nunca ha pasado. Eso te lo has inventado para hacerme daño. Pero no te preocupes, sé que crees que es cierto.

¿Es posible inventarse un recuerdo? Si es posible inventarse un recuerdo, entonces también será posible inventarse un olvido. Inventarse que Brígida no le importa, que nunca le ha importado. Una vez la cogió de la mano para subir a una roca. Cuando todavía él y su pensamiento eran libres. Antes de cogerle la mano, ya sintió su mano en la suya. Luego, la mano de ella le resultó más ligera y frágil. No era una sensación mejor ni peor que la presentida. Solo era distinta. Otra mano. Imaginar no valía de nada. Pensar en Brígida no servía de nada, porque la verdadera Brígida era de otra forma y él la sentiría de otra forma. Debía inventarse un olvido.

También recuerda, si es que no lo ha inventado, si es que no fue un sueño, si no está soñando que lo recuerda, la aparición en el molino, cuando él estaba en el ventanal, de una niña muy rubia, de aire extranjero, una especie de tirolesa. Pensó que venía de su cuento de la otra orilla. Llevaba un delantal bordado y trenzas, como las hijas de los guerreros marineros. A lo mejor había un pasadizo entre las orillas, entre aquel mundo y el de las sillas plegables. La niña lo había encontrado. Quizá él pudiera también encontrarlo.

Apareció en la habitación riendo y corriendo. Cuando lo vio, sentado en el alféizar con un pie colgando, lanzó un grito y se marchó asustada. Después, él la buscó por la alameda, pero no la encontró. Fue a la pesquera y hasta la rueda de cangilones del molino, y tampoco. Se había esfumado.

Ahora duda de qué fue primero, si sus fantasías de la otra orilla o la aparición de la niña medio tirolesa. No volvió a verla.

Mira el reloj. Cree que no hace mucho que se dio la vuelta en la misma puerta de la muralla. La verdad es que no sabe cuánto. ¿Veinte minutos, una hora, más, menos? En todo caso es hora de entrar en la Ciudad. Quiere ser puntual. Y ahora, a cada minuto que pasa, se pone más nervioso. ¿Es que va a pasar algo? ¿Es que va a ser capaz de hacer lo que no ha hecho? La oportunidad no puede ser peor. Un cine, rodeado de amigos..., y un individuo escarmentado por su propia cobardía.

Podría escaquearse de la cita, claro. Se libraría de otro destino miserable y de más angustia. Es cierto que tiene ganas de hacerse el Subirón en bici.

Había mirado el reloj, pero al parecer no se había enterado de lo que decía, porque acaba de ver que le quedan diez minutos para que empiecen a entrar en la sala. Trota cuesta arriba hacia la puerta de Poniente y la atraviesa. Un par de minutos después ya está en la plaza Mayor y enfila la calle Madrid. Ahora ya al galope.

Cuando llega a la puerta del cine, la cuadrilla está esperando. También está ella, riendo con aquella risa suya despegada. Una sacudida mortal de cable de alta tensión. Brígida sabe hacerse real. No existe solo la de su cabeza. Se han mirado, pero los ojos que lo han encontrado no son los de la risa. Se han apagado una milésima de segundo, suficiente para que él lo detectara, él, un experto en milésimas de segundo de los ojos de Brígida.

Y ya está peor que antes, cuando solo era angustia, no esta angustia rodeada de testigos. Ya se siente incluso peor que por la mañana, cuando no pudo despegar los labios.

Y además están sacando las entradas del cine y ya se ve con una en la mano y condenado a hundirse en una sala oscura y prestar atención a otra tristeza, aunque le daría igual que no fuera una tristeza, bastaría con que fuera cualquier cosa a la que hubiera que prestar atención.

La puñetera atención de la que no dispone, porque tiene que guardársela para sí mismo, para no equivocarse, para controlar emociones incontrolables, para apagar incendios y miedos. Bien entendido que Brígida necesita tanta atención como él mismo. Y que desde el punto de vista de su atención no se distingue a uno de otro.

Tendría que irse de allí. Pero sin alboroto y sin darles en la jeta a los colegas. Entrará con ellos, se sentará, dirá que va al retrete y no regresará. Ya se inventará una excusa más tarde: su madre vino a buscarlo, corte de digestión, había olvidado que... Eso era sencillo, lo complicado vendría después. ¿Adónde iría? ¿Seguiría vagando y sufriendo? El próximo encuentro con Brígida no sería hasta el día siguiente, camino del instituto, y eso suponía un amplio panorama de inmolaciones.

Está al límite. Piensa que está al límite, aunque sospecha que sabe poco de los límites. ¿Y si hay otro límite más allá de este límite? Si hay otro límite, entonces el dolor se convertirá en algo distinto, pasarán otras cosas, quizá se transforme en una rana, o Dios lo ascienda al Cielo en un torbellino, como a Elías, pero el dolor no será este dolor.

Porque a lo mejor lo que hay al otro lado del último límite de este dolor es insensibilidad.

Sería como si el dolor se curase con dolor. Más dolor, más, hasta que ya no quede más dolor. Agotar las existencias. Y entonces, liberación.

Ya están sentados, abajo, en el patio de butacas, catorce pesetas. Arriba en el gallinero, son cinco pesetas. Ha tenido que ahorrarlas de propinas de portes del colmado, que ha ocultado a su madre.

Brígida, como los demás, sabe que es pobre. Pero en ella le molesta que nunca lo mencione. Ciertamente que tampoco los demás lo mencionan, pero es porque le quieren. En el caso de ella debería haber interés genuino, apasionado. Un querer superior al de los amigos, estar comprometida con todo lo de él, mancharse las manos en cada episodio de su historia de pobre.

Por casualidad, Brígida y él se sientan juntos. Le llega el olor de su pelo y también el del suavizante de su jersey. No sabía que se utilizaran suavizantes para la ropa, ni que olieran así: tuvo que preguntarle a ella. Es cantueso, le dijo, lo que también llaman lavanda. Recuerda su gesto al responderle, como cuando se contesta a un niño o se da consuelo.

Son los aromas de Brígida lo que la vuelve inalcanzable, lo que más la aleja de él, porque son sensaciones de fuente desconocida, sobrenatural.

El aire perfumado es la auténtica muralla que separa la Ciudad de los arrabales. Y esta sí que no tiene puertas en los muros.

¿Ella lo olerá a él? Se ducha un par de veces por semana en una barrica del colmado. Su madre le dice que su piel no huele a nada, que incluso cuando está sucio no huele a nada. Tiene suerte. Si no, olería a...

En la pantalla, la muchacha protagonista, una belleza angelical y perversa, coquetea por aburrimiento con un muchacho impecable que le bebe los vientos. Luego, aparece el padre de ella, una especie de *gentleman* con espíritu deportivo que alardea de su banalidad.

Al cabo de cinco minutos, Andrés percibe la complicidad entre padre e hija, y le da la impresión de que forman un tándem de vividores. A los diez aparecen otros personajes igual de banales y comprueba que la banalidad es el escudo exterior de algo que protegen en el interior. La muchacha ha dicho: Estoy rodeada de un muro de recuerdos de los que no puedo deshacerme. A los quince, ese personaje, que se llama Cécile, se lanza al agua con un bañador rojo. Y en el agua se encuentra con un guaperas tipo buen chico rico, jovial entre orlas de espuma. Y exactamente dos minutos

más tarde, cuando ya han empezado a tirarse los tejos, Andrés le dice a Brígida:

—Salgamos de aquí.

—¿Qué has dicho? ¿Salir? —contesta Brígida y sin embargo no parece desconcertada.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Vamos.

Se levantan y salen al pasillo. Andrés no mira atrás, no sabe si Brígida ha advertido a los demás.

Siente la atmósfera espesa que desplaza su cuerpo al caminar por el pasillo a oscuras. Todo va a cambiar en cuestión de minutos, nada volverá a ser igual, ni él, ni el pueblo, ni los amigos. El futuro cambiará de horizonte y el planeta entero de su alma inclinará el eje.

No se pregunta cómo se ha atrevido a hacerlo. Se ha parecido a boxear, el momento en que ya no importan los golpes. Se está a punto de caer o se está ya en la lona, los puños y el daño están hechos, no hay combate, y en ese tiempo uno se imagina que todo es posible, matar y morir.

Sabe que lo que ha hecho es más fuerte que él, más fuerte de lo que él será nunca. Y que quizá cuando haga balance le resulte insoportable.

Están en la puerta del cine, en la escalinata. Andrés no la ha bajado del todo. Va a ser allí, a medio camino, ni en lo alto ni en lo bajo, sin que sepa por qué, simplemente porque allí es donde se ha detenido.

Podía haberse parado un kilómetro más lejos o en el mismo vestíbulo, pero ha sido allí, allí sucederá.

Está cayendo la oscuridad, la plazuela está desierta, las primeras luces de casas y faroles hacen gestos lóbregos en la fachada del viejo palacio.

Sabe que se está fijando en esas cosas como alguien que está a punto de morir fusilado se fijaría en los últimos detalles que impresionarán su retina. Tampoco importa, todos los golpes y todo el daño están ya hechos. Acabemos.

Brígida se pone a su altura. Él no le mira a la cara hasta que ella está enfrente. Luego, sí, luego la mira, lo que pasa es que no ve nada, o lo que ve no es tanto a Brígida como a un ser cargado de consecuencias.

Pero ya está decidido. El destino se ha puesto en pie y va a tomar el curso que quiera.

Los seres de este mundo se congelan, el cielo enmudece, los dioses dormitan.

—Te amo —es lo único que dice porque es todo lo que tiene que decir.

Y espera. No espera nada, porque ya lo ha dicho todo. Pero espera.

Brígida lo observa como si lo observase por el microscopio, una atención desmesurada y al mismo tiempo concentrada en puntitos insignificantes.

No hay una expresión especial en su rostro, más bien es como si lo hubieran lavado y lo hubieran puesto a secar. No es tierno, ni amable, ni cercano, ni compasivo. Ni lo contrario.

—Vámonos de aquí. Con esto no podemos volver a la película. Por lo menos, yo no puedo. Tampoco es cuestión de quedarse en la escalera —dice Brígida, y el rictus se le ha vuelto grave, como si intentara resolver algo complicado o peligroso.

Brígida, que parece saber adónde van, tuerce a la derecha y luego, otra vez a la derecha, hacia el palacio de Quirós, que enseña en su jardín tras las verjas alabeadas la única palmera del pueblo, gigante y moribunda.

Se adentran por callejuelas paralelas a la muralla. Luego, salen por Meridión y todo indica que van hacia el otro parque del pueblo, el de las glorietas. Y al que llaman, según el estilo local, La Glorieta.

No se hablan, pero han aminorado el paso en comparación con la estampida del principio. Es como si fueran a decirse algo que no acaba de salir. O como si supieran que el momento los obliga a hablarse. Y por supuesto lamentan verse en semejante encrucijada.

Pero ya no va uno delante y otro detrás, como en el desgraciado paseo de por la mañana, sino que andan a la par y se rozan, quizá porque ahora dependen el uno del otro, las palabras de uno y de otro van a afectarles de una manera que antes ignoraban.

Bajando por la cuesta del Grupo Escolar de San Fernando, pasados ya los últimos fosos y las laderas de esos fosos hacia el arrabal, Andrés vuelve a decir:

—Te amo.

Pero esta vez no lo ha dicho como si estuviera esperando una respuesta, lo ha dicho porque supone un descanso de su angustia, porque él mismo descansa en esas palabras como si al fin pudiera tenderse en un lecho y reposar.

Entran en el parque. Brígida lleva las manos metidas en los bolsillos del abrigo carmín, que ahora a Andrés no le produce augurios. Andrés mete la mano izquierda en su bolsillo derecho y allí encuentra la mano cálida, increíblemente suave y tibia, de esa mujer a la que ya le ha dicho varias veces que la ama. Y ella asombrosamente le deja y con la suya la envuelve en aquella ternura de cueva pequeña, de animales acurrucados.

Justo entonces se presenta el horror. ¿De verdad está ocurriendo aquello? ¿Sus manos están entrelazadas en el bolsillo del abrigo de Brígida? Tendría que desconfiar. Es como un negativo de los acontecimientos de por la mañana, de sus pensamientos aciagos, de la desorientación y del vagabundeo de la tarde.

Comprende. Lo está inventando. Vive en una realidad paralela. No se ha declarado en la escalinata del cine. No tiene una mano en su bolsillo. Por alguna razón se está enterando de lo que le pasa a otro. A otro paralelo. Paralelo y antagónico. No es él. Él es como es, no se parece en nada a ese individuo que ahora, en su determinación y quién sabe si en su descomposición, en su audacia desbocada, lleva a Brígida cogida de la mano después de haberse arrancado el corazón y tirarlo a sus pies.

El horror no le deja gozar del momento. El caso es matar el placer, consigue pensar. ¿Por qué no se limita a disfrutar de esta alucinación en que Brígida se rinde y él puede decirle te amo todas las veces que quiera?

Ya vendrá la hora de despertar, de ir al médico y contarle lo que ha pasado. Ya volverán la melancolía, la angustia, los vagabundeos.

Injectar sufrimiento en la dicha es más enfermedad que el propio delirio. ¿Y si por culpa del largo silencio, de la indiferencia de Brígida, se hubiera enamorado del sufrimiento y a quien debiera declarar su amor es al sufrimiento?

Soñando o delirando, llegan al belvedere que hay en el rincón meridional del parque, junto a la fuente con nenúfares y, al otro lado de la valla, la calle con tamarindos que va a dar a la Capilla de los Desamparados. Rodeando el belvedere, una cenefa de azulejos aguamarina en los que hay pintados tritones y sirenas. Un banco circular lo recorre por dentro. El techo es de piedra pulida, con vetas grises y blancas, como mármol. La noche se ha cerrado. El frío se recrudece. Aun así, se sientan.

—Dios mío... —murmura Brígida.

¿La hora de despertar? ¿La oración de la mañana? Andrés sabe que esas palabras son un presagio y que los presagios son a vida o muerte. No hay presagios que dejen las cosas como están, no hay presagios ecuanímenes.

—¿Por qué no me lo dijiste el año pasado? Me ha costado que te fueras de mi cabeza. Solo hace un año, cuando bailamos en la Danubio y te dije que había estado enamorada de ti, aún te quería —Brígida no está llorando, pero las palabras suenan igual que si lo hiciera.

Enseguida hay lágrimas que caen, lágrimas pesadas, destiladas de una en una.

—¿Sabes lo que me ha costado?

Ella repite lo que le ha costado igual que él ha repetido te amo, como si ahí se escondiera el secreto del sueño, la clave de todo.

Hay que seguir despertando.

—Alguien que te ha gustado de verdad no deja de gustarte de repente, de la noche a la mañana o porque lo decidas —dice él—. Salvo que te haya herido. Y yo no te he herido. Yo he sufrido como tú. Y además me amabas, que es algo más que gustar, estarás de acuerdo.

—Me siento incapaz de volver a sentir lo mismo, de empezar otra vez a pensar en ti todo el tiempo.

—Pero no me conocías, era una ilusión. Esto de ahora es totalmente distinto.

—Era una ilusión, eso es lo malo...

—¿Tu ilusión de entonces puede matar el amor de ahora?

—No lo sé. No sé nada. No sé por qué has estado callado este tiempo, ni sé tampoco por qué no te he sentido. Es como si aterrizases en mí llegando de Marte.

—Si has olvidado o quieres olvidar tu amor por mí, entonces sí que soy un marciano.

La Glorieta está iluminada por farolas que hacen más visibles las manchas de oscuridad cerrada que, como lagos sin fondo, se extienden por el parque. El arrabal aún está lejos de irse a dormir, pero se escucha alguna persiana que se descorre.

—Hay cosas que no sabía de ti. Te he visto aguantar el dolor y revolverte, eres duro. Tu inteligencia también es dura. Pero luego, cuando hablas, cuando te oigo hablar de algo que te importa, sale tu alma, sin coraza. Entonces, eres inocente de todo y a mí me gustaría protegerte.

Brígida mira a través de los arcos del belvedere un cielo en el que las estrellas se deshuelan en charquitos blanquecinos. Le tiembla la barbilla.

Andrés está confuso al acordarse de la Brígida de por la mañana. Teme que la metamorfosis tenga que ver con algo que él ha hecho, que él pueda convertir a una Brígida despegada, fuerte, consciente, en una Brígida inestable, a punto de deshacerse. ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Y cuántas cosas más ha podido hacer sin saberlo? Se siente indigno de su amor. La comprende.

—No, no sabía esas cosas de ti, y ahora las sé. Debería amarte, aunque solo fuera por haberte visto el alma. Debería amarte, porque eres mejor que el que solo existía en mi ilusión.

Respira hondo y luego echa el aire, como si quisiera expulsar un espíritu enconado agarrado al pecho.

—Pero no sé, no puedo saberlo. No, no puedo...

Nunca ha sido digno de su amor. La comprende. Pero ya no puede soportar más tortura, no puede seguir allí sabiendo lo que le espera. Llegará un momento en que, si no se va, sencillamente no podrá levantarse y marcharse. Se quedará en el banco circular del belvedere para la eternidad, allí envejecerá y morirá.

Aunque teme mucho más a las horas siguientes, a esa noche, a ese jinete negro al que ya oye cabalgar y contra el que no puede defenderse, pues no tiene nada que tirarle a la cara. Un poco de fe, algo de esperanza, por ejemplo. Ni siquiera tiene un amor correspondido, de quien sea, para cegar al jinete negro, que ya galopa sobre el empedrado de los tamarindos.

Se levanta.

Se levanta y se queda de pie.

Ahora hay que dar el paso. Ya sabes, elegir la pierna que levantará el talón, extenderla hacia adelante y apoyarla. Luego, solo se trata de arrastrar la otra e impulsarse.

Así hasta que el belvedere se pierda de vista con Brígida dentro o con Brígida atravesando los lagos tenebrosos de La Glorieta camino de la Ciudad radiante.

Allá arriba la luz de los que no temen el mañana. Aquí abajo la oscuridad de los que temen el ahora.

Hay que irse. Y da el paso. Un paso inseguro, mágico. La cuestión es que ya se ha alejado medio metro de Brígida. No todo él, como puede

comprobar. Una parte importante ya se había marchado, pero resulta que una manga se ha quedado detrás, en el braceo quizá, y la ha agarrado Brígida y no la suelta.

—Está bien, está bien..., no te vayas así —murmura, y Andrés piensa que murmura porque hubiera preferido no decirlo, que solo siente culpa de verlo en aquel estado, de verlo hundido, él, que es duro, cuya inteligencia es dura.

—¿Y dónde quieres que me quede? ¿Dónde está ese sitio en el que puedo quedarme? Aquí no es —y su voz no sale como un murmullo, es verdadera, la suya, bien rota.

—Andrés...

—Ya está, ya está... Quiero dejar de verte y ver otra cosa, la luna, los conventos, la gente en los bares, lo que sea. Si te sigo viendo, sé que me pasará algo malo.

—Haremos una cosa, ¿me oyes? Vamos a hacer una cosa. Estaremos juntos, estaremos solos todo el tiempo que podamos, como si yo no te hubiera querido antes, como si no nos conociéramos. Vamos a empezar, vamos a empezar todo esto otra vez, ¿eh? Otra vez.

—¿Y eso cómo se hace?

—Eso se hace haciéndolo.

—Pero hay una cosa que no puede empezar como si nada, mi amor no puede empezar como si no hubiera existido.

—Los dos tendremos que esforzarnos.

—No hay que esforzarse, Brígida, estoy harto de esfuerzos para hacer cualquier cosa. Harto. Tú solo sientes pena por mí, y yo no quiero ninguna compasión, prefiero mi tristeza o lo que venga.

—No es compasión, te lo juro. No es, no... Es que te quiero, es que sé que te quiero y que eso está escondido dentro de mí, que a lo mejor me da miedo.

—Cuando descubras dónde está...

—No me digas eso, no me digas eso que me ibas a decir. Quiero estar contigo.

—Me estás haciendo daño y te lo vas a hacer a ti.

Brígida ha terminado por incorporarse. Acerca su cara a la de él sin soltar la manga, los labios se acercan. Se rozan, no llegan al beso, pero es como si

lo hubiera sido, necesario para cerrar la boca y los pensamientos que se escapan por ella con palabras que no dicen nada.

Tener la boca de otro es tener su aire, su alimento, su voz. Es estar en otro entrando por donde entra lo más necesario, ser su hambre, su respiración, el idioma en que habla.

Ellos no estaban preparados para el beso. Para el que sería el primer beso.

—A veces, me gusta ir a misa de seis y media a la catedral. No suele haber nadie o, como mucho, alguna viejecita que no duerme. Me gusta oír la voz del cura, el olor del incienso y del laurel, pensar en la noche de fuera. Te espero allí mañana. No digas nada. Allí.

Fuera del tiempo se escribe la historia

OceanofPDF.com

Solo había una mujer con abrigo de pieles, una máscara truculenta de maquillaje, cargada de joyas que alumbraban más que los cirios de los muros. Detrás de la capilla, la nave central estaba umbría, y había una claridad nubosa en el presbiterio. A Andrés le dio la impresión de que la mujer lloraba o había llorado no hacía mucho.

Daba la casualidad de que quien decía misa era don Severino. Andrés sabía que le horrorizaban las misas solemnes y las populares de los domingos a mediodía. Además, celebraba de espaldas, en altar antiguo, y murmuraba en latín.

No había visto a Andrés. Y sería difícil que lo viera, pues el estilo litúrgico del sacerdote era más bien introvertido y ajeno a la bancada, en cuyo fondo estaban sentados el muchacho y la muchacha.

Ella enseñaba unas ojeras violáceas que la hacían más bella. También la volvían más cercana, más sensible a la fiebre de aquella cita, con las emociones convertidas en surcos.

La causa de todo lo que sentía Brígida en ese momento era él. Había en ello una mezcla de satisfacción y de compromiso íntimo, como si ya fueran un matrimonio. También había algo de desnudez interior y perturbadora que no había previsto.

Don Severino echó la bendición cuando aún no eran las siete menos cuarto. La mujer enojada y enmascarada se quedó de rodillas cuando el cura desapareció, el rostro entre las manos, como si hubiera llegado el momento de la contrición privada, sin liturgia ni testigos.

El cura se había esfumado, pero Andrés tuvo tiempo de detectar el relámpago en los ojos de la cabeza rapada, que les alcanzó como la detonación de un flash.

No le importaba que don Severino lo hubiera visto. Todo lo contrario, le gustaba. Estar con Brígida decía algo de él, de Andrés Aja, que él no podía

decir por sí mismo. Era como ir acompañado de una música o de un color del aire. Ya no era una silueta vagabunda, ya no estaba solo, ya no tenía que confesar ni demostrar nada. Quien quisiera saber de él, debería verlo ahora.

Cuando salieron de la catedral el frío terminó de calarlos. El rato en el interior del templo no les había permitido sacudirse la helada que traían. La catedral no era un lugar cálido, olía a cueva de montaña y a piornal, y apenas defendía de la rasca.

Se quedaron en la puerta, mirándose. Era ya una mirada distinta a la del día anterior. Se interrogaban sin decir palabra y Andrés pensó que el amor no eran declaraciones, sino interrogaciones sordas, estar preguntando todos los días al otro sin abrir la boca: ¿sigues aquí? ¿Aún me amas? ¿Hacia dónde va el camino? ¿Tienes frío, sed, deseo?

Y ahora ¿qué se preguntaban? A lo mejor, si no harían bien en irse a casa, pues entre las siete menos cuarto y las nueve, en que comenzaba el instituto, había tiempo de sobra para morir congelados en el atrio de la catedral o en cualquier otro punto del pueblo que eligieran. De bares abiertos en la Ciudad, nada.

Podrían besarse, claro, pero eso solo les aliviaría un rato y además no estaba garantizado que fuera una protección seria contra la rasca.

Salvo que decidieran morir besando. Por cierto, Andrés aún no sabía cómo se besarían, un beso de verdad, un beso de los que dan la vuelta a la realidad como si fuera una esquina. Aquellos labios como el dibujo de un niño.

Por fin, dijo, en un alarde de inspiración:

—La cantina de la estación ya está abierta y hacen chocolate con churros. Podemos desayunar y ver pasar los trenes. Te invito.

—¿Qué trenes? —preguntó Brígida, alzando las cejas.

—De los que pasan por las vías de las estaciones, ya sabes.

—No creo que por aquí pasen muchos. Vale, vamos.

Atravesaron la muralla por el portón de los Vencidos y a continuación pisaron la grama helada de la colina que bajaba a los arrabales. Los tejados estaban completamente blancos y a veces soltaban un relámpago irisado. Los ladridos de los perros sonaban con el eco de la amanecida solitaria, y se intercalaban con el ruido de alguna furgoneta o de algún carro por la parte de las huertas, con las voces destempladas que se quedaban colgadas del aire, con los pájaros chillones.

Era una hora diferente. El cielo estaba rosa oscuro, cruzado por nubes panzudas, se veían mirlos y gorriones despegando y aterrizando en los alcornoques. Las cosas se agitaban, era la hora de los amantes.

—Estoy congelada —dijo Brígida, mientras rodeaban La Florida y enfilaban hacia el barrio de El Cruce.

Andrés se asustó. ¿Quería irse a casa? ¿Lo de la cantina de la estación no había sido buena idea?

Como si hubiera leído su pensamiento, la muchacha se volvió hacia él y le dedicó una sonrisa aterida, pero consoladora. Andrés contestó metiendo la mano en el abrigo de ella, como había hecho en la tarde anterior, donde le esperaba la misma mano, aunque el abrigo ya no era carmín, sino el beige tostado de casi siempre.

En El Cruce, el autobús de línea que iba a Salamanca, un Setra Seida amarillo con el morro niquelado, aguardaba en el apeadero, tenía las portezuelas abiertas y por las ventanillas podía calcularse que aún faltaba la mitad del pasaje. En realidad, el aforo lo completaban los viajeros de los pueblos que encontraba en el trayecto a la capital.

—Muy pronto cogeremos nosotros ese autobús para no volver —declaró Andrés.

—¿Para no volver? Salamanca está a noventa y dos kilómetros —dijo la muchacha—. Podemos volver cuando queramos.

—Pero será otra vida. A la vida de aquí ya no volveremos nunca. Así que cuando lo cojamos es para no volver.

—¿Tú crees que la vida de Salamanca es tan diferente de la de aquí?

—La vida de Salamanca y las vidas que vendrán después serán increíblemente distintas.

Brígida aminoró el paso.

—¿Tienes muchas ganas de irte, verdad? —le preguntó.

—Claro, como todos.

—¿Y te irías ahora mismo, si pudieras?

—¿Ahora mismo? Ahora mismo me quedaría clavado en este sitio, sin dar un paso, para siempre.

—¿No te contradices un poco? —preguntó ella con lo que parecía un interés puramente lógico.

—En absoluto: si el tiempo se mueve, yo me moveré y acabaré lejos de aquí. Si no se mueve, me quedo. Me quedo contigo, aquí y ahora, junto al

autobús, a las siete en punto. Para el resto de los días que viva.

Y él fue hacia ella, sin estar seguro de la intención, aunque muy decidido. ¿Iba a abrazarla, a cogerla de la mano, a besarla? Lo cierto es que no le pareció oportuno progresar y se quedó a medio camino de lo que fuese. Después de todo, las cosas estaban bien así y aún no eran muy seguras.

Dejaron atrás El Cruce y marcharon por la carretera de la Estación, que también era la de Valverde del Llano, evitando las planchas de carámbano por las que ya habían pegado algún resbalón.

Pronto dejaron a mano derecha la desviación al cementerio, en el que asomaban los tirsos blanqueados de los cipreses por encima del muro de arenisca. Todo por allí empezaba a estar un poco desolado. Había una hilera de casitas de una planta, con el poyo en la puerta y ventanucos, y más allá comenzaban las casas de campesinos entre hazas de cereal o en barbecho, rodeadas de apriscos y henares, y por cuyos senderos no se veía un alma.

A Andrés le pareció que se alejaban de la Ciudad y del pueblo, que lo abandonaban para ir a otro lugar y que era más fácil de lo que jamás habría soñado. Era una fantasía excitante. Continuarían caminando, ¿qué sentido tenía volver atrás y repetir lo de todos los días, el instituto, la familia, las tareas? Eran felices yendo hacia adelante, ¿por qué tenían que volver?

—La verdad es que cuando uno... —empezó a decir y se detuvo. No había querido que saliera en voz alta

—¿Cuando uno qué...? —dijo Brígida.

—No sé lo que iba a decir. Se me ha ido la especie.

—Creo que estás mintiendo —reprochó ella.

—No miento, lo juro.

—Bueno es saber que juras en vano.

Brígida volvió a ralentizar el paso. Como fondo a su figura sobresalían los chapiteles de Santa María y del Sagrado Corazón, que flotaban en el helor de los tejados blancos de extramuros.

—Vale, es porque tengo vergüenza de decirlo —dijo Andrés, rendido.

—¿Tienes vergüenza ante mí? —ella suspiró.

Andrés se preguntó si la vergüenza tenía sentido en el amor. Aunque no comprendía bien la relación entre esas cosas. Él no podía separar la vergüenza de la vida, igual que no podía separar lo que sentía por Brígida de su vida, ni tampoco separar aquel paseo del resto de su vida.

—No te enfades —dijo, confuso—. Iba a decir que cuando uno se enamora, es porque todo tiene que cambiar. Quiero decir que las cosas ya han cambiado y lo de antes ya no está, ya no está donde estaba, no tiene sentido.

—Vale, déjalo. Ahora no quiero que hablemos del amor, ni de las cosas que cambia el amor. Vamos a tomar ese chocolate con churros, es menos complicado.

—¿No quieres hablar del amor? —dijo él, como si estuvieran degollando al cordero que pastaba en su corazón.

—Quiero untar churros —contestó Brígida con determinación.

Se llegaba a la estación por un camino embarrado, lleno de baches, que se abría a la derecha poco antes del puente de la vía, donde terminaba el pueblo. A partir de ahí, comenzaba la planicie de labrantíos hasta Valverde del Llano, el fin del mundo.

El edificio de la estación era el típico caserón blanco con la puerta principal verde dando al vestíbulo y otra puerta más pequeña y esmerilada, por la que se entraba a la cantina. Desde el cerro en que estaba plantado el edificio, vieron el disco rojo del sol emergiendo de un océano de sombras que se agitaban y morían en orillas remotas.

En una esquina del andén, había un gran magnolio, a través del que se filtraban los rayos del alba.

—Creo que no me gustan los magnolios —dijo Brígida—. Son bastos y a mí no me huelen a nada.

—El efecto de la luz es bonito —comentó Andrés.

Se quedaron allí un momento, mirando por el caleidoscopio del enramado los cristalitos de la aurora.

En la cafetería —media docena de mesas de chapa, a la que concurrían los agricultores de la zona y en fin de semana los noctámbulos; raramente, algún viajero— había un par de peones camineros, según rezaba en sus monos de trabajo, instalados en un rincón y tomando sopas de café en tazones. Andrés no los conocía, quizá hubiesen llegado en algún tren.

Los peones los observaron, sobre todo a Brígida, de una manera que a Andrés no le gustó. Les devolvió la mirada y la mantuvo unos segundos. Se preguntó si debería decirles algo. Se sentía realmente ofendido.

No hubo cuestión, porque le llamaron desde la barra y porque los peones camineros decidieron dedicarse a sus sopas de café.

Había sentido violencia. Una violencia insensata alcanzándolo como una ventolera. ¿No bastaba con la emoción de estar allí con Brígida, algo con lo que hasta entonces solo había podido soñar?

—Buenos días, capitán, a usted y a la compañía. Hemos madrugado. — El del otro lado de la barra era Eladio Branco, uno de los del club de boxeo, hombre grande con cara de caballo.

Brígida abrió mucho los ojos al oír lo de capitán, pero no dijo nada.

—Brígida, este es Eladio, un amigo —dijo tratando de volver el trato lo más formal posible, y que Branco no cogiera el hilván, a lo que era aficionado.

—Encantado, señorita. Me parece que no la conocía, sea bienvenida.

—Veníamos a por unos churros con chocolate —atajó Andrés.

—Pues es triste, porque los lunes no hay churros. Es el día libre del churrero, lo siento —dijo Eladio, que parecía divertido con la noticia y les miraba alternativamente como midiendo la frustración provocada.

Andrés decidió que Branco era gilipollas por partida doble: por no tener churros y por hacerle gracia el asunto. Bien, ya no había suelo bajo los pies. Era su primer plan a solas con Brígida, lo había inventado sobre la marcha en un alarde de intuición y había resultado un fiasco.

No quería mirar a Brígida. Habría sido mejor pelearse con los camineros. Todavía estaba a tiempo, seguro que eso a Eladio también le haría gracia. Así Brígida se acordaría de la pelea y no del plan de churros fracasado. Era su primera cita y los recuerdos serían decisivos. A ella se le vendría a la memoria Andrés defendiendo su honor contra peones camineros depravados. Andrés, maestro en planes y escultor de recuerdos.

La otra opción era morirse de vergüenza, tanto si Brígida opinaba que la vergüenza no ocupaba sitio en el amor como si opinaba lo contrario. Y tanto si lo suyo, lo de él, era amor como si no lo era. Siendo, por ejemplo, vergüenza.

Estaba mirando al suelo. Era incapaz de levantar la testuz y quedarse con Brígida frente a frente, algo que tendría que hacer más temprano que tarde, aunque solo fuera para ahuecar el ala.

—Pero chocolate tengo —soltó Branco inesperadamente—. Y además tengo torrijas hechas por mi mujer, que se empeña en que me las traiga, aunque ni a mí ni a la parroquia nos entusiasman. Hay una pila.

—Pues a mí no hay nada que me guste más y desde luego me gustan más que los churros —dijo Brígida.

—Le aseguro, señorita, que según los expertos no las encontrará mejores.

—Gracias, Eladio —acertó a decir Andrés, amedrentado aún por el patinazo, pero eufórico con el elogio que había hecho Brígida de las torrijas.

Quién sabe si incluso detestaría los churros, cuya falta no había lamentado, lo que volvía más valioso que ella hubiera aceptado aquella excursión. Simplemente, había querido estar con él. Por supuesto, detestaba los churros. En mitad de sus nublados sentimientos, el sol se abría paso igual que en los helados campos de afuera.

¿Y todo eso no era confesarle un poco que lo amaba, Eladio de por medio? Gracias por las torrijas, Andrés, pero habría ido al fin del mundo contigo, aunque allí solo tuvieran churros.

Gracias, Eladio, por no tener churros. Gracias por la declaración de amor interpuesta.

—Si os sentáis ahí, donde la estufa, os sirvo enseguida.

Luego, mientras les servía el chocolate y las torrijas, Andrés preguntó al cantinero por los trenes.

—A las seis y cuarto ha pasado el que llaman «tren de los portugueses», que acaba en Hendaya. A media mañana hay un mercancías que va a Lisboa, y a las nueve de la noche, pasa el que viene de Hendaya —contestó Branco.

—¿No hay ninguno que solo vaya a Salamanca? —preguntó Brígida.

—Antes lo había. Lo que sucedió es que tardaba dos horas y media, así que cuando pusieron los autobuses de línea lo quitaron. De todas formas, todavía hay quien coge el de las seis y cuarto para ir a la capital. Manías, me imagino, que todos tenemos.

Cuando Eladio se hubo ido, Andrés comentó:

—¿No tienes la impresión de que vivimos en el culo del planeta? ¿De que si este pueblo desapareciera por las buenas nadie se enteraría?

—A mí eso me gusta.

—¿Te gusta?

—Todo lo que pasa aquí es único, no está influido por nada, ni a nada influye. El aire es solo de aquí, los pájaros de aquí solo existen aquí, cuando lloras o te alegras por algo es por algo que no vas a encontrar nunca en otra

parte, y cuando alguien te gusta o cuando te enamoras no podrá repetirse en otro sitio...

—Eso no es el culo del planeta, eso es otra galaxia.

—Lo que me da miedo es pensar que nos iremos y que dejaremos en el pueblo algo de nosotros, pero no sabemos qué. La parte que se va y la parte que se queda a lo mejor no son las que creemos. ¿Me entiendes?

—Yo sé que el que soy ahora seguirá siempre aquí, queriéndote. Me iré a otra ciudad y te querré en otra ciudad, pero el de aquí que te quiere, nunca se moverá del sitio. Si vuelvo dentro de veinte años, lo encontraré yendo a misa de seis y media y comiendo torrijas en la estación.

—Atrapado... —dijo Brígida con un punto de asombro.

—... en un planeta sin tiempo —remató Andrés.

Y se hincharon a torrijas. A pesar de la hora y de la densidad del alimento, Andrés temió todo el tiempo la disfagia. Pero no hizo acto de presencia.

—Ayer, al final, fue un día raro —dijo Andrés, cuando se detuvieron ante una telaraña escarchada en una pared de hiedra, al salir de la misa de la catedral el segundo día.

—Creo que es mejor que nos acostumbremos —dijo Brígida.

—A mí no me importa acostumbrarme si me dicen a qué.

Seguían contemplando el tapiz, que empezaba a lagrimear.

—Es preferible que no nos vean, porque si nos ven estamos perdidos. Mi padre pregunta mucho por ti y pregunta con cara de pocos amigos, aunque trate de disimularlo.

—¿Cara de pocos amigos?

—No le gusta nuestra cuadrilla. Opina que queremos estar aparte de los demás, que nos hacemos los especiales, y cree que eso es peligroso. Si además supiera... ¿Entiendes?

Andrés pasó la palma por el tejido de escarcha y luego miró los hilos que se habían quedado en ella. Entendía, entendía demasiado bien.

—¿Y entonces cuál es el tiempo para nosotros?

Brígida no contestó enseguida, daba la impresión de que no acababa de estar de acuerdo con la pregunta o con el tono de la pregunta.

—Si es que nos queda... —añadió él.

—Ya que quieres saber cuál es nuestro tiempo te lo diré. Pero antes una advertencia: contigo no quiero andar con cuidado. Y quiero que nos miremos a la cara cuando hablamos.

Andrés dejó de observar los hilos cristalinos de la palma y se volvió hacia ella. Brígida descubrió un rostro que no esperaba, el de un muchacho triste cuyos ojos azules se apagaban de prisa.

—Escúchame bien —dijo, intentando mirarlo con severidad—. Tenemos todas estas mañanas hasta la entrada del instituto y las tardes en que podamos escaparnos. En mi casa han de saber todo el tiempo dónde estoy y, si no, tienen ojos por todas partes a los que interrogar.

—En mi casa no saben dónde estoy y no preguntan.

—Pues no sabes la suerte que tienes, quitando que no eres tía.

—¿Y los amigos? —preguntó Andrés con voz ronca.

—Lo de siempre, son nuestros amigos, no vamos a dejarlos tirados, tenemos el Hogar Juvenil y cosas que hacemos juntos. Lo que no podemos es decírselo, porque eso nos cambiaría a todos.

¿Para qué quería todo el tiempo con Brígida? ¿No tenía el suyo, no quería ya nada del suyo?

Dejándose llevar, habían cogido el camino del día anterior, su primer día y su primer plan. También hoy se habían citado en la misa de seis y media de la catedral, ya don Severino les había mirado abiertamente y Andrés juraría que le había hecho una seña, aunque no sabía interpretarla.

—¿Por qué vamos a misa? No hace ninguna falta —dijo él.

—A lo mejor no te hace falta a ti —dijo ella, sin perder cierto ceño.

—¿Vas allí porque te has puesto una penitencia por salir conmigo?

—Y me parece poca.

—¿En serio, he acertado?

—Tú vas a ser medio bobo, chaval.

Habían atravesado El Cruce y ya estaban a la altura del cementerio. La hora amante se posaba sobre los cipreses y sobre los regatos con carámbanos. A medio kilómetro, divisó a Trinidad, el leñero, que se adentraba en el monte con el carro tirado por mulas, y los perdigueros atados al torno. A Andrés, que lo conocía, y al que ayudaba a descargar la leña de encina para la estufa del colmado, le pareció que se iba lejos, muy lejos. Para siempre. Solo fue una impresión, aunque últimamente la tenía

con todo, todo se iría para no volver. Con Brígida, desde hacía día y medio, la tenía todo el tiempo.

—Las tardes en que nos escapemos, podemos vernos en el molino de la segunda alameda.

Brígida no comentó nada. Iba a su lado, pero metida en sus pensamientos.

—Voy a ese sitio desde pequeño, está medio en ruinas, pero se ven las curvas del río hasta las minas de uranio. Hay una terraza que está entera.

—¿Sabes por qué hemos ido hoy también a misa y por qué iremos casi todos los días? —preguntó la muchacha como si no lo hubiera oído.

—Porque es el primer sitio en que nos hemos encontrado a solas, y ya no se trata de la misa ni de nada, sino de que ese sitio es sagrado, más sagrado que el templo. Y cuando nos sintamos solos o ya no estemos juntos iremos a esa capilla a vernos, aunque el otro ya no esté —dijo Andrés, por el que pasaron pensamientos negros y luminosos a la vez.

Brígida lo miró con sorpresa.

—Sí, nos apegamos a los sitios porque los sitios se apegan a las personas que queremos... —declaró Brígida, posiblemente desconcertada por la parrafada.

Se quedó meditando algo más y al final dijo:

—Siempre me ha gustado salir de amanecida, y esos pocos minutos en la catedral me encantan. Es el único rato en que mi padre no vigila, porque antes de irse a la clínica se pasa por la dehesa. En mi casa empiezan a levantarse a las ocho y cuarto, yo les llevo el pan.

—Vamos a estar escondidos o huyendo todo el tiempo. Puede que sea emocionante, pero no sabemos adónde nos lleva. ¿Vamos a alguna parte?

—¿Tú no sabes dónde vas?

—Yo, sí. ¿Y tú?

—Yo no. Esto es un viaje, un viaje a un lugar que no conozco. Pero al que de todas maneras estoy yendo.

Era un hecho. Cuando estaba con Brígida el mundo sufría cambios físicos. Todo estaba en el mismo sitio con los mismos elementos, sin mover ni una hoja ni un brillo ni un pájaro en el alero, pero distinto, como si las cosas tuvieran otras formas de ser lo que eran.

Claro que le daba miedo. No podía controlarlo, no dependía de él. Dependía de Brígida. De cuando ella aparecía en escena. Así que ahora el mundo dependía de Brígida. Más miedo.

Lo había sentido mientras caminaban por la segunda alameda en dirección al molino, adonde Andrés se había empeñado en llevar a Brígida. Los álamos pelados tenían la corteza de plata y al tocarla parecía seda, el aire traía el olor de la ribera, de los juncas, adelfas y saúcos como una primavera anticipada. El sonido de los pasos sobre la alfombra de hojas caídas reverberaba y los hacía sentir como una pareja de exploradores en tierra virgen, buscando el misterio del amor y de la supervivencia.

Pues no. Nada eso. Eso eran solo palabras. Falso que hubiera un paisaje con su armonía y su orden y su panorámica. Solo había pedazos, trozos de trozos: el zapato de tacón bajo de Brígida tocando el suelo, su calcetín rojo flotando en contraluces, una ráfaga del color de su carne, un olor que antes de aparecer había desaparecido, más ella, claro, hecha añicos de labio, de nariz, de cráneo, también su levísimo sudor, una muselina de gotas que parecían palpar...

—Espera, espera... —dijo Andrés, cuando salieron de golpe a la explanada del molino.

Brígida se detuvo sin decir nada. A pesar de la turbación, ese silencio llegó hasta él.

—Quiero que me abracés —dijo Andrés—. Quiero que me abracés y que me aprietes, y yo también quiero abrazarte y apretar. Yo lo voy a hacer seguro. ¿Y tú?

Y a eso Brígida tampoco dijo nada. Abrió los brazos y Andrés penetró en la cueva, se apretó contra ella con una fuerza grande, pero temblando como un cachorro. El olor a cantueso, los pechos acogedores y la suavidad de aquella piel lo empujaban a otro sitio, a un sitio en el que estaba naciendo. Al salir de aquella cueva, un nuevo Andrés habría sido dado a luz. El otro habría muerto. A partir de ahora el tiempo y el espacio empezarían a contar desde Brígida. Los anteriores habían dejado de existir.

Mientras duró el abrazo, ¿más de un minuto, menos, un visto y no visto?, sucedió algo irreparable. El episodio del abrazo se coló en su mente, se hizo sitio, instaló un nuevo orden: se convirtió en un recuerdo fortificado, con murallas selladas, y baluartes y fosos.

Sí, en el mismo instante en que se producía, aquel abrazo se hizo recuerdo. Andrés se limitó a constatar que eso estaba pasando. Y le pareció tan milagro como el milagro de encontrarse metido en el cuerpo de Brígida con todos sus sentidos.

Cuando se separaron, Brígida le miró como si preguntara. Pero era una pregunta indescifrable. Él estaba tan turbado por el descubrimiento del cuerpo de ella y por el descubrimiento de cómo nacen los recuerdos, que se distanció poco a poco y siguió caminando hacia el molino.

Sintió una soledad nueva. Plena y satisfecha, pero soledad. Debería reflexionar sobre lo que había ocurrido, sobre el nacimiento, sobre el recuerdo, y para eso tenía que estar solo. Cuando más se había fundido con Brígida, más había necesitado tomar distancia. Un rato para sí mismo. Él, que quería irse a otra vida y a otra ciudad, acababa de entrar en un nuevo país, el país del abrazo de Brígida.

Luego, se preguntó por qué la felicidad lo había expulsado a la soledad del pensamiento, y si ese era el castigo por haber dejado de sentirse solo.

La tarde en que Andrés le enseñó a Brígida el molino, descubrió que lo estaba mirando con los ojos de ella. La suciedad, la ruina, las antiguas máquinas, las salas amplias y destrozadas, los ventanales asomados al río, las vigas de hierro con manchas de robín, el yeso descascarillado: ¿llegaría ella a ver la grandeza de aquel espacio en mitad de los campos vacíos? ¿Llegaría a sospechar que la había llevado allí, porque ese lugar era sagrado para él del mismo modo que la catedral lo era para Brígida? Una catedral y un molino, la unión de dos templos.

Andrés notó que ya no pensaba en la otra ribera con sus seres fantásticos, ni se acordaba de las aburridas tardes de verano, ni de nada que le hubiera pasado antes. Tanto el dolor como la excitación de aquellas imágenes le parecían ridículos. Además, él ya no tenía derecho a los recuerdos de antes. Iban a cambiar y lo sabía. Iban a morir. Como él mismo, el que había sido hasta este instante, iba a morir también. Las crónicas no contarían nada anterior a su amor por Brígida, como tampoco del molino de las ensoñaciones de su infancia. Asistía a una gran devastación, con nuevos tiempos y nuevos señores.

Tal vez no se tratara de destrucción ni de muerte, sino de un comienzo. De un verdadero comienzo. ¿Los comienzos se parecían a la muerte? No, solo se parecían a la muerte los verdaderos comienzos.

Una tarde al separarse, volviendo del molino, Andrés le dijo a Brígida:

—Se me ha ocurrido una cosa... Quiero que por la noche quedemos a una hora fija para pensar el uno en el otro. Será igual que estar juntos.

—No tan igual, me parece a mí.

—Bueno, por lo menos estaremos en el mismo pensamiento y ya verás cómo se nota si a alguno se le olvida.

—¿Es que lo has experimentado antes?

—No puede ser de otra manera. Es un buen plan, así que tiene que salir bien.

—Me dejas convencidísima.

—Solo es un poco de sentido común.

—Sobre todo, común. Cuando dos se ponen a pensar el uno en el otro al mismo tiempo, sus mentes se comunican y el espacio se encoge.

—¿Te ríes de mí?

—Fíjate en lo seria que estoy.

—Atiende, ese tiempo será nuestro, tuyo y mío y de nadie más, cuando estemos separados. A lo mejor, podemos vivir una vida paralela y estar siempre juntos.

—Creo que eso es una novela.

—No la he leído, pero tiene que pasar algo grande cuando dos se comunican con el pensamiento.

—¿Y a qué hora sería eso?

—¿Qué te parece a las once?

—Gran elección. ¿Tengo que estar sola?

—Qué va. Es genial, puedes estar con quien tú quieras o haciendo lo que sea, hablando con tu padre, por ejemplo, o viendo la tele con la familia. Pero lo bueno es que estarás conmigo.

—O sea, que también es un sistema para no estar con los que estás ni en el sitio en el que estás. Se queda el cuerpo y la mente se va de paseo. Tiene buena pinta.

—Prueba antes de seguir con la coña.

—¿Y tú crees que cuando se vuelve de allí sigues siendo el mismo?

—Ya no voy a contestarte.

—Casi dan ganas de no volver a verse en la tierra con semejante invento a mano. ¿Y durante cuánto tiempo de reloj tendremos que estar pensando en el otro?

—Ya veremos. Según los imperativos —dijo Andrés, con resignación.

—¿A qué llamas imperativos?

—Tener que ir al baño, por ejemplo. A mí en el retrete no se me ocurriría pensar en ti —y sonrió malignamente.

—Lo tienes todo planeado. Por aportar algo a la idea, yo creo que un poco antes de que dé la hora deberíamos haber ido al baño.

—Magnífico. Se acepta.

—¿Y cómo sabremos cuándo el otro ha dejado de pensar contigo y se ha ido?

—Eso se sabe. Y, si no, cuando te canses.

Brígida acababa de contarle que la conversación en casa la monopolizaba su padre, pero que las historias que contaba eran tan entretenidas que a nadie le molestaba. Trataban de enfermos heroicos, de descubrimientos médicos, de nuevas terapias y también de la última saca de los alcornos, de la montanera, del carrascal que estaban ajardinando en la finca..., porque a su padre le gustaba el campo tanto como la medicina y sostenía que la naturaleza humana es una parte de la naturaleza, así que quien estudia lo uno estudia lo otro. En fin, y cómo es tu padre, Andrés, creo que no lo conozco, preguntó a continuación, y Andrés tuvo la retorcida impresión de que lo anterior solo había sido un pretexto para sonsacarle.

¿Y por qué quería saber de su familia? No iban a casarse enseguida, si sus noticias eran correctas. ¿No le bastaba con saber de él? Él no era su padre ni su madre, ni sus lejanos parientes ni nada. Él era lo que se veía, comienzo y final de sí mismo. Allí estaba, sin conjeturas ni estirpes.

Él nació como la diosa que tanto gustaba a don Severino, armado y listo para el combate. La diferencia es que él no nacía de la cabeza de ningún padre, sino de su propia cabeza.

—Mi padre se fue de casa hace unos años —dijo, notando que era más vergonzoso eso que no tener padre.

—¿Adónde se fue? —preguntó Brígida, con cara de no estar entendiendo.

—Yo qué sé.

—¿Pero volverá?

Andrés se quedó pensando qué significaban esas palabras en su cabeza. Pero volverá. Adónde. Para qué. Quién estará para verlo.

—¿Pasó algo para que se marchara? —preguntó la muchacha.

—Que se marchó —contestó Andrés, secamente.

Brígida guardó silencio y él notó que era un silencio que los alejaba.

—No sé qué pasó, de verdad —prosiguió más suavemente—. Se marchó con un coche americano que no supimos de dónde lo había sacado, un Dodge Dart, se llevó la escopeta de balines que me regaló cuando cumplí doce, y lo que le cupo en el petate de boxeo.

—¿Tu madre y él se llevaban mal?

Andrés se la quedó mirando.

—¿Se querían? ¿Crees que se querían?

La miraba como si en el alféizar del molino en el que estaba recostada, mientras el sol colaba un fogonazo naranja que también había encendido el recodo del río y la pesquera, se hubiera presentado una loba en canesú.

Que sus padres se quisieran era un asunto en el que no creía haber pensado nunca, ni ligera ni profundamente. La opinión general era que los matrimonios se quieren, ¿puede ser esa la razón misteriosa por la que dos personas se unen de por vida? Pero lo que de verdad creía Andrés es que las razones por las que dos personas permanecen juntas son secretas. Son tuyas. La mayoría de matrimonios que conocía eran una batalla campal en un campo de miseria. Los hombres pegaban, las mujeres obedecían y se conformaban. Eso era lo que veía en el arrabal. ¿Amor?

Podía entender que hubiera matrimonios que se amaran. Lo había leído y él creía en lo que leía. También lo había visto en las películas, sobre todo en las películas. En la literatura reinaba más el amor que el matrimonio. Pero a ese entendimiento suyo no lo acompañaba ningún sentimiento.

—No lo sé. No... —y ahora en cambio, al contestar, notó que la emoción lo invadía.

—¿Le echas de menos?

—No lo he pensado... —Andrés estaba desconcertado, mientras la emoción iba subiendo—. ¿Se puede saber eso? Alguien se va y tú tienes

que seguir viviendo, qué más da.

El rostro de Brígida se volvió hacia él y se recortó en la tarde azafranada. ¿Dónde has estado, qué te han hecho? Podía oírlo perfectamente, aunque los labios de Brígida no se despegaron.

Cuanto más se conocían, algo de él, tanto para él mismo como para ella, se volvía extraño. ¿Desandaban? ¿Hacia qué principio?

A Andrés se le escapó un sollozo breve, desangelado. No lo pareció, pareció más bien un estornudo o una tos. De hecho, se quedaron esperando a ver qué pasaba después, hasta cierto punto intrigados, además de sobresaltados. Andrés miró a Brígida como preguntándole qué estaba pasando, porque desde luego él no se sentía tan triste como para llorar y de hecho no sentía ninguna tristeza.

Salvo que la tristeza fuera aquello...

Quizá Brígida tuviera más experiencia que él. Tal vez no. El caso es que de pronto se encontró metido en un hueco aún más estrecho que el de los abrazos. Y esta vez sintió todo el deseo de Brígida por tenerlo dentro.

Así fue como se besaron por primera vez. Un beso en el que las lenguas, cautas aunque decididas, fueron al encuentro. Pero el beso mismo fue un desconocido, un extraño en la intimidad a corazón abierto que acababa de surgir entre ellos. Andrés pensó que aquellos labios como el dibujo de un niño que tantas veces había visto no eran los que había besado. Los que había besado no podían dibujarse.

Cuando se separaron, Brígida le preguntó:

—¿Por qué nunca lo habías contado, ni a mí ni a los demás?

Estaban tumbados en un sotillo de la primera alameda, mirando hacia las copas de fresnos y alisos, donde el río se desmembraba en un canal hacia la fábrica de harina.

—Dime algo que te guste mucho hacer —murmuró Brígida.

Andrés se quedó pensando un rato.

—¿Me has escuchado? —preguntó la muchacha.

—Estoy en ello.

—¿Tan complicado resulta saber lo que te gusta?

—Me gusta estar contigo y ahora mismo es difícil que me pueda apetecer otra cosa.

—¿Quieres decir que por mi culpa ya no hay nada en el mundo que te interese?

—El amor es un ladrón, se queda con todo lo que quieres y con todo lo que tienes —filosofó un poco—. A mí me parece bien.

—Entonces, ¿no hay nada que te apasione? —insistió Brígida.

—¿Y tú, tienes pasiones?

—Las matemáticas me fascinan, son bellas.

—Nunca hubiera dicho que son bellas...

—Hablan de proporciones, como la música. Proporciones que están en todos los materiales de la naturaleza. En la madera, en el nailon, en el hierro. De las proporciones salen las notas. Y el mundo está hecho de notas. A propósito, ¿escuchas música?

—Por las noches hay un programa en la radio..., suelo dormirme con él.

—¿Y qué música ponen?

—No sé, normal... El otro día escuché una canción de un tal Camacho.

—¿Hilario Camacho? No hace mucho sacó un disco, yo lo tengo, la cara A es *Princesa de cera* y la B, *Volar es para los pájaros*.

—¿Tienes tocadiscos?

—Me regalaron uno a los trece. Tenemos que escuchar música juntos. Pero no me dices lo que te gusta. A lo mejor no quieres hablar de eso conmigo.

—Ya te he dicho que me gustas tú. Lo demás, ya que te empeñas, voy a tener que inventármelo. Sí, de pequeño, las palabras que leía el cura en misa, las palabras que decía: caridad, pureza, oración, Jesús, Dios, fidelidad, evangelio..., podía olerlas, tocarlas. Me iba a casa borracho. No las entendía, claro, pero me daba igual. Y estaba seguro de que los curas se hacían curas para poder decirlas delante de la gente, como en un banquete. Tú dices que el mundo está hecho de notas y yo digo que de palabras. ¿Seremos incompatibles?

—Quieres estudiar Medicina, ¿no sería más apropiado Filología o Filosofía? —dijo Brígida.

—Bueno, las palabras también curan. Matan y curan. La medicina mata y cura. No están tan lejos.

—Una va por ciencias y la otra por letras, eso debería darte una pista de lo lejos que están.

—Si a la medicina le quitan las palabras, la gente se morirá sin explicarse, nadie la entenderá, o le dolerá y nadie entenderá su dolor.

—Serás un médico poeta y yo seré una matemática de orquesta.

—A lo mejor podrías contarle a tu padre que quiero ser médico...

—Y que nos besamos con lengua también podría contarle.

Pronto empezaría a helar. El sol acababa de ocultarse. Por lo menos no había viento, aunque la humedad de la corriente se hacía notar.

Brígida se incorporó y se quedó mirando unas chiribitas en el agua oscura.

—También me gusta imaginar historias para dormir —dijo Andrés—. Hay una especial, que la repito desde pequeño. Soy un vaquero del oeste al que una partida de indios ha acorralado en un bosque, en una montaña, en un desfiladero, en una cueva, y me quedan pocas balas en el *winchester* y en el *colt*. Cuento a los indios y me pregunto si me alcanzarán las balas. Ellos atacan...

—Es una variante de contar ovejitas, me parece a mí.

—Te equivocas. Siento que me acorralan, que estoy en peligro, pero que no pueden hacerme nada. Donde estoy, metido en mi cama y con mi cuento, no pueden hacerme nada.

—Los nombres de los colores —dijo Brígida—: fucsia, hematita, índigo, aguamarina..., pueden tocarse, hasta olerse.

—El colmado a oscuras, cuando apago por la noche para cerrar, parece más grande, parece que se mueve, como una nave interestelar —dijo Andrés.

—Cuando llevo el pan por las mañanas, después de dejarte, me entran unas ganas horribles de contarles a todos que te estoy viendo, y al mismo tiempo me alegra no hacerlo.

—Ver jugar a los críos al balón, en mi calle, con porterías hechas con piedras, con una pelota desinflada, parándose cuando pasa un coche o un carro, peleándose y gritando como si estuvieran jugando un partido de fútbol en un campo de verdad.

—El rocío en la jara y en el tomillo de buena mañana en la dehesa, que no puedo dejar de tocarlo y llevarlo a la nariz. Estoy oliéndome las manos hasta que se va.

—Correr por las alamedas. Me gusta el fútbol, pero me gusta más correr solo por las alamedas. Conste que no me gusta correr. Únicamente me gusta correr solo y correr por las alamedas.

—Hacer ramos de flores silvestres y ponerlos por la casa. En Japón eso es un arte.

—Esperar a que aparezcas en la esquina de la calle Madrid cuando vamos al instituto. No tengo prisa por que aparezcas, solo quiero esperar. Solo quiero esperar por ti. Podría esperar muchas horas sin echarte de menos, a lo mejor eternamente.

—Quedarme mirando por dónde te has ido. Aunque no estés, yo te sigo viendo. Estás yéndote por ese mismo sitio todavía un buen rato cuando ya has desaparecido. ¿Y sabes qué pienso? Que eso tiene que ver con la teoría de la relatividad, que el tiempo y el espacio también están en mis ojos.

—Y el juego era contar por qué nos gustaban cosas que no comprendíamos —dijo Andrés.

—No. El juego era contar cosas que no comprenderíamos nunca —contestó Brígida.

Se había escandalizado de sí mismo, aunque asqueado habría sido más preciso. De pronto, había empezado a tocarse pensando en Brígida. Y enseguida, el pene estaba duro y Brígida, desnuda, llamándole con una voz extraña, las piernas abiertas, tendida, agitada.

Se levantó de la cama y fue a la cocina, confiando en que su madre no se despertara y lo encontrara con aquel bulto en los calzoncillos. No encendió la luz. Las baldosas del suelo parecían una pista de témpanos. Una cenefa de escarcha bordeaba los cristales de la ventana por la que se veía la calle nocturna y vacía. Había luz en un desván algunas casas más allá.

Se había despertado en mitad de la noche con presión en la boca del estómago y dificultades para respirar. Por experiencia sabía que era angustia. Venía cuando quería, no necesitaba motivos. O por lo menos él no los conocía.

Para relajarse, para poder pensar en otra cosa que no fuese la angustia misma, empezó a tocarse. Había aprendido que la excitación era un recurso, aunque la descarga solía ser ambivalente. En ocasiones aumentaba la angustia y en ocasiones sobrevenía un sueño súbito. Lo raro de esa noche es

que Brígida apareciera en la fantasía. No era su lugar. Era el lugar de Cándida, por ejemplo, o de la mujer a la que llamaban Cabiria, que decían que trabajaba de puta en Salamanca, o de las mujeres maduras que iban al colmado, o de algunas gitanas descaradas que le provocaban.

Con Brígida nunca se le habría ocurrido hacer las cosas que hacía con las otras en la alcoba de su mente. Además, luego sentía asco. Asco de él, de sus cuerpos, de los cuerpos en general.

Brígida no era de ese mundo. No pertenecía a las pasiones físicas, a pesar de la profunda emoción de los besos, que confirmaban la entrega y la ternura. Amaba a Brígida, o eso creía, sin cuerpo y sin las exigencias del cuerpo.

Pensaba en ello mientras la dureza comenzaba a amortiguarse y permitía algún pensamiento fluido en medio del frío.

Por otra parte, ¿no sería al contrario? ¿No habría sublimado a Brígida de pura excitación y por pura represión? Estaba seguro de que no, pero esa seguridad era inquietante. A lo mejor la había elevado a las alturas para que su deseo, bajo y carnal, pudiera ser admisible durante el tiempo en que no podía tenerla. Creó una diosa de una simple mujer a la que no podía poseer. Eso solía pasar, lo había visto en otros, ¿por qué iba él a ser diferente?

La luz del desván lejano se apagó. La luna llena bañaba los tejados. Vio a un gato andando por la cumbrera, recortado contra la noche fosforescente.

Decidió volver a la cama. Curiosamente la angustia se fue aplacando desde que se horrorizó imaginando su deseo físico de Brígida, rondando todavía.

Cuando se metió en la cama estaba anunciado lo que iba a pasar. Brígida seguía donde la dejó, aquella Brígida que se le había aparecido y que no tenía nada que ver con la Brígida de la que él se había enamorado. La de ahora descargaba sobre él una brutalidad inesperada. Eso le gustaba, pero no había manera de encajar la una en la otra.

Cuando terminó, esperó a que llegaran el asco y la vergüenza, pero no vinieron. Solo sintió pena de que Brígida y él ya no estuvieran juntos como hacía unos instantes, aunque fuera esta Brígida, así que lo único que deseaba era recuperar las ganas y que se repitiera.

Ya había dicho que esperar por ella era de las cosas que más le gustaban en el mundo.

La pandilla de amigos había comprado castañas asadas y se las comían en la plaza del Alcázar, en un banco de los jardines que lindaban con la muralla. Era la hora del recreo en el instituto. Andrés se había obsesionado esa mañana con la idea de convencer a Brígida de solicitar ponerse juntos en clase. Sabía lo que iba a responderle todo el mundo, pero eso no aliviaba la obsesión.

Por la entrada opuesta a la plaza apareció otro grupo similar de individuos, que observó a los de las castañas y se detuvo en plan asamblea.

—Ahí están Jaime y los jaititos —dijo Solórzano—. A estos los está azuzando el otorrino, capaz. Hay que hablar con él, Andrés, sin más retraso, aunque sea una liendre.

—Oye... —protestó Brígida a cuenta del pariente.

—Tienes razón —contestó distraídamente Andrés, que seguía a lo suyo.

—Ese local estaba abandonado, nosotros lo limpiamos y lo pintamos, metimos muebles, el ajedrez y el ping-pong, y tenemos hecha toda la programación del año para los chavales. Ahora ellos entran cuando les da la real gana y se ponen a jugar, a gritar y en resumen a joder la marrana —había continuado Solórzano—. El concejal sabe además que ese local está asignado a la OJE. El instituto y los deportes ahí no tienen vela.

—Pero el local pertenece al Ayuntamiento, es normal que se comparta —dijo Chantal.

—No hay problema en compartir, pero esa banda quiere fastidiar. Lo demás no les interesa —opinó Chapi.

—Puedo hablar con mi tío, si queréis. Como Concejal de la Juventud, tiene que valorar lo que hacemos. Nos escuchará —dijo Brígida mirando a un milano que perseguía a unos estorninos en el aire azul.

—Los políticos..., la política es un vicio privado. Lo contrario de un servicio público. Mandeville no tenía ni puta idea —soltó Solórzano, al que últimamente sobrevolaban nubes negras.

—Qué culto y qué bien habla este hombre, por Dios. Quién coño será Mandeville —dijo Chantal.

—Vale, le diremos al otorrino que queremos verle —concluyó Andrés, dirigiéndose ambiguamente a Solórzano y a Brígida—. Yo solo no, porque a mí no me traga.

El grupo de arriba empezó a bajar la cuesta. El cabecilla, el tal Jaime, era uno de los del equipo de baloncesto, no precisamente de los buenos, ni el más listo. Era alto, pero de complexión algo asténica, moreno zaíno, y aunque Andrés siempre lo estaba comparando con un pajarraco, aún no había dado con el nombre del pajarraco. En cualquier caso, estaba convencido de poder desplumarlo de un bufido. También era hijo del director de la Caja Rural y se paseaba por el pueblo con la arrogancia de toda aquella progenie de la pata del Cid.

Se quedaron a unos metros del banco que ocupaban Andrés y los suyos, y el avechucho se adelantó para decir:

—El Hogar Juvenil es de todos, te guste o no te guste —se dirigía a Andrés con la mirada y con una mano desafiante—. Vamos a ir cuando queramos, porque tenemos derecho, como ha dicho don Manolito. Cuando queramos. Tú móntate lo que quieras, pero ese sitio también es nuestro.

Andrés se levantó. Hubo un pequeño revuelo, tanto en sus filas como en las adversarias. Aja a primera vista no era imponente, ni disponía de un currículum violento, pero se lo conocía por tener atascada la marcha atrás. Eso conducía a veces a lo irremediable.

De modo que si se había levantado del banco no sería en vano. Aunque él arrastraba otras sensaciones. La escena le resultaba bastante ridícula, fuera de lugar y más que nada fuera de sus cavilaciones actuales, centradas en vanas ensoñaciones. El desafío le daba pereza y si acababa en gresca, más pereza todavía.

Dio un paso hacia Jaime como era estúpidamente preceptivo, y antes de tener los dos pies en el suelo, el zaíno le lanzó un directo que le acertó más o menos en el mentón. Apenas le produjo dolor, era el puño de un crío, pero Aja, de pronto, sintió miedo.

¿Miedo de qué? Quizá ese miedo pudiera ser una buena respuesta al juego de Brígida sobre lo incomprensible, porque el otro muchacho, aunque él no se defendiera, solo conseguiría hacerle daño si le ponían en la mano una llave inglesa o una bomba de mano.

Pero el miedo era real. Tenía miedo de Jaime. Él, que no podía temerle en absoluto, salvo atentando contra todas las leyes de la apariencia, la experiencia y la naturaleza.

Y así, con más desesperación que valor, pues había que cumplir, se abalanzó sobre Jaime, que cayó al suelo como una escoba con un gesto de

espanto y quizá también con algo de sorpresa al comprobar que la cara pegada a la suya no era tan fiera como la esperaba.

Por supuesto, antes de pasar a mayor lid, ya les estaban separando unos y otros, pues unos y otros pensaban que el desigual combate solo acarrearía desgracias.

Al cabo de un rato, cuando faltaban unos minutos para regresar al instituto, Aja miraba a la alameda lejana del molino con la certeza de haberse convertido en un cobarde, mientras se preguntaba si aquello tendría que ver con Brígida. ¿Era falso que el amor nos volvía audaces?

Esperó a que Brígida se acercara, pero la muchacha se había quedado con los otros, debatiendo sobre las consecuencias de lo ocurrido, previendo males mayores. La realidad es que el mentón ni siquiera le dolía y había motivos para creer que los amigos no habían calificado aquello de puñetazo. Puede que incluso Andrés se lo hubiera imaginado. De puro pavor.

Andrés supuso que Brígida y él tendrían mucho de qué hablar, pero que ella prefería dejarlo para los encuentros privados. Ahora sería delatarse.

¿Se estaba hartando del incógnito y por esa razón se le había ocurrido lo de sentarse juntos en clase?

Le habría gustado que ella viniera adonde estaba él. Al fin y al cabo, había tenido una pelea. Y el miedo no se le había ido.

¿Ella era incapaz de sentir su miedo?

Llevaban más de dos semanas viéndose en secreto y, dada la imperturbabilidad de los amigos, una de dos: o bien estaban al cabo de la calle y hacían el don Tancredo, o bien ellos dos habían convertido el disimulo en una de las bellas artes. La situación era rara, desde luego.

Desde el punto de vista de Andrés, Brígida se las apañaba demasiado bien. En público, observándola, hasta él mismo dudaba de los amaneceres camino de la estación, de las tardes en el molino y por supuesto de los besos. Para él, en cambio, controlarse era desesperarse. ¿Era posible que nadie viera su desesperación?

¿Y su cobardía, su flamante y palpable cobardía? Nunca imaginó que enamorarse produjera tal olla podrida de sentimientos. ¿No era el amor solo amor y ya? ¿Qué hacían allí la soledad repentina, el miedo a los golpes, la

desesperación, la incertidumbre cuando no estaba con ella, los abrazos tiernos y la picha furiosa por las noches?

De modo que entonces el amor no era un sentimiento, sino muchos, y que tampoco era un éxtasis, sino una pelea callejera de emociones y pensamientos que habían jurado pasarse por la piedra.

Al menos, cuando aún no se había declarado a Brígida, su conciencia y su corazón eran uno, su sufrimiento era uno, su derrota era una. Y ahora...

No, el amor no era bueno. Ni malo. Era otra cosa. Una cosa que no se podía decir, porque no tenía nombre y únicamente si estabas allí te enterabas de la cosa que era. La cosa que te llevaba inesperadamente y a hostias de un lado a otro, como a él de la falta de miedo a la cobardía, de la seguridad en sí mismo a la seguridad de que no había en él nada seguro.

Una gran diferencia con su padre, firme como un roble, desafiante, pendenciero. Aunque Andrés nunca había visto pelearse a su padre. Se contaban historias, su padre contaba historias, y en todas era como si el valor en realidad no importara mucho, porque venía de fábrica. El valor se daba por supuesto, si eras hombre, claro. Esas historias eran relatos de estilo deportivo, nunca demasiada sangre, nunca consecuencias. Eran hazañas como subir una pared de hielo o correr en carnaval con los toros pegados al culo. No se contaba lo que en la pelea da miedo, el daño, quizá un daño permanente, las denuncias en la policía, la posibilidad de la cárcel, la fiereza ciega y el odio, el resentimiento y la enemistad de por vida.

No, nunca lo había visto pelearse, ni siquiera en el club de boxeo, en el que solo subía al ring para enseñar movimientos, fintas, golpes. Lo hacía muy bien. Era lo que se conocía por un estilista. Así al parecer lo definían en los periódicos de la ciudad de mar de la que venían, donde había sido campeón, aunque un día admitió que solo subcampeón.

Nunca le había visto pelearse, pero sí le había visto pegar. En casa. Eso era distinto, eso...

Al día siguiente del encuentro con los jaimitos, Brígida quiso ir a verle en el partido de fútbol que se jugaba el sábado. Hasta entonces, ella no había mencionado, ni siquiera de pasada, lo que ocurrió en la plazoleta del Alcázar. A él le había quedado cierta sensación de vulnerabilidad que había evolucionado hacia un sentimiento de inferioridad, que los amigos detectarían fácilmente. Claro que se habrían dado cuenta. Andrés Aja era un cagón. Y puede que estuvieran esperando la ocasión para acusarle

públicamente o puede que, en honor a la amistad, estuvieran buscándole una categoría nueva en sus cabezas y en su corazón. Tenían que reacomodarlo, como a un enfermo crónico en una habitación de la casa donde no estuviera siempre en medio.

Puede que con aquel asunto extraño del fútbol —ella nunca había ido a verlo, ni le interesaba el deporte en lo más mínimo— Brígida quisiera hacer algunas comprobaciones antes de ponerlo en un sitio del pensamiento donde no estuviera tan en medio. Al fin y al cabo, ¿la cobardía no era lo contrario del amor?

Alea jacta... Llegado el sábado Andrés saltó al campo con su equipo de camisetas moradas y escudo triangular con columna de Trajano bordada en oro, para enfrentarse a los maristas de Salamanca, de impoluto blanco y el pecho impreso con la leyenda «Ad Jesum per Mariam». Una vaga aprensión fue inoculada en su mente y lo acompañó en el corto tiempo en que permaneció sobre aquel rectángulo de tierra dura y jacintos de hielo, presidido por una tribuna con medio centenar de personas que se protegían del cierzo y en la que él distinguía, acerada y resplandeciente como una guadaña, la cara de Brígida.

A los ocho minutos de juego, un balón llegó llovido sobre el círculo central. Mucho antes de saltar a cabecear la pelota, ya vio elevarse el codo de un adversario y en el mismo momento adivinó el retroceso. Debió de haberse protegido, pero no lo hizo. Por el contrario, y demasiado tarde, también él fue a por el balón, de modo que el codo regresó a la posición de partida, ocupada en ese momento por la cara de Andrés.

Mientras estuvo tendido en el suelo no sintió dolor, aunque sí el sabor de la sangre que no estaba seguro de si salía de la nariz o de la boca. Luego, estaba tumbado en un banco del vestuario. El médico del instituto le susurraba en voz tan baja que apenas podía oírlo. Le dolía toda la cara, como si le apretase una mano de hierro al rojo.

¿El suicidio era el último y único acto de valentía de los cobardes?

—Pareces el Zorro, con esa especie de antifaz —dijo Brígida con sorna, días después del KO en el campo de fútbol—. Menuda leche.

—Lo que me faltaba para ser del todo guapo —dijo Andrés.

—¿No te crees guapo?

—Pues no, ya ves. Tú eres guapa.

—¿Cuánto de guapa? En serio. Quiero saber cómo me ves.

—No eres de este mundo —dijo Andrés, como si lo hubiera pensado muchas veces.

—¿Soy un ángel, estoy muerta? ¿Eso qué significa?

—También a mí me gustaría saberlo... Lo que sé es que no eres un producto de la tierra, no sé si me explico.

—Te explicas: no soy un gorrino ni una fanega de trigo.

Últimamente, habían dejado de ir a la misa de la catedral. Tampoco iban tan a menudo a la cantina de Branco. De vez en cuando visitaban un antro en el arrabal del Puente que abría a las cinco de la mañana, aunque la clientela habitual eran quinquis con sus trapicheos, agricultores de paso para el huerto y camioneros que pasaban por la carretera de Portugal.

A Andrés, desde el primer día, le pareció un lugar distinto, a causa de la mezcla humana y de las secretas actividades de algunos parroquianos. Allí se aliviaba un poco la sensación de vigilancia y las precauciones que ya formaban parte de sus costumbres de enamorados. Enamorados... Andrés no le había oído aún a Brígida que lo amaba. Quizá se lo dijo en algún momento y él no prestó la debida atención. Pero que eso hubiera sucedido no se lo creía ni él.

A Brígida el antro del Puente no le producía ni frío ni calor. Andrés intuía que la muchacha había sido educada en cierta indiferencia hacia lo que no era su mundo, aunque también en no ponerlo en cuestión, como si se tratara de vida salvaje, con la que había que contar dentro de las categorías de la naturaleza.

Por otro lado, sus conversaciones prescindían del entorno, de modo que los espacios terminaban dando igual.

—No estoy segura de que me estés diciendo cosas bonitas —decía Brígida respondiendo a las últimas palabras de Andrés.

—Ahora yo quiero saber cómo te ves tú —propuso Andrés.

—Para empezar y para terminar soy de este mundo —contestó Brígida.

—Estás equivocada...

—Soy terrestre y egoísta, lo contrario de un ser celestial o lo que sea que ves en mí. ¿Sabes?, es un poco horrible sentirse tan diferente a como te ve otro, es como si le estuvieras engañando adrede.

—A lo mejor es que conmigo estás cambiando. Antes eras un ser ruin y podrido, y ahora eres una criatura luminosa y bondadosa —bromeó Andrés.

—Soy envidiosa —dijo Brígida, sin seguir la broma—. Envidio a mi hermano, tan popular, tan seguro de sí mismo. Le he deseado accidentes de moto. A veces tengo ataques de gula y mataría por una bamba de crema. Mataría a cualquiera, a mi madre o a mi padre. Me horroriza pensar que pueda convertirme en pobre, y no montar a caballo, no tener la ropa que quiero, no vivir en una casa cómoda, tener que pensar en dinero... ¿Qué opinas de tu criatura angelical?

—Lo de angelical nunca lo dije. Lo que opino es que a la criatura que vive en mi corazón yo la conozco mejor que tú. Y viceversa, supongo. Que cada uno se quede con su criatura.

—¿No te da miedo que yo sea como digo yo?

—La verdad, me da más miedo que seas como pienso yo.

—Me toca a mí. Quiero saber cómo te ves a ti mismo —dijo Brígida.

Andrés observaba a dos hojalateros contar calderilla sobre la mesa con el dedo meñique, como si fueran lentejas. Se preguntó si a esa gente le importaba lo que veía de sí misma y si ese juego de mirarse y analizarse no les resultaría simplemente un capricho de chicos bien.

—No sé qué contestarte. A veces me veo alto y a veces bajo. A veces guapo y a veces feo. A veces creo que soy una persona alegre y a veces me siento morir. A veces creo que estoy de paso para otra vida mejor y a veces que estoy condenado a esta.

—¿Y esta cómo es?

—Una vida de la que se quiere escapar, pero nadie hace nada nunca.

—Pero ¿por qué quieres escapar tú? Tenéis un negocio, vas al instituto y el año que viene a la universidad, estás aquí conmigo, la gente te hace caso... ¿qué más crees que va a darte la vida? ¿Y si la felicidad y todo lo que esperas estuviera ya aquí, solo que no quieres verlo?

—La vida no puede ser tan perezosa y tan desesperanzada, ¿no crees? A lo mejor estamos todos muertos y este es un pueblo de almas en pena.

—Vale, tranquilo. Es tu forma de verlo. Ahora, ¿quieres saber cómo te veo yo?

—Bueno, si quieres... —dijo Andrés, un poco alarmado.

—Pues creo que eres de los más guapos del instituto, y no es solo opinión mía. Además, siempre andas con ganas de hacer cosas, y tienes carisma, y

no eres nada chulo. Y hablas como un poeta y piensas de una manera distinta a la gente que conozco. Eres un bicho muy extraordinario. Y lo mejor es que eso se ve a la legua, como yo lo vi sin conocerte. Es verdad que tienes dos alitas negras, pero son pequeñas y casi siempre están recogidas.

—¿Yo soy ese?

—¿De quién, si no, estaba hablando?

—De tu Andrés particular, de tu criatura.

—Ya has dicho que cada uno tiene la suya. Mejor dicho, tiene dos: la que se ha hecho de sí mismo y la que viene del otro. Y no coinciden, qué cosa.

—Pero, entonces, ¿quiénes somos?

—Tú me quieres, eso eres.

—¿Y tú también eres eso?

—Ya conoces la respuesta. Pero si quieres escucharla, tendrás que esperar a que llegue.

—Era de temer —dijo don Severino con voz resignada—. Tenías la vida un poco patas arriba, así que te enamoraste. En tiempos de confusión, el amor. Pero no hay que oponerle resistencia. Quién sabe adónde va, cuál es su misión...

—No puedo pensar en otra cosa —farfulló Andrés.

—¿Es tu primer amor?

—Nunca había sentido lo de ahora.

—Préstale mucha atención, porque el primero es para toda la vida. Algunos dicen que también es el último. Ten cuidado, muchacho.

—Estoy enamorado y tengo miedo. ¿Eso es normal? —preguntó Andrés.

Don Severino irguió su corpachón de la butaca de la mesa camilla y se dirigió al balcón. Allí su cráneo afeitado y sus ojos tártaros proyectaron un reflejo difuso en la tarde que oscurecía.

—De la pasión y de la felicidad la gente suele tener miedo. No sé, quizá porque se acaba, por lo que vendrá a continuación, por la falta de costumbre... Hay muchas formas de cobardía. Pero tú vive tu amor, pelea por tu amor cada instante que dure. No importa lo que pase después. Eso habrá sido tu vida. ¿Te acuerdas lo que decían los espartanos sobre el regreso de la guerra?

—O con el escudo o sobre el escudo.

—¿Y en griego?

—En griego no me acuerdo, don Seve. ¿Usted se ha enamorado alguna vez?

El cura regresó del balcón llevándose el pañuelo a los ojos, en los cambios de luz solía lagrimear. Volvió a su butaca. Andrés, que creía conocer a don Severino, se encontró con un gesto que no supo interpretar. Era compasión y era dureza, como si la vida se concentrara para tomar impulso.

—El amor es un regalo del tiempo, que se detiene para los que aman, deja de importar, de contar las horas o los días, ya no corre hacia la muerte. Sí, es un regalo del tiempo —murmuró don Severino, ensimismado.

—No me ha contestado a la pregunta, don Seve.

—¿Qué pregunta?

—Don Seve...

El cura sonrió divertido, pero el agua de los ojos perdió brillo.

—Estuve enamorado. O eso me pareció entonces. En fin, no era nada tan romántico como tú supones. Después me hice sacerdote. Puse un poco de caos en mi vida y luego escogí un redil. ¿Sabes lo que dicen del caos?

—Que en el caos es imposible equivocarse, lo cita usted a menudo.

El cura ahora rio abiertamente. Su risa tenía de fondo una especie de carraspeo.

—El otro día contaron en el claustro que estás perdiendo fuelle. Como saben que te tengo prohijado acabaron por mirarme a mí. Pero yo no tenía nada que contar. ¿Estás perdiendo fuelle? Sería un poco paradójico, aunque también previsible —comentó el cura en un tono anecdótico.

—No estoy estudiando mucho, si se refiere a eso.

—¿Es porque no puedes pensar en otra cosa que en la cosa? Yo lo entendería. ¿Lo entiendes tú?

—Aparte, es que las asignaturas me resultan áridas y que me cuesta concentrarme o encontrar las ganas. Bioquímica, Anatomía, Física...

—¿No querías ser médico? Eso es lo que te espera.

—Yo pensaba más bien en curar, en ayudar, no en aprenderme el cuerpo humano como si fuera mecánica de automóviles.

—¿Qué te creías que era un médico? ¿Un discípulo académico de Jesucristo entrenándose para hacer milagros y escribiendo recetas con frases

lapidarias? Deberías volver a pensarte adónde quieres ir.

—Ya lo he decidido. Haré un último esfuerzo y lo conseguiré.

—Tú eres de letras. Eres el individuo más de letras que he visto en mi vida. En Derecho triunfarías, tienes memoria y persuasión. No vayas adonde no te han llamado, porque allí no hay nada para ti.

—Quiero ser médico, don Seve, curar.

—Curar...

—Curar, sí.

El canónigo le observó con atención, pero era evidente que un pensamiento cruzaba por su cabeza. Siempre que sucedía eso, un pliegue ligero cruzaba su ceño.

Aquel hombre era la imagen misma de la fortaleza y la solidez, que Andrés no podía dejar de admirar. Había cumplido sesenta y cuatro años y se mantenía como un roble a base de caminatas diarias y de comidas frugales. Había combatido en la Guerra Civil, en el norte, aunque nadie estaba seguro de en qué bando, pero de lo que todos estaban seguros, y las historias corrían como la pólvora, es de que su trabajo de soldado lo había hecho a conciencia. Por entonces aún no había tomado los hábitos. Lo apodaban Atila, quizá por su mirada tártara y asesina, pero eso pudo haber sido un invento posterior, de la época en que llegó al instituto.

—Así que Brígida Montero, quién lo hubiera dicho —observó don Severino tomando otro desvío en la conversación—. ¿Ya sabes quién es?

Andrés no contestó. La pregunta había llegado al fondo de sus inquietudes y dilemas, y lo revolvió.

—Al amor se va con los ojos cerrados, para poder soñarlo. Te enamoras del sueño. Y llega la hora de despertar. A veces, hay sorpresas. Contesta: ¿sabes quién es Brígida Montero?

—Sí, claro. Y usted también —dijo de forma evasiva.

—Yo no sé nada, y lo que pueda saber no importa. Lo que vale es lo que sabes tú.

Andrés fue recorriendo con un dedo los senderitos del mantel de encaje que cubría la mesa camilla. Le parecía que el canónigo quería hacerle caer en una trampa y que debía evitarla.

—No sé quién es, ni siquiera sé si entiendo bien la pregunta. ¿Es posible que cuanto más la conozca más desconocida me parezca?

—Como en los sueños..., cuanto más te hundes en ellos, más enigmáticos resultan.

—¿Estoy soñándola?

—Claro..., todo está bien. ¿Y no has considerado que pertenece a una de las familias más influyentes del pueblo, que no vive ni vivirá como vives tú, que no quiere cambiar, ni escapar, que está a bien con el mundo y que aspira a que todo siga igual *per saecula saeculorum*?

—Ella se dedica a los chavales tanto como el que más. Siempre está disponible y se compromete. Hace lo que hacemos todos sin remilgos. Ella no es solo su familia o su mundo, en eso está usted equivocado. Ninguno de nosotros es igual a su mundo. ¿Es usted igual a los otros curas del pueblo? ¿Soy yo igual a la gente de La Estrella?

—No lo has considerado, entonces. ¿Esa es la respuesta? —se limitó a decir don Severino.

Quedaron mirándose en silencio, aguantando la mirada. Era un tic entre ellos, una especie de desafío. Se conocieron así. Andrés aún no había cumplido diez años y su madre lo envió a las clases gratuitas de las tardes en el instituto, las *permanencias*. También había de guitarra y de inglés, que eran las que el niño había elegido, pero esas costaban dinero. La madre tuvo que llevarlo a rastras. Dejó a Andrés en la puerta, pero el chaval fue a sentarse en los soportales herrerianos. En el aula cercana, había diez o doce niños de los cursos de primero de bachillerato en plena bulla y esperando al profesor de lengua española. Don Severino iba a entrar en clase cuando lo vio. Se acercó y le lanzó esa mirada firme y tranquila, el niño le respondió con otra que era una queja rotunda. Al final, el cura le hizo un gesto con la cabeza y el crío lo siguió dócilmente sin que hubieran mediado palabra.

—Claro que sé quién es, es imposible no saberlo. Pero en mi corazón eso no tiene nada que ver con ella. ¿Sabe una cosa? Ella no está fuera, ni anda por las calles del pueblo, no vive con la familia que tiene una clínica y una dehesa. La que está aquí dentro, nadie la conoce.

Aja se inclinó y se cubrió la cara con las manos.

—Verá, no es eso, no..., lo que pasa es que ella soy yo, la estoy haciendo yo. No está fuera, está dentro. Brígida no anda por ahí. ¡Ella soy yo, don Seve! ¡Don Seve, es que ella soy yo!

—Desde la cabina de la plaza del Infantado puedo verte si hablamos por teléfono. Hay un teléfono donde estudias, ¿verdad? Y desde allí se ve la plaza, ¿no? —Andrés parecía emocionado.

—¿Quieres que hablemos por teléfono y que yo te mire por la ventana? —preguntó Brígida, sorprendida.

—Y yo lo haré desde la cabina. Será una cita distinta.

—Estamos juntos de madrugada, en el instituto y casi todas las tardes. ¿Tan malo es estar separados un rato?

—Creo que sí —contestó él gravemente.

—¿De verdad? —Brígida lo miraba con atención—. ¿Piensas que vas a perderme si no estamos conectados o como sea?

—Sí.

—No puedes hablar en serio —dijo ella, poniendo cara de alarma.

—Me da por pensar que te has ido sin decirme nada. Que tu familia se muda a otro país. Que te mandan interna y nadie me dice adónde. Y que no puedo verte. Entonces me vuelvo loco y sé que estás muy cerca, aquí al lado, lo que pasa es que no puedo encontrarte.

—Dios mío. No puedes vivir con tanto miedo. Y lo del teléfono no hará más que empeorar tus pesadillas.

Oscurecía en los jardines del Alcázar. Estaban a punto de cerrar. Permanecían de pie, en la terraza alta, el sol sobre el teso de la Mujer Caída, una detonación de sangre sobre la vega.

—Sé que no estás estudiando —dijo ella—. Quedan tres meses y pico para que se decida tu vida. Pero tu cabeza está en otro sitio.

—Ahora estoy decidiendo mi vida —dijo Andrés, cogiéndola las manos y atrayéndola.

La besó. En la punta de su lengua había un caramelo con sabor remoto a hierbabuena.

Al separarse, un sentimiento de Brígida se coló entre los suyos. Sintió la turbación de ella, como si no hubiera esperado la profundidad de la caricia. Nada más dejarla en la esquina de la calle Madrid, Andrés fue corriendo a la cabina telefónica de la plaza del Infantado, con la intención de poner en práctica la idea. Descubrió que no tenía fichas.

Corrió hacia La Estrella. No corrió, voló. La madre estaba apoyada en la barra con Gelote y dos vejete de la calle de los Judíos abrevaban en los

peseteros de tinto. Cogió dos fichas de la caja. Buscó más, pero no encontró.

Su madre y Gelote no abrieron la boca, se limitaron a contemplar el ajetreo.

De nuevo, a la carrera. Metió la primera ficha. Oyó la señal cuatro veces y entonces alguien descolgó: el padre de Brígida.

No se le había ocurrido el inconveniente. No se le había ocurrido y nunca se le ocurriría que entre Brígida y él pudiera interponerse alguien, el padre de ella, la madre de él, los amigos, las calificaciones del instituto, las habladurías. Si eso comenzaba a pasar no le quedaría más remedio que hacer que lo lamentaran, por ejemplo, empezando a matarlos uno por uno.

Ni se le había ocurrido ni se le ocurriría nunca. Brígida y él vivían en un mundo paralelo en el que no había obstáculos. ¿Qué hacía toda esa gente poniéndose en medio?

Colgó.

Cuando llegaron los carnavales, llevaban cinco semanas saliendo. ¿Eran novios desde hacía mucho o desde hace un rato? Si Andrés miraba hacia atrás parecía que el principio se hundía en la noche de los tiempos, cuando Andrés era otro al que ya no podía recordar. Y, sin embargo, tenía la sensación de que el periodo había durado un suspiro. Un tiempo se hundía en la oscuridad y otro tiempo volaba.

Mientras aguardaban a que don Fermín, el párroco, y Merino, el sastre cojo, acabaran la consumición para echar el cierre, su madre le habló:

—Tienes que ayudarme en carnavales. Hazlo como quieras, pero no puedo quedarme sola en el colmado con el jaleo que habrá. Y no son días que deban malbaratarse.

Todos los años durante esas fechas no solo ayudaba, sino que pasaba jornadas enteras sirviendo vino blanco por las mañanas y coñac por la noche, hasta las tantas. ¿Por qué le importunaba, entonces? ¿Es que él no se tenía aprendido que en el colmado carnavales significaba trabajo a destajo? Sí, tenía otros planes, pero no eran asunto de ella, planes por los que el colmado, su madre y el arrabal podían arder tranquilamente en las llamas del infierno.

Los carnavales de ese año tenían un tema por encima de los toros, las chirigotas y los tristes disfraces agropecuarios: el del noviazgo de Andrés Aja y Brígida Montero, que habían decidido amarse. Les casaría el pueblo en masa, el pueblo en fiestas, el pueblo enloquecido, porque ya no podría pensarse a Brígida sin Andrés ni a Andrés sin Brígida, nunca más. Todos les verían como novios, sería su presentación en sociedad.

—¿Qué has pensado? —preguntó a su madre con resentimiento, como si ella hubiera tenido una ocurrencia que con total desconsideración lo había incluido.

Su madre levantó la vista del cuaderno de caligrafía en el que llevaba las cuentas y le lanzó una de sus miradas rápidas y frías, que Andrés aún no había conseguido despreciar del todo. Entre los dos había un río helado, que era a la vez camino hacia el otro y trampa mortal. Cada uno en su orilla esperaba a que el otro se aventurase en el hielo.

—Este año necesito estar con mis amigos —terminó por decir, aunque rechinando—. No todo el tiempo, claro.

—¿Y cuál es el tiempo, pues?

—Quiero correr los toros de la mañana y poder ir al baile de la noche.

—Me abandonas aquí sola con los trompas a primera hora y de madrugada. Lo más pindio.

—Gelote puede ayudar. El año pasado lo hizo.

—¿Y con qué piensas pagarle? ¿Con tu beca de la universidad?

—Este año necesito salir —dijo Andrés, tajante.

—Necesitas... —murmuró la madre—. Qué suerte necesitar y poder pedir. Que haya alguien para dártelo. Exigirlo si hace falta, porque hay alguien que lo tiene. ¿Y cuando no hay nadie? ¿Cuando no hay nadie que pasa? Dime qué pasa, raqueruco. ¿Quieres chirigota en carnaval? Vale, toda la que quieras. Pero antes contesta la pregunta.

—No necesito pedirlo, porque puedo cogerlo. Puedo cogerlo cuando me dé la gana —dijo con violencia—. Lo cojo y ya está. Estoy harto de pedir. ¡Harto! ¡Quiero coger! ¿Y sabes una cosa? Solo es de uno lo que uno coge sin pedir. Si pide, lo que le dan sigue siendo de otro. Una mierda. ¡Mío! ¡Mío porque lo he cogido sin pedirlo!

Don Fermín y Merino se los quedaron mirando. La madre y el hijo parecieron darse cuenta al mismo tiempo.

—Mañana arranca el carnaval. Cinco noches y cinco albas. Tú decides. El colmado estará abierto conmigo sola o acompañada. Apáñatelas con tu conciencia, a mí no me metas —dijo la madre cerrando el cuaderno despacio, y dirigiendo una mueca sonriente a los dos parroquianos que intervenían como espectadores.

Cuando Andrés estaba despidiéndolos en la puerta, el sastre dijo, arrastrando un poco las palabras:

—Solo es tuyo lo que nadie te puede quitar.

—La verdad habla por tu boca —refrendó el cura.

No estaba seguro de querer decírselo a Brígida, porque dudaba de tener el valor necesario cuando llegase la hora de la verdad. Quería correr los toros en el encierro de la mañana del domingo, que Brígida lo viera y temblase por él. Que ella temiera por su vida le parecía un avance en su compromiso y una forma de intimidación. Los toros eran peligrosos, no cabía duda, más aún en los últimos ciento cincuenta metros cuesta abajo hacia la plaza Mayor, convertida en coso taurino.

Se decía a sí mismo que esta vez no era miedo, sino prevención. Si sufría algún accidente, en forma de lesión más o menos grave, los carnavales, los ansiados carnavales de Brígida y de Andrés habrían terminado de una forma estúpida antes de empezar. Los toros eran liberados por los picadores cerca de los Polvorines, enderezados por las agujas de madera hacia la puerta de Oriente y luego, calle Madrid abajo, hacia el coso de la plaza donde entre la multitud destacaría pálida y bella, en muda plegaria por el amado, la figura de Brígida, la mujer que le debía un poco de sufrimiento.

Los riesgos eran objetivos. El tapón adrede de los mozos en la puerta de Oriente que emparedaba a los que subían desde los revellines de los fosos entre los morlacos y el muro humano; el tramo cuesta abajo, donde las bestias doblaban la velocidad; tropezones entre corredores; toros emplazados...

Una vez, en un desencierro, estuvieron a punto de cogerlos a su padre y a él, que regresaban de la plaza para verlos al pasar por las escuelas. Un asta arrancó la cartera del padre del bolsillo trasero del pantalón.

A los morlacos siempre les tuvo pavor. Eran el símbolo de unas fiestas feroces en las que el pueblo y multitud de visitantes bebían hasta

enloquecer, cantaban hasta enloquecer, enloquecían hasta perder la fisonomía humana. Se volvían toros.

Aun así, Andrés los había corrido los dos años anteriores y se había divertido jugándosela lo mínimo. Se sentía mucho más rápido que la chusma y en general con más recursos físicos, por no hablar de las condiciones éticas en que algunos llegaban al reto. Todos los años había desgracias.

Pero, al final, nada de eso tenía que ver con la aprensión que sentía en ese momento en que, sábado por la noche, se había escapado del colmado para hacer por fin la llamada desde la cabina de la plaza del Infantado. El padre de Brígida estaba en Salamanca acompañado de la madre y ella se había quedado sola con su hermano y la criada hasta el día siguiente.

Escuchó dos tonos de llamada y luego, descolgaron al otro lado. Era Brígida, alerta.

—Acércate a la ventana, no te estoy viendo —dijo Andrés.

—¿Y ahora?

Brígida estaba de pie, vestida con lo que parecía —en el reflejo se podía ver que venía del fondo de la habitación— una de las camisas de flores azules y naranjas que se grabarían en la memoria de Andrés. Había una luna tremenda, algo glauca, que clareaba los tejados y pulía el cráneo de las gárgolas del Infantado. Abajo, las sombras comían los bordes de los círculos de luz de los faroles. No se veía a nadie. La Ciudad daba la impresión de haberse agazapado a la espera del día siguiente, primero de carnaval.

—Podremos desayunar juntos —por alguna razón, se saltó lo del encierro— y luego, ir al baile de la noche en el Hogar Juvenil.

—¿Vas a trabajar en el colmado el resto del día? —preguntó Brígida.

—Tengo que ayudar..., tengo que estar allí.

—Por mí no te apures. Así me ahorro los nervios de que me espían y puedo estar con mis padres en el Casino y que se queden tranquilos. Los ratos de en medio estaré con los chicos y Chantal. Todo estupendo. Creo que voy a odiar estos carnavales.

—¿Por qué dices eso? Son nuestros primeros carnavales.

—En estos días, la gente fisga sin parar y luego chafardean. Para eso son estas fiestas de burros. No me apetece que nos echen el ojo y vayan con el cuento a mis padres. Ya bastante me escondo todos los días.

—Si quieres, no nos vemos y me quedo en el colmado. Así no correrás peligro —dijo Andrés, dolido.

Hubo un suspiro al otro extremo, un silencio y luego, una voz distinta, más tierna.

—¿Vas a correr los toros? —preguntó ella, como si hubiera leído en lo más profundo de sus dudas.

—Sí —contestó él con una firmeza impostada.

—Vale. Te esperaré en la plaza, procura llegar de una pieza.

—Por la noche celebraremos nuestro aniversario en el baile.

—¿Qué aniversario?

—Cuando me dijiste que me habías querido, pero ya no. Me parece que en ese mismo momento empecé a quererte yo.

—Entonces, es tu aniversario, no me necesitas para nada. Por cierto, no se te notó mucho.

Hubo un silencio. Brígida esperaba el turno de Andrés, pero Andrés estaba meditando. Luego, dijo:

—Quiero que me digas que me quieres ahora. A veces las palabras dicen más que los abrazos y los besos.

—A lo mejor hasta las prefieres. Podemos prescindir de las caricias, esos gestos insignificantes.

—Las palabras no engañan. Lo dicen todo, si las escuchas bien. En cambio, un beso..., se puede dar por lástima o porque no te queda más remedio. Por eso mucha gente cierra los ojos. Para no enterarse.

—Qué razón tienes. En una de esas te encuentras besando a un vecino que está regando los tiestos. Quieres que te diga que te quiero. Vale, pues te lo digo.

—Dilo.

—De acuerdo: te quiero.

—Esas palabras son porque yo te las he pedido. No son tuyas, son mías.

—Tienes razón.

—Tengo razón, sí.

—Te quiero.

Hubo un silencio. La cabina y la habitación estaban colgadas de un universo oscuro, y sus débiles luces parecían un reflejo de aquella luna monstruosa.

—Te quiero —repitió Brígida.

—Pero ya no me basta —dijo Andrés, suave, pero decididamente.

—No le basta al señorito. En cambio a mí me basta mucho. A ver, ¿qué es lo que te gustaría ahora?

—Que digas que me amas.

—¿No es lo mismo?

—Se puede querer a personas y se pueden querer cosas. Un coche, una batidora se pueden querer. Se puede querer a los padres, a los que te educan, a un caballo, al tordo de tu finca. Pero prueba a decir que los amas y verás que suena raro. Amar es solo para un ser especial, para uno elegido, para uno que deja atrás al resto.

—¿Debo dejar atrás lo que quiero para decir te amo?

Otra pausa...

—Me gustaría estar ahí arriba contigo —dijo Andrés en un impulso.

—¿Por qué?

—No sé. Te abrazaría durante un cuarto de hora y me iría a la cama con tu olor y con tu molde. Sería como dormir contigo.

Por encima de la silueta umbría de Brígida, había una polvareda de estrellas. No parecían astros lejanos, sino parte de la escena. Y parte también de unas palabras que mágicamente convertían unas cosas en otras: un músculo cualquiera en un corazón anhelante, una ciudad de provincias en un mapa del universo.

—Tengo que irme —dijo Andrés—. Pero no olvides nuestra cita de las once de la noche.

—Cuánta tarea.

En las callejas vecinas al palacio episcopal los bares estarían más tranquilos. El carnaval triplicaba la población habitual, además de que todo quisque estaba en la calle, disfrazado de torero o de pistolero, de bruja o de sacristán y acompañando a las chirigotas incansables, beodas, que acaudillaban un éxtasis de ruido y polvo en el que la música iba a ritmo de matasuegras.

Brígida y Andrés habían quedado con Chantal, Chapi y Solórzano más tarde, en el baile del Hogar Juvenil organizado por ellos y al que habían invitado a todo el que quisiera apuntarse (alcohol prohibido). A Andrés le inquietaba que los jaimes se presentaran subidos de licor. Pero como

últimamente los temores eran lo primero que brotaba en su cabeza, mejor sería no hacerles caso. Algún día se haría mirar aquel sentimiento aciago que amenazaba la posibilidad de cualquier goce.

En el callejón del Sepulcro, se decidieron por La Chopera, una tasca parroquiana con cuatro mesas y un tipo con silueta de tonel que la atendía, al que apenas conocían y que los trató como a clientes habituales.

Brígida tenía hambre y pidió morcilla frita y pimientos de Padrón, sin esperar a Andrés. Cuando le preguntó más tarde acordándose de la cortesía, Andrés contestó que le daba igual. Añadió a la cuchipanda una frasca de clarete para sorpresa de Andrés, que nunca le había visto pedir vino ni beberlo.

—¿No tienes hambre? —preguntó ella.

—No..., sí. No mucha. Es que no había pensado en comer.

—Pues es la hora de la cena y hace un rato me has dicho que hoy apenas has comido, con el barullo de la tienda. El caso es que yo me muero de hambre y hojaría.

—¿Qué dices de hojar...?

—Como los cerdos en las cochiqueras.

Andrés se puso rojo y Brígida le contestó con una cara cómica.

—Qué pasa —dijo ella.

—Nada, qué va a pasar —dijo él, todavía como un tomate.

—Cuenta, que te conozco —protestó ella.

—No sabría decirte, son cosas que no sé explicar muy bien.

—Me tienes en ascuas —dijo Brígida.

Andrés miró hacia la puerta y paseó la vista por la concurrencia. Preferiría no estar allí.

—Vale, como quieras. Con la condición de que luego no me juzgues. A lo mejor, es una tontería...

—Me estás poniendo nerviosa.

—Está bien. Me da vergüenza hablar de comida. Está rico, está de muerte, está de chuparse los dedos. Me da asco oírlo. En general, me da vergüenza hablar de cosas del cuerpo. Aspectos fisiológicos, por ejemplo. No lo soporto. Debo de estar como una cabra. Tampoco me gusta que me miren los pies.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ni idea. Me ha salido así.

—Los pies...

—Sí, los pies. ¿No querías que te lo contara? Pues ya está contado.

Los ojos de Brígida se pusieron de un tamaño que Andrés nunca había visto. La miel de la pupila parecía irradiar luz.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? Me has tenido engañada. Dios mío, he estado saliendo con un psicópata. Que mi padre no se entere...

Justo entonces trajeron la morcilla y los pimientos. Brígida cogió los cubiertos y empezó a cortarlos en pedacitos y a llevárselos a la boca con todo el repertorio de remilgos, masticando como un pajarito y haciendo la pantomima.

—¿Te estás riendo de mí? —dijo Andrés.

—Estoy comiendo, pero sin hambre, ¿vale? De hecho, como porque estamos en un sitio de comida y sería de mala educación dejarla en el plato. La verdad es que nunca como ni voy al baño, y no hablemos de los pedos, ¿qué son, por cierto? Quedan los regüeldos y tal vez las diarreas, tan poco femeninas, ahora que lo pienso...

—Eh, basta, basta. Comprendido. Te empeñaste en que te lo contara, no abuses.

—¿Y por qué crees que te pasa eso? Come morcilla ahora mismo. Te lo ordeno.

—No puedo hablar y comer morcilla al mismo tiempo.

—¿Te avergüenza que te esté mirando?

—¿Y qué...?

—A veces eres un sótano cerrado con siete llaves.

—¿Es una metáfora?

—Muy bien. Nos vamos a comer la morcilla con las manos, los dos juntitos, como a ti te gusta, y a masticar con la boca abierta como chones. ¿Te gusta el plan?

—No.

—¿Quieres que te deje aquí plantado?

—No.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

Brígida cogió dos rodajas que entraron justas en su boca. Luego, empezó a masticar ruidosamente con las fauces abiertas.

Andrés la contempló como si fuera un prodigio de repugnancia, pero no sintió el asco. Luego, con mucha precaución, igual que si tratase de

desactivar una bomba trampa, agarró una rodaja, se la metió en la boca y cerrando los ojos se puso a masticar.

Después se metió otras dos. Hasta entonces lo había hecho como obedeciendo una orden desagradable. Durante un rato, solo vio la boca abierta de Brígida triturando embutido con arroz, dejando restos en la dentadura blanca.

En cierto momento, Brígida explotó de risa y la morcilla se convirtió en metralla.

Él también echó a reír, a reír de verdad, sin parar. Aunque era imposible saber qué le hacía tanta gracia.

El baile no fue lo que Andrés esperaba. No había contado con que el Hogar Juvenil estuviera a reventar y que, aunque bailase de vez en cuando con Brígida, no podía hacerlo todo el tiempo. Las precauciones debían continuar.

No había previsto la situación. En realidad no había previsto nada, excepto lo que le había dado la gana deducir a sus tremendas expectativas.

Había bailado con Brígida, en las dos horas y media que llevaban de fiesta, seis u ocho canciones, alguna más de las que había bailado con Chantal y con otras compañeras del instituto. Solo le faltó bailar otro tanto con Solórzano y Chapi.

A ratos se encontraban en los sofás del fondo, donde había gente tomando un refresco. Pero sin ninguna intimidad, peor aún: asistía en primera fila al despliegue de hipocresía de Brígida, llena de talento para el disimulo y la indiferencia. ¿No se estaba muriendo como él de ansia de quedarse a solas?

Si, según ella, él era un sótano, ella también lo era para él, con las mismas siete llaves o setenta. ¿Los sótanos se enamoran de sótanos?

En plena ofuscación, decidió salir a respirar y dar una vuelta, ya que estaba claro que persistir en la ilusión de velada romántica y pública le haría más daño, además de volverlo loco.

No se lo dijo a nadie y solo volvió la cabeza un par de veces antes de doblar la primera esquina para comprobar que Brígida no salía detrás. Ni siquiera habría notado la ausencia.

La escapada perdió en ese momento gran parte de su atractivo. Aunque no todo. Sintió que necesitaba poner tierra de por medio con ciertas cosas que se mezclaban turbiamente en su pensamiento y entre las que se contaban desde luego sus fantasías desbocadas, pero también un cierto agotamiento por el deseo constante de Brígida, y también una dificultad para reconocerse a sí mismo cuando estaba con ella. ¿Dónde estaba el Andrés que había sido apenas un año atrás? ¿Murió? ¿Volvería algún día? ¿Se puede amar intensamente con un amor exhausto?

Por otra parte, estaba cansado de verdad. El colmado abrió a las seis de la mañana, a las nueve y pico subió a correr el encierro —con tal gentío que Brígida no fue capaz de descubrirlo—, a las diez y media había regresado al mostrador y no había parado hasta la hora de encontrarse con ella a última de la tarde. Lo único bueno del día fue que sus miedos se habían evaporado o por lo menos no habían dado la lata. A lo peor, regresarían cuando la vida volviera a su cauce y cuando hubiera descansado.

Ahora faltaban tres cuartos para la medianoche y mientras el cuerpo le decía que haría bien en meterse en la piltra, su alma lo amenazaba con un insomnio cruel a través de la visión de una Brígida disponible y todavía intacta que seguía bailando en el Hogar Juvenil. ¿Hasta cuándo mantendría las perversas ilusiones que la realidad no se había cansado de abofetear en toda la noche?

Estaba dando vueltas al ruedo de la plaza Mayor con su piso de albero. Grupos de forasteros y de maletillas intercambiaban las peripecias de la jornada, aturridos de vez en cuando por alguna charanga de camino a las tabernas de los callejones próximos, donde la noche era todavía joven y torrencial.

En uno de los corros reconoció a Conrado, el maletilla oficial del pueblo. En una época estuvo también en el club de boxeo y ayudando a su padre con los estraperlos de Portugal. Pero lo suyo era rondar por las ferias regionales en las que soltaban vaquillas e incluso algún morlaco toreando. Aún no había perdido la esperanza de que lo viera algún empresario y lo contratara para una plaza grande.

Se saludaron a distancia. El maletilla siempre le preguntaba por el padre y siempre fruncía el ceño cuando le contestaba que no sabían nada y que habían perdido la esperanza de saberlo. El otro solía decir, enigmáticamente:

—En fin, a veces somos de los que se van y a veces de los que se quedan.

Sintió la necesidad de regresar al Hogar Juvenil. Tuvo la impresión de que habían pasado horas y de que al volver encontraría la puerta cerrada. Miró el reloj: habían transcurrido escasamente quince minutos.

Pero cuando llegó, la gente empezaba a marcharse. Era tarde para muchos. A las doce quedaba un puñado, y a las doce y media, solo el grupo organizador.

—Mañana venimos y recogemos. Hoy estoy molida —dijo Chantal.

—¿No habíamos contratado a alguien para limpiar? —contestó Solórzano.

—Es verdad. Pero hay que abrirle la puerta —dijo la muchacha.

—Yo vivo aquí al lado. A mí no me cuesta nada —ofreció Chapi.

Luego, hubo unos minutos en los que nadie se movió de los sofás, como si costara levantarse y marcharse, o se esperase un acto solemne para despedir el día. Unas palabras postreras, una revelación, un premio con el que irse a la cama.

Y también como si todos tuviesen algo que decir y nadie se decidiera a hacerlo.

Al final, se encaminaron parsimoniosamente a la salida. Andrés no se movió. Los vio desfilar y oyó las despedidas.

Brígida los seguía retrasada. Los otros se volvieron y la miraron. Luego, lo miraron a él. Sobre todo, le miró Solórzano. Andrés sostuvo la mirada y no se movió. Cuando cerraron la puerta, Brígida se había quedado a medio camino.

Al final, se levantó y puso una canción en el tocadiscos que resultó ser una canción nostálgica y estúpida, que contaba una historia inexplicable y falsa a más no poder, llamada *La distancia* y que cantaba un brasileño llamado Roberto Carlos. Pero desde el momento en que empezó a sonar, ya supo que se convertiría en recuerdo, como tantas otras cosas en las últimas semanas.

Cuando una hora más tarde Andrés atravesaba La Florida para llegar a casa, todo su ser olía a Brígida. No solo su cuerpo, también su pensamiento olía a Brígida y cuando pronunció su nombre al pasar bajo los dos grandes abetos también su voz olió a Brígida. Pero no era el cantueso, aunque desde luego el cantueso estaba metido hasta el tuétano, sino un eco profundo de la

carne que se trasformaba en olfato, trasmutado de lo sólido a lo gaseoso, de la materia al espíritu.

Desde ese momento, Brígida ya era otra, tan profundamente conocida como desconocida era la anterior, y apostaría su corazón a que ya nunca cambiaría ni de apariencia ni de esencia en el alma de Andrés Aja.

Hasta podría decirse que amaba a otra. Aunque esta sin aquella no habría nacido. Lo mismo que él estaba naciendo del que había sido antes, un tipo al que recordaba vagamente y del que se separaba con alegría. Con furia.

En el rato libre de la mañana del lunes, Andrés no corrió los toros y prefirió quedarse en la plaza, en los tablaos, junto a Brígida y los amigos. Necesitaba tenerla cerca, comprobar que la de la noche anterior no había cambiado y que le reconocía. En la grada, olía a fritanga, a pólvora de petardos, a la arena batida del ruedo, a la brisa templada que despejaba el frío por primera vez en meses, pero la atmósfera que respiraba la nariz de Andrés era más bien un aroma indefinible emanado de los recuerdos de la noche anterior. Estaba pegado a las paredes internas como si las fosas se hubieran empachado de él, una adherencia de liquen. No era el cantueso, no era el sexo, ni siquiera era piel, por mucho que todo eso estuviera en el cóctel último. ¿Los recuerdos que olían eran los recuerdos perennes?

En cuanto a Brígida, le inquietó que lo mirase abiertamente y que hubiera mandado a paseo su habitual discreción y su talento para la hipocresía. Es cierto que no lo tocaba ni le hacía gestos sospechosos. Tampoco es que estuviera muy locuaz. Seguía las conversaciones, asintiendo o riendo a los comentarios socarrones sobre el desmadrado personal que circulaba por el ruedo, generalmente a cargo de Solórzano, secundado con un poco menos de gracia por Chantal.

Brígida estaba distinta, sutilmente alterada. Como una dama ya pálida de por sí a la que hubieran pasado un ligero pincel de albayalde más intenso. Era la misma, con la misma personalidad y carácter, el mismo aspecto y rictus, pero esa pincelada obligaba a contemplar de nuevo el cuadro.

El grupo de amigos se puso a dirimir si esperar en los tablaos la capea de la mañana, que tardaría un buen rato, o irse a tomar un bocadillo de carrillera o panceta y volver luego, con el riesgo de no encontrar sitio. Como esa discusión no iba con Andrés, a quien le esperaba el colmado,

comenzó a despedirse y sin darse cuenta se inclinó sobre Brígida, quizá para besarla. Se detuvo a tiempo. Lo curioso es que Brígida no se inmutó. Y él se quedó allí, a palmo y medio, parado y como si hubiera confundido el camino a alguna parte. Un camino que había que deshacer al punto.

¿Por qué ella no se había apartado? ¿Sorpresa o aceptación? A lo mejor por ninguna de las dos cosas, y solo había querido comprobar, medir con su apasionada aritmética, hasta dónde era él capaz de llegar y si, por ejemplo, era tonto del culo y le gustaba dar espectáculo.

Dijo adiós como pudo y enfiló la calle Madrid hacia los arrabales. Nada más cruzar los fosos vio a Cándida en el campo de abedules, sentada en unos de los bancos de granito con el escudo labrado del Monte de Piedad, rodeada de tres de sus hermanos pequeños, que chillaban y brincaban como chiricahuas alrededor de una hoguera. Cándida permanecía ensimismada y con la cabeza baja.

En los arrabales, el carnaval apenas se sentía. Se iba apagando en las proximidades de la muralla y los rescoldos se repartían por los bares extramuros, como el del colmado. Quizá por ese contraste, Cándida le pareció más sola y aislada, pero también, por un momento, sintió que era reina de su mundo. Que no era pobre ni quinquí ni desarraigada, sino que mandaba en un territorio en el que nadie se fijaba, porque la gente pasaba demasiado deprisa por él. Pero no mandaba con órdenes ni caprichos, sino con un amor inagotable, entregada, pero no rendida, a aquella prole que los padres habían descargado sobre ella desde muy niña.

Al cruzarse, la muchacha levantó los ojos de esmeralda salvaje y Andrés los sintió como si le leyeran por dentro las dudas, la inseguridad, los extraños sentimientos de esa mañana que sucedía a una noche apasionada.

Pasó de largo sin saludar, a pesar de que la muchacha le dedicó su mejor sonrisa y le dijo: adiós, salao. Caminó más deprisa, dejando atrás la cara de Cándida, su alegría y su amor constante ensombrecidos por su presencia. Notaba su sombra sobre ella. Sus sentimientos retorcidos.

Él no era bueno. Había algo malo en su interior, realmente malo, podrido. Podía sentirlo. La felicidad nunca llegaba del todo, lo que llegaba en los mejores momentos eran facetas de la inquietud, más ligera, más veteada de placer o de resignación, pero siempre inquietud.

Entonces, pensó que las palabras que llenaban la vida y en las que era bueno, según decían, podrían ser un síntoma de la enfermedad y no un

camino de liberación. Fue un pensamiento tan poderoso que lo hizo detenerse entre sus dos abetos de La Florida. Se quedó un rato con la mente vacía, oyendo el rumor de las palabras que se agolpaban en la asamblea de su cabeza igual que la gente en los tablaos, pero sin hacerles caso, como un torero en el ruedo solo y sin toro, contando sus pasos sobre el albero, en el mismísimo centro de un universo al que se le habían quemado las páginas.

Cuando llegó al colmado se notó fatalmente cansado. Y ese cansancio no se le fue ya en todo el día.

Ni siquiera por la noche.

Volvieron a quedarse solos después del baile. Esta vez los amigos se fueron deprisa.

Andrés necesitaba hablar, imaginaba que tendrían preguntas que hacerse, que tenían que saber. Brígida estaba seria, sin mostrar ninguna emoción en particular, pero no distante.

Se besaron sin darse cuenta. La piel tenía su idioma y sus declinaciones. Y ese idioma era más fuerte, más sonoro, más atravesado de sentidos que las palabras de antes.

El ruido que llegaba de la calle era formidable. Habían apagado las luces. Andrés se acordó del día en que vio el michelín de Brígida en el recodo del río. Pero esta Brígida ya no era aquella. Este cuerpo no era aquel. Aquel estaba lejos y este estaba dentro. Aquel pedía que lo mirasen y este pedía que le quemaran la piel a caricias. Aquel estaba vestido y en este el vestido era parte de la desnudez.

Ya no veía en Brígida la frialdad, la indiferencia, la ironía soterrada de las que estuvo enamorado. Seguían por allí, revoloteaban, pero despojadas de su amor. Pasaba lo mismo con la Brígida inventada en su corazón, con aquella criatura que no se parecía, según Brígida, a la verdadera Brígida. No sentía ternura por ella. La única Brígida que existía era la que tocaban sus manos, sus labios, la que tenía caminos en la carne. Más real que las otras, aunque quizá más oscura.

Poco a poco, el estruendo de la noche de carnaval fue aplacándose. Luego, se quedó absorto en un rayo de luz que se colaba por el cristal de la sobrepuerta, prestando a los muebles de aquel salón y a la piel de Brígida y de Andrés una refulgencia lunar, un toque de gracia que, cuando ellos se

fueran y el pueblo desapareciera en el final de los tiempos, permanecería sobre su gran huella vacía.

Más tarde, en la calle, mientras cerraban con llave aquel portón, oyeron a su espalda una voz que decía:

—Brígida...

Andrés no conocía esa voz, pero el tono le advirtió enseguida.

Al darse la vuelta, se encontró de frente con Leopoldo, el hermano de Brígida, en el contraluz de candilejas que venía del patio en verbena del palacio de Correos. Los amigos que lo acompañaban lo esperaban unos pasos más allá, con aire vigilante.

Leopoldo era tres años mayor que ellos, ya estudiaba en Salamanca, y había venido, como acostumbraban los universitarios del pueblo, para los carnavales. Era tan alto como su padre, con el mismo pelo rubio y ensortijado. Del rostro, siempre un poco estupefacto, como si de pequeño le hubieran dado una sorpresa que todavía le duraba, colgaba una boca interrogante y un gesto desconcertado.

—Estabais aquí los dos solos... —acertó a decir.

—Siempre somos los últimos, alguien tiene que echar la llave, no se la vamos a dar a cualquiera —contestó Brígida, con todo el aplomo que pudo.

Leopoldo miró a Andrés, que le respondió con impasibilidad. Estaba tranquilo, el tipo podía sospechar lo que quisiera, pero no podía demostrar nada. Además, les había pillado en el Hogar Juvenil, en la puerta, lo que les permitía amontonar excusas de toda clase, puesto que pasaban allí mucho tiempo, como sabía todo el mundo. Otra cosa hubiera sido la cantina de la estación, el molino o el bar del puente. Si no perdían los nervios, llevaban las de ganar.

—¿Y los demás? —insistió Leopoldo.

—Hoy nos tocaba a nosotros quedarnos a recoger —respondió Brígida—. Lo hacemos por turnos.

—¿Quiénes?

—Los de la cuadrilla, Leopoldo, quiénes van a ser —pero el tono de Brígida no era firme, era el de un acusado inseguro.

—¿Y tú no dices nada? —dijo el hermano dirigiéndose a Andrés, con altivez.

Andrés llevaba sopesando la situación desde el principio. Un enfrentamiento con Leopoldo sería mortal para su relación con Brígida.

Pero si no se mostraban más resueltos y más decididos en aquella conversación, el resultado sería el mismo.

—No sabía que estuvieras hablando conmigo. Pregúntame y te responderé con mucho gusto. Pero pregúntame bien, no es cuestión de enfadarse —dijo Andrés.

Leopoldo le observó desde su altura, pero retrocedió imperceptiblemente. Puede que Leopoldo conociese a Andrés más que a la inversa. El del arrabal, en realidad, solo lo conocía de vista y siempre le había parecido un pasmarote estupefacto, un niño grandote que iba por el camino recto y llano de la vida. Había muchos cabronazos con esas señas. Gente que se sabía débil, pero poderosa por herencia y que se entrenaba desde pequeña en amargar la vida al vecino.

—Brígida, yo ya me iba para casa —dijo el hermano sin perder de vista a Andrés—. ¿Te vienes conmigo?

—Claro, ya es tarde. Hasta mañana, Andrés.

Estaba convencido de que Leopoldo se marchaba mirando con el ojo de la nuca. Él enderezó en sentido opuesto y bajó la cuesta de la puerta del Meridión hacia el zócalo estrellado de la noche, que resplandecía sobre el sordo presagio que cruzaba la cabeza de Andrés Aja. Estaba demasiado cansado para darle vueltas a nada, así que todo le parecía bien. No había sucedido nada grave. El sol volvería a barrer la noche y a pulir aquel pueblo de piedra cobriza.

—Porque somos demasiado jóvenes —le estaba diciendo a Andrés, que daba vueltas agitadas a la fuente de Démeter, bajo la casa de Brígida.

Era la hora del encierro y las barreras de la calle Madrid, a menos de cuarenta metros, estaban abarrotadas. Eran dos escenas chocantes. Por un lado, el muchacho angustiado junto a una fuente que representaba, en un altorrelieve, a la madre de una virgen raptada por el dios del infierno y, por otro, el gentío escandaloso, extrovertido, entregado al espectáculo de las bestias y fundido en multitud ferviente.

—No somos demasiado jóvenes, nuestro amor es completamente adulto. Sufrimos y sentimos placer como los mayores —exclamó—. Aquí, la cuestión es lo que crees tú, no lo que te han dicho, que es una patraña.

—Yo creo que tienen razón —contestó Brígida, suavemente.

—Explícame en qué tienen razón..., explícamelo. Hasta ahora solo has hablado por boca de ganso. Y yo quiero escucharte a ti, no a ellos.

—Tenemos que estudiar, tenemos que elegir nuestra vida y concentrarnos en eso. El comprometerse en pareja lo cambia todo..., influye sin que nos demos cuenta y podemos acabar donde no queremos, perdidos. Incluso aborreciéndonos.

—Estudiaremos y elegiremos. No nos perderemos por el camino. ¿Por qué tendríamos que perdersen? Si nos separamos es cuando nos perdemos. Si nos separamos entonces es cuando deja de merecer la pena todo eso de lo que hablas.

—Hace tiempo que no estudiamos como deberíamos, y tú menos todavía. A veces me pregunto qué quieres, porque yo no lo sé. Sí, sí, ya sé, me quieres a mí. Pero eso es todo lo que sé de lo que quieres.

—Si tuviera deseos, deseos diferentes de ti, ¿me querías más, te quedarías conmigo?

—Nos pasamos el día pendientes el uno del otro. No nos cabe otro pensamiento...

—¿Y tú crees que vas a borrar eso de un plumazo?

—No hay sitio para otras cosas importantes. Lo único que hacemos es lo que hacemos entre nosotros. Da un poco de miedo. Si fueras sincero, admitirías que a ti también te da miedo.

—No me da ningún miedo.

—Sí, te da.

—Si no quieres oírlo, no preguntes. Ahora dime cómo hacemos para que lo que ha pasado no haya pasado y lo que sentimos ya no lo sintamos más.

—Con esfuerzo, con dolor —dijo Brígida en un murmullo.

—Ah —dijo sombríamente Andrés—, con esfuerzo, con dolor. Parece un plan de desintoxicación.

—No juegues con las palabras.

—¿Te parece que juego a algo, que estoy jugando?

Una tuna cruzó cerca de la fuente y luego se desvió por la callejuela de la catedral. Se les seguía oyendo, ahora con el efecto bóveda de los muros altos y de la vía estrecha. A Andrés los tunos siempre le habían parecido un entretenimiento para turistas bobos. Pero ahora, con sus jubones negros y sus calzas negras, eran cuervos que a la luz del día venían a por los despojos de su amor, sin importarles que aún estuviera vivo. Cantaban

«triste y sola se queda Fonseca, triste y llorosa queda la Universidad...», y a Andrés se le vino a la cabeza una inmensa y melancólica ciudad de piedra cobriza de la que se habían ido todos. Todos, menos él.

—¿Has estado enamorada de mí? Si dices la verdad, a lo mejor todo es más fácil para mí.

—Sí.

—Sí, qué.

—Sí, estuve enamorada de ti.

—Estuviste...

—Ya no quiero estarlo.

—¿Y no lo estás?

—No quiero estarlo.

—Niña malcriada, crees que basta con no querer, acostumbrada a que los deseos se cumplan. Maldita seas.

—No hables así, no hagas daño. No te hagas daño. Lo que nos ha pasado tiene valor, no lo ensucies.

—Podrías haber dicho arruinar, que no arruinase lo que nos ha pasado. Pero has dicho ensuciar. Es lo que hacen los pobres del arrabal, ensuciar. Quién les mandará tocar...

—Voy a marcharme, no podemos hablar. Así no.

Ella se levantó y Andrés paró en seco sus torturadas circunvoluciones y se sentó en el pretil de la fuente, con la cabeza baja, petrificado. Ella aún no se marchó, su rostro parecía una máscara que no encajaba con Brígida. Era como si quisiera esconder a la Brígida del día anterior, de las semanas anteriores, detrás de un rostro improvisado. La mejor máscara de ese carnaval, llegó a pensar Andrés.

—Si es por tus padres, seremos más discretos, nos esconderemos mejor y si hace falta nos veremos menos —dijo Andrés con un murmullo ronco.

—No, no puedo hacer eso.

—Entonces no son tus padres, eres tú.

—Dilo como quieras, ya me he explicado.

A medida que pasaba el tiempo Brígida estaba más entera y hablaba con más firmeza. La conversación la había hecho endurecerse, y Andrés lo notaba.

En cambio, él se hundía deprisa y ya oía en su interior las voces que pedían auxilio. Las fuerzas lo abandonaban. Después de aquella

conversación tendría que ir a alguna parte, y no tenía adónde ir. Era importante decidirlo ahora, que aún estaba consciente, que aún respiraba. Adónde iría. ¿A casa...?, su casa sería el último lugar. Debía encontrar enseguida un lugar donde lo consolasen, lo escuchasen. Aunque tal vez ese lugar no existiera aquí ni ahora. Puede que estuviera en el futuro, donde habría alguien que borraría a Brígida como si no hubiera existido, un ser al que aún no conocía y que le concedería el don del olvido. Este pensamiento no le ayudó. Olvidarse de Brígida y de su amor le resultaba tan cruel como el que ella lo abandonase. Lo mismo que borrar aquellas semanas de la faz de la tierra.

En San Damián, no hacía mucho, había temido vomitar su corazón encima de Brígida. Ahora, se lo iba a arrancar y a tirarlo a sus pies.

—Escúchame, por favor. Los recuerdos no son lo que recordamos. Eso son solo fotos para un álbum. Los recuerdos son los que se graban en cada célula del cuerpo. No hace falta hacer memoria, porque se llevan puestos, son uno mismo, son lo que uno es. Desde el principio, sé que te me has ido grabando y que no te borrarías y que no necesitaría recordarte el resto de mi vida. No tengo nada que hacer, estás en mí, eres yo. Puedes irte o quedarte, pero eso no cambiará nada.

Andrés suspiró como si hubiera hecho un último esfuerzo, el último intento para mantenerse a flote. Levantó la vista y contempló el cielo azul con nubes ya muy distintas a las del invierno cerrado, con forma de estilizados caballos al galope. Nunca había visto ese cielo. Un recuerdo más entrando en la sangre.

—No me quieres, ¿verdad? Lo has intentado hasta donde has podido. Pero no lo conseguiste. Eso es lo que te niegas a decir, lo que hay detrás de tanta justificación.

—Te equivocas, te quiero —dijo Brígida con los labios apretados, dura.

—Quieres a tus padres, tus estudios, lo que sea que tengas en la cabeza. Tu amor no acepta obstáculos. Tu amor no debería desearlo para mí.

—No digas eso. Aún nos seguiremos viendo.

—Con los demás.

—Y el año que viene estaremos en Salamanca.

—Tratas de que no me duela...

—Es que no entiendo que no lo entiendas.

—Y yo que no te duela.

—¿Cómo sabes que no me duele?

—No te duele..., lo sé. El dolor no se elige.

Brígida no se había movido, pero Andrés la estaba viendo irse, caminando hacia un destino en el que él ya no estaría.

Tenía que irse corriendo a buscar consuelo, bálsamo. Temblaba al imaginar las horas siguientes. Era un pánico súbito, desconocido. Don Severino había huido de los carnavales, como cada año. Su madre no era el mejor interlocutor sobre abandonos. Sus amigos lo ignoraban todo. No había nadie.

Llegó a pensar en Cándida. Estaba seguro de que Cándida lo escucharía. Ahora estaba seguro de su desesperación.

Quizá la propia Brígida pudiera darle una tregua. Hasta que se fuera el pánico. No pediría mucho. En realidad no iba a pedir nada, solo seguir la rutina del día. Al fin y al cabo eran carnavales, fiesta, ya pensarían más adelante.

—Está bien. Lo entiendo todo. Vamos a buscar a los amigos —dijo Andrés—. Podemos hacer las cosas que estaban previstas, no hace falta ser novios.

Ella respondió:

—He prometido a mis padres que pasaré el último día de carnaval con ellos. Tampoco iré al baile.

No fue un toro o un tigre, nada tan noble. Fue un perro rabioso el que se revolvió, baba de muerte en las fauces.

—No quiero volver a verte en mi vida. No quiero que vengas con nosotros, que sientas que eres amiga de ninguno de nosotros. Si me ves por la calle, ni me mires. Estoy muerto para ti. ¿Esto lo entiendes? Muerto. Nunca hemos estado juntos, no nos conocemos. Ojalá me muriera en este momento para no tenerte delante. Ojalá te murieras tú. Me arrancaría la piel que te ha tocado y la echaría al fuego. Desaparece.

—Me gustaría jugar a una cosa —había propuesto Andrés una tarde en el molino.

—¿A qué?

—Te quedas aquí sola. Y yo me voy. Tú me esperas.

—¿Que te espere?

—Sí, me esperas. Solo estaré fuera un par de minutos.

—Ah. ¿Y dónde está la gracia?

—Tenemos que pensar que he estado fuera durante años. Que me he ido a la guerra o a algún sitio peligroso. No has tenido noticias mías. Podía estar muerto. Pero tú me has esperado.

—¿Lo único que tengo que hacer es esperar...?

—Sí, pero cuando aparezca por la puerta, tienes que hacerte a la idea de que has estado años sin verme, de que no sabías dónde estaba. Yo me quedo quieto y tú te acercas para reconocermelo. No estás segura de que sea yo. Quizá no lo sea. Yo también pensaba que te había perdido, que a lo mejor te habías casado o te habías ido a otro país.

—Vale, me acerco a ti. Te rozo la cara. Me doy cuenta de que eres tú. ¿Somos ya viejos?

—No lo sé.

—Hay que saberlo.

—Es lo único que no sé. Han podido pasar muchas cosas, así que supongo que han pasado muchos años.

—Qué clase de cosas...

—En tu caso, matrimonio, hijos, otra vida ya hecha..., yo no puedo saberlo cuando aparezco.

—¿Y tú? ¿Tú sigues siendo el mismo?

—He caminado durante años para llegar a ti. Vengo herido. Puede que me falte un brazo o un ojo. Solo quería llegar y verte. Lo demás ya no me importa.

—Pero ¿dónde has estado?

—Ya te lo he dicho, en algún sitio donde corría peligro y pudieran matarme. Luego, he estado preso. Y he estado tan lejos y durante tanto tiempo que muchas veces he renunciado a regresar. No estarías..., y si estabas, serías otra.

—Me parece un juego triste. Tengo que esperarte...

—Eso es. Espérame. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Júramelo.

—Te lo juro.

Huye de mí, corazón mío

OceanofPDF.com

Fue pena verle, fiero enjaulado en plena calle, de acá para allá, revuelto, y hasta creí verlo darse cachetadas, ese no va a parar, quiere purgarse y no puede, y todo a la puerta de mi casa, que me asusté, era casualidad o era adrede, porque qué hacía ahí teniendo la puerta de la suya para meter miedo a quien le viera, canguis. Yo no sabía si salir, porque ya digo que era pena y miedo, menudo jaco para ponerle bocado. Lo estaba viendo por el cuarterón de la alcoba de los zagalines, luz apagada, el viejo y la vieja todavía sin volver de donde hubieran ido, dijeron que a un garbeo por la plaza, el caso es dejarme sola con la tropilla, y yo creía que se había vuelto loco, un loco de cuplé, tirones de pelo, ojos como ascuas.

Bueno, luego bajé, cuando ya estaba el rebaño cardando lana. No sé a qué bajé, porque el malasangre siempre me trata a estacazo limpio, lo que pasa es que no lo puedo evitar, le miro esos ojos color piscina y esos rizos zaínos y tó pa mí lo quiero. Es como el ángel que se cayó del cielo, pero sin haber estado en el cielo, lo único que el infierno que lleva no es más pequeño que el infierno de los satanases y compañía. Yo tenía nueve años cuando vinimos a este pueblo malaje, vivíamos en el arrabal del Puente. Todo el día me quería volver a mi Córdoba. Hasta la primera vez, cuando nos cambiamos a La Estrella, que lo vi al Andresito y me dije: yo he estado con este toda la vida, este ojitos es mi casa, mi pueblo y mi nación, bien hecho lo de venir aquí, porque es venir adonde he sido y de donde seré. Y el otro pueblo, el malaje, puede existir o dejar de existir, porque yo no vivo en él, ni ganas, vivo en este gachó, estoy vivita en él. Y mira que yo para entonces ya tenía doce años.

Allí estábamos los dos, bajo la baba de la luna, en la calle oscura sin un alma, ni gato ni capirote, y en cuanto me pispa, echa el freno y mira como si

me tuviera hambre, Dios qué forma de comer con la vista. Seguro que estás delante de mi puerta por algo, le digo. Y nada dice él. Había llorado y pensé que ahora seguía llorando aunque en seco. El lloro de rabia que con el fuego evapora la lágrima. Yo he llorado así. A todos los que les matan el amor con hierro candente lloran así. Qué, si no, iba a ser.

Como no me vas a contar lo que te ha pasado, te lo voy a contar yo, le digo. La de la Ciudad te ha mandado a heñir en los hinteros. Claro, te preguntas cómo lo sé yo. Pues fíjate que no lo sé, que lo estoy sabiendo ahora, solo tu cara con todo el alfabeto. Querías que ella te quisiera. ¿Y si resulta que eso era todo lo que querías? Que ni querías quererla, solo que te quisiera, un ansia, no un amor. Pecado de avaricia y de soberbia. Si eso fuera, te vas a poner muy malito, esto no es nada, ya puedes irte preparando, porque es fiebre, y aunque todos los días es la misma, tú cada vez estarás más débil. Hasta que se pasa. Hasta que se pasa y tú ya no eres más el que eras, ni el que ibas a ser, ni el que fuiste cuando ibas a ser el que ya no vas a ser. ¿De verdad has querido? ¿Tú puedes? ¿Que yo por qué te quiero? A lo mejor por eso, porque tú no puedes. Yo soy egoísta, pero distinta que tú. Yo lo que quiero es querer yo.

Te voy a dar un consuelo, el mejor y más grande de todos los consuelos que nadie te va a dar, y es que no hay consuelo, que no lo busques, que no es que tú no lo encuentres ni lo vayas a encontrar, que es que no lo hay. A lo mejor te ríes porque solo tengo mis dieciséis años, pero una cosa sí te voy a decir, el corazón de esta que llaman quinqui y no lo es ha vivido cien años, nací vieja, nací vieja y bella para apoderarme de las cosas hermosas de la vida que se les escapan a los que no saben.

Tú podías haberme querido, pero preferiste querer el amor de otra que no te amaba, pobrecito, en vez de amar tu amor. Ya puedes cambiar de corazón, que el que tienes se ha quedado seco y torcido, sarmiento. Seguramente, era malo, anda a cambiarlo por otro mejor.

Todo esto le dije, pero retrocediendo a casa, que tampoco podía estar toda la noche de verbena, por la tropilla, por qué va a ser. Entonces él dijo no te vayas. Desde el momento en que lo dijo supe que yo no había esperado esas palabras nunca, cosa curiosa, que yo siempre había tenido esperanza hasta que al oírlas me di cuenta de que no. No, yo no había tenido nunca ninguna esperanza en Andrés y entonces ¿por qué había vivido como si la tuviera? Qué podre eso de vivir como si se tuviera esperanza, pero sin tenerla lo más

mínimo. En el mundo hay gente que sabe cosas, mientras que a otros solo nos ocurren. Me gustaría haber sabido que las esperanzas se esconden en los dobladillos, que no vuelan por el aire, como las palabras.

Me quedé de piedra, pero por dentro deshecha de alegría. Me atreví a decirle que para qué me quería, si él era la luz y yo el cristal por el que pasaba esa luz sin tocarlo ni mancharlo, que él tenía sus aspiraciones en las alturas muralla adentro, que si ahora me miraba y se paraba conmigo no era lo que decimos para estar tranquila, lo que pasa es que todo lo último no se lo dije por falta de fuelle.

Entonces se vino a mí como lobo, ya me tenían advertida sus pupilas de hambre canina. Me coge por la cintura, me restriega. Qué haces, le digo, qué haces. Adónde vas, yo no quiero, yo no quiero así, ni sabes cómo me llamo. Vale, le digo, a ver cómo me llamo. Y él suelta un aullido, que Cándida. Pero con eso no vale, le contesto, también te tienes que saber los apellidos, si me quieres hacer lo que sea, entonces tienes que saberte los apellidos.

No le tenía miedo, menos que ni pizca de miedo le tenía. Aunque lo veía fuerte y que yo no tendría huida si se engorilaba, cosa que a muchas les da miedo, miedo de no tener escape más que de lo que puede pasar o va a pasar. A mí me atropelló un tío mío a los trece años y ya estaba pensando yo mientras él relinchaba y se molía las ingles que aquello no me iba a quitar nada, ni las ganas de amor, ni las ganas de hijos, ni la alegría de ver los ríos en primavera y el cielo sobre este mundo que un día se va a acabar. Porque ya te digo que somos una extinción. Cada uno por su cuenta y todos por junto. En lo grande y en lo pequeño. Y a la preciosa tierra también ha de llegarle la extremaunción. Nada va a salvarse, y que te crees tú que un pichaloca de viejo me va a quitar a mí este milagro que se extinguirá otro día, pero no hoy. Agua caliente y una toalla fue todo lo que necesité cuando se me despegó la lapa, para dejar lavados para siempre el recuerdo y el asco.

Mis apellidos, le dije, pero no le dio la gana contestar. Pero tú qué quieres, desahogarte quieres, pero ni yo ni nadie va a desahogarte, porque ya estás ahogado hasta el fondo, lo único que te queda es resucitar, resucita o muere. Quitá, quita, estamos en medio de la calle. Vamos a tu patio, me dice. Y yo le contesto que patio teníamos en Córdoba, que aquí es corral, y que aquí, a diferencia, las casas de los pobres son todas toperas sucias, que

qué cree que vamos a hacer en un corral, y que aparte los viejos están por volver, y que por si fuera poco yo no quiero. ¿Por qué tenía yo que querer? Dame una explicación, a ver, malajeta, cabrón, por qué te imaginas tú que yo quiero que me hagas tus cosas.

Mientras me arrastraba al colmado, yo iba pensando que a mí me daba igual que lo hiciera por la fuerza, de grado o por fuerza sería mío, que a mí qué me importaba si se ponía bruto o si pensaba que yo no lo quería hacer, pero que él lo haría de todas maneras. Sus pensamientos para él y los míos para mí. Si encima creía que me forzaba, yo tendría poder, ya no podría volverse la cara ni atravesarme como al cristal, porque estaría en sus pensamientos aunque fuera para mal, porque tenía una deuda de culpa que no hay quien pague.

Estaba con la llave en la cerradura cuando se para y se vuelve y me dice: ¿por qué no sé tus nombres? Y me mira como si yo le estuviera dando un susto, lo hubiera empujado hasta allí o qué se yo. Solo le faltó preguntar lo que estábamos haciendo yendo a parar a la puerta del colmado en plena noche sin almas.

Anda, vete, me dice. Pues no quiero, le digo yo. Entra y me da con la puerta en las narices. A lo que yo le digo puerta a través y bajito, no fuera a despertar a los mezucones, pues a ti no te han roto el corazón, porque no tienes, qué más quisieras, qué más quisieras que tener el corazón roto. Que tener uno.

2

Cuando me acabó de contar, no se me ocurrió otra cosa que decirle que me tenía de su lado. Por supuesto, confesé que todos estábamos al tanto del idilio secreto. Sobre todo gracias a él, que llevaba un letrero en la frente, como en el juego del naipe. Incluso algo dio de vergüenza ajena, esos ojos de carnero degollado que le ponía, tétrico. Me arrepentí de hablarle así, pero en estos casos es mejor machete. Así que en el fondo no me arrepentí. Estos males se arreglan o con sueño o con cirugía. O con las dos cosas, no es mala idea hacerles cirugía a los sueños.

Me sorprendí enfadado, bueno, no sé si me sorprendí tanto. Habían andado por ahí escondiéndose, disimulando, con poca empatía con los que

teníamos que hacernos los suecos. Nos ha estado haciendo sufrir con el secreto. A mí me ha hecho sufrir.

En la confesión, que no hacía falta, ya digo, Chapi declaró solemnemente: «Es la leche esto», y no dijo nada más. Chantal salió por peteneras, echándole en cara a Andrés que no se hubiera dado cuenta de que Brígida era una niña de papá y que haría lo que mandaran sus padres, ni más ni menos, y que esa gente llama raíces a las cadenas, toma. Se salió un poco de madre, me parece, pero así iba la velada. La verdad es que a cualquiera le pone triste ver a alguien tan roto, a Andrés tan roto. Siempre ha sido un cesto de cachos, aunque a él le guste creer que no se nota. Arrastra un peso y como todos los que arrastran un peso dan la impresión de que ha de llegar el momento en que no puedan con él y se rompan. Alguien con un peso es alguien que se rompe. Me lo apunto.

Pero ninguno esperábamos, después del discurso que propinó, que Chantal saltara con esta jodedera: «Yo de todas formas me tengo que ir con ella, es mi amiga de toda la vida, y además no me quiero quedar sola de chica con vosotros». En fin, *with a little help of my friends*.

A Andrés lo pilló mal. Primero, balbució, pero enseguida le rechinó el diente, aunque no dijo nada, viéndose venir que lo diría por flaca que fuera la ocasión.

«Yo te comprendo», repuse, sin decir más. «Pero esto no quiere decir que no nos veamos y hagamos algo juntos, lo que pasa que no como hasta ahora», añadió Chantal. Cuando te venga bien o cuando quieras, aquí estaremos. Por lo que a mí hacía, ya estaba tardando en marcharse. Siempre fue difícil alumbrar dentro de su cabeza, esas mezclas de amores y de odios, y de amistades de toda la vida, en fin, aparte de que al que se va, puente de plata.

«Pero seguirás viniendo al Hogar a hacer cosas con los chicos, ¿no?», dijo el pobre Andrés, incapaz de penetrar en la cabeza de aquella mujer que se creía *madame* Du Deffand porque su abuela era francesa. El hombre estaba en plena crisis de abandono, cuando crees que todos los seres del planeta están haciendo cola para ir dejándote personalmente de uno en uno. Que el castigo es merecido y que todo el mundo sabe por qué, menos tú. Siempre pienso, y es una reflexión mía que no he sacado de ninguna parte, que para sentir culpa basta con que primero haya castigo. Castiga y tendrás culpables, aunque no sepan de qué. De modo y manera que debía de estar

sufriendo cada minuto y cada segundo, escalando por ellos como un alpinista agotado y en carne viva. Pero no había cima, porque en el dolor detrás de un monte viene otro monte, igual que en la canción infantil.

«Alguna vez, pero no por ahora», dijo ella. La expresión de Andrés empeoró y le salió ira por los ojos, ira que si se hubiera mezclado con un refrigerante se habría transformado en lágrimas de etileno. «Lárgate, lárgate y esto sí hazlo ahora. Que te largues. Ya».

A Chantal poco le faltó para salir corriendo, subió la cuesta del Alcázar y la vimos desaparecer bajo las farolas de la escuela. Se me ocurrió que, como era la noche del Miércoles de Ceniza, echaban una luz más mortecina que de costumbre, como una última brasa. Me gusta esta idea.

Por primera vez sentí miedo por él. El repentino cambio de humor, el paso de la derrota al odio, del odio al miedo y del miedo al llanto tragado y seco, en cuestión de medio segundo, era en él una novedad monstruosa. Seguramente, tendría diagnóstico. Yo había leído algo sobre la melancolía, bilis negra, ira sin horizonte, tan pronto estás arriba como abajo, *up and down world*. Relacionada con las pérdidas, con perder algo y no ser capaz de continuar la vida, con perder el hilo, porque resulta que alguien o algo se ha presentado con las tijeras de cortar el rollo.

Sería lo que fuera, pero de lo que estaba seguro es de que Andrés en ese estado podría hacer cualquier cosa, echarse al monte o al precipicio, pegar tiros o pegarse uno.

«Habrà que irse a casa», dijo Chapi, en la segunda y última frase que dijo en la noche, con un aire de resignación que no se sabía si venía de la desgracia de Andrés o de la disolución del grupo, licenciado de la noche a la mañana.

En la plaza Mayor, Chapi se fue hacia Meridión y yo tendría que haber regresado hacia Poniente, pero algo me decía que me sentiría mejor y me iría más tranquilo a casa si acompañaba a Andrés un rato.

Andrés me importaba. A veces en el sufrimiento de la gente nos damos cuenta de cuánto la queremos, un amor que puede pasar inadvertido si no ocurre nada. Me sentía muy cerca de él, con ganas de abrazarlo un rato. Yo también me transformaba: del enfado a la compasión y de la compasión a la ternura. Supongo que eso le pasa a cualquiera. Esa ternura profunda cuyo límite... Por otro lado, no quería sentir lo que estaba sintiendo, porque al

final de todo..., al final de todo, dolía. Y era un dolor que yo no querría confesar.

Le dije que iba con él. Me contestó que lo agradecía de veras, aunque lo que temía era entrar en su casa y tener que estar en ella. No aguantaba entre cuatro paredes. Se asfixiaba y era incapaz de escapar, como en las pesadillas en las que se corre sin dar un paso. A los sueños, cirugía; pero a las pesadillas, más.

«Nunca he podido estar en mi casa. Apenas hay sitio. A veces, estudio sentado encima de la lavadora. No tenemos ducha. En el colmado hay una antigua barrica de vino, allí me baño. Odio el olor de las aceitunas. De pequeño, todo el mundo me decía que olía a aceituna, pero yo no me olía. Ahora sé que huelo. Sigo sin olerme, pero lo sé. Debí haber matado a mi padre. Se escapó vivo, una pena».

Le contesté que ninguna de esas cosas tenía importancia en este momento, y que en realidad ninguna la tenía. Lo único que había que hacer era ponerse en pie sobre las horas que se avecinaban. Y andar sobre ellas hasta hacer un camino. Lo de su padre no lo entendí, pero pensé que no había mucha diferencia entre la desesperación y aquella confesión, y que en general uno puede jugar a intercambiarlas.

Al pasar bajo dos abetos gigantes que había en La Florida, pidió que nos sentáramos. Lo hicimos en un banco con zarcillos de forja, que estaba como una barra de hielo. Y entonces acostó la cabeza en mi hombro. *Put your head on my shoulder*. Me quedé quieto como un bicho palo. No olía a aceitunas. Nunca había olido a aceitunas. Olía a lo que olía ahora, a su olor de siempre, que me parece que es jabón Lagarto mezclado con el mar de esa piel de pez que tiene, que debe de ser increíblemente escurridiza, increíblemente piel.

Ir de la compasión a la ternura es un viaje. Antes me daba pena y ahora sentía una emoción que me gustaba, pero contra la que me rebelaba. No, yo estaba bien así. No hay por qué cambiar. El corazón es de uno. El alma se comparte si hace falta y a lo mejor hasta la compartimos sin saberlo, como las hadas, pero el corazón hay que guardarlo en el cofre de cada cual. El mío es por tanto mío y está bien donde está.

«Nunca la llamaré, me estoy muriendo, pero nunca la llamaré»; no lo decía, lo escupía. «Qué horror», iba diciendo, «qué horror desearla tanto y

odiar verla, ¿qué es esto? ¿Y a esto se sobrevive? ¿Y a esto merece la pena sobrevivir?».

No era Andrés Aja, ya no era Andrés Aja. Se estaba volviendo su dolor, dando vuelta a su piel de pez, y había que despedirse del que habíamos conocido para encontrarse con este. Sería otro y para mí era otro. Y ese otro me descubría a mí, ya no me dejaba esconderme, no. *Yesterday love was such an easy game to play, now I need a place to hide away...*

3

Páthei máthos. Esas máximas no son más que ocurrencias de escritor. Lo único que se aprende del dolor es a escapar de él. Y eso siendo muy listo. O a ver venir el golpe. Poco más hay en ese capítulo de la vida. Aceptación, a lo sumo. Tratar de entender, pero no para entender nada, sino porque el intento consuela, alivia el pesar. Maldita sea la indignidad de los hombres caídos.

También se dice que si te duele es porque estás vivo. Y porque la oportunidad de vivir va con ello. Y tantas otras letanías. Si es por letanías es preferible un sencillo *Ora pro nobis*. Ocúpate de nosotros, Santa Madre de Dios, porque nosotros no podemos.

No encontraba las palabras, en resumen. Y, sin embargo, el muchacho que estaba al otro lado del brasero las necesitaba, y mucho. Y yo hablaba y hablaba. Y cada vez las palabras estaban más vacías. De fe, de esperanza... Ante el auténtico dolor, Dios calla.

Pero yo no podía. Queremos tener el poder de la palabra divina, vamos, Lázaro, levántate y anda, no fastidies. A partir de cierto momento, el dolor del semejante deja de importar. Importa nuestra impotencia, el fracaso de una medicina que pretendíamos milagrosa y es solo un ungüento de feria. Madre de la espera y mujer de la esperanza, *Ora pro nobis*. Y eso debería ser todo.

Llamó a la puerta a las seis y veinte de la mañana. Ni me dijo ni le dije nada. La desesperación se veía a la legua y de dónde venía también. Había andado desaparecido y yo había preguntado. Aunque no lo habría necesitado, si hubiera deducido de no volver a verles en misa. Al principio supuse que habían cambiado de ruta y ya está. Lo dejé con un tazón de

sopas en la cocina mientras yo me iba a por la dulleta. Cuando volví, Andrés miraba las sopas como si estuviera leyendo un augurio.

«Me muero, don Seve», dijo. Y luego ya no paró de llorar. No lloraba como un hombre, lloraba como un niño cuando lo han decepcionado de verdad. Lloraba a cántaros. Aunque muy suavemente, muy silenciosamente. El rostro se le volvía de cera, como el de los santos mártires. Pensé que esa sería la última vez que lloraría así en su vida, que todas esas lágrimas ya no volverían a la fuente. Y también pensé que quizá no pudiera volver a llorar en su vida. Era un llanto de los que cambian el ser y los sentidos y el significado de todo lo que ocurre y va a ocurrir.

Mientras manaba aquel dolor, yo hablaba como un papagayo y repetía jaculatorias. Puede que no le hablase solo a él. Estoy demasiado entrenado en homilías. A lo mejor le hablaba a la pena de todos, pues la pena de uno entra en la comunidad de penas que son, han sido y serán. Ninguna está sola. Todas las otras la llaman, aunque la pena sola no hace caso. Hasta que escucha y se va con los suyos a un lugar de silencio donde todo está bien. Allí uno da gracias por lo bueno y por lo malo. Era la vida..., *eamus ad dormiendum, cor meum*.

No hizo gesto ninguno mientras le hablaba. No es que no estuviera atento. Todo lo contrario, estaba atentísimo. Pero cuando alguien va a morir está más atento a sus visiones que a las palabras que le dicen. Está viendo a los serafines, a las dominaciones, a los arcángeles, allá al fondo del cielo, viniendo hacia él y haciéndole señas. Ya se lo están llevando y las palabras son lazos tristes y débiles que aún quieren sujetarlo a la tierra. No pueden, ninguna puede. Y entonces Azrael le tiende la mano...

Lástima, mucha lástima. La lástima del universo en catarata, lloviendo sobre todo, sobre vivos y muertos, sobre el mundo de antes y de mañana. Yo sabía que él algún día lloraría así. Aquel pellejo llevaba demasiados cortes y tenía que manar en algún momento.

No habían podido quererlo, eso era todo. Y él había querido querer y no había sabido. Y eso también era todo. Sed humana. Sed para la que no hay agua.

Cuando dejé la plática, el muchacho, sin parar de llorar, me preguntó si podría acompañarme a misa.

Fue y allí se quedó, en su banco de soltero, el mismo que con la muchacha. Salimos y le pregunté: «¿Tú sabes por qué la querías tanto?».

«No entiendo la pregunta, don Seve», contestó. «Yo tampoco», dije. «Pero, ¿verdad que tiene sentido?». «Supongo que lo tiene», dijo él, que siempre, desde criatura, ha sabido ver en lo que esconden las palabras. «¿Y qué dirías?». «Diría que ella estaba ahí para siempre y que ahora tengo que vivir yo solo todo este futuro». «Entonces de lo que tienes miedo es del futuro. A lo mejor, también lo tenías antes y te agarraste a ella porque estaba aquí en este presente y además iba a llevarte hasta allí, hasta eso que llamas futuro». «¿Y qué?». «Que sin futuro no la habrías querido». «¿Y por qué iba yo a tener miedo del futuro? No me haga líos, don Seve». «Esfuérzate un poco. No puedo hacerlo todo yo solo». «Es que no estoy para esfuerzos». «A lo mejor temías que en el porvenir se repitiera algo que te hace sufrir y necesitabas garantizarte que eso no iba a suceder. Brígida te lo garantizaba. Deberías saber por qué». «No sé lo que Brígida me garantizaba». «Una vida después de esta vida del pueblo, otra vida. Otro Andrés que no fuera este Andrés. El amor es nuestro deseo de cambiar. A veces, de escapar. Si sabes para qué quieres el amor, cuando te haga daño te dolerá menos. Porque de lo que puedes estar seguro es de que más tarde o más temprano hace daño».

Al llegar a casa, lo invité a entrar; a lo mejor, si las recalentaba, se animaba con las sopas que ni había tocado. Pero no quiso. Le pregunté si se iba a su casa. Me contestó que se daría una vuelta antes del instituto. No creí que ese día fuera a ir al instituto. Supuse que iba a hacer el *via crucis* de los sagrados lugares de su amor, los sitios donde ella ya no estaría.

«¿Sabe una cosa, don Seve? Solo me tranquilizo cuando me pongo a odiar». «¿A odiar a Brígida?». «¿A Brígida?», pareció extrañado. «No, nada de Brígida. A odiar cosas, cualquier cosa. A odiar el colmado, el instituto, a la gente que toma el sol en el palacio de Manrique, a los jubilados que se van a pescar en bici. Así, por un rato, se me va la angustia. Es el único remedio que me sirve». «Ten cuidado», le dije, «no es mejor morirse de odio que de pena».

Odi et amo..., eso ya estaba inventado mucho antes de que él naciera.

—Te estás corriendo las clases del instituto. A mí no me engañas, raquero
—le dije.

—¿Quién quiere engañarte?

—Pues entonces a ayudarme en el colmado.

—De eso nada. Ni estudio ni trabajo. Así soy yo.

—Muy bien, pues yo no pienso ponerte el plato ni cambiarte las sábanas ni nada de nada. Tú contigo mismo.

—Aclarado. Ahora déjame en paz.

—Eres de la jarcia peor.

—Y más cosas. Dilas todas, que por un oído me entran y por otro me salen.

—Todo se te debe. ¿A que sí? ¿A que todo se te debe? ¿Y tú qué has hecho para que se te deba tanto? No has hecho nada. La mala gente es lo que creéis, que se inventó el mundo para daros gusto. No sé de qué me extraño, si bendita sea la rama que al tronco sale.

—¿De qué tronco salgo, según tú?

—Ya lo sabes, no preguntes.

—Deberías avergonzarte...

—No me digas. A ver, qué bochorna es la que me toca.

—Aquí estamos por ti. Y lo que nos pasa nos pasa por ti.

—Resulta que la malumbre era yo. Trato de aguantar la casa, después de que ese delincuente nos haya echado al relente, y tú me insultas.

—Tú le consentiste todo, hasta...

—¿Hasta qué? Dilo, no te arrugues.

—No tengo por qué decir lo que tú ya sabes. Y no quiero seguir hablando.

—Hasta que me pegara y humillara por gusto. ¿Es eso lo que no dices? ¿O hay todavía más?

—No hay más. No enredes.

—No quiero enredar, no quiero nada, pero podías haberle despreciado, ya que no podías defenderme...

—Era pequeño....

—Sí, eras pequeño. Si tú dices que es por eso...

—Tú seguiste con él, tú aceptaste que te pegara y yo ahora, además de haberlo sufrido, tengo que sentirme cobarde.

—Sí, eras niño. No podías dejar de quererle, es verdad. Le admirabas, le tenías en hornacina. Pero querías a un lobu, que decían en la aldeuca. ¿Se quiere a los lobus? Sí, también se les quiere. Pero hay que saberlo. Uno

tiene que saber que puede juntarse con lobus. Si no los conoce y si no lo sabe, entonces el amor dará miedo. El amor será un lobu.

—No sabré nada ni recordaré nada. Todo pienso borrarlo. Le olvidaré a él y te olvidaré a ti. Olvidaré este pueblo. Olvidaré hasta lo bueno. Todo lo borraré y seré feliz.

—Babión, vivirás con ello cada día de tu vida.

—Échame tu maldición, me da lo mismo. A ver qué haces tú. ¿O a ti te va a ir mejor?

—No importa. Pero peor no me irá. Qué lástima. Ruego a Dios por que nos encontremos cuando de verdad seas un hombre derecho. O todo valió bien poco.

—Y también olvidaré tu maldición...

5

Así no vas a calzarte unos guantes, fue lo que contesté. Necesitas semanas de ring y eso solo para ver qué pasa, contando con que andes bien de forma. Y tampoco es cuestión de pelear con esa cara. Te veo mal, Andresillo. Si quieres me dices la noticia y así me entero de lo que quieres y por lo que lo quieres. Si te pido un combate tú me lo das, si voy con esta cara o con otra, eso no te incumbe, me suelta. No me hables así que yo a ti te estoy hablando bien. ¿Tienes o no tienes combate? Para ti no. Necesito esas pesetas. Tú no necesitas esas miles de pesetas. Sí las necesito y luego, otras miles y otras y otras. ¿Para qué quieres juntar tanto capital? Para irme a un viaje. Para eso más que nada hace falta dirección y carretera, pues ¿adónde quieres ir? Tú estuviste en Suiza con mi padre, ¿no? Dos años estuvimos y vivir de barraca era duro, no te lo aconsejo. Dame ese combate, no seas ruin. No te lo voy a dar, aparte que esta temporada ya está apalabrada.

Yo andaba liado con los sifones, y con el ruido sufría para hablar y para oír. Si no estábamos a gritos, poco faltaba. Lo miraba apenas de reojo, antes que meter la pata con la máquina y fabricarme un muñón. Se fue a la otra cadena y no lo vi un rato. Para mí ese chaval se había ido desbaratando, no de ahora, de tiempo atrás. Lo que ocurría en su casa lo supe por su madre después; si no, otro gallo habría cantado. Una mujer tan guapa, y este que le

ha sacado los mismos ojos. El chaval traía de la vida un recado triste. Yo creo que de nacimiento, los ojos eran azules, pero la mirada era fosca. Una malenconía, como la llaman los hurdanos. Y le toca un cabrón, a los dos les toca. Álvaro era un simpatías. Habría que no fiarse de los simpáticos. Siempre escamotean algo. Si no, para qué tanta avenencia. Como los taxistas de Salamanca que no paran de hablar y de sonreír hasta que ya no hay regreso del camino más largo.

Pobre gente esta. Y pobres de verdad. A ver cómo escapan.

Me salió Andresillo por la ribera contraria, de lado y de táctica. Gelote, te lo pido por favor, por la amistad con mi padre. A tu padre no le conocí bien, muchacho, es mejor que no pidas por sus instancias. Pues entonces te lo pido por mi madre. Aquí tu madre tiene poco que hacer. ¿No tienes amistad con ella? La tengo, pero cuidado con el retintín. Dame ese combate. Antes dime una cosa: ¿tú vas buscando que te truenen? Si quieres castigo, vente a embotellar a las cuatro de la mañana y te daré látigo hasta que me digas que pare.

A lo que va y me dice: pero, Gelote, yo ya tengo castigo, lo que quiero ahora es dolor. ¿Es que tienes poco? El dolor que yo quiero, dice, es el que quita el dolor. Ese dolor no sé cuál es. Pues yo lo voy a encontrar para el resto de mi vida. No dejará de ser otro dolor, te pongas como te pongas. Te equivocas, Gelote, porque con ese ya nada volverá a doler.

6

La verdad es que con los de siempre no hacemos una rosca y que eran más divertidos esos tres prendas, que siempre andaban bordando algo. Aunque no los echo de menos. No llegaron a calarme, y ellos me parece que tienen demasiado interés en ser buenos, aunque a lo mejor es que no pueden ser otra cosa. Solórzano es algo, por no decir bastante, raro y un esnob de campeonato, nunca llegué a tener una conversación a solas con él. Y eso dice algo. Chapi es fuerte y simple como un buey, y al final igual de manso. Andrés cree que vale más de lo que vale y está todo el rato haciéndose valer para que crean que vale más. Viene de los arrabales de donde viene, y eso no hay quien se lo quite, se ponga más o menos gallito. No sé qué será de este hombre, pero yo le veo el quiero y no puedo como si

lo llevara escrito en la frente. No creo que estudie y al final acabará de perito o algo así. O se irá a misiones. Ahora está contra todo, y el mundo lo persigue y tiene que mandar él, porque, si no, se derrite. Se derrite como una vela, que está hecha para el fuego, pero que en el fuego se consume. Esto son frases de mi abuela Bernardine, que tiene muchas, y le gusta que se las escuchen.

Pero gusta a las chicas, a un tipo de chicas, claro, o mejor a dos tipos: a las pavisosas y a las que se aburren. De las que se aburren ya ha tenido su ración. Ahora más le vale ir a buscar entre las ñoñas. No sé si a mí me ha gustado un poco, aunque no soy de un ramo ni del otro. Hay que tener cuidado con las preguntas que una se hace, porque hay preguntas que engordan, esta también es frase de *madame* Bernardine. Brígida siempre estaba de por medio, de manera que si alguna respuesta venía de camino debió de chocarse con ella. Y por allí se quedó, *écrasé*.

No sé yo si voy a ser de las que se enamoran. Y miedo me da lo de tener hijos: ese sitio por el que salen, las dilataciones, la sangre, ¿qué es una: la conejera de un pollaboba? Yo me veo en un gran estudio con un telar y dedicada a tejer tapices, por ejemplo, o pintar cuadros, las dos cosas se me dan bien, una chimenea con leños, dos sabuesos gascones a los pies y una luz de foto antigua que entra por el ventanal. También hay flores: jarrones con gerberas y rosas de otoño, algún ave del paraíso y lirios en los rincones umbríos.

Además de que el amor es un bichito. Que no me pique. Ya digo que hemos vuelto, o no vuelto, porque para mucha pandi no nos habíamos ido. A lo mejor están ciegos o no pasan revista. Y estábamos el sábado en el Belo Horizonte, donde habíamos quedado, y fueron los de siempre y también Jaime y sus lansquenets, bastante grupo. Es un sitio en plan pub, aunque no es nuestro como lo son el Castilla o el Casino. A alguien se le ocurrió y a lo mejor de ahí nos íbamos después a otra parte. Bueno, impresionante. Brígida y Jaime se ponen a hablar como si tal cosa, sobre todo ella, que no sé si hace falta recordarle que hasta poco menos que ayer estuvo en el bando enemigo de los enemigos a muerte. Y ríen y se hacen gracias y se empalagan. Dicho queda que se pasaron la tarde juntos..., porque de allí se decidió que no nos movíamos, algo rollo, la verdad. Pero en eso que aparecen por la puerta, ya anocheciendo, los tres mosqueteros.

Andrés mira al tendido desde el centro de la plaza como si a continuación fuera a dar la vuelta al ruedo, fija el ojo en Brígida, leve rayo, y luego le resbala a Jaime. Estos dos le ven y siguen como antes. Andrés pone una mueca como diciendo que ya sabe de qué va el juego, de monerías y mal rollo de celos, pero que él está por encima. Desdén y un toquecito de asco, lo justo para que pudiera ser visto a los cinco metros que mediaban. Lo cierto es que llevaban así toda la tarde y que el pobre Andrés se estaba equivocando: no lo hacían por él, lo hacían porque esos dos son así. Me dio pena lo vanidoso que es y lo poco que se entera.

Por lo menos, me imagino que él se fue consolado con su idea. Eso que llaman amor debe de ser el trabajo de una termita en el cerebro o una infección de locura. Lo primero es que se separaron hace menos de un mes y es como si no se conocieran, ni se saludan ni se miran, estando además en clase a tres filas uno de otro. Así, mal pueden hablarse un día tranquilamente y entenderse, aunque cada cual siguiera yendo a lo suyo. Lo segundo, que para Brígida parece no haber pasado nada, ni sufre ni padece, y pela la pava con el primero que surge, como esta tarde con Jaime, que es un poco tardo, la verdad. Es la abeja reina de las apariencias: aparenta que se enamora, aparenta que se lo está pasando bien, aparenta interés, ilusión, alegría y, si hace falta, desgana, tristeza, aversión... Pero ni lo positivo ni lo negativo es auténtico. Es sacarles brillo a los caireles. Lo tercero es que el pobre Andrés, de resultas, se está quedando tonto y no lo era, no tanto. Va a clase cuando quiere y contesta mal a todo el mundo, profesores inclusive. Y se contonea como un pavo, con unos andares y unas miradas que parecen de película muda, y no se da cuenta de que así esparce todavía más la vergüenza y la tristeza de que lo hayan dejado. Yo le miro en su plan chulo y me digo que cada día está peor y más ridículo.

Si no fuera por el *spleen* que me acosa últimamente, un día de estos pararía a Andrés y le cantarí las cuarenta: Chico, eres pobre como una rata y tienes el talento justito, si no espabilas te va a comer la mugre el resto de tu vida. No lo tienes fácil, así que no lo empeores tú. Eso le diría si tuviera ganas, pero creo que no serviría de nada. Tampoco me importa mucho, la verdad, hay millones como él que van derechitos y con paso marcial a la insignificancia.

«Todos hemos traicionado y todos nos hemos traicionado, así que no le des más vueltas, *vade in pace*». «Pero era pequeño, don Seve, no sabía, ¿cómo se enfrenta uno a su padre? Ahora solo pienso en verle y matarle. Y mi madre es peor que todos, no tiene piedad». «Una cosa voy a decirte y espero que la guardes en tu corazón, como hizo María santísima: no esperes salvarte con justificaciones y no dudes nunca del daño que has hecho. Lo que ahora te parece cruel, aceptar lo que hay de malo en ti, mañana será un bálsamo. En eso tu madre tiene razón, aunque sea duro». «Todos los pensamientos se arrancarían de cuajo si le mato». «Eso también es un pensamiento y los malos pensamientos tienen tantos hijos como las malas acciones. Y al fin y al cabo estás intentando lo mismo que antes, quitártelo de encima. Y eso no será posible aunque acabes con la vida en la Tierra». «¿Y todo esto cuándo se va?». «¿Qué es todo esto?». «El dolor por Brígida, mi cobardía, la angustia, el no saber nada, nada, nada de mí. Es como si me hubieran inventado hace media hora y tuviera que reconocer mi cara, lo que hago, lo que pienso». «El dolor no se va, querido Andrés. No se va nunca, no importa lo que hagas. Echa raíces, crece, se llena de ramas y dentro de ti se vuelve un árbol fuerte, capaz de sostenerte y de resistir el vendaval. Reza para que se haga mayor». «¿Y si no se hace mayor, qué pasa?». «Se pudre, muchacho. Se pudre».

Es la leche esto. Visto y no visto. Qué rápido se arma una gresca. Y lo malo es luego desarmarla. Iba con Andrés al frontón a ver el partido del domingo por si se entretenía y descansaba la cabeza. La verdad es que yo no sé hablar a alguien que pasa por lo que está pasando él. Acción es todo lo que se me ocurre. Hay que moverse y atender a otras cosas. Ese es mi remedio para los males. La cura de verdad viene con el tiempo y mientras tanto hay que pasarlo. Ahí está el quid de la cuestión. Pasar el tiempo hasta que el tiempo cure. Porque yo del amor no sé nada, nada que yo sepa. Nunca he pensado en enamorarme. Creo que me gustaría. Y creo que no. O sea depende. Depende del día en que lo piense. Aunque si hay que decir

toda la verdad no dan muchas ganas, a la luz del panorama. Mucha leña hay ahí. Mucho castigo. Prefiero fajarme en el gimnasio. Ese es dolor bueno. Mira cómo se me están hinchando las venas del tríceps.

A la altura de la galería de electrodomésticos asoma Jaime de la bocacalle del teatro con un fulano y por la misma acera. Paramos porque nadie se quiere apeaar, qué cosa esta de los gallos en la misma acera, que lo mismo daría decir jaula. Miro a Andrés para decirle que nos vamos y que se deje de agarradas, lo que le faltaba. Lo que veo en su jeta es de lo peor que he visto en jetas. No sé cómo Jaimito no salió corriendo. Si casi salgo yo...

De momento no pasa nada ni nadie abre el pico. Pero eso fue un momento. A renglón Andrés le dice bajito que se baje de la acera porque él tiene derecho de paso al venir por una vía más grande. El otro se sonríe. Andrés adelanta un paso. Quedan nariz con nariz. Que te bajes de la acera. A lo que Jaimito tiene una ocurrencia y le suelta que los del arrabal no tienen derecho de acera que como mucho lo tienen sobre campos de terrones. Y ya está. La cabeza de Andrés embiste y el otro se va al polvo con un surtidor de sangre que yo vi que salía haciendo sifón como en las viñetas de Hazañas Bélicas.

Al colega de Jaime le digo: tú quieto que si no esto va a ir a mayores y ya es bastante tocho. La cara de Jaime es un manchurrón, pero el tío tiene todavía el ojo vivo. Se levanta y se va a por Andrés como un miura. Mal hecho, porque lo recibe un gancho muy bien medido y ahí sí ya Jaimito a dormir la mona.

Aparece una pareja de viejos dando voces y gritan también desde un balcón. La verdad es que Jaime está hecho una pena aunque se va despertando malamente con un chorro de agua de una botella que el camarero del Estoril le echa por la cara.

Llega más gente y, a pesar de que es Jaime el que anda mal, todas las caras están vueltas a Andrés y le dicen animal y criminal y lo que se les va ocurriendo. Qué quieres. Le digo vámonos pero no hace ni el gesto. Todo lo contrario de la menor intención. Está allí de pie tranquilo mirando al público como si no fuera con él. Ni con vergüenza ni con miedo, no te digo ya con arrepentimiento. Tiene la cara de esos santos misericordiosos que hacen el bien y dan limosna y cuidan a los enfermos pero que parece que están pensando en otra cosa.

No sé si se le estaría ocurriendo esperar a que llegaran los municipales y se lo llevaran a santificar la fiesta entre rejas. La repito que vámonos. Que si quieres arroz. Le tiro del brazo porque cada vez pinta peor y ya veo que Jaime regresa al mundo y que se va a quedar en tarascada todo esto. Le tiro del brazo y entonces me dice con un temple pavoroso que oye Chapi si no te gusta esto no tienes por qué quedarte. Hasta la jauría se quedó de piedra.

Oye Chapi si no te gusta esto no tienes por qué quedarte.

Igual que si estuviéramos viendo una función en platea.

Tal cual.

9

Tú y los malajes de ahí arriba diréis lo que queráis, pero el amor es dejarse llevar, no se piensa, ni se mastica, ni se busca, ni te busca, no es electricidad, ni susto, ni soberbia, ni conquista, ninguna de esas cosas es, solo amor es, solo río que por su cauce va a las aguas grandes, sin orillas, de la mar.

Eso le dije, aprovechando que lo descubrí solo en el colmado, sin madre y sin parroquia, y que de allí no se zafaba. En una trampa de Cándida Luján Linares cayó. Lo para morirse de risa es que miraba atento y que no soltó ningún estacazo, con lo que le gustan, hambrientos ahora de palabras me parecieron los ojos color piscina. Así que me animé, pues nunca me hubiera pasado por mientes que aquel jaco me iba a escuchar un discurso de principio a final y menos me iba a dar tiempo para pensarlo.

Como el río tú vienes hacia mí y enseguida te revuelves, pensamientos de diablo, y quiero más, y quiero esto y quiero lo otro. Fíjate, para tener amor solo hay que querer amor, ni plata ni palique, ni el qué dirán ni el qué diré, solo querer amor te garantiza amor, solo amor es amor. Y no es tuyo, además, no te hagas ilusiones. Te lo da un dios que pasa por ahí, el dios que tú digas, te lo pone para que andes, río, y te muevas del pozo donde manas, porque la vida se anda, un ir. Y ya puedes ir dándole las gracias al dios, que a todo el mundo él no da. No hay ninguna vida en quedarse, eso es otra cosa, muerte respirada. Tampoco hay vida en perseguir, porque te huye. Tú corres y lo otro corre más. Y más vale que no lo encuentres, porque

entonces es otra cosa. La vida del amor es el fluir del río, palabra de esta vieja que lee el alma.

Estábamos barra con barra, yo por fuera y él por dentro, y en lo último que dije mi gachó, mi casa, mi nación, mi sueño con mordaza hizo un recular y se fue a sentar en un saco semillero como en un trono, despatarringado. Así que al rey del colmado lo tenía allí devoto, y yo quería la ocasión y aprovecharla. Que me escuchara como me estaba escuchando, sin chascar el látigo, era un premio de los que no se ganan en las ferias, sino que son de la virgen aparecida, milagro.

Di la vuelta a la barra y me arrimé al rey semillero, imagínate que aparece la madre o cualquier chismorro de comarca y ve a la quinqui de dueña del colmado, ¿no iban a pensar que me echaba víveres a la saca? Aunque Andrés estuviera delante, atarantado como estaba, lo mismo pensaban que le había dado un filtro, la verdad es que era un saco de huesos molidos derrumbado sobre otro saco.

Deja de pensar en todo lo que piensas, anda, digo después. Y le paso una mano por la mejilla, dios qué calambre suave y dulce, y él no me atiza una patada, que es lo que yo esperaba de ración, qué va. Él deja que yo lo toque y lo toco y no me canso, y podría tocarlo durante muchas vidas sin pedirle nunca ninguna otra cosa. Nada le pediría, solo que me dejara la mano en esa mejilla subiendo y bajando, ni más amor ni amor de otra clase ni que me tocara él a mí, porque con tocarle podría yo vivir eternamente, alimentarme eternamente, no esperar nada más eternamente. Pero enseguida tengo miedo. ¿Y cuando llegue la hora de despegarse? ¿Cuando esta mano y esa cara se vayan por contrarios caminos? Que no haya adiós, Dios mío, que no haya, déjame a los pies de este rey, que me acepte de sierva, de puta, de lo que quiera, pero en su presencia siempre, y esta mano cogidita del alma que es su cara, porque mientras le toco el alma estoy más dentro de él que de cualquier adentro que se pueda estar, más dentro de él que él mismo.

Mira, le digo para que se desvíe y no piense en la caricia de su cara, que llevo ahí un rato ya, te voy a contar un cuento y luego, te voy a hacer magia. ¿Te parece, amor? El cuento es de uno que se estaba ahogando y pidiendo auxilio. A lo que uno que lo conocía y pasaba por la ribera le dice: ¿por qué no te pones de pie? Y el que se ahogaba se pone de pie y resulta que el agua le llega por la cintura. Eso lo entiendes, ¿a que sí?, lo entiendes con lo que a ti te pasa y te puede, si quieres, dejar de pasar. Y esta es la

magia, mira, eh, voy a dibujar tu cara pasando el dedo por ella, por la barbilla, la nariz, los ojos, las orejas, ya está, ya he dibujado tu cara. Como la he dibujado, ahora si quiero la borro, con toda la palma la borro como si la palma fuera una goma grande. Ya no tienes cara. Te has quedado sin cara, cualquier espantapájaros tiene más cara que tú. A lo mejor quieres que te dibuje otra. ¿Quieres que te dibuje otra? Puedo hacerlo, una cara nueva, una cara para de hoy en adelante, igualita que la anterior, que es la que a mí me gusta, pero dibujada por mí, mía. Quieres o no. Es mi magia, puedo borrar a la gente y puedo resucitarla.

Pero es Andrés el que resucita sin mi magia ni nada y me dice: oye, Cándida, qué haces. Ya sabes lo que hago, le contesto, ¿o es que no has estado aquí este rato? Pues dime qué quieres, dice. Que qué quiero, le digo, que qué quiero, pues lo que quiero es que si me miras tanto sea para algo, que te veo mirarme y darte la vuelta, y eso fíjate tú, no lo quiero. Si me miras, vente a mí, déjate venir a mí o no me mires nunca más. Es lo más fácil de este mundo, dejarse llevar por lo que miras, porque si lo miras es porque vas hacia ello y por eso los dos ojos miran de frente, al mismo sitio, único sitio al que pueden ir, no somos res que no se entera de que la llevan al matadero.

No sabía que te mirase tanto. Sí lo sabías, le digo. Pero entonces me acerco a él, le miro bien los ojos, y los tiene blanquimuertos de haberse ido a otra visión. Así pensé en él muerto y grité. Pensé que le estaba viendo muerto y que eso era un presagio de hechicera, y que eso iba a suceder no dentro de mucho ni en otro país, que hasta yo lo vería muerto sin moverme de donde estaba, quizá la primera que lo viese.

—¿Desde cuándo rellenas de garrafón las botellas de orujo? —me dijo.

—Tú sabes desde cuándo: desde siempre. Y no te he oído quejarte, milindris.

—Y la parroquia pensando que toma orujo de Villares. ¿De esto también soy culpable? ¿Debería haberte hecho frente para que no estafaras? ¿Desde párvulos, quizá? ¿Denunciarte escribiéndolo en el pizarrín?

—Lo hace todo el mundo y todo el mundo consiente. No se cobra como el orujo de Villares. Entonces sería una estafa.

—Tienes explicación para todo. Nunca haces nada malo. Malo solo es lo que te hacen. Eres la víctima, así que te puedes permitir lo que sea.

—Estoy fatigada para regañar contigo. Y si lo que quieres es confesión, de acuerdo. No soy buena, y cuanto más tiempo pasa, empeoro, hay más motivo para condenarme, porque más cosas van a juicio. Sepas que lo acepto. Acepto que no soy buena. Ya no me importa. La gente es buena para alguien o para algo. Sin alguien o algo, no merece la pena el esfuerzo, no habrán de mirarte. Lo he pensado mucho desde que se fue el malumbre. Mala, ahí tienes a tu madre.

—Te habría quedado agradecido que me hubieras avisado. Eso también lo escondiste. ¿Has pensado que a lo mejor te has pasado la vida mintiendo? ¿Que a lo mejor el garrafón es tu forma de ver las cosas?

—Sí que eres un hijo de mala madre...

—Bien, al fin...

—... que no sabe nada de nada y cree saberlo todo. He tenido que sobrevivir, sí, y lo hice como pude en esta tierra maldita y brava, y sin matar a nadie. He criado a un hijo mientras un cabrón me repartía tundas y caricias. Pues no me arrepiento de nada, por si lo preguntas, y con todo me quedo. Menos con este final, con esta pena que por nada merezco. Si no voy al Cielo no me importa, debe de estar lleno de jarcia como tú, bendiciendo y maldiciendo, hisopo en mano.

—Pero los golpes fueron asunto tuyo, tú decidiste aguantarlos.

—Ah, eso...

—Sí, como el garrafón...

—Eran asunto mío, solo asunto mío. Pero sigues sin saber nada. Quieres salvarte, nada más. Pues sálvate. Largo y sálvate. Pero no agobies con tu palique de sacristía.

—No quisiera agobiarte, me gusta escucharte.

—Para rebelarse hay que saber y si hay amor de por medio, entonces el amor hace ignorancia. Más que ignorancia, porque es lo que no se quiere saber. Maldigo el amor. No te rías de mí. Haz lo que quieras, pero no te rías de mí. Te avergüenzas tú solo. Yo no valgo nada, ten cuidado de no caer más bajo que yo.

—Te estoy escuchando muy serio.

—Y tenía un hijo, quería que mi hijo tuviera estudios y yo no tenía oficio ni beneficio. Tuve que espabilarme. Sé las cuatro reglas, ni una más. El colmado fue mi idea. Y con apuros y sin apuros ha salido adelante. Todo lo he hecho para que estudiaras y salieras de esta vida.

—Y así te sentirías orgullosa de ti misma...

—Lo que tú digas. Ya te he dicho que no soy buena. Lo hacía por mí, para ti la perra gorda. Yo soy lo importante, levantándome y acostándome a hostia limpia, una vocación. Tú no eras lo importante, solo yo. No debiera hacerse nada por los hijos, es egoísmo, vanidad, Dios tendría que castigarlo. Y cuando salen imbéciles, el castigo habría de ser mayor. Culpa mía haberlo hecho, soy una ignorante.

—Está bien, de acuerdo. No me apetece herirte porque sí. Has hecho lo que has podido. Has aguantado lo malo para escapar de ello y encontrar algo mejor. Para ti, para tu hijo, está bien.

—Vale...

—Pero ha sido un infierno. Me duele todo. Es como si estuviera enterrado y abriera los ojos. No veo un paso más allá, no me siento vivo ni muerto, solo soy un dolor de huesos en la tierra.

—No creas que escaparás del infierno porque huyas de mí o de este pueblo cerril. Hay infierno en todas partes. Lo hacen las personas, la vida. Si quieres felicidad tendrás que sembrar en campos malos. El infierno te lo dan gratis, lo otro es lo que cuesta. No todo el mundo sabe. Es por lo que tú debes aprender, en la universidad o donde sea, y yo a lo mejor te hago falta un día. La felicidad se suda, aunque tampoco la tiene todo el que la merece. Solo los que saben. Solo los que saben y tienen suerte.

—Es tu filosofía. Y yo debo encontrar la mía. Estamos en paz. Nuestros caminos se separan. Me alegro. Es lo mejor.

—Eres de corazón duro. ¿Qué será de ti?

Andrés se estaba volviendo su dolor, pero ahora su dolor se está volviendo otra cosa. No exactamente amargura, no algo destilado, más bien síntesis. De qué, esa es la cuestión, pero lo que sea ya está duro, ya no se conoce el origen y tal vez ni siquiera importe. Conseguí la cita con el

otorrino un día que lo encontré con mi padre y lo pillé blando, el otorrino jefe local de Falange, concejal de la Juventud, mariscal a la sazón del Hogar Juvenil, más profesor por altos designios de la híspida asignatura conocida en la piel de toro como Formación del Espíritu Nacional, nombre que merecería un cónclave de furrieles metafísicos.

A regañadientes nos citó el viernes a la hora del recreo en el edificio de Sindicatos, frente al seminario, donde tiene un despacho, yo creo que para evitar la consulta. ¿Habrá estudiado Medicina o le habrán dado el título con chapas de Coca-Cola?

Informé a Andrés. Y Andrés me contestó que esa reunión no tenía ningún sentido, porque dudaba de que a Jaime se le ocurriera pasar desnarigado por el Hogar Juvenil, así que no veía ni la urgencia ni el problema. Si el otorrino quería darle llaves, que se las diera, a ver si el otro tenía los huevos en su sitio. Traté de que considerase el contexto. Le había hecho un chaperón de los gordos a Jaime y era de temer algún tipo de respuesta, porque era difícil que eso quedara así, a ver, cuándo esas cosas se quedan así. Lo de Capuletos y Montescos era un sinfín y un sindiós. Me parecía un gesto de paz hablar con el otorrino y facilitar un pacto de convivencia. O incluso convencerlo de que era mejor que nosotros controlásemos *our way* el tráfico en el Hogar Juvenil. El caso es que teníamos que dar a entender que estábamos a favor del diálogo y que lo de Jaime había sido un calentón aislado que ni sumaba ni restaba al orden municipal de las cosas. Esto, si llegaba a decirlo, quedaría muy bien dicho.

«¿Y qué crees tú que puede pasar, van a devolvérmela, van a vengarse?», tuve la impresión de que mientras preguntaba se reía por lo bajo, como si fuera una pregunta demasiado complicada para mí o como si sus propias preguntas le sonaran ridículas a él mismo.

«¿No te parecería raro que no pasara nada?», le respondí. «No fue solo la pelea. Está lo que cuenta Chapi, poco menos que le pusiste el pie en la chepa y soplabas el humo del cañón mientras esperaban a llevárselo a la clínica, y el personal a grito pelado». «¿A quién se llevaron a la clínica?». «¿A quién va a ser? ¿Te ocurre algo? Te chuleaste de un tipo en el suelo con la cara rota. Eso duró un minuto, pero el cotorreo durará meses. Veremos la resaca». «Yo ni pisé chepas ni soplé el revólver. No encontré ninguna razón para irme. Y ya está. ¿Sabes lo que me dijo el de educación física, el Bello Hilario, el cojo, que apareció por allí? Que me estaba volviendo

antipopular. Me gustó la palabra. Se lo dije. Y también que nunca la olvidaría. ¿A ti no te gusta? Antipopular: dícese de aquel que siendo popular por sus buenas obras, se endemonia y alcanza fama con las malas. La entrada de diccionario es mía. ¿Qué tal?». «¿Vas a venir a lo del otorrino o qué?». «Si te empeñas, vale, así hacemos algo en el recreo».

Fuimos a su despacho de Sindicatos el día que nos dijo. Ese hombre tiene una pinta muy rara, de todos modos, y también de haber tenido siempre la misma edad, como cincuenta. Barbilampiño, con gafas de culo de vaso, cara de no haber tenido noticia de que la humanidad no se reproduce por esporas y de ser un cabrón que te cagas. Es alguien de Dickens, alguien que se olvidó de inventar. Me daría vergüenza que fuera trucho, aunque cualquiera sabe, a lo mejor no es nada, hay gente así. ¿Y si yo fuera así más de lo que imagino? Una mierda. Vamos a la mierda de lo que pasó. Seamos breves, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo, que decía el líder. Soltó que la pelea entre Jaime y Andrés no se volvería a permitir, lo cual era tranquilizador en el sentido de que con eso parecía candarse el asunto. Andrés, ni palabra. Pero que después de esa pelea y su efecto en la opinión pública —fue lo que dijo, lo juro—, lo mejor sería que los del baloncesto, Jaime en cabeza, tuvieran llave del Hogar Juvenil. Andrés ni mu. Yo objeté humildemente que el Hogar Juvenil había sido la sede de la OJE por convenio con la Jefatura de Salamanca y que no sabía qué clase de asociación era el equipo de baloncesto ni qué estatutos tenía. Y que, por lo que yo sabía, y había sufrido, sin estatutos convalidados por el Registro de Asociaciones de la Delegación de la Juventud, jugar a la pelota con la pandilla no engendraba derechos. Miré a Andrés para comprobar su apoyo, pero él estaba contemplando por la ventana el monumento al guerrillero desconocido, una plasta que erigieron el año pasado en la plazoleta entre el seminario y Sindicatos en memoria de un grupo de legendarios matagabachos.

El tío me volvió a repetir de mil maneras, y sin entrar en la discusión ni en los argumentos, que aquello era lo mejor para todos. Después dijo: «créeme, confía en mí, vosotros no podéis saberlo todo. Estas cosas os sobrepasan». «Eso es una gilipollez. Cuente esas cosas que nosotros no sabemos y ya le diré yo si nos sobrepasan. Así no se arreglan las cosas. Le hago responsable, doctor», dije, en un alarde. «¿Me estás amenazando? Cuando se amenaza es mejor estar seguro de cumplir la amenaza». Pero ya

no me estaba mirando a mí, sino a Andrés y no sabía decir si le mandaba un envite o si se preparaba para salir corriendo.

Mi *dear colleague* se levantó y salió por la puerta sin haber abierto la boca. Yo todavía seguía sentado. Solo repetí otra vez lo de que lo hacía responsable y salí detrás de Andrés. No lo encontré. Debía de haberse ido corriendo, digo yo. Puede que por la callejuela del seminario hacia ninguna parte.

Infaustamente, la última hora de clase de la mañana tocaba con el otorrino. De 12.30 a 13.30. Entró por la puerta con su mejor cara de soplapollas y el libro que sin decencia alguna iba a leer para enseñarnos a subrayarlo. Nada más aparecer él en el aula, Andrés salió por donde el otro había entrado. Por supuesto, el falangista no dijo nada y el fugitivo ni se dignó dirigirle la vista. Pensé que por su marcha en direcciones opuestas, daban la impresión de dos que cogen carrera para embestirse a continuación. Me equivoqué poco. En realidad, nada.

El otorrino empezó a leer *Divini illius Magistri* para demostrar la coincidencia de Pío XI con las ideas educadoras de la escuela meapilas española. Cuando estaba diciendo que la educación consiste en la formación del hombre tal cual debe ser, para que se porte en esta vida terrena de forma que consiga el fin sublime para el que fue creado, Andrés apareció por la puerta con un bolsón de rollos de papel higiénico. Subió a la tarima, se puso al lado del eximio lector y perito en subrayados y, sacando un rollo, lo mostró a la concurrencia.

El otro no le hizo caso y siguió leyendo que el sujeto de la educación es el hombre entero, el espíritu unido al cuerpo en una misma naturaleza. Y ahí Andrés empezó a explicar la manera correcta de utilizar un rollo de papel higiénico. También explicó que el papel higiénico es un papel delicado sometido a un uso bárbaro y, en ocasiones, cuando se rompe en plena acción, trágico. De ello se derivaba la conveniencia de plegarlo hasta que adquiriese la consistencia suficiente como para que la tragedia no hiciera acto de presencia en el retrete.

El jefe de Falange parecía decidido a seguir leyendo, de tal modo que estaban hablando los dos a la vez, y mientras uno decía que el modelo a imitar era Jesús, el otro le daba la razón en lo concerniente a limpiarse el culo, pues la túnica blanca con la que siempre pintaban a Jesús no era sino un traje a medida de papel higiénico, desechable y elegante a la vez. Luego,

el otro siguió leyendo que los agentes de la educación eran la Iglesia, el Estado y la familia, en donde Andrés admitió que, efectivamente, todos ellos enseñan por separado, pero de manera coordinada, que la mierda es pertinaz e inevitable en cuanto destino de todo lo ingerido, por lo cual la labor primera y principal de las instituciones de la patria es proporcionar papel de retrete, dedicando a tal misión todas las energías productivas disponibles, así como garantizar su distribución en todo el territorio nacional, cagadero por cagadero.

En fin, humor escatológico, como el de un pedómano en el circo. Solo algunos se reían ruidosamente, pero más bien por nerviosismo y por la inaudita escena, de incierto desenlace. Miré a Brígida, sentada cuatro filas más atrás y a mi derecha, y tenía un gesto impenetrable: tranquilo y atento, con algo de velo en los ojos, en otra parte. Andrés no miraba hacia allí. Lo que esa mujer pensaba en ese momento me pareció indiscernible hasta lo más negro de la negra oscuridad, *in the dead of night (take these broken wings and learn to fly*, decía esa letra después).

La escena duró minutos, no fue un *flash*, y al término Andrés regaló un rollo al otorrino, a quien informó de que lo necesitaba más que nadie y que al salir no se le olvidase tirar de la cadena. El otorrino, ni caso. Luego, se dirigió a un par de internas de las Mercedarias y les explicó con detalle el recorrido perfecto que debía realizar el papel y la mano. Luego, de espaldas, como si fueran regalos o el ramo de una novia, arrojó a su público los rollos que quedaban. Y desapareció para no volver a entrar en clase. Nunca más, quiero decir, no solo ese día.

El lector falangista siguió a lo suyo como si no hubiera pasado nada ni nadie. Brígida volvió a su libro como la costurera a su labor, y el resto, lo mismo. Bueno, Chapi no. Chapi se quedó de brazos cruzados, mirando fijamente la puerta, como si esperase un regreso, y con cara de quedarle todavía mucho rato para averiguar lo que en realidad había ocurrido.

Yo, la verdad, como nunca había hecho caso de aquel pinchapeces, y en las clases me dedicaba a abrir la novela que estuviera leyendo poniéndola encima del libro de texto, bajé la vista y me encontré a Julien Sorel en un tozal contemplando el mundo que quedaba a sus pies. Tremenda y desoladora imagen a un tiempo. Ojalá hubiera sido mía.

No pude concentrarme mucho, porque enseguida empecé a preguntarme si el dolor agudo, cuando no para y no hay esperanza de que se vaya, no

acaba por convertirnos en cómicos, en cómicos a pesar de todo, cómicos inesperados, espontáneos. No me parece que esté relacionado con el humor y de hecho creo que es la ausencia absoluta de humor. El humor celebra algo de la vida, el cómico es un payaso triste, sin esperanza, herido de muerte.

Y nos reímos de él. No se puede hacer otra cosa. Es lo único que puedes darle al payaso y que el payaso aceptaría, cuando ya no acepta el consuelo ni la esperanza. Solo puede aceptar la risa. Algo es algo. Antes de que definitivamente haga mutis por el foro y desaparezca para no volver nunca a este mundo.

12

¿Quieres follar?, me dice. No hago eso con borrachos, contesto, y no me gusta la palabra. No iba a contestarle que sí al piojo, otra cosa es que no me importara, la sola idea de tenerlo dentro, hecha su hueco, si lo pienso mucho rato me vuelve loca, loca loquita. Pues yo pienso que tú quieres follar, y si no a qué viene el mariposeo. No soy una mariposa, le digo, soy una luciérnaga, y alumbro tu noche, que se te han caído la luna y las estrellas del firmamento al suelo. Dame las gracias antes de que me apague.

Entonces se fue a la punta del agua y se sentó en la ribera, andábamos al ocaso en un pradito donde el río hace recodo, espeso de margaritas, junto a los campos crecidos de amapolas, en medio de la gloria de la primavera, que ya traía calor casi de verano. Habíamos bajado desde el barrio, él delante y yo detrás, porque me dio por seguirlo por gracia y al final no le importó. También es verdad que una se va sin querer detrás de lo que quiere, que hay una fuerza natural que te lleva a rastras sin tú tener que hacer trabajo ninguno. Cada quien tiene un viento y una ley que lo empuja a él solo para ir a un sitio solo para él.

Me puse a su lado, pero luego me quité las botas y los calcetines y metí los pies en el agua. ¿Cuando llegue el verano también llevarás katiuskas? Si quieres avergonzarme, le contesté, no vas a conseguirlo, porque fíjate qué pies más bonitos, qué uñas tan rosas y los dedos juntitos con forma de diadema. Se fijó, cabeceó un poco y a lo último se quedó tumbado y se durmió.

Me puse a velarle el sueño, aunque fuera el sueño de dormir la curda. Estando allí, frente al río color oliva, llevando ondas de lentejuela y espumillones de plata, el pañoleo de los álamos en la brisita, las agujas del agua fría en los pies, me dije que aquel hombre era mío y que aunque quisiera, de mí no podría escapar. Había venido a mí por el camino más torcido y sin idea, pero ahora lo tenía dormido a mi lado y aquel sitio era nuestro, porque de uno son los sitios donde las cosas se ven con claridad.

Al ratito, se despertó, pero siguió tumbado, los ojos abiertos al cielo con madejas de nubes y jirones añiles, así pensaba yo que eran sus ojos, un azul firmamento, me daba cuenta, aunque me seguía gustando que también fueran azul piscina, azul firmamento con eclipses nubosos, que a veces se encapotaban como en las tormentas.

Se fue dando vuelta, me agarró y me tendió junto a él. Un brazo me lo pasó por debajo del cuello y una mano me agarró la cintura. Me pegó a su cuerpo, aunque entonces su cuerpo se hizo pequeño y se metió debajo del mío, en la covanera que se fue haciendo para que él entrase. No era un niño pequeño, era su amor que se encogía hasta el feto y buscaba dónde nacer otra vez, desde dónde partir, desde dónde alumbrarse para salir al mundo con todos los dolores, pero con los ojos bien abiertos.

Se hizo de noche sin que nos moviéramos. Luego, sus manos buscaron más y yo lo permití. Hasta que él me buscó entera y yo le dejé que atravesara todos los cuartos hasta la alcoba última, en la que había un ventanuco reluciente de noche de astros.

No se repetiría esa felicidad nunca en la vida que tuviera, aunque me mantuviese junto a él, aunque me declarase su amor hasta lo eterno, nos casásemos, tuviésemos hijos y olvidara por mi amor los amores que fueron antes. Esa felicidad era solo de esta vez, del momento en que la gracia me lo concedía por su única voluntad, una cosa esperada que al vivir se volvía inesperada. Era más que amor, era adonde el amor lleva que no conoce el que no ama, y que se le desvanece para pena suya al que ama.

También pensé que se iría corriendo tras desahogarse. Pero no. Se quedó allí abrazado y a veces me acercaba los labios al roce, y los dejaba en los míos como un pajarito comiendo el grano, y yo sentía que mis labios eran inacabables para su hambre, que podía comer de ellos lo que quisiera y que todavía así seguirían creciendo, porque sus besos no los menguaba, sino que los acrecía; más beso, más labio.

Cuando subimos de la alameda a La Estrella era bastante de noche y estaba segura de que en casa me dirían algo, si es que de paso no había que llorar alguna ruina, pero nos fuimos yendo despacito para que no se acabara la cuesta, ni ese mismo firmamento sobre la cabeza, ni la fragancia de eras y de regatos.

No, él no corría. Y yo, aunque me iba, también me regresaba a la ribera y a la pradera, y eso es lo que iba a ser siempre, un ir hacia donde fuera para no dejar de volver al mismo río, de volver a la misma hora, de volver al mismo abrazo.

Y tú, mi Andresito, ¿te irás o te quedarás? Lo he pensado, de pronto. ¿También él querrá volver? ¿O se está yendo para irse, cuesta arriba, arriba de todas las cuestas que salen de esta alameda y de este mundo?

No te vayas. Espera, que te cojo de la mano y te llevo de vuelta, que yo puedo enseñarte a volver.

13

En cuanto le eché el ojo en el banco de la comisaría, ya lo vi culpable. Acusaciones aparte, que no sabía cuáles eran. Culpable ante sí mismo, reo por cuenta propia. Un guardia lo vigilaba a distancia y otro por el rabillo desde el portón. No parecía asustado. Lo que parecía es que no estaba allí y que se había largado dejando la cáscara de muestra.

Es verdad que en comisaría todos son culpables, hasta los guardias. Como pecadores, los que comulgan. En los dos lugares se les escucha rezar el *Confiteor*, por si hubiera algún alivio de la pena. Ellos ayudan sintiéndose culpables. A los guripas se les nota como a ninguno. Demasiada familiaridad con el delito, al final emparentan por lo consanguíneo.

Andrés culpable, culpable de qué. Puede que su crimen no fuera el motivo de estar sentado en aquel pasillo. Su verdadero crimen. Quizá solo lo conocía él. Quizá no lo conocía y esperaba que se lo dijeran allí. Un crimen en el que cabía que fuese a la vez el criminal y la víctima.

Contra él mismo en primer lugar. Después..., después, quién sabe.

Y no, no se encontraba a disgusto. Disfrutaba de cierta paz aparente. Como descargado de un pecado pesaroso. Los pecados pesan, los pecados contra uno mismo pueden matar. Matan.

Así lo vi. Era llamativo, lo irradiaba. Un faro indicando a los navegantes el mejor sitio para naufragar.

Esas cosas puedo sentirlas, no soy inocente, aunque nunca haya sido condenado por los hombres. Sé quién es Cristo y quién soy yo, y los dos sabemos qué es una cruz. No me hace falta juez ni juicio.

No le pregunté qué había hecho, no era justo. Solo le pregunté «¿qué ha pasado, qué haces aquí?». Lo acompañaban, al extremo del banco, unos gitanillos que Andrés conocía, creo que los llaman Angelillo y Porrina, y que conocen bien el cuartelillo y la comisaría municipal.

«Tiene que preguntarle al comisario, don Seve», me contestó con total sosiego, como si estuviera orientando a un turista. «¿Y tú no puedes decirme nada?». Le temblaron los labios como si fuera a sonreír, pero se contuvo. Estaba claro que había entendido lo que sugería mi última pregunta. «No, don Seve, yo no sé nada». «¿Y entonces de qué te acusan?». «No me lo han dicho. Solo me preguntan dónde estuve ayer por la noche». «¿Y cómo te han traído aquí?». «Vinieron dos guardias al colmado». «¿Te han traído desde el colmado?». «Andando, sí». «¿Delante de todo el mundo?». «Eso es». «¿Has llamado también a tu madre?». «A ella, mejor después».

El comisario, que debía de haber escuchado runrún en aquel semisótano al que llamaban comisaría, asomó la cabeza por un cuarterón y me llamó.

Mientras iba hacia allí, descubrí en la mirada de Andrés la de sus nueve años, sentado en los soportales del patio del instituto, con su tranquila fatalidad. Ya entonces era una mirada vieja, de las que vienen con la vida vivida, esta y otras vidas. Pasan por este Averno unos cuantos años y luego, se desvanecen.

«Don Seve, pídales un poco de agua, me está costando tragar hasta la saliva. Y también para estos dos, que tienen la boca seca de miedo». «¿Has comido algo?». «No es por haber comido. Vaya con el comisario y diga lo del agua».

Pedí al guardia del mostrador que les diera agua. El guardia dijo que aquello no era un hotel. Le contesté que me alegraba oírlo, porque no pensaba quedarme. El comisario se presentó al punto, inquieto, y le retrasmitió la orden al tocahuevos. Me despedí de él, agradeciendo la información. El comisario me llevó del brazo.

En su despacho, andaban colgados José Antonio y Franco, y enhiesta una bandera del tamaño de un palio de Siena. Lo demás, una plancha de caoba buena con dos legajos de adorno, un sillón tachonado para él y un par de enneas para las visitas. Aparte, un armario contrahecho y una ventana con barrotes pintados de verde al suelo de la calle. Un confesonario, pensé. Un confesonario sin absoluciones, a mayor gloria del inquisidor.

No dio tiempo a preguntarle. «Han intentado agredir a una señora, pero se echó a gritar y eso la salvó, porque salieron los vecinos. Ahí al lado, en la plazuela de la traída de aguas. Nos hizo la descripción y aquí estamos». «¿Quisieron robarle?». «Ella dice que intentaron violarla». «¿Cuál fue la descripción?». «Eran dos gitanos con otro que no era gitano». «¿Y por qué el que no era gitano tenía que ser Andrés Aja, ya supuesto que esos gitanos eran estos gitanos?». «No lo sé. Pero los conoce. Debemos interrogar, don Severino». «¿Quién es la señora?». «No tengo que decírselo». «No tiene, claro. Pero yo le pregunto, porque para todos es mejor así, ¿no cree? Hágase a la idea de que ese muchacho es como mi ahijado». «Isabel Montero». «¿La hermana del médico Montero, la que está casada con el otorrino jefe local de Falange?». «Esa misma». «También es la tía de Brígida, la amiga de Andrés. Con el otorrino siempre ha tenido pleitos y creo que algún desaire ha habido últimamente. Coincidencias de la vida deben de ser». «La señora Montero ha dicho que vendrá más tarde para la prueba de reconocimiento». «¿Ha denunciado?». «Todavía no». «¿Y en qué se basa entonces esta detención?». «Actuamos de oficio, don Severino».

De oficio, naturalmente. Todo se hace de oficio. Vigilar a los que no comulgan en Corpus Christi, subastar terrenos confiscados, sancionar a maestros, castigar judicialmente por motivos personales, humillar, despreciar... Todo de oficio. España es un país de artesanos. Franco era el jefe de taller.

Me levanté. Doblé la dulleta sobre el respaldo de la silla. El sol entraba de frente a través de los barrotes verdes, en las últimas luces. En aquel sótano no olía a sótano, sino a una oficina cualquiera. El comisario no me quitaba ojo. Tipo galano, ya no joven, solterón, conviviente de las fuerzas vivas, trepador. Una culebra con garbo.

«Isabel Montero es una alcohólica, comisario. Y su físico no es de los que excitan la lujuria. Lo único que atrae son los escándalos». «Delante de

mí no hable así de ella, se lo ruego». «Solo quiero que nos entendamos, comisario. ¿Qué chaval de dieciocho años se acercaría a ella?».

No dijo nada. Hizo un gesto como diciendo qué quiere que haga yo, cumplo con mi obligación. Volví a mi enea, cogí la dulleta, me la colgué del brazo y me senté de nuevo. Nos estuvimos observando unos instantes. Aquí todos nos conocemos.

«Te llamas Fernando, ¿no es cierto?», dije cambiando al tuteo. «Pues verás, Fernando. En este país he visto a mucha gente inteligente salir por patas. O peor, resignarse. El resultado es este país de mierda. De mierda para todos. Yo creo en Dios, en la patria y hasta en los Principios del Movimiento, si hace falta. Pero estoy harto de ver cráneos machacados. Harto hasta donde no te imaginas. Ese muchacho tiene una gran cabeza. Será alguien valioso. Alguien a quien ahora merece la pena cuidar. No vais a tocarlo, ni aunque tengáis de vuestro lado a Cristo con dos pistolas. O su cabeza no será la única que haga ruido al romperse». «No amenace, don Severino, no hace falta. Yo soy la autoridad y cumplo con mi obligación», dijo, intentando ponerse severo y un poco desafiante.

«En fin, me llevo a Andrés», dije yo. «Es época de exámenes y tiene que estudiar», y me fui levantando. «Don Severino...». «Qué hay». «No puede usted, no debe...». «Y yo que tú soltaría más pronto que tarde a los dos aceitunos, o se te va a presentar aquí la tribu Montoya con el cante de las minas».

Ya en el pasillo, vi que había llegado Mariana, la madre de Andrés, a la que había avisado por su cuenta otro guardia. Estaba parada delante de él y no hablaban. El muchacho ni siquiera la miraba. El comisario me siguió los pasos titubeando y murmurando.

Saludé a Mariana, una mujer que siempre había sido guapa, alta y trigueña, con los ojos del hijo, y que ahora estaba pálida y exangüe, llevando su cuerpo como el que lleva un saco. Hizo intención de hablarme, pero me adelanté y les dije a ambos que nos íbamos de allí. El comisario ni dijo ni hizo, o si dijo o hizo yo no me enteré. La cuestión es que nos habíamos plantado en la calle. Mariana hizo de nuevo intención de hablar, pero le indiqué que sería mejor un poco más adelante, lejos de la puerta de la comisaría.

Caminamos plaza Mayor abajo y luego torcimos hacia la catedral. Paramos en los jardines del Sagrado Corazón, junto a la verja de entrada.

«¿Qué has hecho?», explotó la madre. «No ha hecho nada», contesté yo. Andrés no parecía dispuesto a abrir la boca. En parte, podía entenderlo. Para el daño gratuito no hay lamento. Hay un rencor mudo y sordo. «No ha hecho nada», repetí. «Pero estaba en comisaría», replicó Mariana, «y a veces somos culpables no a lo mejor de lo que nos acusan, pero sí de ser como somos, y por ser como somos nos miran como culpables». Tenía los ojos encendidos, más rabiosos que tristes.

«Culpables somos todos, es naturaleza humana. Pero no juzguéis y no seréis juzgados. Y la policía no tiene tampoco derecho a juzgar por eso. Han dado un paso en falso y lo saben. Mejor olvidarlo. No creo que vuelvan a molestaros».

«Gracias, don Seve», dijo Andrés antes de echarse a andar. Fueron hacia el portón de los Vencidos, cada uno por su acera.

Poco les quedaba de estar juntos. Pero a aquella hora en que la muralla estaba con el color de la atardecida y el pueblo solo hasta de su soledad, la madre y el hijo me parecieron un triste espectáculo. *Et oravit pro eis.*

14

De quien venía a chamuyar el cumisario era de Andrés. Yo le dije que era un monró de cuando pequeños, paisanos de calle, que por donde él andaba ahora era por el foró. Que nosotros no habíamos hecho ná y que nos habían trincao por gusa. A decir más, que ni nosotros ni el monró. Pero el cumisario ciscaba en Andrés y Andrés, hasta llegó a decirme que aviao iba si no hablaba bien dicho lo que me estaba preguntando. Y qué me estaba preguntando, si es que podía de saberse. La picardía es que eso era lo que yo tenía que averiguar. Después me dijo que si le preguntaba luego a Porrina y Porrina cantaba la gallina, y yo no, se me iba a retorcer la tripa en la jaula. Todo lo que sabía le dije para no dejarme ná sobre el monró.

Solo era un chavó cuando se puso contra papa a que parase de darme con la cincha en el gallinero, que yo manaba sangre, adonde me encerró y muchos payos guipaban alrededor, pero ninguno hizo ná. Solo él hizo. Yo le hice mi planó, pa los siglos de los siglos, hermano de otra sangre que había salvado la mía.

Pasábamos el día en la cerca y la ulicha, porque no era él de tener mucho pinche y a todo el mundo extrañaba que un payo hiciera tanta miga con un zincaló. Pero él no randaba ni trincaba, yo alguna cosa sí, pequeña, sabe usía, la onza de chocolato que me gustaba, ya sabe usía.

A menda le salía orobrar que aquel chavó no venía de ninguna parte ni a parte ninguna iba, la tribu le faltaba, y por eso venía a la mía. Y su dada era bicho corbo, mano larga y dos caras, de los que traen la mule y de los que no se resucita. Al planó se le meraba el alma sin que él se enterase, pero yo sí.

Al instituto fue ya para ser más nadie, y ya se quedó en el foró, aunque mucho del garlochín que él no sabía se quedó en La Estrella y a lo mejor todavía lo anda buscando, que no lo encontrará. Se cameló de una bedorí del foró, eso sé, y ahora ha venido largo el alangarí. Huido su dada, él también huirá, y su bata huirá, con la orchí a jirón, claro, porque el ánima es solo una y rota de una vez, rota para siempre. Tengo junado que hubo una tribu así, diáspora, se dice, y en misa lo dicen.

Más quiere junar y yo le digo. Dos cosas que enterré para mi menda. En el carmen de la Florida nos agarramos con los de la curra del Boliche. No lo sacamos bien, al fin una templá de hostias es lo que trujimos. Pero durante el mientras, menda vio pasar a Andrés, el monró, el planó, por la pared de cal, y vi que nos vio, y vi que hizo como si no viera, y vi que me vio que le veía, y que eso le importaba un duro de palo. Y yo que por la culpa suya me había metido en chicarelas que ni me venían ni me iban, hasta un ojo una vez me llevé colgando. No me gustó, tan poco me gustó que hasta hice que mi olvido lo olvidara, por temor de que el diablo me diera por vendido.

Y el segundo penar. A él no le gusta la badarí del foró, la que le gusta es una mediasangre que la llaman Cándida. Solo que no lo sabe, cree que es ficar con la chaví. Pero no es eso, porque ella también tiene largo el alangarí, desde hace años, y su durquipén quela sin parar en su ochí. Que no lo entiende, usía, sí que lo entiende, dolor, baile que duele al alma. Aunque hay peor, es peor que lo reniegue, tanto lo reniegue, que a todos nos reniega, a su barrio, a mi raza, a la raza de la mediasangre, todo por el jayere, por alumbrarse con prestado. Digo yo, menos que esté loco, que ya arribara loco, y nadie venga a entenderle, ni él mismo. Y de lo bien que reniega, nosotros ni existimos, no para el planó, también para él, natural, no, que no existimos para nosotros siendo, ¿no guipa usía que yo no existo? Me tiene

usía aquí, pero no me tiene, me ve la fila, pero no más, porque mi ochí a saber el andoba que se lo merendó. Del jelar nada sabe y nada es mi monró, mi planó, mi ná es ná.

Yo quiero declarar a usía, y lo que declaro es que se vaya. Menda sabe que ustedes lo buscan por lo mismo, para hacerle chapescar y sacudir el polvo, fuera de este mundo, váyase al fin de él, si quiere, que nada hace aquí, que a nadie interesa ese mengue de ninguna parte. Pero también le digo que nada chungamente ha hecho, y menos, meterse con la erasñí que dice usía. Tampoco tiene que pagarlo con nosotros. Menda sabe que ustedes quieren que pague el monró, pues que pague yéndose, lo que todo el foró quiere. Y hasta yo lo quiero. En paz con Dios estamos y quedamos, si está de acuerdo usía.

15

Se veía venir que terminaría metiéndose en algún lío monumental, lo que no sé es cómo nosotras no nos dimos cuenta durante el tiempo que estuvimos con él. Aunque yo no creo que haya hecho nada de lo que se rumorea que ha hecho, y a la tía de Brígida, por si fuera poco. Muchos creen que no ha sido más que un *douloureux malentendu*. Pero lo que yo digo es que si no ha sido esto, podría haber sido cualquier otra cosa. Lo suyo es amor por los precipicios.

Intenté hablar de ello con Brígida, pero fue como quien oye llover. No le interesa nada de lo que tenga que ver con Andrés, pero no es que le hayan cosido la boca, es que le han zurcido de espinos el corazón. Me fijé en su cara mientras empezaba a contárselo. Ni atenta ni sorprendida. A lo mejor ya se lo habían contado y me estaba haciendo el número de su grandísima indiferencia. No me extrañaría nada. La verdad es que todo el asunto y los personajes son de vodevil.

Hace nada discutí con ella. ¿Pero qué se habían hecho para ni saludarse por la calle? Y eso que ni siquiera había pasado lo de la tía, aunque no sé si eso sería para dar más motivo o menos, cualquiera sabe. El caso es que le acabé diciendo que debían de haberse querido muy poco, que eso no podía ser lo que quedaba de un amor. O a lo mejor nos hemos querido demasiado, qué sabrás tú, fue su contestación. Y no paró ahí la cosa. ¿Por qué no vas tú

y le hablas? Te da vergüenza porque te viniste conmigo y él se puso furioso. Pues ponte en mi lugar, que lo abandoné estando enamorado. ¿Por qué no te acercas, eh?, continuaba. Y a mí no me quedó más remedio que contestarle: porque a mí me odia, solo me odia.

Lo cortés no quita lo valiente, así que yo sigo pensando lo que pienso. Deberíamos haber sabido que ir detrás de él era peligroso. Esa pasión suya no era buena, era fuego, sí, pero *feu follet*. No había esquina con la que no se diera un golpe y andaba por la vida descalzo sobre un suelo de esquirlas. Debimos haber sabido cómo acabaría, debimos haberle dicho algo..., si nos hubiera importado algo, si lo hubiéramos querido un poco.

Y por ese motivo estoy segura, quitando lo que he visto después, que el amor de ellos dos no pudo ser un amor de verdad. Que se separasen por esta u otra razón es lo de menos. Tenían que separarse, porque no estaban unidos por nada. Fue una ilusión. Una ilusión útil para los dos. A ella la sacó de la pereza del alma y a él le dio una barrera que saltar. Qué más querían. Fue algo más que un capricho, estoy de acuerdo, pero no fue amor. Solo fue una primavera del corazón y ya me dirás cuánto duran las primaveras.

Es la única explicación para si te he visto no me acuerdo. Y no es ninguna explicación, porque a esto no le hace falta ninguna explicación. Ni yo tengo que darla ni me importa. Es más, a partir de este mismo momento voy a dejar de pensar en ello y me voy a dedicar a lo que voy a hacer con mi vida, en todo lo que va a cambiar después del verano.

De modo que *au revoir les gars*.

Una cosa es el tiempo del fin y otra es el final, ahora me doy cuenta y me lo apunto. Llevábamos desde febrero viviendo el tiempo del fin, hasta que le tocó el final, ahora, en estos comienzos de mayo. El Hogar Juvenil está muerto, se murió de abandono, y sin funeral. «También podríamos haber hecho nosotros algo», dijo Chapi por epitafio, refiriéndose a que el único que pensaba y hacía cosas era Andrés, y que cuando dejó de hacerlas, se dejaron de hacer. Le contesté: «Vale, vamos a hacerlo nosotros». Y hasta hoy. Hasta nunca, mejor dicho.

¿Por qué el líder de la tarea, según terminología de don Trauma, el filósofo, era el impenitente Andrés? Puede que a él se le ocurrieran las mejores ideas, puede que solo fuera por pereza nuestra, puede que nos pareciese que a él le gustaba tanto planear y hacer que cualquier cosa nuestra sería, a nuestros propios ojos, una impertinencia o un palo en la rueda.

Pienso que Chapi y yo queríamos sobre todo estar con él, no queríamos hacer nada, ni siquiera lo que hacía él. Supongo que es fácil estar en compañía de alguien que tiene pasión y que hace cosas con pasión y además espabila a los pobres de espíritu, les da esperanza de tener algún día una loable obsesión, como pedían los curas, aunque más tarde o más temprano acaban sabiendo que la esperanza era falsa. Como nosotros cuando nos llegó el turno de mover el culo. En fin, hay gente que da esperanza a los que no la merecen. Pero no era mi caso, yo no tenía esperanza. Y, sobre todo, no la quería. Me conformaba estando con él.

¿Y las chicas, por qué estaban ahí? De esto no tengo mucha idea. Supongamos que Chantal seguía a Brígida, a la que, por cierto, yo creo que ama y odia, uno de esos lazos de hierro, forjados en fragua. Y Brígida... ¿Estaba enamorada de Andrés, pero resultó que no podía permitírselo, aparte de que no se lo permitieran? *Would you promise to be true and help me understand 'cause I've been in love before...?* Demasiada acción para ella, demasiados proyectos, demasiadas fugas, demasiada negación...

Andrés negaba el mundo de Brígida, donde la posición, el dinero, la influencia y el acatamiento al orden establecido son los criterios que juzgan a las personas. Lo demás no importa, mucho menos la moral, que para ellos es el traje con el que van a misa y se presentan en público. Lo que ha pasado es una cuestión de clase, desde luego, pero no en términos simples. Ha sido una cuestión de cómo vivir la vida entera, cuánto valor, cuánto riesgo es asumible, cuántas y cuáles son las cosas aceptables. Se tiene dinero y se influye de muchas maneras, no todas son obedientes y conservadoras, al menos no tienen por qué serlo. Este es un pensamiento mío.

Todo el mundo se guía en estos casos por las diferencias materiales, porque se pueden ver y tocar. Nadie atiende a las otras, que andan por lo profundo, y ni se ven ni se tocan. Ahí está el miedo. El miedo puede alejarte de cualquiera, puede separarte de lo que amas, aunque no ames a nadie más

que a ti mismo, y es que entonces te separas de ti mismo. No, en lo de Andrés y Brígida no ha sido el dinero, no ha sido la clase social o material, sino sus tripas, su íntimo carácter, su alma profunda.

Por el camino, Andrés también dejó el fútbol. Un día me encontré con el entrenador, un tal Mendiluce, un vasco que vende tractores John Deere en la carretera de Salamanca, y hablamos de Andrés. «Creo que nunca le ha gustado el fútbol. Jugaba mirando el reloj que hay en la tribuna. Aunque lo hacía bien y era un capitán de una pieza, pero el fútbol, lo que se dice el fútbol... A él lo que le gustaba era irse a correr solo a las alamedas o simplemente a estar solo, no lo sé». «Me parece raro lo que dices. Toda su vida ha jugado al fútbol». «Son los mismos jugadores desde que tienen nueve años, han peleado juntos, han llorado juntos y por lo mismo. Pelear y llorar con otra gente une mucho, lo que más. Y al cabo de los años se han hecho familia. Discuten como en las familias y se quieren, mal o bien, como en las familias. Y no creo que Andrés fuera capaz de abandonar a una familia». «Y entonces, ¿por qué ha dejado de jugar?». «Porque piensa que las familias acaban por abandonarle a él. Es lo que creo, viendo las cosas que le han pasado. A lo mejor no puede arrancarse el cariño, pero sí puede arrancarse una familia». «¿Y no has hablado con él?». «Claro que he hablado. Me dice que irá al siguiente entrenamiento o al siguiente partido, pero no va. Ya no le esperamos, qué quieres que te diga».

La conversación con Mendiluce me dejó más intranquilo de lo que ya estaba. Y además produjo una inquietud retrospectiva. Mendiluce había llegado más al fondo que yo. ¿Qué sabía yo de Andrés, qué sabía cualquiera? ¿Le había gustado estar con nosotros? ¿Le había importado el Hogar Juvenil? ¿Le gustaba estar conmigo? A mí me gustaba, puede que más que al resto. Para mí era especial, pero me pregunto si el afecto no es el peor ciego que pueda haber: mira, pero no ve, porque solo se interesa por él, por el mismo amor suyo, y por nada ni nadie más. De acuerdo, yo quería a Andrés, lo quería hasta donde yo y solo yo sé que le quiero, lo quería y lo quiero como creo que no le quiere nadie más, pero ahora no estoy seguro de haberlo mirado. Y tampoco estoy seguro de quién es. Ni de quién somos ninguno de los dos, el que no mira y el que no es mirado.

Y así ha llegado el día de hoy. Desde antes de Semana Santa ya empezó a no aparecer por el instituto. Tampoco es que lo viéramos mucho, nunca los domingos, creo que se iba a la sierra y que atendía el colmado de la madre.

Ya estamos en época de exámenes finales y, cuando hoy se presentó a la salida, yo ya sabía que aquello no era un regreso. Las manos en los bolsillos, una sonrisa a medias como si nos preguntara a que no sabéis qué estoy haciendo aquí. Brígida pasó por delante de él, ni se miraron, aunque había mucha gente por medio. También se le cruzaron algunos profesores, pero nadie hizo caso, ni el uno ni los otros.

Ya allí, sentado en el brocal del pozo del jardín de Taravilla, Andrés dijo, aparentando calma, pero con la tensión pintada en la boca: «No voy a hacer los exámenes finales. Me voy del pueblo». Chapi preguntó con el tono de alarma que usa para todo que por qué, que adónde, que cuándo. Andrés se ladeó para asomarse al pozo y contestó: «La semana que viene ya no quiero estar aquí. Me iré al extranjero y me pondré a trabajar». Yo le dije, algo espantado, la verdad: «Pero eso significa cambiar tus planes, cambiar tu vida, ser otro, eso es la vida de otro». Y Chapi: «Intenta hacer los exámenes, por lo menos. Queda un mes. Y después te lo piensas, con tranquilidad».

Cuando Andrés dejó de mirar en el pozo, tenía los ojos aguados, pero duros. «Sois buenos amigos y voy a echaros en falta el resto de mi vida. Pensaré mucho en vosotros y os necesitaré muchas veces. De una forma o de otra, os llevaré conmigo. Qué extraño es todo. Pensé que me esperaban cosas distintas, que sería de otra manera, y ahora no sé nada, no pienso nada».

Escucharle dolía. Seguimos allí hasta que dio la hora de clase. Pero él ya no nos acompañó.

Y al final, la fuga. A veces, da la impresión de que hay personas que no se mueven del sitio, pero es un error de los sentidos. Siguen en sus casas, en sus trabajos, pasean por las mismas calles. En realidad, hace tiempo que se fueron. Solo están allí *corpus praesens*. Muy pocos tienen el valor de aceptar la vida sin condiciones. Yo tuve que aprenderlo quedándome solo y rezando cada día. Pero cuando no puedes, cuando temes no poder nunca, entonces huir parece una buena idea. Aunque no la hay peor. El pesar ya no

te abandona, y crece. Se convierte en tu alma. Y nadie puede huir de su alma.

Aquel muchacho que se despedía torpemente y que decía que en un par de días se marcharía a Suiza, sin trabajo, sin contactos, con una mano delante y otra detrás, era yo hace más de cuarenta años, en la puerta del seminario diocesano de Madrid. Uno no abre la puerta que está delante, sino que cierra las que hay detrás. El porvenir es lo que menos importa. No mirar atrás, eso es todo.

Disuadirle no tenía razón de ser, ya se había ido. Pero a mi mente solo acudía una frase: qué va a ser de ti. Un llanto por los dos, tal vez.

—Solo el amor nos salva. En todas las personas y en todas las cosas, recuerda, hay algo digno de amarse. Tienes que encontrarlo, no importa lo que sea ni quién sea. No te fíes de tu rechazo, porque durante mucho tiempo odiarás el mundo. Busca hasta que encuentres. O morirás con alguna de las muertes en vida que nos esperan antes de que el Señor nos reúna en el valle de asfódelos.

Estábamos en la sala de estar, en los dos sillones que daban al balcón y a la plaza de castaños de Indias, mullidos de hojas y retallos en medio de aquella tristeza. La muerte es una primavera. *Énioi nomízousi ton thánaton eínai kakón*. Un viejo chiste griego: algunos piensan que morir es un mal. Algunos. Los raros.

—Nunca dejes de hacer algo que desees mucho, porque te parezca difícil o imposible. No siempre lo que más te gusta es lo que mejor haces, pero si no haces lo que te gusta, si no apuestas por tu deseo, entonces has perdido la partida. No hagas cálculos, no hagas columnas de pros y contras, haz lo que quieres, a ciegas si hace falta, aunque te juegues la vida. Mejor si te juegas la vida, eso es que hay algo que vale más que ella. De lo contrario, la vida no vale nada.

Los ojos del muchacho estaban hambrientos. El rayo oscuro que salía de ellos me hería una y otra vez. Tiene que haber una piedad en el cielo para las almas que se rompen o viajan adonde nada ni nadie les espera. Es el momento de la verdad, cuando no vamos a ningún sitio.

—Lee todos los días. Leer es hablarle al corazón. Ahí no hay nadie, no hay miedo, no hay esperanza. Estás a solas con las palabras y ellas van a darte la paz en el infierno humano. Nadie puede interponerse entre tú y ellas, y si lo hace, no se lo permitas, échalo, mátalas si es necesario. Para ti

las palabras son y serán importantes. Quizá ahora pienses que son tu condena, pero acuérdate de lo que te digo, serán tu redención. No olvides a tus griegos, ojalá te acompañen siempre. Les has amado. Luego, cuando te vayas, te daré una cosa.

Estaba algo lívido; el rostro, contraído en la atención del momento, era la piel de la incertidumbre. Siempre tenemos miedo de irnos, y cuanto más lo deseamos, más miedo. Es fácil sentir el miedo de los que tienen miedo, porque es el nuestro en otra habitación.

—Si vuelves a enamorarte no te asustes de que no sea como imaginabas que sería con Brígida. Nada es como imaginas, ni lo bueno ni lo malo. En comparación con la imaginación, todo es diferente, pero si quieres que sea mejor, intenta no comparar nada con ella. El amor es un asunto de concentración, si miras más acá o más allá o para otro sitio, se va. Se va de ti.

Ahí le apareció una mueca de dolor, la manera en que juntó los labios y se le arrugó la barbilla como surcada por una cicatriz. La expresión de que por dentro había una entraña rota que no acababa de matarlo.

—Y ahora te diré lo más importante, algo que solo puedes hacer tú y que nadie hará por ti. Tienes que aprender a perdonarte, y es el aprendizaje más difícil del mundo. Es fácil perdonar a otros y es todavía más fácil olvidarlos. Pero uno mismo, ay, es otro asunto. Lo que hiciste mal y lo que no hiciste, lo que podías haber sido y no fuiste, quien creíste que eras y no eres, algún daño o traición, mentiras..., todo eso y más es materia de perdón. Si no te perdonas, los demonios no te dejarán en paz, revolotearán en busca de carroña, dejarán tu pensamiento en jirones. *Ego te absolvo*, eso es lo que le dirás a tu corazón, tantas veces como haga falta, llorando lo que haga falta, *ego te absolvo*. Si hace falta sales a gritarlo a la calle. Y si no, busca a alguien que te escuche, y si puedes amarlo, mejor. Amarlo, porque te escucha. Es más importante de lo que parece.

Lo miré. Le había dicho todo lo que pensaba para despedirlo, quizá todo lo que sabía, incluso también lo que ignoraba, pero estaba seguro de su verdad.

—Ahora —le dije—, vamos a rezar por tu viaje.

Cruzamos las manos, inclinamos la cabeza y noté el sol que iluminaba nuestras frentes, mientras caía.

—*O Deus, ambulaverunt filii autem Israel per medium sicci maris, ostendit quod stella in via...*

Luego, fui a la escribanía y me traje el *Teatro griego* que había publicado EDAF recientemente, de Esquilo a Menandro, metido en el protector de tela azul, y se lo di.

—Esta era la cosa que te había dicho.

—Don Seve...

—No digas nada. Que tus dioses y el mío te acompañen y protejan. Da señales de vida alguna vez.

Cuando se fue, la luz del cielo se apagaba. Su velo iris duró unos minutos y luego se hundió en la noche. Como a veces se hunde la esperanza en la pena.

18

Vete, hala, vete, vete a penar donde quieras, pero vete sabiendo que me quieres. Tú sabes que me quieres, ¿verdad? Tú sabes que me vas a querer toda la vida, ¿verdad? Dale pienso a tu pena y a mí no me des nada, porque te va a dar igual. Yo seguiré siempre abierta para ti en la ribera de tu río, y tú ni te enteras. Sí, llevo katiuskas todo el año y qué, pero no todo el año, porque en la calor voy descalza, y tampoco fui al instituto, había demasiado que hacer en casa, aunque ni por eso fue, fue porque no quería, porque no me gustan, porque no saben lo que enseñan, que es a aburrirse y a morirse, solo quieren fabricar babiecas como tú, y os van haciendo melindres y mansurrones mientras os dan títulos y libros, tampoco ni de eso os enteráis. Anda, leed monsergas y cuentas y no hagáis nada, así estaréis entretenidos y gachos como marmolillos. Hay que aprender los ríos de memoria, y las guerras de memoria, y los muertos de memoria, pero las cosas grandes de la vida están delante de los ojos, no en su trasera. De eso nada te enseñan. Ay, corazón, lo que te enseñan no es para enseñarte, es para que olvides todo lo demás, todo lo que importa del amor y de este mundo, que pasa por delante mientras estás tú en el libro abierto.

Y todo lo que se te ocurre es hacerme ahora la pregunta de cómo y por quién me he enterado de que te vas. Y qué cuestión es esa, y de qué vale, y qué detalle de bobo te importa de repente. Tan bobo eres que te lo voy a

decir, y es que tu madre lo estaba diciendo a Fausto, el panadero, que te ibas a Suiza sin conocer a nadie, solo a un cura de la Cruz Roja que te agenciaba otro cura de aquí. Lo oyó mi madre, me lo cascó a mí. ¿Ya contento? Ahora que te calmaste de la gran terrible inquietud de que yo, la ignorante Cándida, supiera que te ibas, a ver si te pones a pensar en la pregunta que te he hecho y por las buenas me respondes, o sea, ¿tú sabes que me vas a querer toda la vida? ¿Y qué vas a hacer con eso, eh, si es que vale la pena que a ti se te ocurra hacer algo?

Yo sé por qué me vas a amar sin poder evitarlo ni olvidarlo, y como te vayas tú a ese sitio en el que nada has perdido, esta maldición es para ti. Lo primero es porque el amor es una casa en la que entras, porque es tuya. No entras por asalto, no tiras abajo la puerta. Si el amor no es esa casa, entonces no es amor. Yo estoy toda abierta para ti, soy toda tuya para ti y cuando tú vienes encuentras las cosas en los sitios de siempre, no hay sorpresa ni embuste, ni una cosa por otra. Casi ni te das cuenta de que es casa, que sientes que estás bajo el cielo y te protege, que la tierra te arropa y te vela, pero es casa. Lo otro es equivocación, y muchos creen que es amor lo que no puede amarse, porque cuando el amor no es de dos, es error llamarlo amor, insania es más cierto.

Y lo segundo, adónde vas a ir con tanto dolor, te crees tú que llegarás lejos con la llaga, ni dos pasos darás. Para eso vale también el amor, para el consuelo. No mata el dolor, no, pero lo hace leve, le da un sitio donde meterse y no salir de él. Aunque solo fuera que vieses mi amor y no el tuyo, te bastaría, porque así no tendrías los ojos vendados con la pena, sino que podrías mirar hasta por la venda como si fuera transparente. Ya sé que cuando duele, duele todo lo que hay, el prado y la pesquera, los campos granados y las calles de añil, las caras de los niños, el cielo negro y el cielo claro son puñales, pero yo te doy el lecho de mi carne como escudo. No lejos, en ese país al que vas, está este pecho, sino aquí, donde lo ves. Ten cuidado, no vayas a pensar que tu daño algún día pasará, porque así te lo han contado, y no es la verdad. Lo que yo veo y tú tienes que haber visto es que los daños se quedan, ¿no lees en la cara de la gente? ¿A cuántos, a ver, a cuántos no se les ve el tizón en la barriga, con el ascua que les sale por los ojos, endemoniados en sus adentros de sí mismos, solos a su Suiza cada uno? Esos han sido como tú, no quisieron el consuelo de amor, se hicieron emigrantes, y tanto si se movieron como si no, todavía no han parado.

Pues yo estoy aquí para que si te vas te acuerdes de mí, de todas estas cosas que te digo y del vaticinio. No quiero que me olvides, no, porque en el olvido he de perderme yo. Mientras me recuerdes yo estaré viva sabiendo que vivo dentro de ti, por vivienda mala que sea, chamizo junto a ciénaga, cuatro palos mal travesados, pero vivienda de ti para mí. Yo no quiero irme a ninguna parte, yo quiero quedarme ahí, esperando a que me dé el sol de vez en cuando, porque además no tengo adónde ir, ni me apetece. Si tú te vas, yo me quedo en ti, y si te quedas, te quedas conmigo, pero ninguno de los dos va a irse sin algo que se le esté quedando, ninguno va a tener el cuajo de desaparecer. Porque yo desaparecería, lo que pasa es que tú crees que tú no. Eso es lo que crees, fantasía.

No me llames loca, te lo pido. No me llames loca, porque no es locura, ni locura de amor es tampoco. Eso son palabras y frases, mientras que amor no es una palabra. Amor son todas las palabras que se dicen de golpe en una sola. Si quieres saber lo que es el amor, di todas las palabras que existen de una vez, a la vez, y eso será. Yo cada vez que digo amor, las digo, están todas. Anda, qué te cuesta probar conmigo.

Y de todas formas, no tengo duda de que te vas, aunque no pare de decir que te quedas, qué malo este sentir, tan cierto y mudo, o sordos los demás. No, no estoy esperando que te vayas a quedar, nunca lo he esperado, siempre sabiendo que te estabas marchando y que te marcharías. Igual que antes no te esperaba y solo cuando estuviste en mí supe que no lo había estado esperando. Ahora sé que te vas. Como siempre. Así que solo una cosa voy a pedirte y es que me lleves contigo. ¿Me estás oyendo? No gastes el rato en poner la mueca y escúchame con toda la atención, que quiero irme contigo. No te voy a molestar, no voy a malmeter en tu vida. Solo quiero ir a esa Suiza conociendo que tú estás allí. Eso me hará la vida más fácil, no tendré miedo de desaparecer, de ir perdida como, si no, iría, mientras tú existes en un lugar del que nada sé, que no he pisado ni olido, del que no tengo un recuerdo, al que no puedo ir para sentir que tú has pasado por allí, ni hay ninguna ribera en la que te pueda imaginar, y todo eso es mucho para tenerlo ausente mientras el tiempo dure. Yo voy contigo y allí nos separamos, cada uno se busca el cobijo y el guiso, porque yo con merodear y saber que puedo encontrarte y que algún día me puedes buscar, me basto. Y allí no me importaría morir sola, sin haberte vuelto a ver, porque eso es mejor que lo sola que me voy a morir aquí, aunque sea

rodeada de hijos y atusada por un marido que siempre será un vecino, nunca un hogar o, lo que no sé si es mejor ni peor, quedarme rancia y marchita, rodeada cien años de la muerte de que te hayas ido. No, no, tienes que llevarme, hazlo como quieras, pero debes entender que no puedo quedarme, salvo que prefieras que cada chinarro de esta calle, cada gota del río, cada retal del cielo y hasta cada bicho, cada camino que hayas cogido, cada hora en la que has pasado delante de mi casa, cada sonido de tu voz que no se pronuncie, me arranquen los ojos, y los oídos y las yemas de los dedos, y la planta de los pies, y la piel a trapos. Aquí, yo sola con todo tú desaparecido para jamás de los jamases. No hagas eso, Andresillo, no me lo hagas, que yo no te lo haría a ti aunque tuvieras la lepra, yo te dejaría alrededor de donde yo estuviese, por lo menos para que me vieras pasar..., sí, para que me vieras pasar, por lo menos.

Y por Dios, no me pongas esa cara, no me pongas esa cara que quiere decirme que no quiere decir nada, que no le importa o que no le puede importar, qué más da, pero esa cara no, no seas cabrón, no seas malaje, no te envenenes conmigo ni yo contigo, eso no lo hagas, porque yo prefiero la pena de perderte y de no verte más a este mal barato veneno que quieres que nos tomemos. No quiero maldecirte, ni pedir que la ruina te entre, ni que mil dolores tengas como el que yo tengo ahora y mil veces peores.

No, eso no quiero..., pero entonces llévame contigo.

¡Llévame contigo, maldito malasangre! ¡Que Dios te robe el amparo y que un día la vergüenza te mate! ¡Que sea verdad que hayas perdido el amor de tu vida y no lo encuentres aunque penques en la tierra como un guarro! ¡Que cada vez que yo espante una mosca, tú espantes la felicidad que te han dado!

Ay, Dios, qué digo, amor, qué digo con esas palabras que me salen sin ser mías, si yo solo conozco una palabra, una palabra que no es una palabra, y es lo único que digo... amor. Esa palabra en la que caben todas las palabras, todas, y también cabe, mala ruina, la palabra adiós.

Adiós, adiós, adiós, adiós..., llévame contigo. Adiós. Llévame contigo.

—Te llevas todos los calcetines gordos —le digo.

—Son fuertes. Aguantarán mucho.

—Pero te dejas las botas de fútbol. Son caras. Costó mucho comprar esas. Las querías desde chavaluco.

—No voy a jugar al fútbol.

—Quién sabe. Algún deporte harás. ¿No juegan al fútbol en Suiza? Bueno, puede que estén todo el día engarañados de frío. Está amaneciendo, mira. Y ya hace calor.

—El tren no tardará en llegar. No sé si es bueno que te quedes hasta el final. Vete, si quieres.

—No te preocupes por mí. El morcón que llevas tiene que durar por lo menos dos semanas.

—Creo que allí los yogures son baratos y mejores que los de farmacia de aquí.

—¿Has cogido la medalla?

—¿Qué medalla?

—La del ángel de la guarda, la que cuelga en la cabecera desde que naciste. Te la regaló tu abuelo, que en paz descanse.

—No.

—¿Y por qué? Ha estado siempre contigo.

—No lo he pensado, no se me ha ocurrido.

—Verás, es que te la he traído yo. Toma. Métela por ahí. No la pierdas. Habrá un momento en que necesites tocar algo que siempre te haya acompañado, raqueruco.

—¿Tú crees?

—Y si no puedes hacerlo, porque no lo tienes a mano, entonces te va a entristecer.

—Entristecer...

—También te dejas tu colección de ópalos.

—No pensarías que me los iba a llevar.

—No, claro que no.

—Además, no son ópalos. Solo lo parecen. Era una cosa de crío, me lo inventé. Son piedras de los cerros.

—Hay ópalos de muchas clases.

—Sí, verdaderos y falsos, por ejemplo.

—Por si acaso, yo los guardo. Cuando quieras algo de lo que sea, te hago un paquete y te lo mando.

—No dejo tantas cosas.

—Sí dejas. ¿No vas a despedirte de Eladio? Estará ya en la cantina. Hay luz.

—No quiero más despedidas.

—Esto me recuerda que hoy Trinidad me trae un carro de encina.

—Puedes pedir ayuda a Gelote.

—No era por eso, es que me acabo de acordar. Siempre hay alguno que por peseta y dos reales arrima el hombro. ¿Sabes qué me llevé yo cuando me casé y me fui de casa?

—No, nunca me lo has contado.

—La familia de mi madre me había regalado una mantelería y un juego de loza. Eran cosas buenas. Y muy útiles para poner la casa en la que fuéramos a vivir.

—¿Eso fue lo que te llevaste?

—Me llevé mis muñecas. Tenía cuatro muñecas, alguna ya manca y tuerta, bueno, tuertas casi todas, y me las metí en una bolsa de cuadros con la que mi madre iba al mercado, que tenía cremallera.

—¿Y la mantelería y la loza?

—Se me olvidaron. Luego, mi madre me dijo que me las enviaba aquí. Pero para entonces la bolsa de las muñecas se había perdido en el tren donde las facturamos. No se encontraron. Me dio mucha pena. Y después ya no quise la mantelería y la loza. Le decía a mi madre que iría a buscarlas, pero nunca fui, y ella, por lo que fuese, al ver que yo no iba a buscarlas, tampoco me las mandó.

—¿Y por qué no las querías?

—Yo qué sé. Por las muñecas, por el disgusto, porque no quería nada. Me pareció que si cogía la mantelería nunca encontraría a las muñecas.

—¿Tenías la esperanza de volver a encontrarlas?

—Creo que no. Bueno, sí, algo tendría, pero no era esperanza.

—¿Qué era?

—No era nada, era que me parecía imposible que se hubieran perdido. A veces, sueño con ellas. Son niñas y estamos jugando en la playa. Yo les digo: pero si vosotras no estáis aquí. Y ellas me responden: ni tú tampoco. Entonces nos echamos a reír hasta que acabamos llorando.

—Pero las muñecas y el ajuar no tenían nada que ver, y seguro que necesitabas el ajuar.

—Tonterías que se hacen solas, sin que nadie las proponga. El caso es que aprendí que no se sabe lo que al final se lleva uno y lo que deja. Las muñecas las perdí y están conmigo en sueños. Y el ajuar, que tenía que estar en mi casa, debe de andar apolillado en alguna cómoda.

—A lo mejor no se sabe y a lo mejor sí se sabe.

—Mis padres me despidieron en la estación como yo te estoy despidiendo ahora. No me acuerdo muy bien de las carucas, la de mi madre llorando, quizá. La de mi padre la veo como un muerto posando para una fotografía. Pero me acuerdo muy bien de la cara de uno de los maleteros, que había descargado ya la carretilla en algún vagón y se había quedado mirando, como si pensara en irse. Se cruzaron las miradas y me guiñó un ojo. No se me ha olvidado esa cara, la puedo recordar como si estuviera aquí delante. Creo que esa fue una despedida, la que más se me quedó.

—Aquí no hay nadie más, así que me tendré que llevar tu cara.

—Todavía no sabes lo que te llevas. Ya está aquí el tren. No me guardes rencor, babi6n.

—No hables de eso. Solo puedo pensar en que me voy y en que me cuesta tanto como quedarme. Es como si no pudiera hacer ninguna de las dos cosas. Quiero despedirme en paz.

—Si quieres que nos despidamos en paz, necesito saber si guardas rencor. Prefiero una mala contestaci6n a que no me des ninguna. Por favor.

—No te guardo rencor. Eso se queda aqu6..., con lo dem6s.

—Creo que ese de delante es el coche que te toca. Llegar6s ma6ana, te espera un viaje largo.

—Ma6ana, s6...

Si te dijo adiós, volverá

OceanofPDF.com

No le queda mucho tiempo, le dije a Eithne. Hay pocos que escapen con ese cuadro, comentó ella levantando la vista del ordenador y echándose hacia atrás. Se quitó las gafas y me observó. Desde la distancia supe que me preguntaba algo. Creo que iré el fin de semana, aunque tengo dudas. ¿Quieres que te acompañe? Pregunta difícil.

Acabé diciendo que Brígida estaba en el pueblo.

¿Brígida, tu Brígida? Ah. Nunca volvisteis a veros... No, nunca. Se fue cuando acabó el bachillerato, hizo su vida en otra parte, como la mayoría. ¿Y ahora qué está haciendo allí? No lo sé, Solórzano me ha dicho que a veces la ven. Bueno, creo que quieres volver, quizá incluso debas hacerlo. Hace cuarenta y tres años que dije adiós a ese pueblo. Mi abuelo irlandés, que estuvo trabajando en América, tenía un adagio: si dices adiós, volverás.

También lo comenté con Robbie, mientras él distribuía algunas figuritas de cerámica por las estanterías de libros, en su nuevo piso de la plaza de Gabriel Miró. ¿Es muy amigo tuyo?, preguntó cuando le dije que Solórzano se moría. Nos hemos escrito y le he visto en ocasiones, en Londres casi siempre, y en Madrid cuando llegamos. ¿Y eso qué significa?, insistió. Que no lo sé, respondí, que le tengo afecto, pero no sé si somos muy amigos. Tratar ciertas cuestiones contigo es como meterse de noche en el mar, papá.

Un rato después mencioné a Brígida. Pero él no sabía quién era Brígida. En realidad, una vez, cuando era pequeño, me preguntó si había estado casado antes. Le contesté que no y luego él me preguntó si había estado enamorado antes de estar con su madre. Entonces le hablé de Brígida. Le conté la historia. No me importaba contarla una vez más, antes de hacer el viaje. Apostaría a que por amor nunca se sufre más que a los dieciocho, comentó al final. ¿Has pensado que puede no acordarse? Seguro que se acuerda, respondí.

Estuve en el hospital hasta las cuatro de la madrugada, acompañando a un muchacho de treinta y dos años en su final. Hacía seis semanas que sabíamos que iba a morir. Él no. Se había acogido legalmente al derecho de no ser informado. De poco ha servido. La última semana resultó desoladora. En el fondo de su ser sabía que la muerte estaba allí. No importa que uno quiera saberlo o no, lo saben el cuerpo y la mente. Y no podía haber consuelo, porque nadie estaba preparado para el consuelo. Consolar es un adiestramiento, una comunicación de tanteos y tiempo, una virtud veterana. A todos les pilló desprevenidos ver al muchacho en manos del espanto, sin que nadie le hubiera contado nada. Él tampoco confesó nada. Todos estaban al corriente y nadie podía hablar de ello. Quería que yo estuviera a su lado. La jornada de la agonía la pasé en su cabecera, él y la familia me pidieron que me quedara. Al psicólogo y a los médicos les pareció bien.

Muchos de los que atiendo quieren que les despida yo, como si vieran en mí una disposición o un talento para ello. Creo que no es por la compasión ni la ternura, ni porque dé más paz que otros. Puede que los que van a morir se den cuenta de que yo veo vacío cuando ellos ven vacío y esperanza cuando lo que ven es esperanza. Además, no tengo prejuicios con la muerte, no trato de entenderla, no quiero averiguar nada de ella, y no acepto sus visiones. Ni la espero ni le tengo miedo. Está ahí, ha estado siempre, de modo que no me importa. Me pasaba en el Brompton y me pasa aquí, en la Jiménez Díaz. A lo mejor, eso es lo que conforta. Debería ocuparme de las necesidades legales, hospitalarias y logísticas, como cualquier trabajador social, pero siempre acabo en la cabecera del moribundo, cambiando palabras con los deudos. Todo esto no suele herirme ni dejar huella pasada la puerta del hospital.

Este caso fue diferente. Me alteró, lo hablé con Eithne. Soñé varias noches seguidas que el muchacho aún no había muerto y que yo permanecía a su lado cantando una canción que nadie podía oír. Aquel derroche de angustia, el pánico incansable, manotazos que trataban de agarrarse a algo. ¿Adónde iría esa fuerza? ¿Se quedaría en alguno de los que observábamos? ¿Advertía de que no hay poder capaz de resistir la desaparición, porque la desaparición es la fuerza más poderosa? Un hombre joven desesperado por sobrevivir es un error de la naturaleza o de Dios. El muchacho tendría que saber algo más o Dios haber mostrado más entendimiento. Más compasión. Sin compasión, la naturaleza o Dios no son más que equivocaciones.

Qué clase de consuelo soy yo, no dejo de preguntármelo. Quizá también debería preguntarme qué clase de error.

El muchacho se quedó en mi cabeza convertido en una retahíla de preguntas. ¿Cuánto le pesaba el pasado? ¿La cantidad de pasado aumenta con los años o es siempre una cantidad estable que desde muy pronto no admite más? ¿En la agonía hubo un pensamiento que dominara sobre los otros, algo en lo que no pudo dejar de pensar?

Cuando uno piensa solo, no avanza. A cada rato se regresa al principio, hace un camino circular, como los que se pierden en el desierto. Me respondía: hay una medida de pasado que no podemos rebasar. Con los años no hay más pasado, sino que se selecciona y la selección se acentúa al final, hasta no dejar vivos más que recuerdos esenciales. Así que el pasado no pesa proporcionalmente a la edad, sino que siempre pesa lo mismo. Al muchacho le pesó el pasado igual que lo que me pesa a mí el mío. Hay que admitir que existen recuerdos que dominan sobre los otros, incluso que alguno es tirano. Una corona de memoria y un montón de recuerdos súbditos.

Lo contrario no es menos cierto: el pasado se sobrecarga y devora el presente. A más edad, más peso del pasado. Con el paso del tiempo, los recuerdos son tigres y asaltan, ninguno en especial. Por nada en especial.

Pero a mí Brígida siempre me pesó. Siempre me pesó igual. Y se fue quedando sola como recuerdo, con la nieve de sus crestas como espejos del cielo.

En una película, un personaje asegura que hay una mujer con la que se cruzó por la calle en la que no ha dejado de pensar ni un solo día de su vida. ¿Pasó un solo día sin que yo pensara en Brígida? ¿Y esa pregunta era algo más que una exageración romántica, consecuencia de un amor frustrado? ¿Era el síntoma melancólico de una vida pobre en emociones o en ambiciones?

En los momentos graves, el enamoramiento de Eithne, el nacimiento de Robbie, el día de la diplomatura en la Royal Holloway, el del premio de Robbie por su primer corto en los Horizons de Venecia... ¿También Brígida estuvo allí? No, claro que no.

Y, en cambio, una voz firme, de adentro, dice: sí, por supuesto que sí. Más que nunca.

Quizá esa voz no sea la de la verdad ni la de la memoria. Quizá sea la de un actor que quiere interpretar un drama perfecto y ensaya sin parar, adornando y corrigiendo el guion. Y cada día lo mismo, pero sin representarlo jamás. Una obsesión, un arte falso.

Es solo teatro. Y gente que lo confunde con la vida. Con la vida entera. Por costumbre. La costumbre también es un drama perfecto.

Le hablé a Eithne de la muerte del muchacho, pero no le hablé de lo que me había hecho pensar sobre el pasado y sobre Brígida.

A pesar de ello, insistió: tienes que volver a esa ciudad. Eres un hombre bueno, Andrés, pero siempre te reservas algo, nadie llega a conocerte a fondo. Y nunca estás del todo. Puede que tenga que ver con ese lugar y con lo que dejaste en él.

¿Tú no me conoces?, le pregunté yo. Si te refieres a lo que vas a hacer en general y qué causas producen en ti determinados efectos, entonces te conozco. Lo que no sé es qué sientes. No sé si todavía me amas, si te hace ilusión estar conmigo, si te gusta este país o preferirías volver a Inglaterra. Cuando tu madre se estaba muriendo, fuiste a verla. Pero a la vuelta no hablaste. Tampoco sé nada de por qué no volviste nunca a ese pueblo, a pesar de que yo te pedí conocerlo y Robbie sentía curiosidad desde pequeño. Los dos queríamos tener una idea de tus orígenes, de la vida que habías vivido antes. La muerte de una madre y los orígenes de una persona son importantes. Si se los guarda para ella, a lo mejor es que uno no es importante para esa persona.

Las cosas se mueren y se quedan sin palabras. Lo había dejado atrás, eso es todo, le respondí. Qué duda cabe de que el experto en muertes eres tú, pero aquí seguimos los vivos, con nuestras palabras, dijo ella. No dejé nada allí. ¿Nada? Diste unos cuantos tumbos. ¿Fue esa Brígida? Demasiado simple, demasiado romántico, me parece a mí. Era un mundo muerto y escapé como pude. Hay que tener cuidado con los muertos, Andrés, porque son los únicos que resucitan. En fin. Yo te quiero como eres y quiero seguir queriéndote.

Algo de eso lo había escuchado antes.

Para mí eres perfecta, acerté a decir.

Lo sé, soy perfecta para ti. Pero el amor también ama los defectos y los vicios. No sé si la perfección se ama. Es como amar a Dios, un amor sin compromiso, sin pasión.

En ese caso seré sincero contigo, dije, estás llena de defectos, eres la imperfección misma. ¿Has visto cuánto te amo? Vale, hagamos la prueba, señala uno de esos defectos, me desafió. Tú lo has querido: te gustan las palabras, las dices, las escribes, y te pagan por ello. Pero no es una vocación, es algo escatológico, algo infantil. Como cuando un niño explora su cuerpo y se ensimisma. Pero no soy psicólogo y no puedo decirte mucho más. La profesión y la vocación vinieron mucho después. Has tenido suerte: sin clases en el Warburg o sin Fairlight para publicar tus libros, yo te habría conocido en el púlpito de Hyde Park Corner. ¿Cuál es el defecto?, dijo sonriendo, cuando acabé. Puede que me ames, añadió luego con voz más neutra.

La noche antes de coger el tren a Salamanca —no pensé en ninguna otra manera de hacer el viaje—, tomé una cerveza con Robbie en un bar de los bajos de su edificio. Estaba feliz. Mañana me voy a esquiar a León, a San Isidro, es lo único que tiene nieve y que no está demasiado lejos, dijo. Vamos a dejar a tu madre sola, comenté. Se las apaña muy bien con su soledad, papá. Tuve la impresión de que también hablaba de mí.

El modo en que Robbie disfruta de los placeres que se le presentan es una especie de entrega. Ya de pequeño su intensidad en el juego era llamativa. Caía en una concentración plena, alrededor el mundo se borraba. Cuando ha hablado de esquiar, ha vuelto a su cara aquella plenitud. Quizá no se distinguiera demasiado de los otros niños, después de todo. Aunque había otros aspectos en los que sí se distinguía, y además se lo hacían saber, unos con más tacto que otros. Lo soportaba bien, sin traumas ni conflictos graves. Se limitaba a protestar que él no era chico ni chica, que él era Robbie y que no quería dejar de serlo. Su contrapeso era el goce. Es difícil hacer daño a quien cuenta con eso. Al placer iba desarmado, porque ahí era intocable. Sigue siendo así.

Ya en la infancia de Robbie descubrí que yo nunca había gozado, al menos no como él, sin reservas. Mi hijo alumbró mi pasado y la vida que yo vivía, tal como la vivía. Eithne tiene razón. Yo soy mi reserva. De pequeño, en la felicidad sentía ya el miedo, el miedo de que durase poco, de que fuera un chantaje por el que luego me hicieran pagar. Lo llamo felicidad porque es lo más parecido a lo que creo que los demás llaman felicidad.

Nada cambió en adelante. Cuando comencé a jugar con Robbie, por ejemplo, lo pasábamos bien, pero no dejaba de pensar enirme. Me costó

admitir que contaba las horas. Me decía ya llevo una hora, o ya llevo hora y media, hemos jugado bastante rato, puedo irme, a nadie le habrá parecido poco. En las reuniones o en las fiestas, cuando lo estoy pasando bien, calculo el tiempo que falta para irme. A lo mejor no es miedo a nada de lo que pienso, sino miedo a que ese momento no me deje marchar, a que se congele. Eithne vuelve a tener razón: nunca estoy del todo. Siempre a las puertas de una despedida.

Robbie me lo hizo manifiesto. Podía amar y querer huir a un tiempo. A Eithne la quiero. Pero donde me miro es en Robbie. Es un milagro que un hijo llegue al mundo para enseñar al padre, para decirle algo que nadie más le dirá, para que se vea a sí mismo como no se vería de otro modo. Ese sueño de intimidad es la esperanza que da fuerzas y valor a los padres. Suele quedarse en eso, en un sueño. Así que debo sentirme afortunado.

De acuerdo, tu madre se las apaña con su soledad. ¿Vas a esquiar con amigos? Es un grupo grande, amigos de amigos y eso. Tu madre y yo todavía nos preguntamos qué pasó con Mikel, no contaste mucho. El amor se acaba, papá, lo sabe todo el mundo. Y en estos tiempos es una bobada aguantar por aguantar. Bueno, pero el amor se acaba por algo, no se gasta de tanto usarlo, como dice esa canción de la que te ríes tanto. Y qué quieres que te diga. Primero te enamoras y luego vas conociendo a la persona. Si fuera al revés, todo sería menos dramático. ¿Y qué conociste de la persona de Mikel? Que era convencional, que solo quería ser convencional.

Suspiró tan fuerte que sonó a resoplido. En la calle se veía a un camarero echando botellas a un contenedor de reciclaje de vidrio, sonriendo en el estrépito.

Disfruta con el ruido, lo hace visible, dijo Robbie observándolo. El guion que estoy escribiendo tiene que ver con la guerra soterrada entre los visibles y los invisibles. Podría empezar con esta escena. A mí no me parecía tan convencional, dije, siguiendo con la otra conversación. Quizá todos los homosexuales, trans, queer o lo que sea aspiremos secretamente a eso. Somos como los demás. La doctrina oficial nos llama diferentes, pero la verdad es que queremos un trabajo, que se cumpla el principio de retribución y salir por las noches. Vivimos en el margen cuando nos empujan a ello, pero nos gusta vivir en el centro urbano de la normalidad. Sin embargo, a mí me gusta de verdad la frontera entre las cosas, atravesarlas, cambiar de piel. Lo que hago, lo que pienso tiene que ver con

eso. Estar en varios sitios a la vez, sentir cosas contradictorias. Mikel quería que fuéramos una pareja homosexual estable, predecible. Y lo cierto es que yo no me siento homosexual ni heterosexual. Y tampoco creo que las parejas garanticen un proyecto de vida. De vez en cuando lo lamento, no creas. Lamento no ser convencional. Aunque en el fondo creo que para ninguno de nosotros es posible. Es una añoranza. Y hace daño.

¿Esa Brígida es importante?, preguntó de improviso. Lo fue en su momento, supongo, contesté. Yo digo ahora. No la he visto en más de cuarenta años. Eso no importa, papá. Buscar el amor a través del tiempo es la fantasía romántica del patriarcado con respecto a la mujer, con tal de que no se cumpla, claro. Una mujer imaginaria, perdida..., o muerta. Muerta, mejor. Causa menos molestias, el dolor es más abstracto. Ya veo, dije, pero resulta que tengo poco que ver con el patriarcado. Siento decirte que por edad y por educación no puedes evitarlo. Esa fantasía de amor inmortal seguro que estaba en tu programa de estudios. Así que una fantasía... Diviniza a la mujer para sacarla de este mundo y poder zurrar a la de verdad en casa. Las mujeres reales no son mujeres propiamente dichas. Carecen de divinidad. Esa Brígida de tu pueblo funciona en tu cabeza como una Taylor Swift. No sé quién es. Una princesa de las de ahora. No se trata de eso, contesté. ¿De qué, entonces? De nada, porque regreso por otra razón y para otra cosa. ¿Piensas mucho en ella, papá? Casi nunca. Yo sí pensaría. Todo tan violento, tan inacabado...

Eithne me llevó en coche a la estación. A Robbie le va bien todo, ¿verdad?, comenté. ¿Lo dices por su separación? Sí. Tiene 27 años, aunque pensándolo bien eso no tiene la menor importancia, dijo. Hay heridas... La cuestión es que también se trata de otra época del amor. El nuestro es tipo *Doctor Zhivago*. Se paga el precio que sea por que el sentimiento sobreviva al tiempo. El suyo es más bien tipo *road movie*... No sé, bajo todo este lío de géneros y de identidades, creo que la angustia de amor sigue donde estaba. Yo prefiero ser intelectualmente respetuosa con las diferencias, no vaya a ser que no me entere de nada, dijo Eithne. Y las veo y las siento en Robbie.

Cuando Eithne se detuvo en Chamartín, faltaba un cuarto de hora para la salida del tren. No metió el coche en el parking. Me dejó ante una de las puertas del vestíbulo. Hurgó en el bolso que iba entre los dos asientos.

Sacó el volumen de los trágicos griegos que me regaló don Severino y que me había acompañado toda la vida. Al verlo en sus manos, encajado en su funda, pareció un objeto extraño, más nuevo y sólido que la última vez que lo hojeé, no hacía mucho. Me he fijado en que no metías en el equipaje nada para leer, y como siempre hay una biblia en los hoteles, he pensado que podrías llevarte la tuya. Ah, está bien. Es raro, dije, porque voy a volver con algo que me llevé de allí cuando me fui para siempre. Sí, los dos os merecéis un regreso, comentó sonriendo.

Nos besamos para despedirnos. Ella prolongó el beso más de lo que yo esperaba y tuve la impresión de que eso alargaba la distancia y el plazo del viaje. No me iba lejos, poco más de trescientos kilómetros. Ni mucho tiempo: era viernes y el lunes debía estar en el hospital. Y, sin embargo, el beso de Eithne alejó el punto de destino. Tal vez estuviera dentro de mí.

Dentro de mí... Ahí las cosas se mantenían intactas, ni muertas ni vivas. Eternas. No bastaría con tomar un tren, ni con mirar un calendario para que algo cambiara.

Subí a un vagón moderno convencional. Había imaginado un tren de aquella época, dividido en compartimentos de madera, con fotografías de ciudades en un marco alargado, asientos de escay verde, olor a tabaco de picadura. Me cruzaría con guardiaciviles en el pasillo, emigrantes descalzos, madres con pañuelo en la cabeza haciendo tragar a niños trozos de hornazo, universitarios con trenka bromeando y mirando con disimulo a una estudiante extranjera en tejanos... Pero lo que tenía delante no eran viajeros de aquellos trenes. Eran simples transeúntes con cara de prisa. Se apearán en cualquier momento. Había paradas de sobra: media docena hasta Ávila, otras tantas hasta Salamanca. El trayecto completo duraba tres horas y pico. Poco menos de lo que se tardaría en diligencia, por otra parte. Eso no parecía haber cambiado mucho. Rumbo a un agujero del tiempo.

¿Estaba regresando? Un largo regreso, entonces... Había empezado en un tren de los años setenta y terminaba en otro de 2020. El primero me lleva a Zúrich y allí es un día de mayo soleado, hay un lago, en una puerta dice Cáritas de España. Abandono Zúrich para tomar un nuevo tren que se detiene en Lenzerheide, en los Grisones. Hay un motohotel en una carretera de montaña y un cocinero que se llama Bruno y que sabe decir en español: «la vida es *durra*». Desde la ventana del motohotel veo los bosques de abetos. Más tarde, en los bosques trabajaré años, me endureceré, olvidaré

que estoy solo. Eso será difícil. Nadie en casa. El ruido de la televisión en tudesco. La noche sobre la misma cima quebrada y en lo alto una antena con una luz roja. Pero dejaré de sentir la soledad un buen día. Como el que sale de la fiebre. Los lugares empiezan a perder importancia. Ese es un efecto de haberme librado de la soledad. Hay cosas que pueden hacerse sin miedo, sin preguntas. Sin expectativas. No hay ninguna imagen del futuro. En un tren nocturno llego a Rotterdam. En la sala de máquinas de un ferry P&O voy y vuelvo de Hull, en Inglaterra, y ese tiempo pasa con noches escapando a cubierta a fumar un cigarrillo —en ese barco he comenzado a fumar—, escapando del calor asfixiante de las máquinas, en camiseta, a pesar de que afuera aguarda aire polar casi todo el año. Los trágicos griegos están encajados entre dos tuberías de hierro, junto al camastro. Luego, veo iglesias de madera con forma de drakkar, fiordos de agua oscura y mares pálidos a través de más ventanillas de tren, hasta llegar a una ciudad llamada Tromsø. Es un paisaje en blanco y negro, no existen los otros colores, la tundra y los árboles, la nieve y el cielo, los charcos y la luz de los ojos de los sami. El barco se llama Rosendal II, y pesca *skrei* en las Lofoten. Las águilas llegan en las tardes de buen tiempo, cuando el barco atraca en Vestvågøy. El cocinero, que se llama Arne y sirve platos incomedibles, las atrae con peces en la mano. Años más tarde necesito otra amplitud. Caras, edificios, comercio humano, una metrópoli en la que perderme. La llegada en otro tren a Londres, estación Victoria, desde el aeropuerto de Heathrow. La habitación alquilada en Camden, la dueña me deja un macetero en la puerta para sembrar lo que quiera. Me esfuerzo, pero no consigo que brote nada. Nunca seré un jardinero, esa gente que ve su jardín como nadie más puede verlo. Los trenes de cada día para llegar desde Camden a Parliament y embarcar en el *riverbus* que iba a Greenwich, donde, vendiendo *refreshments* y *snacks*, esperé años a que subiera Eithne. Me dijo que yo tenía facilidad para los idiomas. Le contesté que el único idioma que hablaba bien era el de los muertos. Ella acabaría pensando que me refería al griego. También, por supuesto.

Esos lugares están vivos ahora, y al que voy, ese pueblo de Salamanca, es un recuerdo que se difumina. Nunca he estado en ese pueblo que me aguarda, aunque conozco su historia, mi historia en él, de hace ya mucho. Cuando era otro lugar. Conozco todos los nombres y el color de estos caminos, pero no sé adónde me llevan.

Sé dónde estoy en este momento, pero es más complicado saber dónde me siento. Este paisaje no me dice nada, campos en barbecho, pueblos encogidos por la inercia, montañas en un horizonte aguamarina, personas intercambiables. No creo que me lleve a ningún sitio que yo pueda imaginar.

Pero allí y aquí, en la memoria y en el presente, está Brígida. Con la luz cobriza del pueblo, en la cocina de aquella casa y en Lenzerheide, en el ferry de P&O, en Vestvågøy, en Londres. Cierra el círculo, une países, cose edades, y señala el destino al que me dirijo. A veces es una transparencia, a veces supura como una herida.

No siempre es la misma, no siempre se presenta igual. Es la cara crispada mientras le digo no volveré a verte, no vuelvas a hablar conmigo. Es el rostro saliendo del beso, rendido, flotante. Hay muchas Brígidas que se aparecen. Mirando la aceña desde el molino o tumbada en el recodo del río con la carne blanca descubierta. Es una efigie o una danza de gestos, una foto antigua o la pintura rabiosamente coloreada de un niño.

Otras veces son restos en una corriente. La camisa de flores naranjas y azules, la piel de cerámica blanca. Los zapatos marrones con el tacón ligero, el abrigo carmesí, la miel de los ojos mirando La Estrella desde la muralla. No hay nada más. Emergen y vuelven a hundirse. Son ella, sin embargo. La traen entera. Cada pedazo de ella y cada detalle de ella es todo ella. Su dolorosa magia...

Además de los olores, su olor. A cantueso, sobre todo, aunque han ido surgiendo el limón, la rosa, una nota almizclada, que de tarde en tarde saltan en un vestíbulo o en una calle. Son un golpe inesperado y violento. Y después me abandonan, dejándome hecho un guiñapo. Encajo mejor el golpe cuando soy yo el que lo busca. Yo también tengo mi magia. Traigo los olores y los observo como si estuvieran encerrados en un frasco. Ahí no hacen daño. Es un don, me dijo una vez alguien a quien le conté que era capaz de resucitar olores con el pensamiento. Debí haberle contestado que ese don era la consecuencia de un castigo.

Puede que tocar la piel de Brígida sea otro don. Se escabulle fácilmente, no se presenta de improviso. Hay que buscarla, y nada garantiza el éxito. Se extienden las palmas, se cierran suavemente y se llama. Cuando todo sale bien, la piel y la carne de Brígida se quedan un instante, no más. Es tibia,

una manzana tibia que rueda hasta la yema de los dedos. Luego se va, suavemente, implacable.

Los muertos son los únicos que resucitan...

Había un hombre de pie, junto al asiento. Me pidió el billete. Luego añadió que ya había pasado antes, pero que no había querido despertarme. No me he dormido, le contesté. A mí me lo pareció, repuso. Miré a la mujer que tenía enfrente, mayor, con aire de casino de provincias, pero en su mirada no encontré solución al enigma. Quizá también ella se había dormido, igual que yo, con los ojos abiertos. Y quizá también estuviera regresando a su ciudad o a su aldea. El tren de los que vuelven con un retraso culpable, porque se les olvidó, porque no supieron. El tren para prófugos del regreso. Recuerdan en sueños de ojos abiertos. El revisor los vigila.

Fui al vagón de cafetería. Pedí un café solo, aunque lo cierto es que me pregunté si la ocasión no justificaba un trago corto. El placer ahora consistía en conseguir días de abstinencia. No sé qué clase de alcohólico he sido, pero no quedaban muchos más escalones hacia arriba. Necesitaba las llamas del infierno para echar de menos la luz de la superficie del día, la luz que no duele. Estaba cansado de pelear con fantasmas. No bebía para que dejara de doler, sino para que doliese como un tajo o una quemadura. Dolía estar perdido durante días y haber olvidado el camino a casa, dolían los laberintos de los que no sabía salir, dolían los sueños en el banco de un parque, los policías y las urgencias, la tristeza de mi mujer y de mi hijo que me veían así y sufrían el asco de mí mismo, el desapego.

No sucedió en los años peores, los duros de la supervivencia, de la migración solitaria. Sucedió cuando empezaba a ser feliz. Me costaba soportarlo. La felicidad convertía lo anterior en un trámite, en papel mojado. Como si el pasado, ahora que todo iba bien, fuera un gigantesco error. Necesitaba resucitarlo de vez en cuando, para que la felicidad fuera soportable.

Eithne construyó un hogar y poco a poco fue convenciéndome de que era el mío.

Hace años que no me vuelvo loco, que no le pido nada al infierno. Estuve en sitios e hice cosas que no quiero recordar. A lo mejor, en medio de la fatalidad, solo eran manotazos feroces por agarrarme a la vida, como los del muchacho que murió en el hospital.

Mientras tomaba el café en un ángulo de la barra, entró un hombre corpulento y curtido como un campesino, acompañado de un crío de nueve o diez años. El chaval llevaba una americana de hombre y una camisa de cuadros marrones abotonada hasta el cuello. No levantaba la vista. Llega de otra época, pensé. Y entonces ese mismo chaval entra en la cocina de casa, porque mi madre le ha abierto la puerta. El extraño se sienta enfrente y mi madre le sirve un plato de sopa con garbanzos y tropezones. Calculo que tendremos la misma edad. Es uno de los niños del campo a los que su familia no puede alimentar. Los echan a los caminos a mendigar el sustento. Come deprisa sin levantar la vista. Pero no tiene ansia ni es ruidoso. Le pesa el hambre y la vergüenza de la casa ajena, la humillación de pedir y de que le esté mirando otro niño como él. Mi madre se ha sentado junto a los fogones y se ha echado a llorar en silencio. El crío no puede verla. Creo que mi madre no debería hacer eso. Con el tiempo pensaré que ese llanto claudica ante la miseria. Y que si no se lo mostró al invitado, tampoco debió mostrármelo a mí. Luego, se fue y nunca volvimos a verle. ¿Por qué no se quedó, aunque solo fuera ese día? Sentí alivio al verle marchar. Me gustó que se marchara. Vete. Toda aquella miseria que nadie iba a redimir, ¿quién la querría en su casa? Pero el llanto de mi madre me irritaba más. Lo odié. Odié el llanto de los débiles. El llanto de los débiles por otros débiles.

El niño del vagón cafetería era aquel otro por su vergüenza, por su falsa edad. Había visto a muchos como él y al parecer seguían errando sobre la faz de este mundo. También conocía las heridas que dejaba la compasión. La compasión que también avergüenza como a veces avergüenza la ternura. Mucha gente quiere dar, pero no siempre se puede recibir.

Sentí que acababa de cruzar la frontera. Hasta ese momento había permanecido aún en el país de partida. La imagen del niño mendigo me lanzó al centro de una tierra de la que creí haberme despedido para siempre. Si dijiste adiós, volverás.

Adónde, era la cuestión. ¿A las piedras cobrizas, a las calles y a los huertos? ¿A los viejos sentimientos que continuaban pudriéndose? ¿A los que habían desaparecido de mi vida?

Automáticamente pensé en Cándida. La veía subiendo la cuesta del río, entre desmontes. Años atrás pregunté a Solórzano por ella. No sabía gran cosa. De hecho, ni siquiera sabía por qué me interesaba por ella. Preguntó y le contaron que se había ido del pueblo. Que primero se marchó su familia,

y que ella se quedó trabajando en una pastelería del arrabal, cerca de La Glorieta. Allí pasó diez años. Luego se fue. Alguien le dijo que a Bilbao.

Me pregunté si durante ese tiempo habría estado esperando a que yo volviera. Y si cuando tuvo claro que eso no sucedería, desapareció. Coincidió con la fecha en que mi madre abandonó el pueblo para volver a la ciudad del norte. Quizá consiguió olvidarme y quizá le resultó más fácil de lo que imaginaba.

No tenía a quién preguntar por ella y la sensación era casi de angustia, una angustia de la memoria, es difícil explicarlo, como si alguien hubiera robado parte de una vida a la que uno se creía con derecho de contemplar en su totalidad. ¿Había estado tan presente Cándida como lo había estado Brígida? Probablemente no. O probablemente de otra manera. No solo nos hiere lo que amamos, también lo que nos ama, y hay que aceptar ambas heridas. También hay que aceptar que, a diferencia de las películas, en la vida hay cabos sueltos, personas que desaparecen, incógnitas que no se resuelven, vacíos intolerables.

Lo cierto es que al cabo de los años, me pareció que el amor de Cándida había sido verdadero, como yo pensaba que lo había sido el mío por Brígida. En cambio, el corazón de Brígida se había desdibujado. Puede que no la hubiera conocido demasiado. Su imagen era nítida, como la forma en que me atormentaba, pero sus sentimientos acabaron en un interrogante.

Mientras el tren atravesaba llanuras de cereal y dehesas con encinas, sentí con dolor que Cándida no estuviese en el pueblo y que quizá nunca volviera a verla. En los años más duros, el recuerdo de Cándida me había ayudado, el recuerdo de su amor sin capitulación.

Nunca más volví a ser testigo de una historia semejante, propia ni ajena, ese amor salvaje, en carne viva, sin miedo. Llegué a pensar que esos sentimientos eran los propios de una época adolescente, inmadura. Exagerada y sin profundidad. Con el tiempo me di cuenta de lo equivocado que estaba. Nos habíamos jugado la vida y éramos conscientes de que podíamos perderla. En la partida del amor habíamos sido jugadores adultos, hechos y derechos, y, viendo la experiencia y los recursos con que contábamos, extremadamente audaces.

También había buscado a Brígida en Internet. Solo aparecía como coautora de un estudio sobre el uso de modelos probabilísticos en las redes sociales, publicado en 2004 por una institución europea. La entrada no

proporcionaba mucha más información. Era difícil evaluar la importancia del estudio y sacar conclusiones sobre Brígida.

¿Y don Severino? Al principio nos escribíamos varias veces al año. Me exhortaba a volver a los estudios. Consideraba mi decisión una calamidad. Pensaba que al país le faltaba una juventud que iniciara una regeneración intelectual y moral. Que el sitio de gente como yo estaba en la universidad, en los oficios liberales, en la política. Poco a poco, fui sintiendo que yo nunca estaría a la altura y que sus esperanzas eran una fuente de frustración para ambos. Al final nos conformamos con intercambiar una tarjeta por Navidad. Murió en 1986, en el Hospital La Paz de Madrid, adonde había ido a tratarse una enfermedad del riñón. Lo mató una septicemia. Me enteré porque ese año no llegó ninguna postal y pregunté a Solórzano, que me contestó tarde, cuando a mí ya no me cabía duda del motivo.

Le recordaba con un afecto profundo, pero también con rencor. Me obligaba a pensar en lo que no había dado de mí y en, fuera cual fuese su opinión, mis limitaciones.

Me habría gustado que Cándida y don Severino fueran personas que todavía pudiera encontrar en las calles del pueblo. Les habría pedido perdón. No por el daño. Por la ausencia.

El perdón... La vida lo va alejando mientras uno cree que con los años está cada vez más cerca.

Las piedras no se habían movido, pero las personas sí. Quienes quedaban se irían pronto a otro lugar, estaban de paso. Solórzano se moría y Brígida cumplía probablemente alguna obligación. No había vuelto a pisar el pueblo y ahora llevaba en él una temporada. No era su sitio, así que terminaría marchándose.

Quién sería Brígida ahora. Qué recordaría de mí. Por supuesto, se acordaría de que juntos dejamos de ser vírgenes. Aunque esa experiencia no generó nada, no se enriqueció, no crecimos con ella. Con la distancia, quizá pareciese un accidente. Uno de esos hitos que sirven para marcar una fecha, pero que por sí mismos no significan nada.

La megafonía del tren anunció la estación de Salamanca. A don Severino le gustaba decir: *Nomina sunt consequentia rerum*. Sí, el nombre de Salamanca me sonó como una consecuencia de las cosas que una vez pensé hacer en Salamanca. Y que no hice. Nombre abierto y cerrado, amplitud amputada, reptil quieto. Hubo un tiempo en que pensé que ahí viviría mi

vida, que ahí tendría hijos, que ahí me convertiría en un ser irreconocible. Solo la separaban cien kilómetros del pueblo cobrizo, pero nunca la alcancé. Llegué a las Lofoten, pero no a Salamanca. Salamanca estaba mucho más lejos que el círculo polar ártico. El corazón sintió la punzada.

Había estado muchas veces en la Salamanca de los escaparates en hilera, de los chapiteles emboscados y los grandes supermercados. Iba a jugar al fútbol, a los hospitales, a las excursiones del instituto. Nunca estuve en la otra, la de la esperanza, la de los sueños. Salamanca, el cementerio de mis antiguos sueños. ¿Iba a esperar el tren hacia Portugal paseando entre tumbas?

La estación era completamente nueva, con comercios, luces, pantallas. Hasta dudé de que ocupara la ubicación de la anterior. Y la calle que iba hasta la Alamedilla, repleta de edificios jóvenes, funcionales, algunos locales de comida rápida. Eran las dos y media. Colgué la bolsa en bandolera y eché a andar. El tren que venía de Hendaya pasaba a las 19.15. Hacía un buen día de principios de febrero, de esos extrañamente primaverales. El cielo, azul y terso.

Quizá nada fuera tan difícil ni tan duro como había supuesto. Todo habría cambiado. El pueblo sería tan distinto de mi memoria como lo estaba siendo Salamanca. Lo mismo que la gente. No había nada que temer. Brígida sería distinta. Sentiría algo al verla, pero después de capas de años sobre su cuerpo, de experiencias que desconocía, de las huellas de logros y fracasos, al final solo encontraría la Brígida que ya llevaba en mi memoria o en mi imaginación, adonde tendría que ir a buscarla si de verdad quería tener un encuentro con ella. No, con Brígida no visitaría la tumba de ningún sueño. Igual que en Salamanca.

Pasé junto a la Alamedilla. Me di cuenta de que apenas la recordaba, al menos no los detalles. Con el paso del tiempo, muchas cosas habrían quedado reducidas a una etiqueta colgando de un esqueleto.

Enfilé la Gran Vía. Tampoco reconocí nada familiar. Por la plaza Mayor, me paseé como un vecino aburrido.

En una calle estrecha cerca de la Casa de las Conchas, reconocí un hostel en el que me había alojado una noche, creo que por una reunión provincial de la OJE. El edificio seguía intacto, pero en la puerta había un letrero de metacrilato donde ponía «aparthotel». Un grupo de muchachas de aspecto

nórdico, maquilladas para una fiesta, apareció en el portal. Su presencia anuló cualquier posibilidad de eco en el recuerdo.

Enfrente había un restaurante con público joven, de aspecto universitario, salpicado por algunos ejemplares maduros, que imaginé serían profesores y gente del ramo. Entré y me sentaron en una sala adornada con objetos folclóricos. Los universitarios charlaban con animación. Yo podía haber estado entre ellos hace cuarenta años. Pero dudaba de que la atmósfera y los individuos hubieran sido los mismos. Pedí un plato llamado «alcachofas a la flor de azafrán». No fui a la universidad, pero eso ni me frustró ni lo lamenté. Cambié de planes o simplemente prescindí de ellos. Si de papeles académicos se trata, valen los de la diplomatura en el Royal Holloway. Un trabajador social registrado en el Health and Professions Care Council. Ni siquiera por iniciativa propia. Eithne me empujó.

Cuando nos conocimos, su padre enfermó. Pasé mucho tiempo con él. Él lo pedía, le caía bien, aliviaba su angustia. Yo le estaba agradecido por abrirme las puertas de su casa sin juzgar: un emigrante español, sin oportunidades, ignorante, agarrado a su hija, profesora novata en el Warburg, con vocación de escritora. Robbie nació al año siguiente de la muerte de Mathew. ¿Qué enamoró a Eithne de mí? Siempre me contestó que era su secreto. Tal vez sea un secreto también para ella. De todos modos, para mí no suponía un esfuerzo quedarme a la cabecera de Mathew, quizás porque sentía que yo ya conocía la muerte, no sé cómo. Era fácil y a los demás parecía costarles tanto... Eithne se dio cuenta y el *riverbus* me dejaba tiempo de sobra. Lo único que había seguido estudiando era griego en manuales alemanes y británicos, griego antiguo. Era mi lengua de defensa, el refugio interior frente al tudesco y al inglés, los idiomas de las órdenes y de la supervivencia. Y frente al español, el idioma por el que me perseguía el pasado.

Una vez Eithne me dijo que ella no habría sido capaz de renunciar a su carrera, a su país, a sus proyectos por ningún motivo, por grave que fuera. Pero yo no había renunciado a nada. Lo había extraviado por el camino, no había mérito. No tienes resentimiento, no echas nada de menos, no hay ira en ti, dijo. Tal vez no me conozcas tan bien como piensas, contesté. Tal vez tú a ti tampoco, dijo ella.

Al salir del restaurante, me puse a vagar por el casco viejo. Cerca del Botánico había un letrero que señalaba la dirección del Huerto de Calisto y

Melibea. Me pareció que en mi época ese jardín no existía. En la puerta había una escultura de la Celestina con una cita: «Soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Si bien o mal vivo, Dios es el testigo de mi corazón». Dios es el testigo del corazón. Tiene que ser él, porque no hay otro. La vida de cada uno es un jardín que solo conoce el jardinero. Los demás pueden disfrutarlo o despreciarlo, pero no lo conocen.

Me senté en una plazoleta con un pozo. Desde allí se veía la ribera del Tormes. Había cipreses y árboles frutales. No era un jardín romántico y mucho menos al estilo inglés. Era un huerto de secano. Me acordé del padre de Chapi y de sus trabajos en la ladera del Alcázar.

Había una pareja joven haciéndose *selfies* junto a la muralla y una veintena de chinos arrastraba los pies al otro extremo del jardín siguiendo a otro chino con paraguas.

A algo sí había renunciado. Había renunciado a Brígida. No quedó más remedio. Fue un trabajo duro. Los recuerdos, las fantasías se apiñaban..., algún día..., algún día. Y hubo que irlos matando uno a uno, casa por casa.

¿Llegaría a hablar con Brígida en el pueblo? Esa conversación estaría llena de voces. Esta Brígida y la otra Brígida, este Andrés y el otro Andrés, todos los que habíamos sido, todos los que no pudimos ser, los futuros y los pasados cantando a voz en grito como un coro borracho.

Yo le diría: me he acordado de ti. Ella sonreiría y no contestaría. Le haría gracia. Pero si yo continuara: me he acordado de ti todos los días, a ella no le haría gracia, porque pensaría que estaba hablando con un loco. Se marcharía corriendo. O quizá lo pasase por alto. Cosas que se dicen. Quién sabe.

Creo que me había quedado solo en el jardín de los amantes. El sol descendía por la línea de Portugal, en la dirección que mi tren tomaría en menos de dos horas.

Las renunciadas... ¿Y la Medicina? ¿No era gracioso que hubiera acabado trabajando en hospitales? Llegué lejos en la huida, pero puede que no tan lejos como pensaba.

¿Sospechó Brígida que yo no estaría a la altura de mis ideales? No puede amarse a quien no tiene el valor de ir hacia lo que quiere. Quizá supo que esos sueños no eran míos. ¿Cómo puede amarse a una persona que ni siquiera es dueña de sus sueños? Se ama a quienes los consiguen, a quienes los pierden en la batalla, a los que mueren por ellos.

Fui hasta la muralla. Los rayos del sol caían sobre los alcores del pueblo de Tejares y sobre los campos ondulados. Por occidente, hacia Portugal, se pintaba una línea de sangre.

Desanduve el camino, crucé la plaza Mayor y subí por la Gran Vía hasta la Alamedilla. Me senté en un banco frente a un estanque rodeado de una verja plagada de exvotos de amor en forma de candados. Recordaba patos, pero no había patos.

Más tarde, en el tren de Hendaya, no encontré tampoco el viejo tren de Hendaya. Era un convoy moderno y la mayoría de los pasajeros eran portugueses que volvían a su país. No eran emigrantes como los de aquellos años, caravanas de familias que iban y venían de las promesas del norte. Estos regresaban de cumplir una misión: ropa a la moda, buena presencia, estilo internacional. Bajo los párpados somnolientos el porvenir sonreía, predecible.

Había dos estaciones antes de la frontera. La mía era la segunda.

En los asientos de mi derecha había un hombre grueso, de mi edad. Tenía el pelo lacio y pajizo, los ojos achinados. El prognatismo de la mandíbula superior hacía que los labios se juntaran en forma de pico. Se atusaba la cabellera fina con dedos en tijera.

Yo había conocido a alguien así. Habría que quitarle quintales de grasa, plancharle la piel, injertarle pelo, y es probable que Celedonio Martín Correa se manifestara en ese mismo asiento. Sus padres le daban veinte céntimos para comprar pipas en el puesto de la señora Ramona. Las compartía conmigo en el camino a la escuela cuando no tendríamos ni siete años.

Era un recuerdo sorprendente. Estaba en aquel cuerpo. No era mío. No lo había sacado de ninguna parte. Yo no hice nada. Me lo había encontrado, no sé cómo, quizá esperándome en aquel vagón desde Hendaya.

Yo comía pipas desde que empecé la escuela, en el camino que bordeaba el parque de la Glorieta, dejando a la izquierda el cuartel de la Guardia Civil, entrando en el bosquecillo de castaños que escondía la cancela y el viejo portón. Era algo que había desaparecido de mis recuerdos y que me era devuelto ahora. ¿Hay una memoria de las cosas, una memoria que está en ellas y que espera?

Me había tocado ventanilla. El asiento de enfrente iba vacío, a pesar de que el vagón venía a tope. Veía los campos en el final del atardecer. Pronto

empezaron a llenarse de encinas, de toros bravos quietos como estafermos y piaras bajo los alcornoques y en los carrascales.

La última luz espolvoreaba en las encinas partículas radiantes, el suelo se cubría de un manto verde oscuro, el aire se fundía en un velo incandescente.

Aquella tierra no tenía nada que ver con la apagada fotografía de la memoria. Lo que contemplaba por la ventanilla estaba vivo y fuerte, una estampa de colores mezclados por una paleta apasionada. En otro tiempo yo respiré esos lugares, creí pertenecer a ellos. Luego, hui. Quizá debí quedarme, esperar a Brígida en Salamanca, dejar que creciera o se pudriera dentro de mí.

Reaccioné enseguida. Aquella tierra tenía poder, poder sobre mi imaginación. Pero a mí no me había dado nada. Ni siquiera lo habría aceptado. Ahora era un turista extranjero, no venía a restablecer lazos ni a inventarlos. Venía a sorprenderme un poco, a vivir alguna aventura para después contarla y a sacar unas cuantas fotos.

El campo terminó por oscurecerse. La ventanilla reflejaba el interior del vagón con luz de subterráneo. Celedonio Martín Correa se había puesto a roncar y remataba con un silbido largo, cómico. Oía murmullos fatigados en portugués. Entendía el idioma. Lo había descubierto en los primeros tiempos del éxodo. Pero no lo había estudiado. Fuera, en los países nublados, había muchos emigrantes de ese país. Por lo que podía recordar, en el pueblo yo no había tratado a muchos. Aunque les oía en días de mercado, en las tiendas, cuando íbamos de excursión a Vilar Formoso, cuando venían a vender de estraperlo al colmado.

¿No eran Angelillo y su hermano de familia portuguesa? Cuando jugaban al fútbol a veces les salía el portugués, además del romaní. En realidad, cuando jugaban a lo que fuera. Entre unas cosas y otras algo debió de grabarse en mi cabeza sin didáctica de por medio.

Si los recuerdos estaban viniendo al encuentro mientras viajaba hacia ellos, quizá fui yo quien los alimentó con mi marcha. Creí que era para asesinarlos, pero no podía estar más equivocado. Les di lo que necesitaban, creyendo matarlos. Y ahora sus espectros querían la reparación del crimen, justicia. Solo Brígida se salvó de la masacre. Maté para que ella se salvase. Pero se salvaron todos.

Pasadas las nueve de la noche el tren se detuvo. No había rastro de la antigua estación, del caserón con portones verdes. En su lugar, aparecía un

edificio de ladrillo con aspecto de almacén, recorrido por una marquesina iluminada. Se atravesaba un vestíbulo con una máquina de snacks y se salía a un pasadizo que daba a una carretera asfaltada, con un carril para bicis. El antiguo camino de tierra ya no estaba.

Con algo de suerte, aunque había empezado a dudarlo en serio, el pueblo de entonces sería otro. Los recuerdos no estarían agazapados en las esquinas. Visitaría a Solórzano. Puede que a Brígida finalmente no la viese, no hiciera nada por verla. Yo volvía al cabo de cuarenta años, no tenía obligaciones ni expectativas.

Entonces vi el magnolio del extremo del andén, por donde se filtraba la luz del amanecer, y donde Brígida y yo nos paramos el primer día. ¿Sería el mismo magnolio? A ella no le gustaba esa clase de árbol. Estuvimos contemplando la luz del alba a través de las hojas un buen rato.

Me acerqué. Era de noche y lo único digno de contemplación era el brillo de los halógenos sobre las grandes hojas satinadas. No sentía a Brígida entre esas sombras. Era un buen principio. La melancolía se mantenía a raya.

Me puse otra vez en marcha. Bajé la cuesta y enfilé por el barrio de casitas bajas, con puertas de dos paños y patio trasero. No había cambiado nada. Pero tampoco yo sentía nada. Era un pueblo extraño en las emociones. Lo reconocía, pero no me hablaba. Me crucé con un hombre de treinta y tantos que charlaba por un teléfono móvil. A gritos, como si desconfiara de la capacidad transmisora del aparato. Pero la avenida y la carretera estaban vacías. No hacía demasiado frío. Ni siquiera era un febrero como los que recordaba, el rococó de estalactitas de hielo.

Enseguida apareció el cruce de la carretera de Portugal. El Cruce, con un restaurante y un hotel del mismo nombre, en un edificio de tres pisos y fachada de color pastel. Antes no existía. Unas pocas personas se movían por la zona, los interiores tenían luces tibias, un camión trazaba la rotonda, que también era nueva.

Seguí hacia el parque de La Florida. A la izquierda, sumergido en la noche, quedaba el arrabal de La Estrella. No me produjo ninguna curiosidad, ninguna tentación. Le di la espalda para subir hacia el portón de los Vencidos y la catedral. Había reservado en el Parador. Eithne me había convencido. Un hospedaje más neutral que los pequeños hoteles, más propio de viajeros de paso, más cómodo. Más caro, por supuesto, aunque

asequible. Más protegido, pensé yo. Un alcázar medieval para velar las armas contra mis enemigos.

Y fue entonces, apenas unos pasos por la cuesta arriba, cuando el cielo se derramó sobre la silueta de la ciudad oscura.

Me había estado esperando.

Era aquel cielo que cubría los sueños y las pesadillas, las citas con Brígida, los caminos al río, las noches de paseos solitarios, la tristeza y el abandono. Y que caía sobre el caminante borrando sus huellas, quitando peso, los pies pisando estrellas, el cuerpo erguido en el éter.

Conocía ese cielo. En aquella época, creía que el cielo era así en todas partes. Descubrí que no. Que este cielo era solo para este pedazo de planeta y para un puñado de sus habitantes. Un cielo especial para envolver las almenas y las cúpulas, algunas ruinas, generar recuerdos.

Don Severino decía que lo mejor de sus paseos era contemplar el cielo y que el cielo era una imagen del alma. De ahí, tanta poesía como había en el mundo.

Aminoré el paso y sin darme cuenta acabé deteniéndome. La emoción de estar allí, bajo el cielo espejo del alma, había inspirado de pronto el deseo de irme, de salir pitando. Intenté ordenar los pensamientos. No sería difícil conseguir un taxi que me llevara a Salamanca por menos de doscientos euros. Aún estaría a tiempo de coger el trenhotel nocturno a Madrid.

Entonces llegó una vaharada de olores: de las lejanas alamedas y del río, de la leña de las calderas, de los quejigales, de los humedales de los fosos, de la arcilla de las canteras bajo la helada. Como el cielo, era el olor de aquel sitio, de ninguno más, aunque en otro sitio hubiera los mismos ríos y las mismas murallas. Aunque hubiera en otra parte una réplica exacta, ese olor no podía replicarse.

Seguí caminando por la cuesta arriba del portón de los Vencidos. Sin convencimiento, repitiéndome que aquello no era buena idea. No tenía por qué seguir y seguía. Lo de volver sobre mis pasos había sido un espejismo, el pueblo no iba a dejarme en paz.

Habían levantado una estación de autobuses al pie de los fosos. No había movimiento, solo un autocar en una dársena descubierta. Un poco más arriba, apareció un supermercado Lidl, con el cerrojo echado. Ninguno de los dos edificios me produjo ya la impresión de cambio. El cielo y los

olores habían hecho su trabajo. Podía huir, me repetía. ¿Otra vez? ¿Aún podía ser herido?

Una voz dijo «buenas noches». Celedonio Martín Correa acababa de sobrepasarme. Era mucho más grande de lo que aparentaba en el asiento del vagón. Pero también daba la impresión de ser mucho más ligero. No cabía duda, era él. El pelo fino ondeaba como un penacho, sus brazos le empujaban con un movimiento marcial, como si remaran a la espalda... Habían pasado siglos, pero no todo pasa. Hay cosas que permanecen. No las ocultan las arrugas, los huesos envejecidos, los fracasos, la desilusión.

Saludó al cruzarse, como se saluda en los pueblos cuando se encuentran dos personas solas por la noche o de madrugada. Marchó hacia el portón de los Vencidos sin mirar atrás.

Me olvidé del taxi y del deseo de escapar. Seguí a Celedonio como si fuera un guía en las encrucijadas. Yo atravesaría la muralla, pediría la llave de una habitación y esperaría al día de mañana. Temprano, visitaría a Solórzano. Y lo mismo al otro día. No era mucho tiempo, en la tarde del domingo comenzaría la vuelta a Madrid.

Necesitaba concentrarme en el lugar, en el momento. Aislarlo de mis ocurrencias. Una pequeña ciudad de quince mil habitantes al sur del Reino de León, tocando con Portugal, sobre una colina rodeada de colinas. Fuera de las autopistas del tiempo. Respirando con estertores. Como siempre. La nueva sensación era que nada había cambiado, lo sentía en el cuerpo.

Una pareja joven bajaba de la Ciudad por mi acera. Celedonio se la había cruzado hacía poco. El muchacho de las pipas caminaba deprisa. Siempre había sido algo nervioso: ¿por eso comía pipas? ¿Necesitaba hacer algo con las manos y la boca todo el tiempo?

Las cabezas perfiladas contra la luz ambarina de las murallas, los cuerpos oscilando con el mismo compás, muy cerca el uno del otro sin tocarse. Quizá venían de bailar y su cuerpo se acordaba. Puede que bailando hubieran descubierto algo de ellos mismos, algo de los dos. Y quisieran explorar un poco más. No se les oía.

En cambio, Brígida hablaba mucho cuando bajábamos por ese mismo camino al salir de misa, hacia la cantina de Eladio. Pero no estaba seguro de recordar su voz. Creía que la recordaba y me había conformado con eso. Ahora no podía estar seguro. ¿La voz es lo primero que se olvida? La voz de mi padre, ahora la voz de Brígida. La voz de mi madre parecía ser la más

auténtica. ¿Y si al fin y al cabo todo se olvidase, y en la memoria solo quedase una suplantación, imitadores, notas sueltas que adulteraban la melodía? La nostalgia sería entonces el gran engaño de la vida. La falsificación de la tristeza.

Me crucé con la pareja. Eran más jóvenes de lo que había pensado, dieciséis o diecisiete años. Para el amor, ¿eran muy jóvenes? Yo entonces tenía dieciocho. No hay edad para el sufrimiento. Por tanto, no hay edad para el amor.

Los cipreses del antiguo cementerio de la catedral asomaban por encima del muro tapizado de verdín. Cuando era pequeño alguien me contó que los cipreses eran los muertos que se atascaban de camino al Cielo y que entonces se quedaban de vigilantes de los otros muertos para ordenar un poco el tráfico hacia el otro mundo. Había un pobre farol en el atrio de la catedral, que naturalmente estaba cerrada. Brígida, al amanecer. Los niños que hacían la comunión en los días luminosos de Pascua. En último término, en la plazoleta ajardinada del Conde-Duque, jugaba con Celedonio entre los cinco y los siete años, porque cerca de allí su abuela trabajaba de portera. Brígida y yo atravesándola al volver del molino del río.

Me tomé un respiro. Allí también, dentro de las murallas, reinaba la inmutabilidad. ¿Qué podía esperarse de un sitio declarado Patrimonio Nacional? La extrañeza de Salamanca fue un espejismo, un ardid para que cogiese el tren hacia mi destino.

Torcí a la izquierda. Habría llegado antes al Parador atravesando la plazoleta o yendo directamente por la muralla. Pero hacia este lado estaba la casa de don Severino, la plaza Mayor, el instituto. La curiosidad inclinaba el camino, las emociones empezaban a repartir cartas.

En el balcón de don Severino había unos visillos blancos, quizá fueran aún los del canónigo. Claro que no. Un resplandor pajizo salía de dentro. Las tardes en que se asomaba, ¿qué miraba? Estaba la plaza de los castaños de Indias con la fuente en el centro. En ella se montaban los mercados, jugaban los críos con el agua, se reunían los adolescentes a pelar la pava. Cuando tenía once o doce años conocí allí a una chica francesa que había venido a casa de un conocido, y me creí enamorado. Casi no hablaba español. Me bastó con que me mirase un par de veces. Que no nos entendiésemos me pareció un buen comienzo. No sé si ella llegó a enterarse. Se llamaba Claire. ¿Cómo podía recordarlo? A lo mejor, don

Severino también miraba un recuerdo. Había sabido muy poco de él. Si llevaba algo enterrado, nunca dijo qué era.

Una vez preguntó: ¿de ti no te han hablado mucho, verdad? Y me apretó una mano. No era muy dado al contacto. Prefería las distancias para ver mejor, decía. Un principio del pensamiento crítico.

Enfilé hacia la plaza Mayor por una calle de la que no recordaba el nombre. En la losa municipal ponía «Calle del Cordel». No me sonaba. En la esquina de la derecha, pervivía una tienda de muebles bajo unos feos soportales de cemento. Eso sí lo recordaba. Era de los padres de un chico escuálido y larguirucho que jugaba al baloncesto con los jaimes y que a pesar de eso me caía bien. Una especie de flamenco gigante que odiaba el esfuerzo y que acaso se llamase Leandro. Hablaba poco o nada. Uno de esos seres que saben que la humanidad está condenada y que es mejor tenerlo presente antes que volverse loco.

Por la callejuela lateral se iba al cine del Obispado y se bajaba a la zona de bares de copas. También por allí habría llegado antes al Parador.

En la plaza Mayor las farolas proyectaban luz sobre un suelo de adoquines que la reflejaban como si fuera rocío. De los ventanales a pie de calle salían cuadriláteros de resplandor amarillo. De frente, inalterado, apareció el Castilla. Se distinguía a un par de clientes acodados en el ángulo lejano de la barra. De la izquierda, a la altura donde estaría El Paraíso, salía otro resplandor. Traté de respirar a fondo, me sentía extrañamente fatigado. No llevaba caminando más de un cuarto de hora o veinte minutos. Me estaba haciendo viejo. ¿Me estaba haciendo viejo de repente? Un viejo profanando el territorio sagrado de su juventud, donde nunca hay que volver a pisar. Y, si no, hay que pagar un precio.

Seguí por la acera de la izquierda, hacia unos farolillos blancos y unos toldos recogidos. El Paraíso sobrevivía. Las mismas mesas con plancha de mármol, las sillas de rejilla, la larga barra con un gran fresco de picadores conduciendo toros por una dehesa. Lo que parecía un grupo de matrimonios estaba sentado cerca del ventanal y picaba de un plato de chicharrones y de una fuente de patatas. Detrás, en la parte delantera de la barra, un puñado mixto de veinteañeros, probablemente llegados de Salamanca para el fin de semana en el pueblo, bebían cerveza y formaban un corro agitado. Miré detenidamente las caras, pero ninguna me recordó la de Brígida, ninguna se parecía a la de Brígida, ninguna era Brígida. Brígida no estaba allí.

Me fui de allí pensando que Brígida podría haber estado entre los universitarios. Supongo que al principio había ido y venido de Salamanca todas las semanas. Luego, las semanas se fueron espaciando. Al final, visitaba el pueblo una vez al mes. O únicamente por vacaciones. Si me hubiera quedado, la habría visto. Todos los Andrés Aja que no estuvieron, y que por tanto no la vieron, miraban ahora por el ventanal de El Paraíso.

Fui hacia la calle del instituto, cruzando. Me estaba agotando rápidamente. Un coche pasó delante de los soportales del ayuntamiento y giró bruscamente hacia Meridión. Dos viejos charlaban frente al palacio de Manrique. Algún transeúnte con prisa. Era viernes, pero el ambiente no era animado. Aún faltaba para que dieran las diez. Ya corría el silencio de la noche bajo el capote de estrellas frías.

El instituto había dejado de ser un instituto. Era la sede de una oficina de la Junta de Castilla y León. Más abajo, el antiguo internado era una sala de exposiciones históricas. Grupitos de transeúntes con aire de retirada. Surgían imágenes alborotadas, al galope, pero ninguna venía al primer plano ni se dejaba contemplar. Una especie de memoria genérica, desbordada, sin protagonistas.

La misma sensación que cuando apareció, desde el alto de las escuelas de Santo Tomás, la plaza del Alcázar con el verraco en medio y los jardines que comunicaban con la muralla. Había imágenes, pero faltaba la carne en que los recuerdos clavan las uñas. Para eso hacía falta sensibilidad y yo estaba cansado. Cenaría y me iría a dormir.

Entré en el Parador Nacional —que ahora solo se llamaba Parador— por la puerta que daba a los jardines que había diseñado, cavado y construido guijarro a guijarro y esqueje a esqueje el padre de Chapi. De Chapi no había vuelto a saber nada nunca más, al menos por él. Hacía muchos años, Solórzano me dijo que había tenido una lesión grave jugando al rugby en un club de Salamanca. Luego se quedó en el pueblo y vendía electrodomésticos, vajillas y aperos por la comarca. Un tiempo después me informó de que se había marchado a Londres, de la noche a la mañana, sin despedirse. Desde entonces, no había vuelto a dar señales de vida. Había oído, pero no podía dar fe, que estaba en un piso de acogida para drogodependientes, a cargo del Council de Londres.

Me asomé a la verja. En el suelo, sobrevivían los mosaicos de tritones, hechos con piedras de colores naturales. Me parecieron más perfectos de lo

que recordaba. Eran una obra de arte. Quizá no les presté la suficiente atención en aquel tiempo, quizá todo lo que existía en ese mundo estaba rebajado de valor a mis ojos, porque estaba rebajado de amor. Ahora podía juzgarlo con más claridad: aquel hombre había sido un artista y aquel hombre que era un artista había decidido quedarse a vivir allí, sin reconocimientos, a solas con sus piedras y las figuras que alumbraba su cabeza, quizá feliz. No le había visto muchas veces, pero siempre sonreía. Sonreía y miraba al suelo. ¿Cómo habría sufrido aquel hombre sensible con la desaparición y caída de aquel hijo tan distinto?

Había una chica muy joven en recepción. Me recordaba vagamente a alguien. Tenía una tez de cera y unos ojos oscuros grandes. Me di cuenta de que, sin querer, buscaba parecidos, conexiones con el pasado, formas de orientarme en aquel espacio reconocible y extraño a la vez.

Se oían pisadas con eco en los corredores custodiados por armaduras medievales y un rumor que probablemente procedía del restaurante. Pregunté si podía cenar, mientras la recepcionista hacía sus trámites. A las 22.30 cerraban la cocina. Y el restaurante a las 23.30.

Tenía labios encarnados, pero sin pintar. Con forma de mariposa. Como los de Cándida Luján Linares. ¿Era ella? Podía preguntárselo. Me quedé observando sus movimientos, las manos, los ojos. Brígida no había ido esa noche al Paraíso, pero Cándida estaba aquí. Precisamente ella, que se había ido hacía mucho tiempo, cansada de esperar o cansada de aquel pueblo y de sus fantasmas.

La habitación estaba en el primer piso, había que subir dos tramos de escalinata alfombrada, con cristales coloreados que daban al patio de armas, oliendo a madera vieja y a verdín viejo, entre muros de hiedra.

Metí la llave de hierro en la puerta 101. Dejé la bolsa en la cama, fui hacia la ventana y la abrí. La vega y los alcores recibían el brillo triste de una luna de alabastro. En el río pestañeaban algunos reflejos. Sin embargo, un aroma olvidado entró violentamente. Estaba hecho de álamos y de ribera, de neveros de montaña, de surcos escarchados, de establos y de silos, de leña quemada, hasta de las estrellas engañadas que depositaban el rocío. Hubo un tiempo en el que yo olía eso cada día. Y también mi madre, mi padre. Y Cándida y los gitanillos. Y, a pesar de todo, de su cantueso de droguería, también Brígida. Luego se perdió, nos perdimos todos en otro aire.

Y ahora volvíamos a juntarnos, el olor antiguo del pueblo, de nuestras vidas antiguas, nos juntaba. Dentro de poco vería a Solórzano, a Brígida, con nuestros dieciocho años. Daría la impresión de que nos habíamos despedido ayer. Preguntaríamos qué nos había pasado, un tanto sorprendidos de que hubieran ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo, pues seguíamos siendo los mismos, oliendo a lo mismo. Todo estaba reciente, fresco, no muerto. El tiempo no es rectilíneo. Se parece más a una esfera. Todo lo que ha existido, existe. Existe para siempre.

Cuando bajé al restaurante, crucé por un espejo y vi de refilón al viejo que pasaba por él. Me pregunté quién sería, cuándo habría llegado al hotel, qué querría de mí. Alguien que se ha equivocado, pensé. Y entonces, calculé que tenía más sueño que hambre y que quería dormir. Me acosté convencido de que aquel hombre del espejo, arrugado, con el pelo rapado y la barba gris, no era yo. Si cerraba los ojos, descubriría que era un intruso colado en un sueño. En un sueño que ni siquiera era mío. Como los otros sueños, quizá.

Quería dormir, pero surgían en mi cabeza cuestiones brumosas. ¿Qué significa *yo viví, yo estuve aquí*? ¿Dónde ha ido a parar ese tiempo? ¿Es este tiempo de aquí? ¿Cuándo, no dónde, estoy ahora? Tenía que escribir a Eithne para decirle que había llegado. Eithne era un punto de referencia exterior, organizado como un puesto de socorro.

Pero no le escribí hasta por la mañana, muy temprano, cuando salí del Parador aún de noche. Escribí: he llegado bien. Hoy veré a Solórzano. Beso.

Quería ir a la catedral. Atravesé la plaza Mayor y luego seguí por la calle del Cordel. Ahora el frío era intenso y arañaba la cara. Costaba un poco respirar. No recordaba esa sensación. Quizá porque no la tuve. Un viejo no respira igual que un chaval. La juventud es una especie de indiferencia ante las dificultades del cuerpo. En la calle aún no había comenzado el ajetreo, caso de que lo hubiera. Llegaba alguna bocanada de tahona y de caldera de leña. Los faroles se mantenían aún encendidos.

La puerta grande de la catedral estaba cerrada. Fui hacia la del baptisterio, bordeando la muralla. Entonces, sonaron las campanas llamando a misa de seis y media. La misma misa a la misma hora. Otro siglo después.

En el reino inmutable, ¿encontraría a Brígida asistiendo a su misa, a su isla dentro del día? ¿Y a don Severino murmurando en latín en la penumbra de una capilla barroca?

Detrás de la portela, había un templo intemporal y umbrío, y yo podría ser tragado por otra dimensión. Del alba emergieron dos ancianas de negro, con velos negros, que me miraron de arriba abajo. Si Brígida llegaba en ese momento, la situación sería incómoda en aquel paso estrecho, nariz con nariz.

La capilla de la misa era la misma que la de entonces y nada había cambiado. Los bancos corridos, la luz de los cirios, las columnas salomónicas bañadas en pan de oro. Solo el altar estaba alterado. Ahora miraba a los feligreses. Brígida podía llegar en cualquier momento. Escogí un rincón de la última fila, para observarla sin ser visto enseguida.

Se presentó el cura, un individuo diminuto, con el pelo negro y cara traslúcida de imberbe. Me pareció avejentado artificialmente. Una conjunción de edades antípodas.

El cura celebró con gesto ensimismado. Brígida no compareció. No sé si yo de verdad lo esperaba. Aunque no estaba seguro de si prefería la espera inquieta, en el sitio adecuado, donde se guardaba algo que compartíamos, o el encuentro cara a cara en un espacio neutral, en cualquier otra parte del pueblo, limpia de adherencias sentimentales, si es que había alguna.

Se estaba bien allí, quizá no hiciese falta que viniera. Incluso en los momentos en que nos vi a los dos sentados en nuestro banco, ella con su abrigo, su olor, la coleta de su pelo, y a mí mirándola, me parecía que todo estaba bien así y que el encuentro real podía esperar otro poco. Podía esperar mucho. Después de todo, yo estaba acostumbrado a mi recuerdo y era con lo que había vivido sin necesitar nada más. Nada más de ella.

La misa duró unos veinte minutos, cinco minutos más que la de don Severino. Todo había ido bien, en paz. Pero a la salida sentí la presencia de Brígida pegada a mí, el tacto y la onda de su cuerpo, el calor de su boca, nítida, reencarnada sobre mí, viva y soltando vaho al respirar, camino de la cantina de Eladio.

Vale, te dejo que vengas conmigo, le dije. Quiero ir a La Estrella, ver mi casa, dar un paseo por las alamedas y al final al molino. Me acompañarás. Te enseñaré cosas que no conoces. Comprenderás cómo vivía yo, porque

creo que eso nunca lo viste, ¿no es cierto? Brindemos por los viejos tiempos.

Venga, vamos... Y venía conmigo.

De pronto, me sacudió un sollozo seco y me envolvió una lástima más penetrante que el frío. Solo podía pensar que no nos habíamos separado, que teníamos dieciocho años y que seguíamos allí. Caminábamos juntos, sabíamos dónde íbamos, lo habíamos hecho muchas veces. Claro que nunca nos habíamos separado, era absurdo. Qué vida hubiera sido esa. Nunca. Un día empecé a soñar que me había ido del pueblo y que Brígida no vino conmigo. Ahora estaba en ese sueño, que acabaría pronto.

Traté de tranquilizarme. Era difícil, no había contado con emociones impulsivas, de las que estallan. La Brígida de dieciocho años no había desaparecido ni crecido. Una parte de ella se marchó conmigo, la parte que aún podía permanecer dentro de mí sin hacer más daño, como una herida mientras cicatriza, pero la auténtica, su ser completo, había estado esperando a que yo volviera. Y ahora podía verla, sentirla. Alargar el brazo y tocarla, dejarme mirar por sus ojos. Abrázame, ahora...

Esa congoja... Todos esos años...

Más tarde, estaba atravesando La Florida. Habían tirado el muro con rosetones azules y blancos, y el parque daba directamente a la carretera. Ya no era el bosque cerrado de antes. De los dos abetos bajo los que me sentaba a jugar o leer, solo quedaba uno, y no estaba seguro de que fuera el original. El banco de forja con el zarcillo había desaparecido. Más allá, en la pradera donde jugaban los gitanillos, habían montado un parque infantil de madera.

Continué hasta mi calle. Había un viejo en un quicio, en el mismo lugar donde se sentaba Azarías para llamarme capitán. Quizá fuese él. Pero no vi las quemaduras. Nos miramos, quizá nos reconocimos, pero no dijimos nada. La calle me resultó increíblemente pequeña, incapaz de atesorar toda la vida que yo recordaba, la familia de Cándida, el panadero y el zapatero, el almacén de frutas, el colmado.

El colmado ya no existía. Habían levantado un edificio de tres plantas en su lugar. No había rastro de los otros lugares. Nuevas construcciones, convencionales y pobres. Una cosa había variado, la otra no.

Observé detenidamente. Algo debería hablarme. Por lo menos, un resto de la casa de Cándida permanecía allí, aunque muy reformada. La puerta, el

poyo, el ventanuco de la tropilla. Pero no había ningún enjambre de niños ni señales de vida. Era una calle muerta, un camposanto. Quizá los ojos de intenso verde de Cándida espiaban desde alguna ventana entreabierta.

Claro que habían transcurrido casi cincuenta años y varios capítulos de cualquier libro de Historia. Una posguerra prolongada, los años de la leche en polvo americana, la llegada de la televisión y los electrodomésticos, aquel mundo de objetos que sobrevino de golpe, la democracia que apenas respiraba, el ingreso en Europa, la riqueza inesperada, las crisis financieras... También por aquella calle pequeña habrían desfilado mundos grandes.

Pensé que la parte alta, la Ciudad, se mantenía idéntica a sí misma porque allí habitaba intacto, refractario al cambio, petrificado como sus monumentos nacionales, amurallado contra el exterior y defendido durante siglos por miles de almas custodias, el país de Brígida, el amor por Brígida, su memoria imperecedera. En cambio, el arrabal no era su país, allí no había habitado ni sentido y por tanto no había nada que conservar. De modo que el arrabal podía transformarse a su antojo, levantar edificios, abandonar eras y solares, demoler cimientos, incluso ser tragado por la tierra, porque no afectaba a ninguna eternidad, a nada sellado por mil sellos en mil cofres en la cabeza de un individuo que había creído que los viajes corren hacia adelante y las cosas quedan atrás.

Un sol rojizo y violento pegó de lleno en los últimos pisos de la Cabaña del Sol. Yo mismo parecía estar saliendo de una noche que estaba justo a la espalda, en la esquina del colmado, en la casa de Cándida, en el almacén de Azarías.

La Cabaña del Sol estaba en ruinas, con dos tablones clavados en forma de aspa en la puerta, pero la fachada se mantenía en pie. Por lo demás, me sorprendió de nuevo la inesperada pequeñez. Recordé el miedo y el juego en aquel nido de fantasmas, la lóbrega espiral con el lucernario arriba. Escuché los gritos, las carreras, los vecinos saliendo al rellano y protestando.

Un pescador marchaba en dirección al río, con un hato de lebreles. Un todoterreno trazó con dificultad la curva entre la Cabaña del Sol y mi antigua calle. Algunas voces de chiquillos salían de las casas.

Ya no estaba la Vespa. Tampoco estaba la fuente que a veces servía de abrevadero a las caballerías y en la que los niños jugaban en los veranos.

Veía las escenas con claridad. El pantalón corto color mahón de uno al que llamaban Jurel, las bombachas empapadas de un tal Agustín, la gorra de paja de marinero en la cabeza de una muchacha llamada Rosalía, no tendrían más de siete u ocho años. Todo palpable y de emoción fría.

Un tal Matías 90 había pintado un grafiti en el muro al aire de la Cabaña del Sol, con la antigua fuente y un niño con un peto sin camiseta sentado en el borde, mirando seriamente al espectador. Había una mancha oscura detrás de la fuente. Me acerqué. Era el chasis de una moto..., quizá de una Vespa gris, sin ruedas, plantada en equilibrio sobre el suelo con ayuda de piedras y calzas de madera.

¿Era nuestra Vespa? Miré la mancha con detenimiento. Era sin duda aquel cacharro. Un sentimiento de sorpresa: alguien había mirado la Vespa y la había considerado parte del lugar, parte de lo que debía ser recordado. Cuando yo la miraba veía chatarra, un final. Pero alguien, mucho más tarde, quizá en el 90, o eso decía el número de la firma, a saber, la consideró integrada en el paisaje de aquella esquina, de aquel arrabal. Luego hasta entonces, al menos, la moto estuvo ahí. Cuando ninguno de sus dueños estaba ya en el pueblo, ella siguió en la esquina de la Cabaña del Sol.

La sensación de haberla abandonado, como si no fuera una simple carcasa, un costillar desvencijado, era algo más. Tenía un pedazo de mi historia pudriéndose con ella. Podía haberla llevado al desguace y haber enterrado decentemente ese pedazo de historia. Pero tenía prisa, todos teníamos prisa. Había que irse. No quedaba tiempo para despedidas ni para funerales. Que los muertos entierren a sus muertos...

Continué por la calle de las Aguas. Estaba haciendo el mismo recorrido que el día en que me declaré a Brígida, aquel domingo angustioso. Por las Carmelitas a San Cristóbal y de ahí en descenso hasta la primera alameda, la de la pradera en el recodo. En ese camino del río siempre había una opresión. La casa, mi padre..., los domingos solitarios, la pobreza que no dejaba hacer nada, el miedo a no salir del arrabal, la imposibilidad de imaginar una vida fuera de aquellos límites. El río se movía deprisa hacia la pesquera y los molinos, buscando el Tajo y después el océano. Saltando presas y pantanos, arrastrando troncos y ramas, pedazos de muro, cadáveres de animales, regando ciudades en las que no se detenía, un infinito desfile de siluetas que lo veían pasar.

De la casa de los gitanillos no quedaba en pie más que una pared del corral donde Angelillo fue azotado hasta quedar en carne viva. Pero en esa ruina aún estaba la aldaba en la que se ataba a la burra a la que azuzábamos con el plástico en el culo. La burra a la que me subían cuando querían hacerme una fiesta. Era una aldaba pegada con cemento a la pared, pura herrumbre. El día en que la pusieron, tendríamos ocho o nueve años, contemplamos con admiración y excitación lo que hacía el albañil. Tenía que secar por la noche. A la mañana siguiente, Porrina, el hermano de Angelillo, lloraba en la puerta y señalaba la aldaba. Algún malasangre la había arrancado durante la noche. Volvieron a ponerla y Angelillo y Porrina se pasaron la noche vigilando.

La cogí en la mano. Y entonces me acordé, o la aldaba se acordó por mí, del autor de la fechoría, jactándose en el patio de la escuela. Era un tal Abilio, del que tampoco había vuelto a acordarme, pues ese episodio fue el único que nos relacionó. Era hijo de un pastor, buscaba monedas a la puerta de los estancos y de los comercios y robaba nabos que se comía a mordiscos. Una celebridad. Nunca se lo conté a los gitanos. No por miedo a lo que pudiera pasar. Simplemente no quise esa guerra. Tenía ocho o nueve años y ya entonces estaba harto de guerras.

Pasé por delante de las Carmelitas, con su portón marrón bajo el arco de piedra amarillenta y la hornacina con San José y el niño. Las obleas en bolsitas de papel, el torno, la voz de pajarito de la monja, los niños haciendo cola. Algunos iban a mendigarlas por necesidad y las monjas lo sabían y les sacaban dos bolsas. A veces, mientras se esperaba ante el torno, sonaba un coro que hacía más misteriosa aquella vida de clausura, como si las voces viajaran a un lugar celestial, yendo y viniendo a golpe de ala.

Crucé por el barrio de San Cristóbal. Los edificios de ladrillo y ventanas de aluminio habían barrido las pequeñas casas encaladas, algunas de adobe, que enfilaban a la Glorieta. De pequeños habíamos peleado mucho con ese barrio. Pedreas. Las mujeres se escondían en las casas. Cabezas descalabradas. Los hombres no intervenían. A veces, cuando se llegaba al cuerpo a cuerpo y las hondas dejaban de silbar, los hombres se ponían en medio, porque entonces salían a relucir las navajas y los destrales. Hay una rabia que es del hambre. La alimenta el hambre. Ninguno tendría más de doce años. A mí las pedreas me aterrorizaban. Por eso a lo mejor fui tan sanguinario como el que más. A los once años pintaron en la fachada de

nuestra casa una gran calavera y debajo el nombre de Andrés. Durante un tiempo, los niños del otro arrabal me conocieron como Andrés Calavera. Los míos me llamaban capitán. Un capitán aterrorizado. Los años de instituto fueron apagando los nombres. La infancia se fue volviendo espectro.

Pero ahora, en aquel paseo que acababa de dejarme frente a la iglesia de San Cristóbal, algunos fragmentos se animaban.

Pensé en si el olvido no sería también una pasión, tan fuerte como el amor. Un pariente cercano de la huida. Llevaba de mar en mar y de ciudad en ciudad, de tugurio en tugurio, de pesadilla en pesadilla. Sí, el olvido era pasión, se ramificaba hasta las fuentes de la vida. Y las secaba más tarde o más temprano.

Hasta los diecisiete años no me atreví a entrar en San Cristóbal, la parroquia de nuestros enemigos mortales, de nuestros vecinos. La había imaginado siniestra y simbólica, cargada de trofeos de batalla, de cráneos bendecidos y hondas ensangrentadas, una especie de museo consagrado a la guerra santa. Lo que encontré fue una nave estucada con un altar presidido por un crucifijo moderno y feo, que recordaba a las iglesias funcionales de los poblados para colonos.

El frío empezaba a penetrar la capa de ropa. Al bajar la cuesta del río, oí en las proximidades el zumbido del tráfico. La alameda estaba completamente deshojada y la mancha de sol se extendía poco a poco por un suelo árido y helado, sin los pastos de hierba que recordaba. Habían talado al menos la mitad de los árboles y la antigua arboleda clareaba entre tocones y pedrizas. Estaba preparado para que el pueblo, la construcción humana, cambiara, pero no la naturaleza. Menos aún la alameda, que conocía palmo a palmo. Ese conocimiento ya no servía de nada. La primera curva hacia la fábrica de harina había desaparecido entre asadores, bancos de cemento y mesas de granito. El estuario de la pesquera podía verse a una distancia de seiscientos metros a través de un despiadado clareo.

El ruido del tráfico procedía de la autopista que cruzaba el río unos quinientos metros al sur, con enormes pilares de cemento, condenando a muerte la intimidad del lugar que muchas veces me sirvió de santuario.

No contaba con aquello. Uno cree que los lugares sagrados de la juventud no cambian, porque en ellos vive todavía una parte del pasado. Pueden ser visitados, no los derriban las excavadoras ni los destruye el tiempo. Una

especie de respeto cósmico los preserva. Sin embargo, desaparecen. Y lo curioso, no obstante, es que siguen latiendo. Desapareciendo, no mueren. Destruídos, aún ocupan espacio en algún lado.

Me aguardaba una sorpresa. La praderita, en el recodo del río, donde estuvo la carne pálida de Brígida, donde hice el amor con Cándida, se mantenía intocada. Su aspecto era herboso y feraz, y el agua discurría mansa y transparente en su orilla, sin juncos ni lodo.

Allí las imágenes se presentaron sin pudor. Iban de Brígida a Cándida y de Cándida a Brígida sin espasmos, armoniosamente, como de visita.

La piel de las mujeres se fundía con la fragancia de entonces, la humedad, el cielo escarchado. Algo de la antigua alameda y de su alma permanecía. Eran imágenes que no hacían daño, que brindaban por la reconciliación. Una melancolía afectuosa. Nadie iba a hacer daño a nadie. La alameda estaba a punto de desaparecer, pero su espíritu no se había movido del sitio.

Contemplaba la pradera desde el desmante cuando descubrí al visitante que llegaba por la izquierda, viniendo probablemente de la cuesta del salto de agua. Tendría mi edad y se movía con torpeza. Llevaba las manos en el bolsillo de un chaquetón de piel vuelta y un gorro de lana que le quedaba pequeño. Daba la impresión de un proscrito abandonado a su suerte en la frontera de la tierra habitada.

Se quedó un minuto absorto en la corriente y luego me miró a mí.

—Cuando yo era pequeño, aquí se pescaba bastante. Ahora, menos. Creo que afecta el ruido de la autopista —dijo, sin saludar.

—Puede ser —contesté—. Antes también había más álamos, ¿sabe qué les pasó?

—Decían que se molestaban unos a otros. Como los humanos —el hombre del gorro pequeño se fue acercando—. ¿Es usted de por aquí?

—Viví hace muchos años.

El hombre me miró fijamente desde el pie del desmante.

—Me recuerdas a alguien —dijo, tuteándome de pronto.

—Entonces, tú dirás —contesté, sin muchas ganas de entrar en esa conversación.

Era una cara abotagada, como hinchada a golpes, con ojos diminutos del color de las moscas. Sospeché de algún trastorno.

—Me recuerdas a uno que se llamaba Andrés —se quedó pensativo.

Yo no dije nada.

—Andrés Aja, se llamaba Andrés Aja. ¿Eres ese Andrés?

—Sí, soy ese Andrés. ¿Te conozco? No me suenas.

—Fui contigo al instituto. Yo era de la zona de Valverde y estaba en el internado. Me llamo José Luis Cardoso.

—Sí, no sé, quizá me suene.

—Un día me pegaste.

Le observé. No parecía en condiciones de venir a cobrar las fichas. En todo caso, de poner la otra mejilla.

—Lo siento, no me acuerdo.

—Nos había sacado a correr el de educación física. Yo llegué el último, retrasado, y él había obligado a esperar a que estuviéramos todos para entrar en el instituto. Hacía mucho frío, íbamos en camiseta y pantalón corto. Cuando aparecí, viniste a por mí y me atizaste un capón fuerte, delante de todos. Luego, en el portal me soltaste una patada en el culo.

—¿Y el profesor no dijo nada?

—Dijo algo, pero no te importó. Durante mucho tiempo te tuve miedo.

—Ya te he dicho que no lo recuerdo —contesté, sin llegar a creerle.

—Eras un poco cabrón, Andrés. No eras bueno. Me pegaste y yo no sabía defenderme.

—¿No sabías? ¿No te enseñaron?

El tipo me miró desconcertado.

—No, no sabía. ¿Te ríes de mí?

—Me ha sorprendido la expresión, nada más.

—Sigues siendo un cabrón... Pero eso da igual. No quería molestarte, sigue con lo tuyo.

Y cogió el camino de la ribera a toda prisa. Dejó unos cuantos malos sentimientos esparcidos por el lugar. Todo estaba demasiado cambiado y la proximidad del encuentro con Solórzano comenzaba a pesar. Habíamos quedado temprano, porque era cuando él se encontraba más despejado, aunque no me dio ninguna hora.

Durante un momento, valoré la posibilidad de ir detrás de Cardoso y atizarle otra vez. Era de esas víctimas que se escogen a sí mismas. También es cierto que su intromisión me había enfadado. Más que enfadado. Notaba la furia. Era mejor pensar en otra cosa.

Pero no lo conseguí. Vino aquella rabia. Llena de energía, reluciente, como si fuera a estrenarla.

Siempre se tropezaba con demasiada gente.

Siempre había alguien en medio, con su resentimiento, con su envidia, con su moral perezosa.

Pensar era pensar con quién toparías. Desde crío. El camino a la escuela, los otros arrabales y barrios, los territorios de juego prohibidos, las zonas de bandas, vecinos envenenados. Escaramuzas, pedradas, humillaciones.

En el instituto, profesores que odiaban a los becarios y los ponían al final del aula, que hablaban de los pobres y de las mujeres como animales inferiores.

El desprecio de las muchachas de la Obra Social Minera, ni a cien metros del almacén de Azarías, que nos llamaban a todos gitanos cuando nos cruzábamos en La Florida, el parque compartido.

El chismorreó, la condena gratuita, la mentira que convertía los actos en pleitos: en casa, en el barrio, en el instituto, con los amigos y con los enemigos. Cualquier marco era bueno, el Hogar Juvenil, los padres de tu novia, los falangistas, los gitanillos, los hijos de papá, la policía...

La persecución de los detalles. Llevar los pantalones por dentro de los botos vaqueros. O el pelo un poco más largo. O un jersey de colores que había tejido tu madre mirando el patrón de una revista.

Cualquier cosa que se saliera de la fila del cabestro, cualquier cosa, con independencia de su importancia, de los motivos, de las consecuencias, con independencia de si lo hacía un niño o un adulto, un tarado o un obrero, valía para descargar sobre la cerviz el torvo control de la aldea.

Quedaban eximidas las fuerzas vivas, porque a ellas solo se les achacaban delitos cosmopolitas, portentosos, antinaturales, como malversaciones, estupro, estafas comerciales, incestos aristocráticos, contrabando, hemofilia de estirpe. Pero solo para que los desheredados supieran que esos delitos estaban fuera de su alcance. Y que con ellos aumentaban su poder, lo canonizaban. Inalcanzable mierda.

Sí, de pronto borboteaba la rabia. Siempre había alguien obstaculizando el camino hacia las más inocentes conquistas. Así lo iban destruyendo. Así reproducían la mansedumbre y la costumbre. Matando el deseo.

Y sin embargo, yo tuve ese deseo y me enamoré. ¿Me enamoré a pesar de todas esas cosas o gracias a todas esas cosas? En el primer caso, el amor

estaría causado por un rechazo, una negación. En el segundo, al amor se llegaría con todo lo que existe, aquel pueblo y su gente, el cielo y las alamedas, las iglesias y las murallas, la miseria ancestral y los sueños de huida. ¿Todo eso había amado conmigo? ¿Es el mundo el que ama a través de uno? ¿Y para qué? ¿Para soportarse a sí mismo?

Llamé al móvil de Solórzano. Se puso su hermana. Ella dijo:

—Se va apagando poco a poco. No sabemos cómo aguanta. Hoy se ha levantado para esperarte. Está nervioso. Ven cuando quieras.

Se llamaba Inmaculada, era viuda desde muy joven, sin hijos. El marido se mató en un Dauphine estrellándose contra el único árbol que había en una recta de dos kilómetros en la carretera de Salamanca. No había vuelto a casarse. Los hermanos se habían encargado de la zapatería del padre ya en vida de este. Inmaculada no había querido estudiar después del instituto. Y Álvaro, al que todo el mundo llamaba Solórzano, nombre también de la zapatería, renunció a la carrera de Filosofía en Salamanca en el tercer año para volver a casa. Fue una sorpresa monumental no solo por las dotes del estudiante, sino por el regreso al pueblo, que detestaba con todas sus fuerzas. Debió de encontrar algo aún más detestable fuera de allí. O no detestaba el pueblo tanto como aparentaba. Lo único que oí de él fue un lacónico «no era para mí», sin mayor aclaración.

La dirección que me dieron era la de la casa familiar de siempre. Solo la había pisado una vez, en aquel entonces. Estaba cerca de la puerta de Poniente, un quinto piso, en una de las dos torres pegadas a la muralla. Por la escalinata entre ambas subimos a la ronda Brígida y yo, el día de la declaración, con su final inquietante y feliz. Aquella última hora en la Glorieta, anocheciendo, mi mano en el bolsillo de su abrigo, tanta esperanza incrédula, esa bendición perversa del amor posible.

Había un ascensor al fondo de un pasillo iluminado con farolillos y con un falso mural de bronce representando un paisaje cinegético. Noté que el frío era distinto al de afuera. El de dentro contenía silencio. Mientras pulsaba el botón del ascensor me pregunté por los motivos que me habían traído al pueblo, por los que terminaría descubriendo. A veces me parecían claros y a veces turbios. Brígida y Solórzano eran solo evidencias, quizá con demasiada luz. Se explicaban por sí solos. Era lo que sabía.

Solórzano iba a morir. Había que despedirse de él, pero Brígida ocupaba mi cabeza. También sabía por experiencia que los que van a morir llevan,

aunque sea muda, la voz cantante, si siguen conscientes, si no están extenuados por la angustia. Tampoco tenía mucho que decirle, ni me obligaba más responsabilidad que la del trozo de biografía que cada uno poseía del otro. Un trozo de hacía cuatro décadas y pico, no demasiado extensa, aunque de sombra alargada. Del resto de nuestra vida distinguíamos apenas los mojones. Habían pasado más de siete años desde la última vez que le había visto. Nunca volvió a haber intimidad, por lo menos no la de aquel tiempo. Quizá ninguna otra.

De todos modos, él quería verme. Me había contado el curso de su enfermedad desde el principio. Su evolución, su cura aparente, su recaída. Era una leucemia mieloide que se había extendido al sistema central. El que escucha o el que recibe también se compromete. Había en su insistencia una llamada silenciosa, la petición de un encuentro. Ahora era urgente. Y yo también quería volver.

Lo quería por encima de todo, sin saber para qué lo quería, volver adónde. Como si ese regreso tuviera su propia fuerza, su propio sentido y placer. Como si cerrase un círculo que nadie sabía dónde o cuándo se había iniciado. Estaba Brígida, por supuesto. Necesitaba encontrarla. Y yo tenía preguntas. A ratos, me sobrevolaba un pensamiento elemental, a demasiada altura: esto es jugarse la vida.

La hermana me hizo pasar a un saloncito en el que había una mesa camilla junto a un ventanal que daba a la vega. Solórzano estaba sentado en un sillón de orejas con una manta de mohair sobre las piernas. La luz del sol, amarilla y pálida, le partía el rostro. Parecía un modelo de cuadro cubista.

Me saludó levantando una mano pesada que yo cogí antes de que se desplomara. Sentí, a pesar de su flojera, que se clavaba como una garra. Dijo algunas palabras que se ahogaron en una ronquera profunda. Carraspeó, su hermana le acercó un vaso con agua y espesante. Era una mujer algunos años más joven que nosotros, vestida de oscuro y cara inocente, con una mirada fija de espanto. Se parecía al hermano, que ahora apenas era un arquitebe de huesos en los que se apoyaban los dos faros verdes de los ojos, desorbitados, como los de alguien gritando. Me daba miedo mirarle, tener que comparar con el que era apenas una década antes. Inmaculada me preguntó si me apetecía un café, si había desayunado. Le di las gracias y le dije que no quería nada.

—Según los médicos..., la ronquera no tiene que ver... con lo otro, es una especie de *beat off*... en el concierto general —acabó diciendo—. Gracias por venir. ¿Cómo estás? No he dormido... en toda la noche pensando que venías. Cuánto tiempo...

Con o sin ronquera aquella no era su voz. Quitando que tenía que tomar aire cada pocas palabras, y que el final del aliento era ligeramente angustioso, había perdido el toque cantarín y sonaba con una debilidad plana, trabajando el aire con esfuerzo. Estaba lejos de ser un estertor, pero esos caballos ya estaban cerca.

—Como suele decirse, esto no me lo habría perdido por nada del mundo —contesté.

—Supongo que el estímulo... definitivo fue Brígida..., sin ella, tal vez no habrías venido.

—Se me había olvidado el estilo local para romper el hielo. No digas tonterías.

—Estás igual, a pesar de la barba y... del pelo al rape. Esos ojos... son los mismos. Ese azul... raro.

El saloncito llamaba la atención. Había un aparador que exhibía en la vitrina una vajilla portuguesa. Una pared con anaqueles de madera barnizada, ocupados por enciclopedias: la *Summa Artis*, la *Universal Ilustrada* de Espasa Calpe, una *Historia de España* de Salvat, la *Historia de la Humanidad* de Planeta. Una pareja de criselefantinas en una repisa. Un grupo de angelotes de cerámica coloreada colgados de una pared. Un óleo malo representando una bahía. Era como el cuarto de estar de rancios abuelos..., aunque en realidad fuese el de los padres, que los hijos no habían tocado. Quizá el símbolo de una renuncia al mundo exterior, al cambio, al tiempo. Se habían quedado allí, bajo el legado recibido, bajo capas de convenciones. ¿Aún existía aquel Solórzano pedante, filósofo espontáneo y abanderado del pop británico que me deslumbraba?

—Gracias por venir... He llegado a la conclusión de que la agonía es... como una jubilación extrema. Uno siente que ya no vale nada. Que lo que dice... no tiene consecuencias. ¿Por qué iba a tenerlas? Ni para uno ni... para los demás. Todos te escuchan y piensan... ya está fuera del mundo, que diga lo que... quiera.

—Creo que no es así —dije.

—Claro, se me olvidaba, tú de esto... sabes.

—Es un momento importante, enseñas a los demás la forma de morir. Es como tu herencia.

—Yo también he visto... morir a gente. Al final, la dignidad da... igual. La agonía acaba... estando fuera de control.

La luz del sol era cada vez más radiante y llenaba la habitación. Sin embargo, todo parecía más en penumbra que antes. Una luz que nacía de la oscuridad y que la extendía a pesar del brillo.

—Vete, por favor —dijo de pronto, Solórzano.

—Álvaro —dijo la hermana.

—Que te... vayas..., maldita sea.

La hermana, con la carita asombrada, me miró y yo le devolví la mirada. Luego, se dio la vuelta y se marchó remisa.

—Los cuidadores son... a menudo antropófagos. Lo quieren todo, las entrañas y el... alma, el presente y el pasado. Nunca... me gustaron y mi castigo de falta de... compasión ha sido verme al final en las manos... de uno. Lo quieren todo, pero yo... no se lo voy a dar.

—Está asustada —dije yo—. Por eso no quiere separarse de ti.

—Ah, por eso.

—Tiene miedo de separarse de ti y dejar de verte para siempre.

—Eso no es amor... eso es... miedo. Y no... lo necesito.

—No puede evitarlo.

—Escucha...

Era el Solórzano que recordaba y a la vez no lo era. Estaba en plena metamorfosis. Una parte de él se había ido ya. Otra se resistía. Otra más lo aceptaba. Y otra más allá se dedicaba simplemente a dejar los asuntos en orden. Solórzano era un mar por el que cruzaban vientos a toda velocidad, alterando la superficie. No todos los que iban a morir eran así. Solo los que aún les faltaba algo por decir. Algo con lo que no podían marcharse. Los fantasmas nacen de las conversaciones inacabadas, de los mensajes que no llegan al destinatario. Solórzano no querría convertirse en un fantasma.

—Escucha... tú y yo estamos aquí para... lo mismo. No... no lo estoy diciendo... bien, espera.

Cerró los ojos un momento y se recostó en el sillón orejero. La luz producía un efecto de evaporación en los objetos, como si nos hubieran sentado a los dos en una nube láctea sobre un planeta difuso.

Con los ojos aún cerrados, dijo:

—Nuestro primer... amor. Estamos aquí por nuestro primer amor.

A continuación los abrió y aquel verde me recordó a los auténticos ojos de Solórzano, a los ojos del pasado, no solamente verdes como un mar claro, clarísimo, sino como si soltaran chispas. Una resurrección, un regreso mágico a cuando la vida explotaba.

—Tú amabas a Brígida y yo te... amaba a ti. No digas nada. No digas... nada ahora.

Un amor declarado y herido y un amor oculto y herido se encuentran aquí, en la hora de la muerte, pensé sin emoción, como en un registro de acontecimientos. Ni siquiera estaba sorprendido. En los finales no hay sorpresas. Todo es lo que tiene que ser, haya esperado mucho o poco, sea malo o bueno. Y todo está en sordina.

—Primer amor y... último. El primero es el último. No hay más..., no hubo más para mí. Cuando los hubo..., todos se comparaban con este. Y tú... tú cargaste con el tuyo toda... tu vida. Primer amor y último..., quería decirte esto.

Hablaba desde la agonía, pero aún había fuerza. Y esa voz se elevaba sobre la precariedad del cuerpo del que escapaba.

—Por qué primero y no... último. A ver..., por qué. Llamarlo último amor... sería lo correcto. A esto te dejo que contestes.

—No has perdido tu vocación filosófica. Creo que don Seve decía algo similar. ¿Una contestación? No la tengo. Supongo que si comparamos siempre gana el instante del descubrimiento, primer amor.

—No..., es primero por otra... cosa. Es la primera constatación de que... el amor se pierde. Primera pérdida..., nada menos que del amor. El amor... se pierde, sí. Todos los amores se pierden. Todas las ilusiones. Los proyectos de... la imaginación fracasan. Es su destino, no... podíamos suponerlo. Una lección temprana. Tan pronto, tan pequeños..., fíjate, hay que asimilar eso. Y no se... puede, la herida nunca cierra. Envenenado... dardo de la vida.

Volvió a recostarse y a cerrar los ojos. Oí ruido detrás de la puerta. Estaba convencido de que la hermana se había quedado a escuchar. Qué otra cosa podía hacer con su espanto, a qué otra cosa podía agarrarse, sino a las palabras del hermano, si es que quería mantenerlo en la memoria, vivo después de que se fuera.

—Nunca me dijiste que te habías enamorado de mí —intervine.

—Tampoco me dijiste... tú que te habías enamorado de Brígida, hasta... que ya fue demasiado tarde.

—Hay alguna diferencia.

—Claro..., claro que la hay. Yo no quería tener mis sentimientos. Por otra parte creo... que tampoco... habría querido los tuyos con Brígida —y esbozó una sonrisa perversa—. La vergüenza, ya sabes..., había demasiada vergüenza. Tú también estabas avergonzado, pero... en tu caso era un motor.

—Conozco el sentimiento —dije.

—La vergüenza es el primero de todos..., naces y ya está ahí. Anterior... al amor y al odio. Fedro estaba equivocado..., Eros no es el dios más viejo, es... la vergüenza..., una diosa no reconocida. Más implacable que Eros..., hace más daño... y dura más. Dura para siempre.

—Hace más daño, sí, es posible. O puede que el amor sea otra cosa. Que el amor solo sea amor y ya está —dije, sin pensarlo mucho.

—¿Y crees tú que el amor es... algo puro? ¿De una pieza? ¿Sin aleación ni escoria pegada? ¿Qué es..., qué crees tú?

—A lo mejor es la escoria, que se pega a todo.

—No, no es escoria, pero tampoco es... puro, no. Está hecho a base de miedo y de vergüenza. Miedo a... la soledad, a... no ser necesarios, a no sentir tanto... como la vida promete. Y también el miedo da vergüenza. Quiero oír lo que... piensas.

—Tú lo has pensado más, me parece.

—Lo que tú digas..., fíjate. La propaganda dice... que todo el mundo quiere vivir —tuve la impresión de que no me escuchaba en absoluto—. Falso... La vida es insoportable. Con la muerte siempre al fondo y... en cada día. Amenazados, amputados..., grandes trabajos y poca recompensa. Casi nadie quiere vivir. Le hace vivir... la promesa. El amor... es la gran promesa. El amor te hará audaz..., te hará sentir..., serás necesario para alguien. Al final..., al final..., acércame..., acércame ese vaso.

Antes de que pudiera alcanzar el vaso, se puso a toser con violencia. La hermana entró apresuradamente. Le ayudó a sostener el vaso en los labios. Bebió y cayó en un ligero desvanecimiento.

—Es mejor que vuelvas mañana, ya ves cómo está —dijo la hermana—. Se cansa enseguida y son emociones muy fuertes para él.

La voz ronca, pero irritada de Solórzano volvió a escucharse, como si volviese de ultratumba:

—Te dije que te fueras. ¿Es que no... escuchas? Vete ahora..., vete y no vuelvas.

La hermana se marchó haciendo señas de que aquello debía acabarse y él permaneció inclinado hacia adelante, con la vista fija en el suelo que pisaban unas zapatillas acolchadas.

—Al final, lo que... queremos saber es si nos creemos... la promesa tanto como para seguir viviendo. El amor es la promesa... y lo que nos pone a prueba. Queríamos morir... pronto. Morir de una vez..., sin este penar constante. Amamos o deseamos... amar para saber si queremos vivir. No es el amor de otro..., por otro. Esto trata del amor... a nosotros mismos. Si queda algo por lo que merezca la pena luchar.

Carraspeó. Abrió la boca como si le faltara aire.

—Volveré más tarde y seguiremos con este asunto. Tengo la impresión de que aún no hemos terminado —dije, intentando despedirme.

—Yo te amé... ¿Ahora lo entiendes? Sí, vete... es mejor que te vayas.

Volví a cogerle la mano para despedirme. Ahora estaba caliente y blanda, como si se hubiera ido derritiendo en el rato que habíamos estado juntos. Noté la emoción que había estado agazapada hasta entonces. Estábamos allí por nuestro primer amor, último amor. Casi cincuenta años después podía hablar de eso con un colega al que le había pasado lo mismo, que había arrastrado ese amor por su existencia. En la hora final, era de lo que quería hablar. Una confesión en toda regla. ¿Tal vez nunca se lo había contado a nadie? La historia que íbamos a compartir, la historia indeleble, no era la de hacía tanto tiempo, era esta. La de una confesión íntima y compartida sobre el secreto, y quizá también sobre el misterio, de una vida entera.

Ahora sí se llevaría a la tumba una parte de mí. Ahora sí le echaría de menos.

Inmaculada estaba más nerviosa que a mi llegada. Se retorció las manos a la altura del estómago, como si le doliera. De cerca, la piel de su cara era una tela de araña, no había surcos, nada era profundo, solo mil sendas superficiales y sin huellas.

—Rechazó el último tratamiento. Quería venir a casa. La verdad es que solo conseguirían torturarlo un poco más, porque la cosa ya no tenía remedio. Nos dijeron que nos ayudarían cuando llegara el momento. No sé

cuándo llegaré. Pero no puede tardar. Esto es casi un milagro, por lo que me dijeron.

Le contesté que me quedaría uno o dos días más, aún no lo sabía, y que me llamara si me necesitaba.

—No sé si hoy volverá a levantar cabeza. La emoción le enardece y le cansa. Ya te diré.

Al salir de la casa de Solórzano eran poco más de las diez. Enfilé la calle del Sepulcro sin saber adónde iba. Podía tomar un café en la plaza Mayor y pararme a meditar un plan para el resto del día, hasta que Inmaculada volviese a llamar, si es que lo hacía.

Pasé por delante del bar El Arriero y me acordé de Calígula. El olor a bacalao rebozado llegó desde un rincón remoto, a pesar de que el local se había reconvertido en una tienda de *souvenirs* y dulces empaquetados. El olor seguía allí, bastaba con pisar su acera, igual que bastaba con tocar la aldaba de los gitanillos. A la izquierda salía una callejuela que comunicaba con la calle del antiguo instituto. En una de las esquinas había uno de esos poyos empotrados con forma de cono trunco. De pequeño me asombraba aquel invento, en el que uno se sentaba con dificultad y con la esquina clavada en la espalda y cuya aportación añadida era obstaculizar un poco la vía.

Me senté en él. No tenía prisa. Cualquier interrupción en el camino hacia ninguna parte me vendría bien. El granito estaba como un témpano. Por la callejuela se acercó una mujer, ya mayor, con un abrigo azul claro y con el pelo recogido en una coleta de color castaño. Tenía un andar decidido, aunque un poco pesado. Cuando estuvo más cerca, me sorprendieron sus ojos color de miel, como los de Brígida. Estaban rodeados de surcos violáceos, en un rostro bastante terso, de labios algo exangües y pálidos, sin pintar, que lo avejentaban. Lo que más me llamaba la atención, de todos modos, era su manera de caminar, con la punta de los pies y un ligero resorte en el impulso. Era también la manera en que se movía Brígida. Aunque Brígida era más ligera, como si caminase a saltitos y en uno de ellos pudiese echar a volar. Esta mujer parecía una pariente suya ya mayor. Y con la carne saqueada.

Al pasar, me miró abiertamente. Supongo que le extrañó ver a un hombre viejo y desconocido sentado incómodamente en un simple poyo decorativo. También puede ser que se preguntara por mi impertinencia al observarla de

arriba abajo. Al fin y al cabo, quien la había seguido con la mirada era yo. Estuve a punto de disculparme, pero torció a mi espalda y marchaba con prisa.

La aparición de la mujer me hizo cambiar de planes, aunque no existieran. Más bien, cambió la atmósfera. Vino a la mente el molino de la segunda alameda. Era raro no haber sentido por la mañana el deseo de ir. Se suponía que era uno de los sagrados lugares. No, no quería tomar café, ni meter nada en el estómago. No quería reconocerlo, pero Solórzano estaba todavía delante de mí, con sus ojos eléctricos y su manta de mohair sobre las rodillas. En mi cabeza, aún seguía hablándome, pero ya no entendía sus palabras. Me hablaba con las palabras de la conversación interrumpida. Aún tenía cosas que decir. Había decidido no morir antes.

Y yo no estaba triste, sino excitado. Como si a paso lento estuviera llegando al verdadero hogar tras un largo y peligroso viaje en el que la esperanza se perdía cada día. El verdadero hogar..., donde éramos conocidos, donde no hay escapatoria.

Volví a la puerta de Poniente, luego dejé el puente romano a la izquierda, bajo el muro de los jardines del Alcázar, y entré en la segunda alameda. Era sábado y el pueblo me pareció más desierto de lo que recordaba.

No esperaba encontrar huellas de antiguos sentimientos ni cosas por el estilo. Desde que puse el pie en el pueblo, las emociones y el vacío se fueron alternando. Tenía la impresión de que no estaba ocurriendo nada que no estuviera previsto y a la vez de que era completamente inesperado, imborrable.

Pensé en Solórzano. En la insipidez que dejan a veces los moribundos. La forma en que desvalorizan lo que se creía importante. Quizá no son ellos, sino nosotros, los que a causa de su situación rebajamos el valor de las cosas, de la vida. Los que van a morir ayudan en la tarea. Que la vida no valga nada, por otra parte, es una forma de consuelo. Le quita gravedad a todo. Puede que lo digan por eso.

La segunda alameda se veía tan diezmada como la primera, con el antiguo camino de tierra asfaltado y ensanchado. Estaba a la vez en aquel lugar desfigurado y en la alameda por la que paseaba con Brígida, cuando sentía que la naturaleza se hacía pedazos y que cada pedazo merecía mi atención, porque iba a convertirse en historia.

Lo único invariable era el aire. Traía el aroma de los piornos helados y de las ramas de genista, del ganado y de la hierba de las navas, del barro de la ribera y de los marjales. Pero no era un olor. Era el aire que hablaba o que me llamaba y que siempre había estado ahí, bañando el relato. El lugar era el aire. Lo mantenía vivo.

El molino castillo... Ahora era una imitación de pub irlandés. The Water Mill, se leía en el letrero con fondo negro de la entrada. Los dos pisos de arriba eran un hotel de tres estrellas, que parecía estar cerrado por temporada. Miré a la otra orilla, al país de los guerreros, los marineros y las muchachas tirolesas que veía de pequeño, aquel mundo invertido. Aún podía sentirlos. Más alejados que entonces de las riberas, pero los sentía.

La barra era atendida por una mujer de mi edad que miraba a un televisor. Para preguntarme puso las dos manos sobre el mostrador. Los dedos tenían sabañones. Ella se dio cuenta de que los observaba y escondió las manos en los bolsillos de un mandil negro. Pedí un descafeinado solo.

Aquella niña..., se llamaba Isabelita, tenía cinco hermanos varones más pequeños. Su padre era barbero, trabajaba en la Ciudad y también cortaba en su casa a gente del arrabal. Desde muy cría fregaba y lavaba para todos. No iba a la escuela. Su madre no estaba casi nunca en casa. No sé qué hacía, lo único que sé es que a su familia los llamaban los Juanelos. Era buena persona, la cara apenas la recuerdo. Recuerdo sus sabañones como morcillas rojas, que le dolían. Cómo escondía las manos cuando me contaba que de mayor quería irse a Barcelona y ser emigrante. Un día una mula le dio una coz en pleno estómago. Todos creían que la había matado. Pero se levantó y se marchó a casa llorando. En cuanto pudo se escapó, escuché años más tarde, al final de la época del instituto. A lo mejor consiguió hacer su vida en Barcelona.

En las mesas había un par de tipos jóvenes ante una cerveza, con aspecto de trabajadores en fin de semana, mirando por el ventanal de cristal emplomado a la Ciudad, allá en lo alto. Permanecían en silencio y daban la impresión de estar juntando fuerzas para decidirse a subir y gastar los cuartos que tanto les costaba ganar con las muchachas de arriba. Quizá solamente se lo estaban preguntando, después de muchas experiencias decepcionantes, humillantes. Difícil tesitura. Había vivido con gente que nunca subía a la Ciudad. Gente que lo prohibía, que lo rechazaba como una afrenta, que repudiaba a otros que lo hacían. Puede que nunca les hubieran

hecho nada. Habría bastado con que los mirasen. Ellos sabían cómo eran mirados. La impotencia de no poder cambiar esas miradas.

Solórzano había hablado de nuestra vergüenza. No creo que fuera la causa de nuestro amor. No del suyo, en cualquier caso. Ni de nadie. Cada uno ama con lo que tiene: con dinero, con belleza, con poder, con palabras, con expectativas. Si lo que tienes es vergüenza, amas con ella. Naturalmente, no permitirías que te amasen por ella. Sería una vergüenza. Suena a chiste, pero no tiene gracia.

Y el amor, también lo dijo él, es una promesa, la promesa de que se pueden traspasar límites. Los del cuerpo, los del tiempo, los del valor, los del placer. No tienes que conformarte con lo que ya tienes, hay más. Promesa. Cada uno lleva su límite y lo pone en la balanza del amor. ¿Por qué no la vergüenza? ¿Por qué no ha de ser admitida en la balanza del amor? ¿Por vergüenza?

Al cabo de un rato, me marché del presunto pub irlandés y di una vuelta al edificio. La rueda del molino aún sostenía sus cangilones. En la trasera habían plantado un bosquecillo de álamos. Miré la corriente de agua y tuve la sensación de que el río se parecía a la monotonía de todo, al pueblo impasible, al hastío de las cosas, las mismas caras, los mismos días. Era un lugar lleno de cosas que habían gastado ya todas sus posibilidades de emocionar. Puede incluso que hubieran significado menos de lo que la memoria herida pretendía.

Traté de pensar en Brígida y en las escenas del molino con ella. Llegaron sin fuerza, obligadas. Aún no había pasado por delante de su casa ni por la calle Madrid. ¿Lo había evitado? Me acordé de la fuente que había en la plaza del Infantado, la de Démeter, la madre de la muchacha que se perdió en los infiernos. ¿Por qué no había ido antes? Había estado dando rodeos por los arrabales y las alamedas.

Ella estaba en alguna parte de aquel pueblo. En alguna parte real y presente. Yo la estaba buscando por mis recuerdos o por mis obsesiones, como si fueran el espacio real, el lugar donde podíamos cruzarnos y tener una conversación después de cuarenta años.

Dejé el molino y la alameda, y fui subiendo hacia la puerta del Viento. ¿Habrían conservado sus padres la casa frente a la cabina telefónica de la plaza? ¿Estarían en ella Brígida y su marido? Podría haberle preguntado a Solórzano, pero no lo hice. No fue por descuido. En el fondo, aspiraba a un

encuentro teatral, una calle melancólica, una lenta aproximación desde la distancia, dar tiempo a los sentimientos para que tiñeran la atmósfera.

Subí por la cuesta de la puerta del Viento. En las calles había movimiento, pero al ralentí, como si la gente no estuviera muy segura de adónde iba. En la Ciudad nunca hubo muchos sitios adonde dirigirse por el simple deseo de dejarse llevar, además de que las miradas resultaban incómodas. Tener un destino era un lujo. Proporcionaba cierto apresuramiento, cierta dignidad de movimiento. Yo solía inventarme destinos: a la ferretería del Mercado, a la librería de la calle del instituto, a los jardines del Alcázar, a ver los campos de amapolas desde las cañoneras, a los futbolines del cojo Godoy, al escaparate de la tienda de insignias, a la biblioteca municipal, a las carteleras de los cines. Al llegar, pasaba de largo, con otro destino en mente que había ido planeando en el trayecto anterior.

Merodear, contemplar, quedarse parado, meditabundo, era poco honorable en un pueblo perezoso. La pereza estaba condenada como una denuncia traidora, igual que sus vicios ocultos condenaban las manifestaciones del placer.

La cabina telefónica ya no existía. Como en el resto del país, estaban desaparecidas. El palacio y la fuente seguían en su sitio, conservados para el patrimonio humano. Había una tienda de deportes en la esquina con la calle Madrid, ocupada ahora por una *boutique* para niños. El piso de Brígida, el último, parecía habitado, como el resto.

Me fijé en el bloque. De pequeño me parecía un palacio como el del Infantado, pero en moderno. En realidad, lo imitaba con la piedra tallada, los adornos de columnas y los frontones triangulares. Sobrio, estilo castellano, y de todas formas pretencioso.

La entrada de la casa estaba en la calle del otro lado. Era una vía estrecha y no tenía ninguna intención de hacer guardia en su puerta y esperar a que apareciera. Tal vez Brígida pasara por la plaza. Se asomara a la ventana. Entonces, ya veríamos.

Mi comportamiento era absurdo, errático. Lo único que tenía que hacer era preguntar a quien sabía y luego ponerme en contacto. Algo cabal, no aquel fantaseo adolescente que me confundía y avergonzaba íntimamente. Una vergüenza actualizada, de última hora.

Me senté en un banco de madera junto a la fuente de Démeter. Aquel rincón era uno de esos lugares recónditos que surgen inesperadamente en

las ciudades antiguas, solitarios, en los paréntesis del tiempo y de los recorridos turísticos. Para mí había sido un escenario trágico. Allí dije a Brígida que podía morir, que estaba muerta.

Por el fondo de los soportales del callejón del mercado se aproximaba una mujer mayor apoyada en muletas, a la que asistía una joven muchacha negra. Al llegar a la fuente, la mujer de las muletas le dijo a la otra que quería sentarse en el banco en el que yo estaba. La otra le contestó que hacía mucho frío. Hace sol, quiero disfrutarlo, zanjó.

Me saludó con la cabeza y se quedó a mi lado. La chica negra permaneció de pie y luego se puso a dar paseos por las inmediaciones.

—Creo que te conozco —dijo de sopetón la mujer de mi edad.

Nos estudiamos un momento. Me recordaba a Chantal, mucho más vieja. No podía estar seguro. Me pareció mejor no decir nada.

—Tú eres Fernando, el de los Arias —prosiguió.

—No, señora. No me llamo Fernando ni tengo que ver con los Arias.

—Querías estudiar Medicina, pero al final no lo hiciste. Te rebelaste contra tu vocación. Luego, te fuiste al extranjero. Dicen que anduviste años de acá para allá. ¿A qué has venido? Ah, sí. Había una chica. ¿Has venido a por ella?

—Como ya le he dicho, no soy Fernando. Mi nombre es Andrés.

—Andrés, Andrés... No me suena ningún Andrés —dijo.

Tenía una mirada escrutadora. Empecé a sospechar que en su cabeza algo no marchaba bien. Por otra parte, cada vez me recordaba más a Chantal.

—Pues tienes que ser Fernando, el de los Arias. Entonces parecías un deportista, todo el mundo pensaba que ibas a ser deportista. Pero te ponías triste a menudo. Sí, te ponías triste. Era una tristeza que llevabas. Los deportistas no son tristes.

—Qué quiere que le diga, señora...

—Podías haber sido médico, haberte casado con una buena chica de aquí o haber sido deportista, quitándote la tristeza, eso sí, pero no quisiste. No quisiste nada. Imagínate lo que habrías sido sin tristeza.

Si era Chantal, es posible que estuviera jugando conmigo, que mezclando un poco de trastorno y otro poco de mala leche se le hubiera ocurrido aquel juego.

—¿Eres Chantal? —pregunté para cortar el rollo.

—¿Chantal? ¿Es un nombre extranjero? Yo te conocía un poco y sabía que tenías mundo propio, que por dentro vivías otra vida. Me parece que escribías. Algo tenías con las palabras. Podías haber sido escritor, por ejemplo. O filósofo. O poeta. Al final, nada de nada. Yo creo que no sabías lo que llevabas dentro. Bueno, hablo por hablar, no sé nada de ti ahora. ¿Qué eres?

—Ninguna de esas cosas. He venido a ver a un amigo.

—¿Eres ninguna de esas cosas? Ah, entonces no está tan mal. No lo has hecho tan mal, no. Eres ninguna de esas cosas. Lo eres de verdad.

—Tengo que irme. ¿No eres Chantal?

—Ah, el tiempo. Qué mal lo entendemos. Pero allá cada cual. A mí me importa una higa el tiempo y cada cual.

Había estado pendiente de la ventana de Brígida. No sé qué esperaba, además de que quizá ya no fuera su casa. Sentí el eco de la ilusión con que miraba hacia allí en otro tiempo.

Me puse en marcha hacia la calle Madrid. Ya no existía el cine, aunque quedaba la escalinata en la que hablé con Brígida. Tampoco existía la tienda de productos químicos donde compraba azufre y sosa cáustica para mis inventos de pequeño, ni la papelería de aquella vieja que regalaba caramelos. Solo aguantaba el palacio con las costuras al aire, que juraría que eran las de siempre.

El individuo del que habló la mujer podía haber sido yo, perfectamente. Por lo que hizo y por lo que dejó de hacer. Más bien por lo que dejó de hacer. Al final, había dicho algo del tiempo que no entendí. Quizá lo que hemos dejado de hacer es también parte de nuestra vida. Lo vivido y lo sin vivir nos convierte en lo que fuimos y en lo que no fuimos. Con la misma garantía, con la misma sólida identidad.

En la plaza, me senté en uno de los bancos de piedra. El día era claro y la temperatura había subido bastante. Al palacio de Manrique seguían acudiendo los lagartos y los lectores de periódicos. Solo faltaban los chuchos sin amo con el hocico levantado al sol. Quizá habían emigrado de puro aburrimiento. A alguna hora, Brígida tendría que cruzar por allí. Una ocurrencia como cualquier otra.

Pensé en llamar a Eithne. Me parecía que hacía mucho tiempo que no la veía. Cuarenta años, quizá. Y que no volvería a encontrarla al menos en otros doce.

Hola, ¿va todo bien?, respondió al otro lado del teléfono. Sí, ¿por qué lo preguntas? Me escribiste esta mañana y no parecías muy locuaz. ¿Te he escrito esta mañana?

Habían pasado siglos desde esa mañana temprano.

¿Qué tal Solórzano? Se está muriendo, pero la agonía puede durar semanas..., o media hora. Le cuesta hablar, en realidad, le cuesta todo. ¿Y Brígida? No hemos hablado de Brígida. Pregunto si la has visto. No, a lo mejor no la veo, no sé si quiero hacer eso. Lo de Solórzano me lleva todas las energías. Si te vuelves sin verla, a lo mejor te arrepientes.

Lo que no sabía es qué iba a pasar si la veía.

¿Qué crees tú que va a pasar si no la veo? Si no la ves, no va a pasar nada. Mejor dicho, seguirá sin pasar nada. ¿Te vale así?

Tenía ganas de hablar con Eithne. Pero no tenía ganas de hablar de Brígida. Había llegado un punto en que los acontecimientos tendrían que manifestarse o bien nada significaría nada. Estaba cansado de elucubraciones.

Haré lo que pueda. ¿Tú estás bien, Eithne? Solo te has marchado hace un día. De momento, estoy como me dejaste. Es verdad, un día. Un día lleno de años.

Hablamos de algunas tareas que mi mujer tenía pendientes, entre ellas un manuscrito sobre el que iba y venía, y que la atormentaba. Le dije que lo conseguiría, como siempre. Me dijo que eso nunca se podía saber. Le dije que yo sí lo sabía. Luego nos despedimos.

Me levanté del banco. Al menos, en dos ocasiones había pasado muy cerca del local del Hogar Juvenil, que quizá ya no existiera. Estaba detrás de San Damián, en una calle estrecha que iba a dar a la calle del Sepulcro.

En el camino, pensé en Eithne. La quería. Amaba sobre todo su amor por mí. Eso también era amor. Amar el amor de otro es amor. Es algo suyo que nosotros elegimos amar. Como amamos su belleza física, por ejemplo.

No era como el amor de Brígida, porque el amor de Brígida era otro. Había nacido de la emoción y del dolor, y había muerto con ellos. Tan distinto del de Eithne que sonaba raro llamarlos de la misma manera.

La puerta del Hogar Juvenil estaba exactamente igual a como la recordaba. Eso no parecía muy lógico. Sin embargo, la misma pintura marrón mierda, diría que hasta los mismos grumos en la pintura, las mismas grietas, la misma humedad mordiendo los bajos. La única diferencia es que

ya no ponía Hogar Juvenil con pintura blanca en los listones de arriba. ¿Quedaría algún rastro? Me acerqué y hasta me puse de puntillas. Me pareció ver algo. Un trazo, nada.

En cambio, vi con toda claridad cómo la puerta se cerraba en una noche de carnaval, yo acababa de cerrarla. Brígida esperaba un poco más allá. Yo guardaba las llaves en el bolsillo, me daba la vuelta, ella desviaba la cara hacia la vía de Ferreteros con los brazos cruzados, hacía frío. Ahora tenía prisa, el tiempo había volado allí dentro. Yo tenía miedo de que solo quisiera marcharse, de que estuviera huyendo. Me acercaba con ansiedad, la abrazaba por detrás. Ella decía: cuidado. Y el deseo hacia ella renacía como si no se hubiera saciado en absoluto. Al separarme de ella la desazón era la de siempre. Siempre reanimada. No importaban los abrazos anteriores.

Ese momento era entonces y estaba aquí. Vívido, de nuevo. ¿Dónde estaba yo?

Cruzaron un par de ancianas del brazo y me observaron de arriba abajo. Luego, escuché a alguien por detrás:

—¿Busca usted algo?

Había salido del figón que estaba justo enfrente del Hogar Juvenil y que ya existía entonces con el mismo nombre: El Palmo. Lo llamaban así por la estatura del dueño. El que salió ahora tendría unos treinta años, muy moreno y redondo como una pelota.

—Esto antes era el Hogar Juvenil de la OJE —comenté.

—Yo eso no lo he conocido —dijo el hombre—. Ahora es un guardamuebles del Ayuntamiento, está lleno de aperos. No se hace nada ahí dentro. ¿De cuándo habla usted?

—De hace más de cuarenta años.

—Mucho es. Pero ya le digo, nada de particular.

Y volvió a meterse en el figón.

Un almacén... El lugar adonde va a parar lo que no está ni vivo ni muerto. ¿Quedaría algo de aquella época? El sofá, la mesa de ping-pong, los banderines... Aquellas cosas se aparecían con nitidez, como si bastara con abrir la puerta para volver a encontrarlas en el mismo sitio. Sí, también las cosas tienen sus lágrimas. *Sunt lacrimae rerum*, otra vez don Severino.

Me fui al Parador. Habían dado las dos. Podía comer allí. Curiosamente, era el único sitio que me protegía de fantasías, porque era un sitio sin mi memoria. Y solo había huéspedes.

De camino al Parador, noté más gente por la calle y con más prisa. La hora de la comida. Antes, en el pueblo todos comían a la misma hora, la una y media. Las calles se quedaban desiertas. Un rato después volvían a la vida. Yo pensaba que a esa hora comían en todas las partes del mundo y que había una razón para que así fuese. Era como los equinoccios o como la variación del eje de la tierra, algo natural, algo que tenía que ver con las leyes fundacionales del planeta, con su equilibrio interno.

Los padres se enfadaban con las tardanzas, no se admitían retrasos ni de un minuto. Se oían gritos desde la calle. Era un espacio de control, de disciplina, de producción de orden. Con los años, aquella puntualidad comunitaria me resultó extraña. Al parecer, eso no había cambiado. En casa, a la una y media en punto.

Sentí lo alejado que había estado de ese mundo, incluso cuando residía en él. Y resucitó mi rencor profundo, los deseos de huida y de tajo feroz.

En el comedor hacía calor y la chimenea, de proporciones feudales, estaba encendida. Era una sala grande con una decena de mesas ocupadas. Pedí sopa de pollo y trucha. Ni tenía gran apetito ni ganas de acudir a las especialidades locales que, por otro lado, eran de digestión plúmbea.

Necesitaba desconectarme del carrusel de sentimientos un rato, si es que no eran simples y baratas emociones de antiguo vecino. Es decir, empezaba a odiar mis sensaciones.

En una mesa contigua, había un matrimonio maduro, de aspecto tenso. No sonreían y no prestaban mucha atención al plato que tenían delante.

—La epidemia acabará llegando a Europa, ya lo verás —decía el marido.

—En la televisión han dicho que no, quizá algún caso, pero aquí no será grave —respondía la mujer en un tono de resignación o de fatiga.

—Será devastadora. Escúchame bien. Están mintiendo, porque no saben nada. Lo único que saben es que si llega aquí, no tendrán medios para enfrentarse a ella. Será el apocalipsis.

—Juan, déjame comer tranquila. Ya veremos cuando llegue, si es que llega. Cómo te gusta...

—Es la peste, Mercedes, la peste...

Supuse que se referían al coronavirus de Wuhan, del que se hablaba en todas partes. Tuve la impresión de que aquel matrimonio no necesitaba ningún apocalipsis importado de China.

Si el tal Juan tenía razón, a lo mejor el pueblo, con la Ciudad y con su Patrimonio Nacional, desaparecería de la faz de la tierra. Ni me daba pena ni lo deseaba. Entonces me di cuenta de que el odio había sido mi forma de estar en el pueblo. Había existido tanto tiempo dentro de mí que lo creía indestructible. Podría haberme destruido. Pero ya no estaba. No lo necesitaba para volver a mirarlo, para avivar recuerdos. Eso había cambiado. Todo era sin odio.

Me sirvieron la trucha y sonó el teléfono. Era Inmaculada. Mi amigo estaba otra vez en forma. Podía ir a visitarle, si quería. De fondo, escuché la voz de Solórzano: que venga, que venga, qué coño le dices.

Pellizqué la trucha y me fui para allá. El día se había revuelto en aquel rato. El cielo apareció cubierto y soplaba aquel cierzo sedicioso. Algunas nubes se desgarraban en jirones grises y por el horizonte se aproximaba una cenefa oscura.

Del portal de la casa de Solórzano salía la mujer con la que me crucé sentado en el poyo decorativo. La que tenía un parecido remoto con Brígida.

Me lanzó otra mirada, quizá de inquietud. Ya la de antes no había sido buena, como si reprochara el descaro. Por un momento, me pareció que dudaba y que incluso aminoraba el paso. Esta vez desvié la mirada y me fui al ascensor.

En el saloncito habían dado la luz de una lamparita en el aparador, haciendo más densas las sombras. Afuera, al cielo le habían bajado una cortina. Apreté la mano cadavérica de Solórzano. Parecía tener más fuerza que cuando nos despedimos. Sus ojos relucían, del color de un mar a mediodía. Tenía una sonrisa en la cara que ya no era una mueca.

—¿Sabes una cosa? Que no haya... el consuelo de un más allá es tranquilizador. No hay nada... que esperar. No tienes que... someterte a tus propias dudas. ¿Tú qué les... dices a los que se mueren?

—No tengo un repertorio. Hablo. Generalmente, cuando me preguntan. Y he aprendido a callar. Estoy ahí.

—¿Y en la desesperación?

—Hay poco que hacer. Excepto que los presentes no caigan en ella. El último cuadro no puede ser el de gente desesperada alrededor de alguien que agoniza.

—Qué más da. El muerto... enseguida olvida.

—Pero los que se quedan no. Esos recuerdan y avivan los temores. Lo que le han hecho a ese muerto, lo que a ellos les espera...

—Yo no quiero que estés... ahí cuando suceda. No te quiero en mi cabecera. Quiero que recuerdes... nuestras últimas conversaciones y que esa sea tu memoria... de mí.

Después, Solórzano dormitó unos instantes. La cabeza hacia arriba, la boca abierta, los brazos laxos sobre el sillón de orejas. Su cuerpo tenía una inmovilidad poco natural. Se oía su respiración baja y uniforme, una brisa floja.

Afuera cayeron algunas gotas. Luego, se descargó un chaparrón breve. No me gustaba la idea de seguir allí al final de la tarde. Los anaqueles, el sillón, los muebles castellanos de madera oscura se apagarían aún más. Costaría respirar, costaría pensar que habría una mañana al día siguiente. El atardecer de aquel cielo siempre había sido el fin del mundo, incluso en los días claros, brochazos de furia, el aviso de que el destino se escribía en lo alto y era aciago.

De pronto dijo, sin cambiar de postura:

—Debes de haberte cruzado con Brígida.

—¿De qué hablas?

—Ahora, cuando venías.

—Solo me he cruzado con una señora mayor en el portal.

Se fue girando con esfuerzo, en su cara había una expresión divertida.

—¿Qué edad tiene Brígida, Andrés?

La pregunta me dejó confuso. Me di cuenta de que no podía responderla inmediatamente y también de que era incapaz de hacer el cálculo, aunque el cálculo era muy sencillo, de hecho, no había ningún cálculo que hacer.

Me sentía mal, la sopa de pescado, mi cabeza convirtiéndose en humo. No encontraba una contestación.

—¿Tiene dieciocho años, Andrés? ¿Por eso no... has podido reconocerla? Oh, Dios... ¿Has estado buscando a una muchacha... de dieciocho años?

Me sentía como si me hubieran pillado *in fraganti*, aunque de un delito que no sabía que hubiera cometido. Pero la humillación era la misma.

—No sufras..., no sufras. Todos miramos... con la edad a la que nos rompieron el corazón. Nos vemos así... y también a los demás.

—Bueno, es un poco desconcertante —murmuré.

—¿Sabes? Ni siquiera... al tenerte delante se me va el que eras a los... dieciocho. Eres como un emisario que... tú me envías desde el pasado.

Apareció Inmaculada.

—No he preguntado si querías tomar algo. Tengo café recién hecho.

—Un café solo, gracias —contesté—. Sin azúcar. Puedo traerlo yo.

—Tú ni te muevas —dijo Solórzano.

—No hace falta, gracias —musitó la hermana.

Solórzano permaneció con los ojos semicerrados en dirección a una criselefantina que hacía un plié o similar. En realidad no creo que la estuviese viendo. Conocía ese gesto, lo había visto muchas veces aguardando en la cabecera de los moribundos. Un lugar remoto en el que no hay nada. Luego, rebota y se mete en las entrañas. Un vacío de cosas que se funden, de tiempo que se funde. Dura un instante, a veces se alarga, y no duele.

Inmaculada trajo el café en una jarrita, con taza y azucarero a juego, a pesar de lo que dije sobre el azúcar. Parecía porcelana portuguesa, unos colibríes se sostenían en el aire con las alas en distintas posiciones.

—Tienes que ir a verla —dijo Solórzano, de vuelta.

Di un trago al café. El café se quedó en la garganta, embalsado. Agarré una servilleta y traté de expulsarlo. Lo conseguí. Estuve tosiendo.

—¿Tu... disfagia? ¿Nunca... conseguiste librarte de ella?

—Creía que sí. Pero se ve que no. ¿Viene a verte a menudo?

—¿La disfagia?

—Sigues siendo gracioso, además de filósofo.

—No viene mucho —dijo, con una sonrisa—. Pero se... aparece, sí. Me preguntó que si tú estabas... aquí. Que creía haberte visto. Yo le... dije que no sabía a quién había visto. Pero que estabas aquí. No habló más sobre... el asunto. Está cinco o diez minutos. Trae algún regalito... aunque para mí ya no... hay regalitos. Me pregunta cómo voy. No tenemos... mucho de qué hablar.

—¿No dijo nada más? ¿No notaste nada?

—No ando muy fino... en el tema de notar. Pero no registré... nada..., nada, creo. Tal vez dijo algo de... sorpresa o de curiosidad, pero... no hizo preguntas... ni mayores comentarios.

—Dime una cosa, ¿crees que estuvo enamorada de mí?

Puso una cara algo sorprendida.

—¿Y tú... la amaste?

No contesté. No sabía por qué le había hecho esa pregunta a Solórzano. Nunca le había abierto del todo mi corazón, solo mi desesperación. Hubo un silencio.

No había ruidos en la casa. No había ruidos afuera. Percibí algo que ya sabía, pero de lo que no había sido consciente todavía. El pueblo era el lugar más silencioso del mundo. Daba la impresión de tragarse los ruidos. A veces se escuchaba el de un motor, el de una voz o el de un pestillo, pero muy distante y ahogado.

La muerte era un silencio decretado sobre todo lo que existía. Y los seres obedecían. Todo callaba y se congelaba en el tiempo. El pueblo era un emisario de esa muerte. No era un defecto o un pecado. Puede que fuese un conocimiento ancestral que se había ido petrificando en las murallas y en las capillas, en los viejos palacios, en las cisternas, en los claustros, y también en la corriente murmurante del río, en el viento sobre los árboles, en las palabras que salían de los labios y caían al suelo sobre el que pisaba todo lo que existía.

Amar allí quizá fuera la locura despertando contra la ley eterna, un rapto melancólico de la vida que se desvanecía y que lanzaba un último grito en mitad del silencio que aguardaba para devorarla.

—No hace falta que contestes. Supongo que te amó..., sí. Por qué no. Eso no habría sido... tan raro. Pero lo que no podía... era entregarse. Y quizá tú podías... entregarte, pero no amar.

—¿Y cómo podría entregarme sin amor?

—Es una cuestión... de prioridades.

—Yo la amé —dije, rotundo.

—Un amor... que no podía esperar su ocasión..., que tenía... prisa. No... no podías permitirte una demora... una duda. Claro... fue la duda. Del amor no debe haber duda. Habría sido... tuya al final, estoy seguro. Quizá no te acuerdes... de cómo eras.

No, no lo recordaba. Lo único que recordaba era que había querido olvidar. Y de cada cosa que había querido olvidar, recordaba su olvido, no la cosa.

—Hoy me he encontrado con un tipo que decía que se llamaba José Luis Cardoso. Me dijo que un día le aticé un poco, porque nos retrasó en la clase de deporte. Y que yo era un cabrón y, ya puestos, que lo seguía siendo.

—Pues me acuerdo... de eso.

—¿Te acuerdas? ¿Tan escandaloso fue?

Movió la cabeza y me miró por una ranura de los párpados.

—Y luego en la plaza del Infantado una vieja que se parecía a Chantal me ha contado mi vida. A esta parece que le disgustaba que haya hecho tan pocas cosas en la vida.

Solórzano levantó una mano y la dejó en el aire. Luego, se la llevó al regazo y la metió debajo de la manta.

—No tenías mucha piedad. Había que saber... bastante de ti, para tenerte estima. Para quien no sabía..., para quien no sabía... eras su némesis. ¿Crees que eras malo? ¿Cruel?

—No sé si quiero una respuesta.

—Crees que sí, entonces. Bueno..., quién sabe. Malos... y buenos, es tan gracioso. ¿Cómo decía... la canción de Piaf..., *je ne regrette...*?

Su cara se crispó. Trataba de hacer memoria y la memoria no venía. Tenía los labios apretados, blanqueaban. Cuando se relajaron un poco, algo de saliva resbaló por la comisura. Se levantó una mano torpemente y se limpió con la bocamanga del jersey.

—*Non, je ne regrette rien, ni le bien qu'on m'a fait, ni le mal... tout ça m'est bien égal...* No lamento nada... lo perdono todo. Todo me parece bien así. Hasta el bien... que me han hecho. Y el mal. Qué... más da ya el mal, dónde ha ido... a parar.

—Y con mis recuerdos encendí un fuego... —rememoré.

—Eso es... un fuego... fuego para todo, fuego para todos.

Solórzano ya no estaba completamente allí. Se estaba yendo. Era una despedida muy lenta. Dentro de poco, en unos días, una semana, su cuerpo permanecería allí, pero Solórzano ya no estaría. Los muertos no son los vivos en otro estado. Ni la piel ni los huesos que dejan son ellos. «No vayas a mi tumba a llorar, porque yo no estoy ahí...». Los muertos no están en el espacio. Alguien dijo que se ocupan de nosotros. Gente que se ha ido. ¿Era Brígida una muerta? ¿Se ocupaba de mí?

—No estamos hablando mucho de ti —dije.

—Porque no lo necesito. ¿Es... que quieres saber algo?

—¿Por qué dejaste la universidad, por ejemplo? Mejor dicho, ¿por qué volviste a este pueblo?

—Ya no me acuerdo. Eso... tiene gracia, ¿eh? Te lo juro..., que no me acuerdo. Las grandes decisiones..., olvidamos... que las razones se olvidan.

Y se rio, de una forma clara, no como un agonizante. Como un niño al que la risa se le escapa del pecho o de la tripa.

—A lo mejor prefería... la zapatería..., prefería la zapatería y pensar por mi cuenta. Me gustaban... mis pensamientos. Me llevaba bien con ellos. Y a mí... me bastaban. La zapatería era ideal..., no me obligaba a... pensar en ella. Tú preferiste... ponerte las botas de siete leguas. Me interesas tú, solo tú..., no me obligues a hablar de mí.

—Solo yo...

—Es por narcisismo. Quiero quedarme en tu cabeza de esta manera..., hablando..., que veas que... a pesar de todo no perdí el tiempo..., que hubiera podido ser tu amigo toda la vida, que hubieras... podido quererme. Yo te amaba..., en eso no quieres pensar. Y a nadie más amé. No..., en eso... no quieres pensar. Es cierto... qué importa ya... lo único que importa.

Volvió a quedar traspuesto. Ahora duró más que las otras veces. Me levanté, fui hacia el balcón. Daba sobre la ronda de la muralla. La incertidumbre de Brígida cuando le propuse ir por el camino largo. Se quedó quieta, con las manos en los bolsillos de su abrigo carmín, y en el silencio de esos segundos debí de haber sabido que lo sabía todo. Pero para saber me faltaba valor. Mi amor por Brígida siempre estuvo muerto de miedo. ¿Eso era amor? Quizá la pregunta de Solórzano tenía sentido. ¿La quise? Tenía sentido no porque hubiera dudas, sino porque ponía las cosas en su sitio. Era un amor con miedo. No simplemente amor. A partir de eso, debería hacerme las preguntas adecuadas y saber si la conversación con Brígida sería también adecuada.

El resplandor de la lamparita del aparador llegaba hasta la única fotografía de la estancia. Reposaba en un marco de plata, en un anaquel de la *Summa Artis*. Me acerqué, se trataba de los padres de Solórzano. Era una foto típica de los sesenta, al menos típica de aquel pueblo, los retratos separados de ambos, de pecho para arriba, nimbados, retocados, observando severamente desde un más allá.

Una foto del mismo estilo también estuvo en mi casa, en un marco blanco y negro de madera. Mi padre y mi madre a los lados. Yo, en el centro, un poco por debajo de ellos. Tendría seis años. Ya no conservaba

ninguna foto. Las pocas que había hecho en mi vida nunca había vuelto a mirarlas. Siempre me parecieron algo funeral, de instantes y gente muerta, al servicio de los que necesitan pistas para activar recuerdos. O de los que se aburren a solas con su cabeza.

Me paseaba por el salón. En cierto momento pensé en aquellas casas lóbregas y con muebles oscuros, de meseta castellana. La luz no cumplía ningún papel. El tiempo no iba hacia el horizonte, así que no había mucho que ver. El tiempo iba hacia atrás, hacia la oscuridad total, atravesando franjas de tiniebla. Los pueblos vaciados, las llanuras reseca, la huella por todas partes de los que huyeron, señalaban hacia un origen donde aguardaba el sueño de la redención. Redimirse por un pasado que era también un sueño.

Volví a mi asiento. Solórzano no se movía y su respiración era un poco más fuerte. Por los cristales escurría el agua como un collar de cuentas sueltas. El cielo estaba uniformemente gris y la habitación empezaba a abstraerse del mundo. A rebotar, a ascender y a caer, como si hubiera soltado amarras. Si Solórzano se estaba yendo, yo me estaba yendo con él. Sería una buena muerte acompañar a un muerto hasta su destino. No dejaba de ser un ascenso profesional, después de tanta cabecera de moribundo.

Intenté recordar aquella canción. Solórzano me pedía cosas cuando estaba en Londres y me hacía recomendaciones. Más de quince años atrás, me pidió que escuchase una canción. No solía acordarme de las canciones, era sordo para la música. Solo me acordaba de las que escuché el día en que conocí a Brígida en aquel baile. Esas melodías se borraban y reaparecían cada cierto tiempo. A esta le pasaba igual. Es verdad que me llegó hasta el fondo.

Decía *mystery* por todos lados, o al menos eso me parecía. Sí, así empezaba: *God knows..., God knows how I adore life*. ¿Y después? Después, nada. Cerré los ojos. No podría acordarme. Tampoco sabía por qué quería acordarme. Tal vez por el momento, tal vez porque Solórzano y yo nos estábamos yendo. Eso es: *When the wind turns on the shores lies another day...* Sí, sí, y entonces a continuación, claro, *I cannot ask for more*.

La melodía era lo que no venía. Llegó primero la del tercer verso. Quizá si tratara de cantar... Entonces tarareé. Pero nada. Dije los versos en voz alta. Varias veces, muchas. Hasta que entonces surgió de la nada, ahí estaba,

esa melodía que no era más que una despedida, y que lanzaba aquella estancia al infinito de las cosas que no regresan, subida en las ondas de una canción:

God knows how I adore life

When the wind turns of the shores lies another day

I cannot ask for more...

Y la voz de Solórzano, débil, pero perfectamente entonada, dueña por completo de sí misma, sin angustia y sin ahogo, la voz del joven que venía a llevárselo, cantó los versos:

And the moments that I enjoy

A place of love and mystery

I'll be there anytime...

La cantó entera, sin trabarse, sin asfixia, en voz muy baja. Aunque las notas sonaban con fuerza, con ritmo impoluto, claras y firmes. Sí, yo tenía la impresión de que su juventud venía a llevárselo, de que se tenían que ir todos, y de que eso era la muerte: el joven, el viejo, el sano, el enfermo, el que amó, el que no fue amado..., todos tienen que irse, todos se llaman unos a otros. Cada alma es una multitud.

Cuando acabó, dijo:

—Estoy contento. No vuelvas. Ha sido... mejor de lo que esperaba. Nunca superaríamos... esta despedida.

—No me importa quedarme —contesté.

—Tienes que entender. Ya... puedo irme. Todavía tardaré un poco... pero ya... puedo irme. Puedo porque ya... tengo algo que llevarme. No te quedes... hasta el final, por favor. Y ahora... llama a Inmaculada, de prisa... me duele.

—Ahora mismo.

—Adiós...

Me acerqué a él y le besé en la frente. Luego, sin saber por qué, sin estar seguro, pero con la certeza de que tenía que hacerlo, le besé en los labios.

—Eso ha estado... bien —dijo—. Le daré tu moneda a Caronte... posada en los labios. Dolor..., vete... Adiós, amor.

Inmaculada ya estaba en la puerta del salón.

—Tienes que ver a Brígida..., vive donde siempre. Vete... Brígida...

No podía atravesar la puerta. Él miraba hacia la criselefantina. El esmeril oscuro del día le bañaba la cara.

—No te quedes ahí, busca... a Brígida. Es... importante para ti.

Inmaculada, que se había agachado sobre él, se volvió y me hizo un gesto de súplica para que me fuera. También me hizo señas de que llamaría más tarde.

Salí a la calle y lo que vi me pareció que era lo que había estado viendo toda la vida. Pero viéndolo sin mí. Se había ido la emoción o quizá simplemente la impresión del regreso. Era el pueblo de siempre, no el de mi imaginación, no el de los rincones con santuarios de la memoria, no una extensión viva de mi cuerpo y experiencias.

Eamus ad dormiendum, cor meum..., proponía don Seve. Vámonos a dormir, corazón mío. El corazón se acostaba y Solórzano se acostaba en la última de todas las horas. Los muertos se llevan la parte de nuestra historia que solo ellos conocen. Así que parte de nosotros muere con ellos. El corazón... se lo reparten los bandidos a los que hemos dejado entrar en nuestra vida.

Siempre había luchado por evitar la pena o por neutralizarla cuanto antes. No temía el daño que pudiera hacer. Era porque me parecía reiterativa, insustancial, el menú de todos los días que al final hace que la comida no sepa a nada en un mundo de aburrido dolor.

El viento corría ahora a rachas por la calle Madrid. Y a veces hacía un silbido largo, como el de una llamada o un aviso. Quizá la ciudad se estaba poniendo en alerta por lo que iba a pasar. El reencuentro de dos seres que decían haberse amado cuarenta y tres años atrás, como si continuaran siendo los mismos y sus recuerdos los mismos y sus balances los mismos. Una gran historia real para una mala película de porquería romántica, una atronadora salva de aplausos a un escenario en el que los actores están borrachos o dormidos.

Estaba delante de la cancela del edificio de Brígida. Todo iba a pasar, todo era inevitable como el día en que fui a esperarla a San Damián y salió con su padre y con aquel abrigo. Y como aquel día, yo tenía que saber. Saber sin piedad, saber de una vez. Y arrancarlo de su garganta. Degollándola, si fuera preciso.

Toqué el timbre del portero automático. Respondió la voz de una mujer. Podía ser la de Brígida, aunque en otra clave.

—Soy Andrés Aja —dije, y a continuación titubeé, atascado en lo que iba a decir.

La despedida de Solórzano me había producido una especie de desorientación, como si al cuerpo le costara reconocer el espacio que ocupaba.

—Ahora bajo —contestó sorprendentemente la voz.

El atrio tras la verja seguía igual, con un parterre de tulipanes y setos de boj enano con una fuente de pila en forma de concha. Solo lo había atravesado una vez. Estábamos haciendo un trabajo para el instituto con otros compañeros sobre la historia del pueblo y fuimos a casa de Brígida. Tenía un magnetofón de bobina abierta, al que había que enganchar la cinta. Yo nunca había visto uno. Ella lo manejaba con soltura. No recordaba nada más de la casa. Recordaba el magnetofón. Aunque tal vez lo recordara porque la imagen venía junto a las manos blancas y rosas de Brígida. Las manos que ya entonces quería en mí sin saberlo.

Se abrió el portal de la casa con frontispicios y apareció la mujer del poyo y del portal. Brígida. No llevaba la camisa de flores celestes y naranjas, cosa extraña. Ni sonaba la canción de Roberto Carlos. A medida que se acercaba por el camino de grava entre los setos de boj, supe por qué me había costado reconocerla. Por qué, en realidad, aún no lo había hecho. El rostro se había afilado y endurecido, cincelandos los pómulos y dando forma triangular a aquel óvalo tierno. Los ojos se guarecían bajo unos párpados cansados, y la tersa piel de antes, con su blancura de albayalde, se había apagado en un blanco mate. Solo el color de su pelo parecía el mismo, aunque quizá se lo tiñera. Al verla por la mañana me había parecido una especie de pariente de aquella Brígida. Y sin duda lo era. Era su madre. Aquella hembra dura, estirada, inalterablemente consciente de su posición ante los demás. Un calco.

Cuando abrió la cancela, retrocedí unos pasos. Se quedó observándome.

No me parecía Brígida, no me sentía en presencia de Brígida. Aquel híbrido imposible de garza y yegua no estaba allí. Tampoco era su madre, de acuerdo, quitando la similitud tremenda. Era simplemente una desconocida. No, no era una desconocida. Era uno de esos mensajeros que llegan del pasado con noticias frescas, pero ellos mismos no son el pasado. La diferencia con un mensajero corriente, con un cartero de Correos, es que aquí la carta era el cuerpo que tenía delante.

—Eres Andrés. Me lo había parecido esta mañana. Aunque has cambiado —dijo la mujer, Brígida.

—Cambiamos, claro... —no me atreví a hablar de ella.

—Has venido a verme —dijo en el mismo tono, una simpatía tranquila y fría.

—He estado con Solórzano.

—Pobre... —su semblante se nubló tenuemente—. ¿Qué hacemos, damos un paseo? ¿Te parece bien la muralla, verdad? —y sonrió con un atisbo de complicidad.

Quise justificar enseguida la visita como cortesía o algo así, una especie de deber aunque no supiera hacia quién, porque lo que quería preguntar a Brígida no me sentía capaz de preguntárselo a aquella mujer.

—Solórzano me dijo dónde vivías. Yo no sabía que estabas aquí. Quería saludar. No sabía... —me enredé.

—Bueno, has venido, da igual.

Subimos por la escalera de la puerta de Oriente. Ella fue delante. Llevaba un abrigo rojo de pelo rizado, pero no en el tono carmín de aquel día. Unas medias negras y unos botines también negros. Por detrás parecía más enérgica y joven que por delante. Sus piernas estaban fuertes, endurecidas por el ejercicio. Quedaba poco de la muchacha tierna y de rasgos suaves que yo tenía en la memoria.

Al llegar arriba subimos al baluarte y luego continuamos por las cañoneras, en vez de por la ronda. Mejor dicho, ella decidió ir por ahí. Iba delante, como aquel día, y según su costumbre de lebel. Yo tenía que verla a distancia y hablarle a distancia. Aunque ahora no tenía nada que decir. Pero al repetirse la historia, tuve la impresión de que si la dejaba alejarse un poco más, aparecería Brígida y entonces yo podría hablarle, preguntarle. La misma historia.

Los andares como con resortes, eso tampoco había cambiado. En total, era Brígida y no Brígida, y al final yo tendría que hablar con alguien igual de distinto y de idéntico a la mujer con la que quería encontrarme.

De todos modos, estaba convencido de que necesitaría valor para provocar la conversación que me interesaba. Tal vez podría hablarle a gritos, como la otra vez, mientras saltábamos de cañonera en cañonera.

La tarde no se había despejado. Daban las seis. Había penachos de niebla que se elevaban desde los collados del Subirón como si fueran humo. Luego se estiraban y se acostaban pacientemente sobre los encinares.

Se detuvo a la altura de la catedral, sobre la plazoleta del edificio de Sindicatos donde Solórzano y yo tuvimos la entrevista con el otorrino falangista. Allí seguía el monumento a los guerrilleros que lucharon contra los franceses.

—Aquello es La Estrella. Era tu barrio, ¿verdad? —dijo.

Llegué a su altura. Abajo estaba La Estrella, pero arriba estaban los ojos color miel, los de antes, derramándose por los párpados cansados y lanzando chispazos ambarinos sobre el arrabal pobre. Entonces, sí, entonces Brígida se presentó y me advirtió de que estaba allí, de que no me dejara engañar por las apariencias.

La mujer, Brígida, decidió bajar a la ronda. Fui detrás. Observaba el antiguo Seminario, ahora vacío, y los bajos en los que habían establecido un museo singular y según decían único en el mundo: el Museo del Orinal.

—Es toda una aportación a la antropología de la zona —comentó Brígida—. ¿Qué hiciste?

—¿Qué hice?

—Me refiero a tu vida. No he sabido nada. No he preguntado, para serte sincera. Solo al final Solórzano me contó algo.

—Lo que he hecho... Viajé mucho. Luego me paré. Nada de particular.

—¿Te molesta que te pregunte?

¿Qué quería? ¿La verdad? ¿Y quién era ella para querer la verdad? No la conocía tanto, más bien no la conocía en absoluto. Muy bien, voy a decirte la verdad, Brígida: lo que más he hecho ha sido pensar en ti, o sea, convertirme en un tarado que no sabía si iba o venía, y hacerme las mismas preguntas durante más de cuarenta años. ¿Qué tal? Resumiendo, estoy loco. En fin, ya que tanto te importa, eso es lo que he hecho, estar loco.

—Soy trabajador social —dije.

—Ah. Eso es ayudar. Es importante ayudar —murmuró—. ¿Tienes alguna especialidad?

—No. Pero normalmente estoy con los que van a morir. Me quedo con ellos hasta el final. Cuando quieren.

—¿A veces no quieren?

—A veces no saben o no pueden querer.

—¿Qué se hace cuando alguien va a morir? —se volvió hacia mí y el rostro se había endurecido aún más, era difícil ver tras el velo de piedra a la muchacha que yo andaba buscando.

—Necesitan escuchar, aunque ellos piensan que necesitan más hablar.

—¿Y qué les dices? —la fijeza de los ojos también era nueva.

—Siempre pienso que yo estaré en su lugar dentro de más o menos tiempo. Y que todo el rato nos estamos yendo, ellos y nosotros. Es un estado mental; luego las palabras vienen solas. No trato de tranquilizarlos, no trato de consolar a nadie...

—¿Y les haces bien?

—Lo poco que hago, creo que sí.

Me acordé del muchacho desesperado:

—Pero no siempre.

Luego, la mujer, Brígida, reanudó la marcha. Capas de nubes con distintas gamas de oscuridad planeaban sobre nosotros. El aire espolvoreaba cristalitos. La temperatura bajaba deprisa.

—Se me murió mi hija a los cinco años —dijo con voz tranquila—. Yo estaba tan desesperada que no le serví de nada. No quisiera volver a aquello, pero a veces pienso que sería necesario. Despedirse en paz..., los vivos y los muertos.

—Lo siento de veras. No lo sabía.

—Verás, hay un momento en la vida en que sentir no es nada, no importa. Es difícil entenderlo. Hay algo por encima. Si lo superas, si no te dejas matar. Estás del lado de los que observan su dolor fuera de su propio cuerpo.

Entendía más de lo que ella creía, pero me limité al tópico:

—La muerte de un hijo es distinta a todas las demás. No puedes despedirte. No hay manera. El otro no te deja.

—Hace mucho de eso..., ayer. Siempre parece ayer y el tiempo no marcha al ritmo que debe —no murmuraba, era una resonancia de cueva, muy al fondo—. Todo lo contrario, me temo. En algún sitio tendrán que aprenderse las despedidas, incluso las difíciles. Que yo recuerde, tú y yo no nos despedimos muy bien. Lo que pasó después...

—¿Después de nuestra despedida?

—Durante mucho tiempo tú no fuiste más que el de aquella despedida. Un ser furioso, herido, con ganas de herir, sin compasión. El resto de ti quedó borrado. Es importante, sí... —su voz tendía a decaer al final.

Llegamos a la perspectiva del molino. Estuvo mirando en esa dirección, a través de la segunda alameda. No dije nada. Cuando parecía que Brígida se

acercaba, aquella mujer se interponía. La historia de la muerte de la hija, por ejemplo. Nos separaba mucha vida, los dolores de los que tratábamos de reponernos, las equivocaciones que aún teníamos que perdonarnos, las esperanzas que no se cumplieron, la fe que se perdió por el camino.

—Te gustaba aquel juego —dijo—. Tú te ibas a la guerra y yo te esperaba. Pasaban años. Entonces aparecías en la puerta.

—No me acuerdo mucho —contesté.

—¿De verdad no te acuerdas? ¿Por qué me acuerdo yo, entonces? Cualquiera sabe, claro.

Era verdad. Bueno, no era verdad. No me acordaba en absoluto. Viví convencido de que ningún detalle de aquellas pocas semanas que pasamos juntos había escapado al registro. Pero estaba seguro de que el recuerdo de Brígida era verdadero. Porque era Brígida quien lo estaba contando, no cabía duda. Cada vez se acercaba más.

—Era un poco machista el cuento, desde luego. Pero se trataba de emocionarnos más de lo que ya estábamos. De saber que algún día llegaría la separación y la distancia. De saber que habría algún día. Estábamos inventando el tiempo. Eso es emocionante.

La pequeña ironía escondida siempre en los juicios sobre las cosas, en las descripciones de hechos, incluso en los amargos, por ejemplo, cuando hablaba de su padre o de sí misma, ahora parecía asomar un poco.

Pero lo que me había encontrado no era un ser que me esperaba o con una cuenta pendiente, ni que pudiera concentrarse en mi presencia, sino con un ser doliente, para quien yo no era más que un eco devuelto por enseñadas del tiempo en las que apenas recordaba haber puesto el pie. Los dolores intolerables borran todo lo demás.

Por otro lado, no podía estar seguro, ni remotamente, de lo que significaban nuestros recuerdos para ella. Extravagantes, infantiles, chocantes, los observaría desde la experiencia de su vida, si los observaba.

—¿Y tú qué hiciste? —pregunté, apostando por mi turno.

—Me licencié en Exactas. Fui profesora ayudante en la facultad, en Salamanca. Casi ni me había estrenado, cuando me enamoré de un hombre que pasaba por allí. Pasaba literalmente, porque era un ejecutivo de una auditora internacional y se iba en pocos días a su central en París. Me fui con él. Un flechazo, ¿no?

—Saliste como una flecha, por lo menos.

—Los franceses lo llaman un *coup de foudre*. Un relámpago. No atraviesa tanto como una flecha, y no digamos una lanza. El cielo se ilumina, se ve en la oscuridad y yo debí de ver la carretera a los Campos Elíseos.

—*Philótetos eros...*

—¿Eso es griego? Tú tenías algo con el griego, ¿verdad? Eras de letras, pero querías ser médico. Algunos creían que ibas a ser escritor. Espera, no, eso lo decían de Solórzano. Bueno, ¿qué es lo que acabas de decir?

—No lo sé muy bien. Es como un amor a Eros, que también es amor. Puede traducirse como ansia de amor. ¿Y ya no volviste a la universidad?

—Nos casamos. Él me necesitaba. Necesitaba un senescal, no era bueno organizándose con las obligaciones sociales, y tenía muchas. Ascendió deprisa y su necesidad de mí también creció. Di clases en algunos sitios por los que pasábamos, un trimestre, un seminario, para matar el tiempo. Una vez colaboré en un texto para estudiantes de posgrado. Siempre fui una muchacha convencional, Andrés.

Me acordé de Robbie y su novio convencional.

Y echó a andar. Una de las preguntas que había martilleado mi cabeza para cuando me encontrase con Brígida era la de si había estado realmente enamorada de mí. Me fui con la incógnita y se me ocurrió que podría resolverse. Ahora me parecía una pregunta completamente absurda. La persona a la que tenía que hacérsela no era la persona con la que caminaba por la ronda. Podría hacer memoria y decir que sí, que creía que sí. O podría mentirme directamente, para salir del paso. O engañarse a sí misma. O mandarme a la mierda, por pesado. Eso no quiere decir que no me interesara la respuesta. Lo que pasaba es que la respuesta ya no estaba allí.

El Parador apareció a la vista tras el recodo del obispado. Fue en ese tramo, aquel domingo, donde yo me puse a cantar a José Feliciano y ella echó a correr. Y donde, cuando la alcancé, estuve a punto de confesar aquello que me estaba matando de puro atragantamiento. No lo hice, tuve que esperar a la tarde, a sacarla del cine. El miedo era más grande que el amor. Y ya sabía que el dolor también sería más grande que el amor, que ya lo era.

Los jardines del padre de Chapi descansaban en la bruma, abajo el río parecía una lengua de agua muerta y más allá los campos comenzaban a oscurecerse, salpicados de las primeras bombillas encendidas. Era la hora

gris de los días cerrados de lluvia o de frío. Eithne la llamaba la hora del adiós. No era de día ni de noche, no era tarde ni mañana, todo eran sombras que se movían en una niebla, hasta el pensamiento era una sombra, y el día no avanzaba ni hacia la oscuridad ni retrocedía hacia la claridad. Lo eterno debía de ser algo así, una parada ininterrumpida, un aliento que se había quedado en suspenso para siempre.

Después de las últimas palabras, había empezado a caminar más deprisa. Yo me quedé rezagado. Me hizo gracia. Otra vez la misma situación cerca ya del Alcázar, ella delante y yo detrás, dudando si alcanzarla o seguir así, incluso si no sería mejor dar media vuelta y olvidar el envite. El sentimiento se repetía. Igual que los recuerdos, parecía haberme estado esperando. ¿O es que nada había cambiado, que los cambios son una ilusión que crece con la distancia y con el tiempo, que yo, en aquel momento, tenía —no es que volviera a tenerlos, sino que los tenía— dieciocho años?

Dejé que se alejara un poco. Y así se fue convirtiendo definitivamente en Brígida. Sus talones con muelle, el abrigo rojo, el compás de la coleta. Una silueta moviéndose en la hora del adiós, cortando la niebla, suspendida de la esfera de un reloj sin cifras ni agujas. Siempre había estado ahí. Y siempre podría encontrarla ahí. Ese momento era a la vez real e irreal, sucedía dentro y fuera de mi cabeza, dentro y fuera de mi memoria, dentro y fuera de mi alma. Dentro y fuera de aquel pueblo y de aquellas murallas.

Brígida me esperó recostada contra el muro donde terminaban las cañoneras. Sí, era la misma escena. Ahora, vendría hacia mí.

Vino hacia mí, no podía hacer otra cosa, era un destino escrito, un destino que se repetía muchas veces. Fuera y dentro. Este era simplemente otro instante de la misma eternidad. Como fondo, los jardines bajo el alcázar, con las piedras inalterables que pusieron delicadamente hace muchos años unas manos que ya no trabajaban.

Cuando Brígida llegó hasta mí, que había seguido andando muy despacio, la mujer mayor ya no estaba. Era Brígida con el abrigo carmín, al mediodía de un domingo en el que yo tenía que hacerle una confesión. Temí que volviera a hacerme la pregunta de entonces: ¿tienes algo que decirme? Me extrañó que le hubiera cambiado tanto la voz, aunque quizá no la recordara bien, porque la voz que salió de Brígida era la de una mujer mayor. Lo cierto es que yo escuché las dos, la que salió y la que no salió, la que escuché en el pasado y la que escuchaba ahora.

Estaba muy cerca. Como cuando quise tocarla, abrazarla. ¿Por qué no lo hacía ahora...? Dijo:

—Has venido a verme por algo. ¿No es verdad, Andrés? No tengas miedo. No esperes a más tarde, porque puede que ya no tengamos otra oportunidad.

Quise mentir. O disimular. Como entonces, cuando fui cobarde. Cuando elegí pudrirme por dentro antes que expulsar dos simples palabras y aguantar después que la tierra o el cielo se abrieran, que me tragarán antes que atragantarme yo.

No podía repetirse. Todo en mí se rebelaba a muerte contra esa claudicación definitiva, de la que ya no podría escapar a ninguna parte, a ninguna Suiza. Todo el mal que temí entonces ya había sucedido. Estaba a salvo. Habría consecuencias, pero ya las conocía. La diferencia es que ya estaban en mí, que no llegarían de fuera, ni por sorpresa.

Por qué, entonces, eran iguales la tensión, el miedo, el deseo de salir corriendo y refugiarme en mi habitación a rumiar y a maldecirme. Sin embargo, yo sabía que todo empujaba hacia adelante, precisamente porque no había futuro. La vida atravesaba muros aunque después no hubiera más que otro muro y otro. Todo empujaba. Detrás no había nada, ni habitaciones ni escondites ni caminos con los que poner tierra de por medio. Habían sido barridos por la vida ya vivida, no eran siquiera las ruinas de ninguna historia. No eran ni cascotes en el polvo.

Sí, era la misma escena. Yo debía confesar algo. Yo debía preguntar algo. Y también algo de mi vida, quizá no toda mi vida, dependía de lo que ella contestase.

Me separé de mi propia voz al decir:

—Creo que ni un solo día he dejado de pensar en ti. Eso es lo que quería decirte. No podía no decírtelo, compréndelo. Han sido muchos años. Y muchos días... Tenía que hacerlo.

Los labios de Brígida temblaron. Su rostro se crispó. Pensé que la había ofendido. También pensé que ella no esperaba aquel disparo a quemarropa. De todos modos, algo la había conmovido. No necesariamente bueno.

—¿Sabes de qué hablo? Un día se me ocurrió que era imposible que solo me estuviera sucediendo a mí. ¿Y si a ti también te pasaba? Era un asunto grave. Porque si eso estuviera pasando, entonces nuestra vida, la vida que vivíamos era una alternativa impostora. Había otra circulando en paralelo,

nuestra, pero en ella no vivíamos ni tú ni yo. Y hubiéramos podido vivirla igual que vivíamos esta...

—Está bien —dijo Brígida—, no sigas. A mí no me ha pasado. Yo no he pensado en ti todos los días. No había otra vida paralela, Andrés, en la que hubiéramos podido estar. Rompiste con todo..., y yo fui la foto final de esa ruptura. Me llevaste contigo..., esa foto en la cartera, el gran recuerdo, el instante inmóvil. Si hubieras seguido con la vida que tenías planeada, sin ese corte, sin esa huida, yo habría cambiado en tu cabeza. Habría terminado por desaparecer.

Luego miró por encima de mí, estaba muy cerca, al cielo que se apagaba ya del todo. Toqué sus manos. Las manos de Brígida. Estaban allí, a punto de perderse. Como siempre.

—Supongo que yo no tenía tanta imaginación ni tanta herida como tú para recordar de esa manera —dijo suavemente mientras se soltaba de mis manos y retrocedía—. Tengo que ir volviendo a mi casa.

Fuimos hacia la cancela de los jardines, cada uno por su lado, andando despacio. Pensé que se iría enseguida, pero no lo hizo. ¿Acabaría yendo detrás de ella? ¿Le pediría verla más adelante? No, estaba todo bien.

Sentía, y no era un consuelo, no era un deseo producido por el temor, que la Brígida más joven había empezado a marcharse, se desvanecía por un camino en el que se marchaba dando la espalda, sin despedirse. Camino de la vida que tendría después, de la muerte de su hija, de la compañía del marido desorganizado... Yo me quedaba con la mujer mayor, a la que quizá había violentado con mi confesión.

El río se iluminó de pronto con un azogue y enseguida se ocultó en la bruma. Brígida estaba apoyada sobre el remate de la muralla hecho con ladrillos a sardinel y miraba al horizonte quieto de las tinieblas.

—¿Te casaste? —preguntó.

—Sí.

—¿Hijos?

—Uno.

—¿Qué hace tu mujer? ¿De dónde es?

—Angloirlandesa. Escribe libros.

—¿Libros?

—Novela, ensayo, artículos.

—¿Es famosa?

—Se gana la vida. Pero no es una *bestseller*.

—Vaya...

—Qué...

—Al final, tu vida ha tenido mucho que ver con las palabras. Los enfermos terminales, tu mujer, tienen que ver con palabras. Solo falta que tu hijo también pertenezca al ramo.

—Bueno, escribe guiones, sí.

—Eso ya es toda una factoría literaria —sonrió; me fijé en sus labios, que ya no eran como el dibujo de un niño, pero se movían igual, una corriente en el estómago—. Se me había olvidado tu voz, pero recuerdo cómo hablabas. Eras distinto, no tenías nada que ver con esta tierra. Era una voz forastera. Ahora sí tengo que irme. ¿Dónde te quedas?

—Aquí mismo, en el Parador.

—Te acompaño a la puerta.

Le pregunté por su marido, por su enfermedad. Me dijo que había estado trabajando en China una temporada y que se había traído el virus del que hablaba ya todo el mundo. Neumonía bilateral. Le habían dado el alta y habían decidido venir a respirar aire puro. Todavía estaba muy débil y no podía trabajar. De paso, visitaba a su padre, el médico, ya anciano, que seguía igual de narciso. El marido estaba pensando en jubilarse. Le gustaba la fotografía y viajar. Y probablemente es lo que harían a partir de ahora.

Había un grupo mixto de chavales, parecido al de la noche anterior en El Paraíso, en la plazoleta del verraco. Ya no tenía que buscar allí a Brígida. Sus voces resonaban en una oscuridad que había caído de golpe sobre la soledad acuciante del pueblo. Esa soledad debería ser también Patrimonio Nacional, incluso de la Humanidad. El cielo y el paisaje abiertos volvían más intenso el sentimiento. La antigua sensación volvía. Una intemperie que las voces, la oscuridad, las calles vacías ampliaban.

Habíamos llegado a la verja de la entrada. Un par de individuos bajaron por la escalinata y cuando acabaron de irse, Brígida dijo:

—Si hubiéramos seguido juntos, si te hubieras hecho médico, vivido en Salamanca, todo ese plan que tenías, tu amor a las palabras quizá no te habría servido de nada. Jamás habrían consolado a los moribundos, solo les habrías curado o matado. Ni te habrían acercado a tu mujer escritora, ni habrías tenido ese hijo que hace guiones. Estoy segura de que las palabras se habrían ido marchitando dentro de ti. Tú las negaste, pero tu vocación se

cumplió a causa de un amor desgraciado. Para eso también sirve el amor, incluso el amor que se rompe, para que el dolor pueda orientarnos en la dirección correcta, ¿no te parece? Así que el amor está bien..., aunque salga mal.

La luz de los faroles lavaba una parte de su cara. La otra quedaba en sombra. La sombra era Brígida de joven, oculta y visible a la vez, y la que me había hablado era la Brígida que estaba bajo la luz, vieja de experiencia, llegando del futuro. Ya sabía que eran la misma, que se había fundido para decirme esas últimas palabras que agradecí con todo mi cuerpo, que se estremeció un poco, como si le hubieran soplado por dentro con una brizna tibia.

—Ha estado bien que nos veamos. Te lo agradezco. Me voy —dijo.

Creo que no quería quedarse a ver mis emociones ni el efecto de lo que había dicho. Alargó la mano y yo se la apreté.

La vi alejarse con sus pasos de muelle y entré en el hotel. Era la hora de la cena. Fui al restaurante. En sustitución de la pareja con sus terrores, había dos matrimonios ancianos que conversaban en susurros y más allá un tipo trajeado que miraba a hurtadillas.

No sabía cómo me sentía y no tenía hambre. Suponía que debía comer, y hacer que el cuerpo y las fuerzas se organizaran en torno a un asunto nuevo, sabores, calor en el estómago, la sangre ocupándose de la digestión y menos del cerebro.

No estaba inquieto. Ni tranquilo. Veía a mucha distancia esa forma de paz que sobreviene cuando todas las cosas han concluido y ha pasado su tiempo. Muchas habían concluido, desde luego, pero otras no lo habían hecho y tenía la impresión de que además no daban la cara. Se ocultaban o se camuflaban en algún lugar de la memoria, de la tristeza, de las sensaciones, de las palabras que había intercambiado con Solórzano, con Brígida.

Pedí sopa de verduras y estuve a punto de volver a pedir la trucha de por la mañana, pero me di cuenta a tiempo. Aunque tampoco habría pasado nada, fue como si no la hubiera probado. Al final, me decidí por una tortilla, una especie de mal menor para mi falta de apetito. El resto de la carta seguía siendo de una contundencia atroz.

Mientras comía, mejor dicho, mientras hacía por comer, volvía una y otra vez la despedida de Brígida en la puerta. ¿Por qué no elegí algo relacionado

con las letras? Lo cierto es que don Severino, cuando pensaba en mis habilidades lingüísticas, imaginaba una carrera de Derecho más que una de Filología, no digamos una literaria. Pero yo nunca pensé que mi amor por las palabras tuviera que ir más lejos. No eran una vocación ni serían una profesión. No quería dedicarles mi vida.

Tal vez porque ellas no me dieron nada, no aclararon ni solucionaron nada. No servían para escapar, servían para quedar atrapado. Pertenecían a aquel pueblo, a la relación con mi madre, a las explicaciones sobre mi padre, incluso al amor por Brígida, a una pena tan antigua que yo no distinguía el origen. Borboteaban y explotaban en el aire..., porque eran aire.

Quería ser médico. Eso servía para escapar y para curarse. Lo demás no importaba. Las palabras eran chapoteos en el fango. Y sin embargo... Sin embargo, todo me llevó de nuevo hacia ellas. Aunque ya eran otras palabras. Las palabras del consuelo, de la paciencia, de la fe pequeña en las cosas, sin esperanza, sin pedir demasiado o casi nada, de la aceptación.

Un largo viaje para encontrar las que servían, las que me liberaban. Brígida tenía razón. Con ella no habría sido posible. Ella también era el pueblo. Quería huir con ella, pero al final tuve que huir solo. Entonces todo empezó a salir bien. En medio del naufragio. Mientras me hundía.

El amor da mientras te quita. El amor es la sombra de un extraño. La pena da alas. Sí, puede que algunas cosas tuvieran sentido.

Tomé la mitad de la cena, firmé la cuenta y subí a mi habitación. Por un momento, pensé en llamar a Eithne para decirle que al día siguiente regresaba a Madrid. Pero sobre eso tenía algunas dudas. Al despertarme por la mañana quizá tuviera ganas de volver a ver a Solórzano, a pesar de que las despedidas estaban hechas. O a Brígida, aunque no habría mucho más que decir y tenía un marido al que cuidar. Sabía que no haría ninguna de las dos cosas, pero que tal vez despertara con esos deseos. Era lo que me impedía hablar ahora con Eithne.

Abrí el balcón y la noche era tan negra que apenas llegaba algún reflejo del Húmera. Los alcores y la vega se diluían en manchas de intensidades variables. Había gritos de pájaros, auténticos gritos. En aquel pueblo todos los animales chillaban y no hacía falta aguzar el oído, a veces lo hacían en concierto. El aire llegaba picado de hielo. Probablemente estaría nevando en Gredos y quizá al día siguiente nevara aquí.

Nada de lo que pasó volvería a pasar. El tiempo era irreversible y una imagen gratis de la muerte. A pesar de todo, me enamoré, conocí a don Severino, que me cuidó, tuve amigos y jugué al fútbol, estudié, soñé con cosas. El resentimiento no fue todo. El dolor no fue todo. Podría volver y disfrutar de ello. Me engañaría menos a mí mismo, tendría alegría. Pero eso no estaba dado a los mortales.

Pensando en la mortalidad, me lavé los dientes frente al espejo, en el que no encontré una expresión clara. Quizá debería quedarme un día más. Mirar con otros ojos, hablar de otra manera con Solórzano y con Brígida. Contarles lo que había aprendido en ese día. También sospeché que todo eso no era más que una excusa de la confusión del momento en que el pasado empezaba a tener sentido y a perderlo al mismo tiempo. Entonces sonó el teléfono de la habitación. Me dijeron que una señora me esperaba abajo. Sería la hermana de Solórzano, aunque me parecía extraño que no hubiera usado el móvil.

Bajé por la escalera y al final de una hilera de tapices descoloridos, sobre una de las butacas de recepción, distinguí el abrigo rojo. A la izquierda estaba la recepcionista de la noche anterior, mirando unos papeles y disimulando la curiosidad. No era capaz de imaginar a qué había venido. ¿Le quedó algo por decirme? ¿Después de pensarlo mucho había llegado a la conclusión de que mi conducta había sido una intrusión imperdonable? Cuando llegué a su altura, ya me sentía culpable. ¿Con qué derecho sale uno del pasado y le arroja al otro su vida para que se la explique, para que comparta la carga, para que le perdone, le mienta o le consuele?

—¿Ya estabas en la cama? —dijo, con el semblante serio y una mirada atenta.

—Me estaba lavando los dientes —contesté, inquieto.

—He venido..., es una tontería. De verdad, es una tontería. ¿Podemos salir afuera?

—Entonces, tengo que ir a por el abrigo.

—Llevas un buen jersey, será un minuto. No creo que te dé tiempo a pillar una pulmonía. Pero a lo mejor eres friolero. Te espero, si quieres.

—No, salgamos.

Caminamos por el sendero de gravilla entre el muro y el alcázar. Escuchaba el ruido de nuestros pasos amplificado, como una crepitación.

Se detuvo. Ahora, tenía la cara llena de luz. Me escrutaba como si aún estuviera decidiendo si merecía la pena decirme lo que había venido a decir. Luego, bajó un instante la cabeza y al levantarla de nuevo, dijo:

—Antes no te he dicho toda la verdad. No he pensado en ti todos los días. Eso no. Ni has sido una presencia obsesiva en estos años, ni un recuerdo perenne, ni nada parecido. Pero lo que no te dije es que en varias etapas de mi vida sí me he preguntado cómo habría sido mi vida contigo.

Hizo un silencio. Yo no podía contestarle nada, ni añadir nada.

—Creí que merecías saberlo, que era de justicia. No sé qué significa, ni quiero saberlo. Pero no podías irte únicamente con la conversación anterior.

Miró al suelo, hizo algo con la punta del zapato. Sí, el color del pelo era natural. Estaba seguro. Pensaba en ello con interés. También pensaba en los caminos de grava con interés, y en la luz de los faroles, y en las sombras que nos envolvían, y en los pájaros que gritaban, y en la soledad que aún no se había convertido en Patrimonio de la Humanidad. Me sentía capaz de mirar el mundo y de estar tranquilo. Sentado sobre él, mirando en todas direcciones.

—Así podremos despedirnos en paz, no como la otra vez. Con todo dicho y todo hecho.

Su cara estaba otra vez frente a mí. Era Brígida. Acababa de regresar, no había ido a desvanecerse por los caminos. La misma que una vez me dijo, mientras yo contemplaba una telaraña congelada, que no quería medias palabras entre nosotros, ni recovecos, ni segundas intenciones.

—Sigues siendo tú —dije—. La pena no te ha cambiado. Tampoco me vendría mal una despedida bien hecha. Una que pudiera recordar en lugar de la otra. De momento esta va bien.

La yedra del muro brillaba. Arriba, estaba el universo de estrellas tiritando. Todos los caminos parecían intrincados y largos, pero conducían a este que pasaba entre un muro y un alcázar.

Me acerqué y la besé en los labios, simplemente me posé en ellos. Ella dejó que pasara. No eran los mismos labios, pero sabía que serían esos los que acabaría recordando. Era el segundo beso de ese día. Ninguno fue amargo. Cuando volví a mirarla su cara estaba tranquila.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, desanduvimos el sendero hasta la escalinata de recepción. Allí dijo:

—Ahora eres tú el que se queda en el castillo.

—El castillo...

—El juego del molino, lo inventaste tú.

—Sí, claro. Tú esperabas y yo me iba a la guerra —dije, como acordándome de repente.

—Fíjate, este es un castillo de verdad, de los Trastámara, nada menos. Pues bien, yo te libero de la promesa.

—¿De qué promesa?

—De la promesa de volver. Yo te libero. Vete donde quieras. Vete a tu casa. Vete a ver qué ofrece la vida. Pero no vuelvas. Tampoco yo voy a esperarte. Somos libres. ¿Qué te parece?

Había ido retrocediendo y de pronto estaba yéndose por el sendero de grava.

—Ha sido una buena despedida —dije.

Pero ya no contestó. Subí a la habitación y lloré. Deseaba llorar. Me di cuenta de que uno no llora por algo, sino por todo. Quizá por todos.

Luego me metí en la cama, decidido a irme temprano al día siguiente. Tenía que preguntar el horario de autobuses y por el trasbordo en Salamanca. A lo mejor, podía estar en Madrid a mediodía y descansar antes de volver al hospital.

—Somos libres —había dicho ella.

Con la primera luz del día me subí al autobús que salía del nuevo edificio de las estaciones. Dobló por la curva de La Florida y enfiló hacia El Cruce. A la izquierda quedó la silueta de la ciudad monumental, con un recorte de luz llameante. Allí vivía Brígida, en una casa de piedra oxidada. Llevaba una camisa de flores celestes y naranjas. Pronto estaría camino del instituto, con sus andares de muelle. Y Solórzano un poco más allá, frente al ventanal de El Paraíso, con una sonrisa desafiante, tarareando canciones inglesas. Chapi bajaría a los frontones en un rato, era domingo por la mañana, con su cara blanquísima y sorprendida.

El autobús giró a la izquierda y vi los viejos portales de la fábrica de gaseosas y a Gelote sentado en el poyo, tan temprano. Un poco más allá estaba el colmado, donde mi madre había encendido la luz y desatrancaba la puerta. Se asomaba para ver si venía la lechera. No vi a mi padre. Debía de estar de viaje en Portugal.

Tomamos la carretera de Salamanca, dejando El Cruce atrás. Al pasar frente a la Cerca, distinguí a Cándida jugando con sus hermanitos, se le

subían encima, parecían koalas. Miró hacia el autobús, creo que me buscaba. Puede que se hubiera enterado de que me iba. Aún desde lejos, relucían sus labios de mariposa que iba a echarse a volar. Reía.

Yo no dejaba de mirar por la ventanilla.

Estaba viendo el tiempo.

OceanofPDF.com



Primera edición en castellano: febrero de 2023

© 2023, Alejandro Gándara

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de portada: © Alisa Connan / Camera Press

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-6400-8

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: AlfaguaraES

Twitter: @AlfaguaraES

Instagram: @AlfaguaraES

Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

OceanofPDF.com

La novela más emocionante de un autor con «una de las trayectorias literarias más sólidas del panorama nacional» (*El Cultural*), ganador de los premios Nadal y Herralde.

«Creo que desde Juan Benet [...] no ha surgido entre nosotros una prosa tan poderosa».

Rafael Conte, *El País*



«Podrían besarse, claro, pero eso solo les aliviaría un rato [...]. Salvo que decidieran morir besando».

¿Podemos amar después de que nos hayan roto el corazón? ¿Cuántas veces se puede alguien enamorar como la primera vez? ¿Se cierra con el tiempo la

herida de ese amor? Esta novela, protagonizada por un joven que vive su primera pasión, aborda todas estas cuestiones: la violencia torrencial con la que llega el enamoramiento, la falta de recursos del individuo ante la experiencia, y la huella que deja en el resto de la existencia. Una historia de amor y de descubrimiento que abarca casi cinco décadas en la vida de sus protagonistas y del país.

Con una tensión narrativa que encoge el corazón, Gándara recorre con esta obra el territorio en el que se ha confirmado como un gran maestro: el de la complejidad de las emociones humanas.

La crítica ha dicho...

«Una de las trayectorias literarias más sólidas del panorama nacional».

Javier Yuste, *El Cultural*

«Lleno de delicadeza y de emociones. Me ha conmovido este libro».

Rosa Montero, *El País* (sobre *Dioses contra microbios*)

«La mejor novela que he leído en los últimos quince años en España. En cualquier país de Occidente podría servir como reflexión de esta época».

Juan Benet (sobre *La media distancia*)

«Gándara posee el don de mirar desde ángulos diferentes».

Ricardo Martínez Llorca, *Culturamas*

Alejandro Gándara (Santander, 1957) ha desarrollado una intensa carrera literaria, no sólo a través de su propia obra, sino también como agente y promotor de la cultura española. Ha publicado novelas como *La media distancia* o *El día de hoy*, pero también ensayo. En 1992 recibió el Premio Nadal por *Ciegas esperanzas*, en 1998 el Premio Anagrama de Ensayo por *Las primeras palabras de la creación*, y el Premio Herralde en 2001 por *Últimas noticias de nuestro mundo*. En la actualidad dirige la Escuela Contemporánea de Humanidades, una institución que reúne a especialistas de la creación artística y el pensamiento para investigar sobre la sociedad contemporánea. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas

OceanofPDF.com

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   **penguinlibros**

OceanofPDF.com

Índice

[Primer amor](#)

[Si el dolor es amor](#)

[Fuera del tiempo se escribe la historia](#)

[Huye de mí, corazón mío](#)

[Si te dijo adiós, volverá](#)

[Créditos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Alejandro Gándara](#)

[*OceanofPDF.com*](#)